

Los cielos serán. conmovidos

"Aunque hemos ganado importantes batallas en este siglo, la guerra aún no ha culminado. El libro que tiene en sus manos delinea el curso de la guerra espiritual en los días que se aproximan."

-Dr. C. Peter Wagner

Ana Méndez

*Cómo prepararse para la guerra
espiritual en el nuevo milenio*

**"¡Iglesia, es tiempo de guerra,
es tiempo de victoria!"**

Ana Méndez



Ana Méndez es la fundadora de la Iglesia La Nueva Unción en México, pionera en el mover profético y de guerra espiritual. Actualmente es coordinadora del Frente de Proyectos Estratégicos de la Red Internacional de Guerra Espiritual en el Centro Mundial de Oración que preside el Dr. C. Peter Wagner en Colorado Springs, E.U.A. Méndez forma parte de los ministros asociados de Avance Misionero Mundial, ministerio internacional fundado por el Dr. Rony Chaves de Costa Rica. También es directora del Ministerio Shabac, en su país natal México, el cual lleva a cabo la visión de establecer el reino de los cielos sobre la tierra y preparar el camino del Señor.

Descubra en este libro:

- *Cómo recibir el manto profético*
- *Las armas en batalla territorial*
- *Cómo edifica el diablo sus fortalezas en los aires y cómo derribarlas*
- *Cómo vencer siempre*
- *Las diferentes estructuras en el reino de las tinieblas*
- *Cómo hacer a los ángeles tus aliados de guerra*
- *Cómo evitar errores peligrosos*
- *Cómo diseñar una estrategia de batalla territorial*
- *Las experiencias de guerra que cambiaron el curso de las naciones*



Guerra Espiritual
ISBN 0-88419-701-8



Los cielos serán conmovidos

Ana Méndez



Dedicatoria

Los cielos serán conmovidos
Ana Méndez

Copyright © 1999 por Casa Creación.
Todos los derechos reservados

Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-88419-701-8

Casa Creación
Strang Communications
600 Rinehart Road
Lake Mary, FL 32746
Tel (407) 333-7117 - Fax (407) 333-7147
Internet <http://www.strang.com>

Este libro no puede ser copiado ni reproducido
bajo ninguna forma sin el permiso escrito de los editores.

Las referencias bíblicas incluidas en este libro
corresponden a la versión Reina-Valera Revisada de 1960.
© Sociedades Bíblicas Unidas, usada con el debido
permiso. Las referencias bíblicas acompañadas de la
leyenda «BAVI» corresponden a una traducción libre
sobre la Biblia Amplificada Versión Inglesa.

Primera edición, 1995.
Segunda edición, 1999.

DEDICO ESTE LIBRO a mi amado Padre Celestial, a Jesucristo mi Señor y mi Salvador, y al Espíritu Santo quién realmente lo inspiró.

Y a mi apóstol y pastor personal, el Dr. Rony Chaves, por cuyo ministerio y apoyo Dios me dio la unción, la sabiduría y el valor para entender y llevar a cabo la guerra espiritual en las dimensiones que aquí se narran.

Índice

Prólogo <i>Por el Dr. Pedro Wagner</i>	9
Prefacio <i>Por el Dr. Rony Chávez</i>	13
Parte 1 — Es tiempo de guerra	
Capítulo 1 <i>El manto profético</i>	17
Capítulo 2 <i>El manto de Elías y la unción del fuego</i>	31
Capítulo 3 <i>Dios me permitió mirar en el mundo espiritual</i>	47
Capítulo 4 <i>La organización del reino de las tinieblas</i>	55
Capítulo 5 <i>El veneno del áspid</i>	63
Capítulo 6 <i>Los ángeles de Dios al servicio de los santos</i>	77
Capítulo 7 <i>«Os he dado autoridad sobre todo el poder del enemigo»</i>	89
Capítulo 8 <i>La unción viene tras enfrentar al diablo en el desierto</i>	103
Capítulo 9 <i>El concepto de la sangre en el mundo espiritual</i>	113

Capítulo 10	
<i>Las fortalezas espirituales</i>	123
Parte 2 — La guerra territorial	
Capítulo 11	
<i>La tierra esta llena de heridas abiertas...</i>	133
Capítulo 12	
<i>La intercesión que libera naciones</i>	153
Capítulo 13	
<i>La experiencia de Guatemala</i>	171
Capítulo 14	
<i>La organización del ejército de Dios</i>	177
Capítulo 15	
<i>El mover profético y los símbolos</i>	183
Capítulo 16	
<i>Algunos símbolos usados en batallas territoriales</i>	193
Capítulo 17	
<i>La gran complejidad de estructuras en el ámbito espiritual</i>	201
Capítulo 18	
<i>Estrategias clave del «cuerpo de inteligencia»</i>	213
Capítulo 19	
<i>La casa de armas del bosque</i>	233
Capítulo 20	
<i>En los cielos se tocó la trompeta</i>	245
Conclusión	265
Apéndices	269

Prólogo

LA IGLESIA HOY DÍA está en una posición extraordinaria. El traspaso del siglo XX al XXI me recuerda la batalla de Bulge, en la Segunda Guerra Mundial. Cuando llegaron las noticias de que los aliados habían ganado ese intenso combate, supimos que era sólo cuestión de tiempo para ver a Adolfo Hitler derrotado. En aquel entonces los nazis todavía tenían tremendo poder militar, sabíamos que el resto de la guerra no sería fácil y que más desgracias se aproximaban. No teníamos idea de cuánto tiempo tomaría. ¡De lo que sí estábamos seguros era que ganaríamos!

La guerra espiritual en esta época es como la batalla de Bulge. La iglesia ha estado envuelta en una contienda armada contra el reino de las tinieblas desde el primer día. Algunas victorias han surgido, tal como lo son la conversión de Europa, la Reforma protestante, el avivamiento wesleyano y el movimiento misionero moderno. Ha habido reveses tales como el despliegue del islamismo a través del norte de África y setenta años de comunismo ateo en muchas partes del mundo. Pero por cada paso hacia atrás, la Iglesia dio dos hacia adelante. Esta fue precisamente la experiencia de los aliados en la Segunda Guerra Mundial: echaron atrás al Eje fascista en el norte de África, arribaron a Normandía en el famoso «Día D», pelearon ferozmente en Bélgica y entraron en la batalla de Bulge en 1944.

El fin del siglo XX no ha sido fácil. Mientras el pueblo de Dios gana terreno, el enemigo ha defendido ciertas posiciones por milenios, contraatacando fieramente. Pero la Iglesia se ha levantado; en ningún lugar en las páginas de su historia encontramos cristianos combatiendo al diablo con tanta intensidad,

determinación y artillería como en las guerras espirituales actuales. Dios le ha estado encomendando a su Iglesia misiones de combate en el mundo invisible, a niveles superiores nunca antes documentados. Mientras culminamos esta década, siento que hemos ganado una batalla espiritual como la de Bulge.

Uno de los generales espirituales que Dios ha llamado a dirigir las tropas para el combate es Ana Méndez. Uso deliberadamente el término «generales» porque me di cuenta que los grandes ejércitos tienen relativamente pocos generales. De igual manera sucede en el segmento del Cuerpo de Cristo con el cual me relaciono hoy día. Cada miembro del ejército de Dios es extremadamente importante, desde los soldados hasta los oficiales, pero si vamos a ser victoriosos, el liderazgo es crucial. Ana Méndez es una de esas líderes que visualiza el panorama completo, escucha a Dios y recibe su dirección, motiva a las tropas a ir al combate, prepara la estrategia y se dirige al frente de batalla sin reservas.

No todos los generales se encuentran en las primeras líneas de combate. El general Eisenhower, por ejemplo, no estuvo en las trincheras ni disparó una vez. Claro que no hay nada malo con la decisión de Eisenhower de dirigir desde la distancia. Mas no es así como Ana Méndez ve su papel en las guerras espirituales. Ella ha estado en pie de guerra en los Himalayas; en el mismo Monte Everest, en las regiones superiores del Río Nilo, localizó el Jardín del Edén en Turquía y construyó un altar simbólico para la gloria de Dios, confrontó los poderes de la oscuridad en el río Amazonas y también ungió con aceite la antigua ruta comercial entre Egipto e Israel. Estas son sólo algunas de las asignaciones que el Señor le ha encomendado en el frente de la contienda.

Aunque hemos ganado importantes batallas en este siglo, la guerra aún no ha culminado. No cabe duda que vamos a triunfar, porque le servimos nada menos que al Rey de reyes. Sin embargo, en estos momentos ni los soldados ni los generales se pueden retirar. Al contrario, Dios está llamando a más. Lo que sí tenemos es un excelente plan de ataque. En su libro *Los cielos serán conmovidos* Ana Méndez nos ha hecho un favor al escribir sobre el discernimiento, las experiencias, la revelación divina y la estrategia que Dios le dio para la guerra espiritual. El libro que tiene en sus manos delinea el curso de los frentes de batalla de

la guerra espiritual en los días que se aproximan.

Mi oración es que mientras usted lee este libro, salga preparado para trasladarse a un nuevo nivel en cuanto a su servicio a Dios. ¡Será bendecido!

—C. PETER WAGNER
Instituto de Liderato Wagner, canciller

Prefacio.

UNA «NUEVA OLA» del Espíritu Santo baña hoy la tierra. Es un nuevo y poderoso énfasis sobre la guerra espiritual, tema actual del Señor de los Ejércitos, con el cual está preparando a su pueblo para infringirle a Satanás la derrota más grande de la Era Moderna.

La Palabra Viva está brotando del Trono Divino con gran iluminación para facultar a los maestros de la Iglesia a fin de impartir a cada creyente un conocimiento práctico, sencillo pero profundo a la vez.

El anhelo del Padre es hacer de cada uno de sus hijos un verdadero soldado espiritual, preparado para realizar la obra de intercesión con poder y efectividad. ¡Aleluya!

El «manto profético» está llegando sobre las naciones del mundo, y con él una poderosa unción guerrera está llenando la Iglesia. Dios es quien nos está llevando a la confrontación con los poderes demoníacos. El señor está a la ofensiva y nos provoca a ir a una guerra espiritual estratégica contra Satanás.

Cada libro o artículo que sea escrito para levantar a la Iglesia como un poderoso ejército será recibido con gozo entre aquellos que aman a Dios. Este trabajo de Ana Méndez no solo viene en un tiempo oportuno, el tiempo de Dios, sino que surge como río en medio del desierto. Muy poco material hay impreso sobre el tema y esto ha dejado un vacío secular en el desarrollo de la Iglesia.

El contenido es importante. Ana procede de un contexto de vudú y hechicería, y por la gracia de Dios ha sido salvada y cambiada. Obviamente, ella tiene mucho que decirnos, pero además es una intercesora ferviente; una verdadera guerrera de

oración.

El camino que marcará en estas páginas es uno transitado por ella misma, y eso le da la autoridad para enseñárnoslo.

La unción que esta mujer de oración ha conquistado en muchas y grandes batallas hace que su libro deba ser leído con mucha atención.

En lo personal recomiendo este trabajo. Como profeta de Dios me atrevo a asegurarle que, después de que lo haya leído, nunca más serás el mismo.

Usted también será enlistado por el Espíritu Santo en el Ejército de Dios.

—RONY CHAVES
Profeta del Dios Altísimo

PARTE 1

Es tiempo de guerra

El manto profético

TRAS ANALIZAR EL DURO y difícil transcurso de la historia de la Iglesia, y en la comunión de su Espíritu, Dios nos ha enseñado cómo el Santo Espíritu, a partir del amanecer espiritual de Martín Lutero y en los estertores de la Edad Media, ha ido mostrando en forma de ciclos de revelación y de conocimiento algo de la multiforme sabiduría de Dios, buscando encaminar a la Iglesia en un conocimiento cada vez más profundo de la persona de Jesucristo, así como de los planes de Dios para la redención de sus hijos. En esta década de los noventa ha empezado ya el último de estos ciclos o moveres del Espíritu de Dios. Un mover de tan poderosa magnitud que será el que llevará a la Iglesia a su máxima expresión de Gloria. Un mover que desatará la lluvia tardía; un mover que será, sin duda, el que vestirá a la novia del Cordero de su resplandor de santidad y pureza. Que la dejará engalanada de oro y piedras preciosas, que son las acciones justas de los santos procedentes del Trono de Dios. Un mover que levantará al victorioso ejército de Dios en tal potencia de la manifestación del Espíritu Santo que someterá a todos los enemigos de Jesucristo bajo el estrado de sus pies.

Al estudiar la profecía bíblica, nos hemos percatado cada vez más de la extraordinaria importancia que tenían en las Escrituras los señalamientos de ciertos tiempos precisos de la historia, así como los acontecimientos. Estos dos puntos determinaban el cumplimiento profético de la Palabra de Dios. Es esencial, por

tanto, estar plenamente conscientes de los tiempos que estamos viviendo y cuál es el entorno profético predicho para los sucesos terrenales y espirituales. Son hechos que nos indica la Biblia desde la antigüedad, lo que nos permitirá movernos en el centro de la voluntad de Dios en nuestra generación. Jesús hablaba enseñando y les decía:

«Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: Agua viene; y así sucede. Y cuando sopla el viento del sur, decís: Hará calor; y lo hace. ¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?»

—LUCAS 12.54-56

El Espíritu de Dios movió al profeta Daniel a escudriñar la profecía dada a Jeremías, la cual poseía en una carta personal. El estudio de aquella misiva le reveló que los 70 años predichos por su gran maestro habían concluido; que el cautiverio babilónico había llegado a su fin y había llegado la hora del regreso a la añorada Jerusalén. Con solo saberlo, Daniel entró en un profundo ayuno y una oración de intercesión tan poderosa que produjeron la liberación de su pueblo por medio del cumplimiento profético. ¡Daniel había logrado entender su tiempo!

Dios, en nuestros días, está despertando el espíritu de miles de personas para depositar en ellos la revelación de sus planes y estrategias; gente ungida por Dios para entender los tiempos que estamos viviendo y para desatar sobre ellos su manto profético. Amos 3.17 dice: «Porque no hará nada Jehová el Señor sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.»

De la misma forma que fueron despertados los espíritus de Ciro, Rey de Persia, de Esdras, de Nehemías y de Zorobabel para reconstruir los muros y el templo de Jerusalén, Dios está tocando una trompeta tan clara y cristalina que los oídos de sus escogidos están siendo abiertos para escuchar con precisión la voz del Altísimo, y saber distinguirla de la voz devastadora y derrotista del enemigo.

- Una unción profética, junto a...
 - una unción de discernimiento espiritual,
 - una unción de sabiduría, y...
 - una poderosa unción de guerra espiritual...
- ...¡están siendo desatadas sobre la iglesia de Cristo Jesús!

Este es, sin duda, un tiempo de manifestación y de demostración; un tiempo de cumplimiento; un tiempo de revelación; un tiempo en el que ya estamos viendo cosas que muchas generaciones pasadas quisieron ver, pero Dios nos las concedió a nosotros, «la generación escogida», como nos ha denominado Paul Trulin, gran maestro de generaciones y generaciones de hombres y mujeres de Dios.

«Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.»

—1CORINTIOS 2.9

«Es el tiempo escogido por Dios, que antecederá la venida de nuestro Señor Jesucristo en todo su poder y su gloria.»

Veremos el mover de restauración más grande de la historia, porque escrito está que Jesucristo será enviado como fue antes anunciado y del cual se dice:

«A quien es necesario que el cielo reciba y retenga hasta el tiempo de la completa restauración de todas las cosas que Dios habló por boca de sus santos profetas que han sido desde el tiempo antiguo.»

—HECHOS 3.21, BAVI.¹

«Restauración significa volver a establecer el reinado, el trono y la autoridad suprema y absoluta de Dios, como lo era en un principio sobre todas las cosas creadas.»

Es un tiempo de sacudida en el cual, como dice en la epístola a los Hebreos:

1- BAVI corresponde a una traducción de la Biblia Amplificada Versión inglesa.

«La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también los cielos serán conmovidos. Y esta frase: aún una vez más, indica la remoción final y la transformación de todo lo que pueda ser sacudido, que es todo lo que ha sido citado, para que, en esa forma, permanezcan y perduren todas las cosas incommovibles, que no pueden ser sacudidas.»

—HEBREOS 12.26,27, VERSIÓN LIBRE.

Es, por tanto, un tiempo de profundo estado de alerta y cimentación espiritual. Pues todo lo que pueda ser removido — los falsos cimientos donde el mundo basa su confianza, la gloria del hombre, la fortalezas de pecado, los reinos y las estructuras mundiales, el Diablo y su reino— todo ello será removido para la instauración de las dos únicas cosas estables, incommovibles y perfectas, las cuales son: el Reino de Dios, y la Palabra que ha salido de la boca de Dios, de la cual está escrito: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mateo 24.35).

Es un tiempo sobre el cual el Señor profetizó, diciendo:

«Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas ... Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del hijo del hombre.»

—LUCAS 21.25,26,36, ÉNFASIS AÑADIDO.

Dios está levantando al pueblo para que esté alerta, a fin de desatar sobre ellos un espíritu de militancia espiritual, para demoler en los cielos las fortalezas del diablo. En estos postreros tiempos habrá terremoto tras terremoto, por que hay ya un ejército que crece de día en día, un ejército investido de poder y del conocimiento de Dios, lo cual está sacudiendo, removiendo y demoliendo los cimientos infernales en las regiones celestes.

Dios ha hablado:

«¡Levantad bandera, sobre un alto monte; alzá la voz a ellos, alzá la mano, para que entren por puertas de príncipes. Yo mandé a mis consagrados, asimismo llamé a mis valientes para mi ira, a los

que se alegran con mi gloria. Estruendo de multitud en los montes, como de mucho pueblo; estruendo de ruido de reinos, de naciones reunidas; Jehová de los ejércitos pasa revista a las tropas para la batalla!»

«¡Iglesia, es tiempo de guerra,
es tiempo de victoria!»

Este es un tiempo de intensa actividad divina, ya que estamos penetrando una era de confrontación, de enfrentamiento definitivo entre el Reino de Dios y el reino de las tinieblas. Estamos delante de la manifestación más gloriosa del poder de Dios sobre su Iglesia; delante de la investidura todopoderosa del manto de la gloria de Dios, con el cual revestirá a su desposada.

Simultáneamente, viene el más violento, agresivo y devastador ataque del enemigo que jamás haya sufrido el Cuerpo de Cristo. Es un ataque en el que Satanás está desplegando sus huestes en su mayor esfuerzo estratégico, como el más hábil estrategia de la destrucción del hombre. Espíritus de depresión, de desánimo, miedo, intimidación, brujería, hechicería, división, insidia y calumnia están siendo lanzados para derribar a los líderes y desintegrar a las iglesias.

Seamos honestos. Nunca antes se había visto la abdicación de tantos siervos fieles en las congregaciones, la caída de tantos pastores, la ruptura de tantas familias y la apostasía de tantos creyentes.

¿Qué está sucediendo? Lo que la Biblia ya nos había profetizado: que estos postreros tiempos están caracterizados por la apostasía, ya que, habiéndose multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Hay un clamor en los cielos que nos está gritando en angustiada advertencia: «¡Ya se esta acabando el tiempo! Aun hasta los escogidos, si pudieran ser engañados, lo serán, y si los tiempos no fueren acortados, nadie podría ser salvo.»

He visto iglesias enteras devastadas por poderes demoníacos, porque no supieron ponerse en estado de alerta, ya que no había atalayas en los muros. Porque, como una infección progresiva y mortal, la indolencia, la permisividad, el pecado, el chisme y la contienda penetraron por las puertas de la iglesia y nadie tuvo el valor de hablar firmemente en contra de ello.

Una mañana, mientras oraba por la iglesia, el Señor Jesús

hizo descender su Espíritu sobre mí en una forma muy particular. Tomó mi espíritu y lo llevó al interior del corazón de Dios. Empecé a gemir como jamás lo había hecho. Estaba dentro de una tristeza divina, dentro de las lágrimas mismas de Dios, quien estaba clamando por su pueblo. En ese momento Dios trajo a mi memoria una profecía que el Espíritu Santo le había dado a mi esposo el 11 de diciembre de 1993, en la que decía: «México no es mío. Sus abominaciones y su idolatría claman por la justicia de mi diestra; muchas lágrimas y mucha tristeza me producís cada día. Pero México está en mi corazón, y está en mí para bien y no para mal, porque sé que ahí vive pueblo mío, un remanente pequeño de hijos míos que me aman y viven y sufren por mi nombre. Y yo os digo hoy que, como la rama verde brota bajo la lluvia y crece sin que nadie la detenga, así crece ya mi pueblo en México, y yo mismo refrenaré toda arma que quiera detenerlo. Me habéis sido causa de mucha tristeza, pero esta pronto se convertirá en gozo, porque una visión y un futuro amanece sobre vuestra nación, que dará luz a muchas naciones.»

Hemos entrado al más poderoso mover del Espíritu de Dios, al último ciclo profético de la historia, y Satanás está llenando los corazones de pasividad, conformismo, pereza, dejándose llevar por los deseos de lujuria en los placeres de este mundo. Como esta escrito:

«Pues habiendo conocido y aceptado a Dios no le honraron ni glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. Sino que se envanecieron y quitaron a Dios en sus razonamientos (con vanas imaginaciones, razonamientos tontos y especulaciones estúpidas) y sus insensibles corazones fueron entenebrecidos. Proclamando ser sabios se hicieron fatuos; profesando ser listos se convirtieron en necios.»

—ROMANOS 1.21, 22, VERSIÓN LIBRE.

«El pueblo de Dios esta dormido; mientras el corazón de Dios esta llorando.»

Dios está gimiendo al ver que los cielos han sido abiertos sobre muchas naciones; al ver el fuego que Él mismo está derramando sobre su Iglesia para levantarla en majestad. Gime por-

que ya lo ha dicho, mas no cambiará sus tiempos, ni aun por el intenso dolor de ver a tanta y tanta gente dormida. La trompeta está sonando sobre toda la tierra. ¡El Señor viene súbitamente a su templo!

En este gran mover del Espíritu de Dios, vemos el desplegar más vasto sobre toda la faz de la tierra del manto profético de Dios sobre sus siervos. Él está levantando profetas, hombres y mujeres en los que ha puesto su visión con un profundo espíritu de intercesión y de guerra, y una sensibilidad sobrenatural para escuchar su voz. Son atalayas que velan en el Espíritu día y noche sobre los muros de la Iglesia. Cuando hablamos de manto profético nos referimos a la unción y a la autoridad con la que el Espíritu Santo reviste a personas escogidas de la Iglesia, para ir revelando y manifestando las profundidades y el conocimiento de Cristo, bajo el perfecto orden de la estructura divina:

“Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual descende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de las vestiduras; como el rocío de Hermón, que descende sobre los montes de Sión; porque allí envía Jehová bendición y vida eterna.»

—SALMO 133.2,3

Es penetrar en las cámaras secretas de Dios para escuchar de forma clara y cristalina su voz, revelándonos sus secretos ocultos y maravillosos. Como está escrito en el libro del profeta Isaías:

«Te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy Jehová el Dios de Israel, que te pongo nombre.»

—ISAÍAS 45.3

Y también dice:

«Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.»

—1 CORINTIOS 2.10

Cristo viene pronto y es necesario que su amada sea alistada. Es necesario que la Iglesia sea levantada para reconocer la voz de su Esposo. La Iglesia que ha despertado alaba, diciendo:

«La voz de mi amado se oye ya.»

—CANTARES 2.8, VERSIÓN LIBRE.

Conociendo y entendiendo a Dios:

«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna.»

—JUAN 10.27

El Señor habla a través de Jeremías, diciendo:

«No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar; en conocerme y en entenderme (personal y prácticamente, discerniendo y reconociendo mi carácter) que yo soy el Señor que hace misericordia, justicia y juicio en la tierra y en tales cosas me deleito.»

—JEREMÍAS 9.23,24, BAVI.

Este es un tiempo en el que Dios quiere hablar a su pueblo para preparar el momento de su venida. Igual que como vino el manto profético sobre Juan el Bautista, para preparar el camino. Entonces, el Espíritu dijo:

«Voz del que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados; y los caminos ásperos allanados y verá toda carne la salvación de Dios.»

—ISAÍAS 40.3, VERSIÓN LIBRE.

De esta misma manera Dios está desplegando un manto profético; y levantará hombres y mujeres suyos que muchos escucharán. Su voz será como una espada de dos filos, penetrando el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos. Su voz será escuchada en medio del desierto, que es la desolación y la derrota en que millones de creyentes viven actualmente. La voz de sus profetas será escuchada de tal manera y vendrá con tal poder de parte de Dios que derribará toda altivez de espíritu, levantará al caído, afirmará al de rodillas endebles y de corazón apocado. Será la voz salida del trono de Dios que sacudirá el reino de las tinieblas, y estremecerá hasta su derrota final a todos los poderes demoníacos. Será la voz del Altísimo, tronando

desde los cielos y manifestándose en la tierra. La voz que levantará al ejército glorioso de Dios, en toda la majestad y el poder con que lo vio el profeta Joel:

«Tocad trompeta en Sión, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano.

Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra, que sobre los montes se extiende como el alba. Vendrá un pueblo grande y fuerte; semejante a él no lo hubo jamás, ni después de él lo habrá en años de muchas generaciones.

Delante de él consumirá fuego, tras de él abrasará llama; como el huerto del Edén será la tierra delante de él, y detrás de él como desierto asolado; ni tampoco habrá quien de él escape. Su aspecto, como aspecto de caballos, y como gente de a caballo correrán.

Como estruendo de carros saltarán sobre las cumbres de los montes; como sonido de llama de fuego que consume hojarascas, como pueblo fuerte dispuesto para la batalla. Delante de él temerán los pueblos; se pondrán pálidos todos los semblantes. Como valientes correrán, como hombres de guerra subirán el muro; cada cual marchará por su camino, y no torcerá su rumbo.

Ninguno estrechará a su compañero, cada uno irá por su carrera; y aun cayendo sobre la espada no se herirán. Irán por la ciudad, correrán por el muro, subirán por las casas, entrarán por las ventanas a manera de ladrones. Delante de él temblará la tierra, se estremecerán los cielos; el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor. Y Jehová dará su orden delante de su ejército; porque muy grande es su campamento; fuerte es el que ejecuta su orden; porque grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?»

—JOEL 2.1-11

El mover profético del Espíritu de Dios está anunciando un tiempo de guerra sin precedentes. Un tiempo en el que veremos levantarse un ejército de oración, de intercesión y de guerra espiritual como nunca antes se había visto. Una Iglesia con diminutos grupitos de oración no va a sacudir a las naciones.

«Dios está levantando un ejército investido del fuego, del poder y de la autoridad del Dios viviente. Un ejército que esta desafiando las puertas del infierno. Un ejército nacido en medio de la visitación, cuyas bocas son carbón encendido y, ante el clamor de ellos, Jehová desciende de su santa morada.»

«Un ejército sustentado y revestido por la diestra de su poder, que provoca que el soplo del aliento de Dios desnude los cimientos de la tierra y queden expuestos a la reprensión del Altísimo. Un ejército cuya oración esté tan llena del dolor y de la angustia de Dios por la condición del hombre, que sacuda las potencias en los cielos y haga temblar la tierra.»

«Este es el mismo manto profético que descendió sobre David por mano del profeta Samuel. Ana, la madre del profeta, había derramado su alma en un tiempo en que el pueblo de Israel estaba muerto de hambre espiritual y desolación. El sacerdocio se había degenerado y perdido por la conducta del sumo sacerdote Elí, y el templo había sido profanado por sus hijos. Dios necesitaba un alma que clamara, que se pusiera en la brecha por la

restauración de los principios divinos.

»Y Dios escuchó el clamor de Ana, en cuyo vientre formó el despertar de una nueva generación de profetas que traerían el orden de Dios a su pueblo, y llevarían a la nación al más grande resplandor de gloria que jamás tuvo ni ha tenido el pueblo de Israel: El reino de Salomón.»²

El clamor dio a luz el manto profético, la unción de Samuel descendió sobre David, quien, lleno de:

- la fe de Dios,
- del conocimiento del corazón de Dios,
- de su adoración,
- de la unción profética,
- del clamor de su oración,
- de la unción de guerra...

...cambió la historia de su época sometiendo a todos sus enemigos, y recibió de Dios los planos que traerían la gloria de Dios sobre su santo templo.

Mucho oímos y clamamos a Dios por un gran avivamiento, pero ciertamente no vendrá sin que antes Dios levante un mover profético, de intercesión, de dirección divina y de guerra, que saque a la luz los yacimientos de iniquidad que se han levantado como fortalezas en los aires sobre nuestras ciudades y naciones.

Hay ciudades y regiones enteras que no podrán ser penetradas por el Evangelio hasta que una acción determinante conquiste las esferas de tinieblas que las mantienen en cautiverio.

David lo había entendido; él sabía que la única forma de enfrentar las fuerzas del mal era llegando hasta el corazón de Dios, postrado, gimiendo por la victoria y adorándolo por su grandeza.

«Y clamé a mi Dios. Él oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó delante de él a sus oídos. La tierra fue conmovida y tembló; se conmovieron los cimientos de los montes, y se estremecieron, porque se indignó Él.»

—SALMO 18.6,7

En estos tiempos, en que Jehová ha establecido que la gloria

2- Paráfrasis de una enseñanza del Dr. Rony Chavez.

de la casa postrera será mayor que la de la casa primera, Dios está formando corazones. Corazones que ya no clamen por pura y vana religiosidad o por lo que sea necesario, sino corazones que laten a un ritmo tan parecido al del Altísimo que escuchan su llanto y lo sienten como suyo; que perciben su santa indignación ante este mundo perdido, y al mismo tiempo se conmueven como el de Dios al darse cuenta de su amor tan profundo y comprometido por su creación y por sus hijos. Corazones que palpitan clamando por la eterna misericordia, el «Hessed» de Dios, que es: «El paciente, duradero, tierno y leal amor de Dios para con el hombre.»

«Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida ... Entre tanto, mi pueblo está adherido a la rebelión contra mí; aunque me llaman el Altísimo, ninguno absolutamente me quiere enaltecer.»

—OSEAS 11.4,7

Y continúa hablando Dios desde lo profundo de su corazón en infinita misericordia, a través del profeta Oseas:

«¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ... Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión.»

—OSEAS 11.8

David lloraba con Dios, sacudía y conmovía el amor de Dios hasta que los cielos y la tierra temblarán, hasta que la justicia viniera, hasta que la mano libertadora de su poderoso Dios sometiera a sus enemigos. David no se conformaba con oraciones sencillas y estructuradas. Él anhelaba la presencia de Dios, se derramaba en adoración aun a costa de ser humillado. Había encontrado el secreto de tocar el corazón de Dios; su oración era de tal manera poderosa que dice en el Salmo 18, en medio de su clamor:

«Humo subió de su nariz, y de su boca fuego consumidor; carbones fueron por él encendidos. Inclino los cielos, y descendió; y había densas tinieblas debajo de sus pies ... Tronó en los cielos Jehová, y el Altísimo dio su voz; granizo y carbones de fuego. Envio sus saetas, y los dispersó; lanzó relámpagos, y los destruyó.»

—SALMO 18.8,13

La unción profética que residía en David inclinó los cielos y trajo la presencia de Dios. Trajo una visitación de tal magnitud que no hubo enemigo que pudiera hacerle frente. Dios hablaba y el juicio venía, el fuego de Dios descendía y consumía, al mismo tiempo que la revelación de un nuevo y glorioso Tabernáculo se presentaba ante sus ojos, en una visión de la adoración angélica ante el trono de Dios.

Esta es la misma unción que está siendo derramada por el Espíritu Santo. Una unción nacida en el corazón de Dios y desde el trono de Dios. Una unción por el manto profético, que traerá la visitación más grande del Espíritu Santo, para penetrar los secretos de Dios y para demoler las fortalezas más grandes, los principados y poderes de las tinieblas. Es una unción que levantará el poderoso ejército de Dios, tal como lo hizo en su tiempo con los menesterosos de la cueva de Adulam. Este es el tiempo en que el débil será levantado, el abatido, el afligido de espíritu y el desamparado vendrán a ser los valientes de la armada de Dios. Este es el tiempo en que la unción profética está transformando pequeños pastores de campo en los reyes que gobernarán con vara de hierro las naciones. Es el tiempo en que aun el más pequeño podrá ser levantado, y el vil y el menospreciado serán llamados grandes en la casa de Jehová.

La unción profética viene como en el caso del profeta Jeremías y del profeta Daniel, con una manifestación de profunda intercesión que se identifica con el pecado del pueblo, que hace lamentación por la condición de la iglesia y que al mismo tiempo declara los juicios que Dios está trayendo.

El manto de Elías y la unción del fuego

LA UNCIÓN PROFÉTICA está descendiendo de la misma forma en que la manifestación del Espíritu divino cayó sobre Elías. En el libro de los Hechos, después de hablar del tiempo de la restauración de todas las cosas en los últimos tiempos a través del cumplimiento profético, dice lo siguiente:

«Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo. Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.»

—HECHOS 3.22-25

Aquí el Espíritu está profetizando que, cuando llegase el tiempo de la restauración de todas las cosas, sería derramado un espíritu profético como jamás en la historia fue hecho. Esta será la voz de Jesucristo, vivificada por el Espíritu Santo, trayendo el cumplimiento de todo lo que fue hablado desde el tiempo antiguo. Será la trompeta de Dios que alistará al ejército escogido; la voz del Espíritu de Dios despertando al espíritu de la profecía que, como lo describe el ángel en Apocalipsis:

«Es la sustancia, la esencia de toda verdad revelada por Jesús, es el espíritu de la profecía, el aliento vital de todo mensaje inspirado y la interpretación de la voluntad y los propósitos divinos.»

—APOCALIPSIS 19.10, BAVI.

Esta manifestación del Espíritu Santo será lo que le dé contenido y significado al pacto de Dios con sus hijos, para ser puestos como cabeza sobre los impíos; como luminarias en medio de las tinieblas; como antorchas de fuego que incendian otros fuegos. Será la unción divina que nos levantará para ser bendición a todas las familias de la tierra.

Nos estamos refiriendo a la misma manifestación del Espíritu de Dios que vino sobre Elías y del cual profetizó el Señor Jesús, diciendo:

«A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista.»

—MATEO 17.11-13

Esta es, como vemos, una aparición del Espíritu de Dios enviado con un motivo específico en estos momentos tan determinantes de la historia. Una aparición fundamental para preparar la tierra, tanto para la primera como para la segunda venida del Señor.

Malaquías profetiza el advenimiento del Señor precedida de la misma manifestación de su Espíritu:

«Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrazará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos. Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel. He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y temible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición [una reconciliación producida por el arrepentimiento de los impíos].»

—MALAQUÍAS 4.1-6, BAVI, ÉNFASIS AÑADIDO.

El manto profético que estaba sobre Elías y que después vino sobre Juan el Bautista traerá consigo una presencia del Es-

píritu de Dios para redargüir y convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ya ha sido desmenuzado. Es imprescindible que cada cristiano entienda la suma importancia de la santidad, sin la cual, como afirma la Palabra, nadie verá al Señor. Dios está hablando y produciendo, a través del Espíritu Santo, un desbordante fruto de arrepentimiento y entendimiento de la posición preeminente de la Iglesia que está preparando el camino del Señor. Esto lo vemos reflejado en el ministerio de Juan el Bautista:

«Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego. Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces ¿qué haremos?»

—LUCAS 3.7-10

Hoy la Iglesia en su pereza, hoy el pueblo de Dios en su tibieza y su conformismo está diciendo delante del Espíritu que está siendo derramado: «Yo puedo seguir caminando tranquila, coqueteando con el mundo, porque Dios es Dios de misericordia. ¡Que la obra la hagan los pastores; para eso los puso Dios ahí!»

Para que Dios traiga la manifestación de su gloria más grande debe traer un avivamiento de arrepentimiento sobre su Iglesia. Si estamos hablando de guerra espiritual y la guerra ya ha sido declarada por Dios, la primera batalla a ser librada es contra las fortalezas de pecado y de indolencia en nosotros mismos. Una guerra de fe, de esperanza contra esperanza que nos doblegue, hasta llegar a la cruz a morir a nuestra carnalidad y a nuestros deseos pecaminosos.

El poder ha sido desatado, el Espíritu todopoderoso del Dios viviente mora en ti y está sobre ti para deshacer las obras del Diablo.

«¡Cristo en nosotros la esperanza de gloria! No hay poder, no hay fortaleza, no hay ataque demoníaco que el Espíritu de Dios, viviendo en ti, no pueda destruir. ¡Cualquier otro argumento es mentiroso; procede del padre de mentira que es Satanás, porque las armas de nuestra milicia no son carnales sino poderosas en Dios para demoler fortalezas, llevando cautivo todo pensamiento, toda argucia y toda imaginación a la obediencia de Cristo!»

Dios esta desplegando el espíritu de Elías para traer confrontación con el pecado, y para desafiar el poder del diablo.

Antes del avivamiento, antes de la gran cosecha de los últimos tiempos, debe venir un mover de arrepentimiento y de intercesión tan poderoso que veamos, en forma categórica, un ejército lleno de la unción y de la autoridad de Dios, arrebatándole con violencia espiritual las almas al diablo.

Los que dan testimonio del gran evangelista y precursor del movimiento metodista, Charles Finney, varón de Dios usado para uno de los grandes avivamientos de su época, cuentan que en sus predicaciones el fuego del Espíritu Santo venía de tal manera convenciendo de pecado, que literalmente se sentían las llamas del infierno y multitudes caían postradas a los pies de Cristo.

Esto no sucedía por el denuedo de un gran predicador sino por un hombre que conoció que el nombre de Jehová de los Ejércitos es: Varón de Guerra.

Charles Finney conquistó naciones para Cristo porque se apartaba a los bosques, y en la quietud de la naturaleza empezaba a llorar y a interceder. De tal manera anhelaba las almas que todo su ser, investido del Espíritu de Dios, gemía en tal profundidad de dolor, que sacudía los cimientos de los cielos. En-

tonces Dios descendía con sus ángeles y empezaba a romper las cadenas de los cautivos, a quitar las vendas de los ojos. (Ver La intercesión que libera naciones, capítulo 12).

El manto profético que está siendo desplegado en la manifestación del espíritu de Elías, es la voz del cielo que está hablando y está diciendo: «Todo espíritu que no pueda ser transformado, todo ministerio que no pueda ser cambiado por el poder de mi Espíritu está muerto; el hacha está ya puesta a la raíz y será cortado.»

Aquel día en que el Señor me hizo entrar dentro de su corazón, que me permitió tocar sus lágrimas, su voz venía sobre mí y me decía: «¡Clama; clama por mi pueblo, porque el rostro de muchos de los que has visto será cortado. Yo he estado intercediendo por ellos, pero ellos no quieren atender la voz de mi Espíritu. Voy a enviar el fuego que levantará a mi ejército. Él levantará a mi Iglesia gloriosa, en la cual voy a manifestar los grandes prodigios que ojo no vio ni oído oyó; pero ese fuego también va a consumir a los rebeldes!»

Era una tristeza divina que hacía que todo mi ser agonizara. Una tristeza como la que sintió Jesús en el jardín de Getsemaní, cuando nos tenía presentes a cada uno de nosotros y su alma se derramaba, diciendo: «Me consume la tristeza hasta la muerte.» Él ya estaba viendo los que rechazarían su sangre, los que nunca habrían de producir fruto, los que habiendo conocido la Palabra se volverían al mundo, los que iban a ser cortados de la rama del olivo. Él estaba clamando y deshaciéndose de amor por ellos.

El sermón de Juan el Bautista del cual habláramos páginas atrás, continúa con los dos ingredientes que le darían a la iglesia primitiva el poder para conquistar el mundo de su época:

«Respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.»

—LUCAS 3.16,17

La palabra bautizar significa sumergir, hundir, teñir (cambiar de color). El bautismo con Espíritu Santo y fuego es la revelación del fuego de Dios que está descendiendo sobre la Iglesia,

y que trae una convicción tan fuerte al corazón del hombre que este cae postrado de arrepentimiento delante de Dios, y dice: «¿Qué haré Señor? ... Heme aquí.»

El Espíritu del Señor ha sido enviado para preparar la segunda venida de Cristo, por medio de una gloriosa visitación del fuego divino destinada a convertir y limpiar el alma de su pueblo y enderezar los caminos. Todo el que no oyere la voz del Espíritu tocando la trompeta para alistarse, ciñendo los lomos de su entendimiento y aprestándose para la guerra de Dios, todo aquel que no oiga, que se haya ensordecido por el ruido del pecado, de la soberbia y de la inmundicia de este siglo... ¡será cortado! El hacha está puesta, dice el Señor.

«He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quién deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿O quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia.»

—MALAQUÍAS 3.1-3

¡El os bautizará en Espíritu Santo y fuego! ¡El es como fuego purificador! Mucho se ha predicado acerca de que el bautismo en fuego son generalmente las pruebas. Sin embargo, yo veo mucha gente pasar y pasar por pruebas y jamás tienen una experiencia con el fuego de Dios. Hay que hacer una importante distinción entre las pruebas:

- 1- Las que vienen como consecuencia del pecado.
- 2- Las enviadas directamente desde el Cielo, para nuestro crecimiento.
- 3- Ese tipo especial y único, que son las que nos llevan al encuentro con el fuego divino. Es ese fuego del cual nos habla el apóstol Pedro, que hace que el glorioso Espíritu de Dios repose sobre nosotros:

«Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por

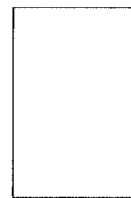
cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.»

—1 PEDRO 4.12,13

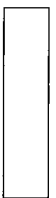
La primera de ellas —la mayoría de las pruebas por las que pasa el pueblo cristiano— es, desgraciadamente, el resultado de sus transgresiones y desobediencias o porque hay puertas abiertas en sus vida por las que el diablo se mete a robar, a matar y a destruir. Ese tipo de tribulaciones, que más bien son reprensiones del Padre Celestial, nunca podrán traer el fuego de Dios.

El segundo tipo está constituido por las instrucciones del Señor en sus caminos inescrutables, las cuales nos llevan a la madurez.

Pero la tercera es cuando la mano del Altísimo lo toma para introducirlo «al valle de sombra de muerte» donde su vara y su cayado infunden aliento. Este es el lugar del quebrantamiento, donde se pasan las fronteras de lo natural para encontrarse con Dios, cara a cara. Es el subir escabroso de «nuestro Sinaí», para penetrar en el fuego de Dios. Es cuando al final del valle se escucha la voz del Espíritu, diciendo: «Unjo tu cabeza con aceite, tu copa esta rebosando.» Es el momento sublime después del holocausto, en el que el olor de la grosura sube como aroma fragante hasta el Lugar Santísimo, en las alturas.



«El fuego es algo muy profundo; es la manifestación de un poder irresistible, porque este tipo de fuego es de origen divino.»



El fuego es una manifestación gloriosa de la presencia de Dios que consume y quema la escoria del hombre, que refina la plata y el oro. Es una lluvia del fuego celestial que cae y consume con arrepentimiento e inviste de poder el espíritu del hombre que ha llegado a la cima. Es la gloria de Dios que fue manifestada en aquel día de la pesca milagrosa y produjo que Pedro cayera postrado, diciendo: «aléjate de mí Señor porque soy hombre pecador.»

Es la *shekiná* de Dios, la gloria exteriorizada del Altísimo, el

fuego resplandeciente que el hombre no puede resistir sin descalzarse y decir, prostrado: «¡Padre, esta tierra es santa porque tu presencia la está llenando!» Es el mismo fuego que brilló en «la zarza». No era ninguna prueba, no era ningún escarnio para Moisés, sino la manifestación gloriosa que lo iba a levantar como libertador de Israel; era la revelación del Dios vivo que lo llevaría delante de Faraón; era la fuerza, el *dunamis* del Dios Todopoderoso con el cual confrontaría el imperio de las tinieblas. Era la llenura del Espíritu en toda su plenitud, que lo haría pararse delante del soberano y temido imperio egipcio, y decir: «¡Faraón: Así dice Jehová: «¡Deja ir a mi pueblo!»»

Ese mismo fuego está descendiendo hoy sobre la Iglesia, levantando hombres y mujeres ungidos en la autoridad de Dios que se pararán delante del diablo, que se convertirán en verdaderos guerreros de oración. Soldados del ejército de Dios, capacitados para soltar la palabra, para arremeter contra las puertas del infierno y ordenar a los principados y a las potestades, diciendo: «¡En el nombre de Jesús, dejen ir al pueblo de Dios!»

La unción, el manto profético, está invistiendo labios con fuego, con carbón encendido, creando gargantas que suelten la voz como saetas, que saldrán como la saeta ungida por Eliseo, decretando:

«Saeta de salvación de Jehová, y saeta de salvación contra Siria; porque herirás a los sirios en Afec hasta consumirlos.»

—2 REYES 13.17

Es la voz incendiada por la misma llama de fuego de los profetas de Dios la que sacudirá nuestras naciones, la que con su poder derribará las fortalezas del mal y asolará el imperio del diablo. Es la palabra decretada por el apóstol Pablo:

«Para que la multiforme sabiduría de Dios, sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales.»

—EFESIOS 3.10

Es el mismo fuego que descendió cuando Elías, lleno de celo divino, de la inmersión en la potencia del Espíritu de Dios, se paró delante del rey Acab y decretó, diciendo:

El manto de Elías y la unción del fuego

«Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy.»

—1 REYES 17.1

¡Cuánto necesita la iglesia actual de hombres y mujeres cimentados y plantados en la presencia de Dios. No vemos autoridad porque la mayoría busca métodos ya utilizados para echar fuera demonios; porque es más fácil preguntar cómo lo hizo este, o cómo lo hizo aquel que humillarse, que negarse uno mismo hasta encontrarse cara a cara con el fuego, hasta escuchar la voz de Dios resonando en nuestro espíritu.

Entonces es cuando «sabes que sabes» que Dios está contigo. Entonces te puedes parar delante del opresor de tu nación, del angustiador y torturador de tu ciudad y de tu familia, y decirle con la total certeza del Espíritu de Dios: «Satanás: ¡Vive Jehová en cuya presencia estoy, y, en el nombre de Jesús, sal fuera!»

El diablo sabe quién es Jesús, sabe quién es Pablo y sabe quiénes son los ungidos de Dios.

La unción de fuego que está descendiendo a través del manto profético que estuvo sobre Elías es una unción de violencia espiritual:

«Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de Dios sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.»

—MATEO 11.12

«Es el nombre de Cristo Jesús, unido a la palabra ungida, la que produce un poder tan grande que hace temblar los cimientos del imperio del diablo, y ni los poderes ni los principados ni los gobernadores de las tinieblas lo pueden resistir.»

Es una unción militante para confrontar las fuerzas del diablo, para sacudir los pensamientos endebles por los que el pueblo claudica entre el amor de Dios y el amor al mundo (lo cual

es enemistad contra Dios). Es una unción guerrera y de agresividad divina que arrebató las promesas de Dios, que nos llena de la revelación y el conocimiento de quiénes somos como hijos del Omnipotente:

«De cuales son las riquezas en gloria que son la herencia de los santos. De cual es esa supereminente grandeza del poder de Dios que opera a través de los que creen, según la operación de la potencia de su fuerza que levantó a Cristo de los muertos.»

—EFESIOS 1.18-20, VERSIÓN LIBRE.

En nuestros días está viniendo una manifestación del poder de Dios que apartará y santificará a la Iglesia. Es el tiempo de rescatar lo que pueda ser rescatado y de restaurar todo lo que pueda ser restaurado.

Dios está enviando una unción de fortaleza interior. Es una unción que revela, en forma viva y eficaz, las armas de nuestra milicia. Porque Dios está demostrando al mundo el poder de su verdadera Iglesia.

«En aquel día, dice Jehová, juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada, y a la que afligí; y pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta; y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora y para siempre. Y tu, oh torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sión, hasta ti vendrá el señorío primero, el reino de la hija de Jerusalén ... Levántate y trilla, hija de Sión, porque haré tu cuerno como de hierro, y tus uñas de bronce, y desmenuzarás a muchos pueblos, y consagrarás a Jehová su botín, y sus riquezas al Señor de toda la tierra.»

—MIQUEAS 4.6-8, 13

«¡La trompeta esta siendo tocada. Gózate, oh hija de Sión, porque el tiempo de tus desolaciones han terminado! ¡Dios está haciendo llover en el desierto!»

El fuego tiene que ser derramado para enderezar el camino del Señor. Satanás, como ya lo mencioné, está desplegando el

ataque más grande de la historia sobre la Iglesia de Cristo Jesús. Pero antes de que el diablo pueda dañarla, el Señor viene como fuego purificador a quemar toda escoria de los que son suyos. Los cimientos están siendo sacudidos para que cada uno vea si, ciertamente, está fundamentado en la Roca, que es Cristo:

«Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se haba manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cual sea, el fuego la probará.»

—1 CORINTIOS 3.11,12

¿Cuándo será este día, que traerá a la luz todas las cosas? Romanos 13.12 dice:

«La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos “las armas de la luz”.»

—ÉNFASIS AÑADIDO.

La guerra ha sido declarada y ya nos han sido dadas las armas para destruir el imperio del diablo. El fuego viene para quemar lo que no sirve y revestirnos de la invencibilidad de Cristo Jesús.

El manto profético en la unción de Elías es un poder divino que abre los ojos espirituales para ver en las cámaras secretas del diablo, para ver las estrategias del enemigo antes de que sean lanzadas y ahí, en su propio cuartel, deshacer sus planes.

«La fortaleza del diablo puede ser asaltada por sorpresa; los muros de su reino son expugnables; sus murallas son franqueables. Porque Satanás ha sido destruido, su imperio expuesto a vituperio y aplastado en la cruz por la sangre del que ascendió al trono, el Rey de reyes

y Señor de señores, ante el cual toda rodilla se tendrá que doblar. ¡Gloria a Cristo, que vive y reina para siempre!»

El espíritu de Elías es también el que se para delante de las fuerzas del diablo y les dice: «¡Vive Jehová en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia!» Decreta el juicio sobre el imperio de Satanás y trae asolamiento en el terreno enemigo. Es también un profundo espíritu de oración que penetra las dimensiones celestiales; un espíritu de sabiduría divina, de dirección sobrenatural de Dios. Es un espíritu que nos sumerge en la presencia de Dios; que nos lleva a depender de tal manera del mover del Omnipotente, tal como los querubines en la visión de Ezequiel, quienes se movían al unísono con la gloria de Dios. Esto es lo que hablaba el Señor acerca de los que son nacidos del Espíritu, que son como el viento, que sopla de donde quiere y oyes su sonido, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va.

Es el Espíritu mismo de Dios revelando las profundidades de Cristo; llevándonos hasta ese viento, ese silbo apacible que vino sobre el profeta Elías para ungir reyes, profetas y ver emerger los 7000 que no habían doblado sus rodillas ante Baal.

Es una manifestación del Espíritu que levanta nuestra oración y la hace llegar delante del arca de gloria en el tabernáculo celestial. Una oración como la que describe el apóstol Juan en la visión del Apocalipsis (capítulo 8), que sale del altar de oro que está delante de Dios. El lugar donde el ángel descendió y le añadió incienso a las oraciones de los santos, para después tomar en su mano el humo que salía del incienso y traerlo a la presencia de Dios. Luego el ángel tomó el incensario y lo llenó con fuego del altar y lo arrojó a la tierra. Y hubo truenos, voces, relámpagos y un terremoto. Dios esta levantando guerreros e intercesores que literalmente están produciendo terremotos, en los cielos y en la tierra.

El Espíritu está produciendo una oración expectante; una oración que sabe que algo va a suceder, porque está respaldada por la palabra de fe, que es la sustancia, la certeza y la convicción de lo que no se ve. Una oración desprendida de aquel que por el Espíritu puede mirar las cosas que no se ven y saber que

pasarán de lo invisible a lo visible. Elías vio la lluvia que azotaba los cielos en las regiones invisibles del Espíritu y no cesó. Soltó la palabra creyendo con convicción de que era Dios el que lo respaldaba. La proclamó una y otra vez hasta que el criado volvió, gritando: «¡Del mar ha subido una nube del tamaño de la palma de una mano!» Entonces el profeta corrió a Acab, el rey, y le dijo: «Unce tu carro y desciende para que la lluvia no te ataje.»

Dios está hablando a la Iglesia y le esta diciendo: «Lo que has visto hasta ahora del mover de mi Espíritu es tan solo la nube del tamaño de la palma de una mano, porque una lluvia grande en extremo está por venir sobre mi pueblo, la cual sacudirá con el poder de mi diestra las potencias de los cielos y de la tierra. Porque «acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones» (Isaías 2.2).

Ha llegado el tiempo en que Dios se manifieste y sean avergonzados los dioses paganos y los que los sirven. Es hora de que, investidos del poder de Dios, digamos como Elías:

- ¡El Dios que responda por fuego, ese sea Dios!
- ¡El Dios que nos bautiza en fuego, ese sea Dios!
- ¡El Dios que transforma el corazón del hombre, ese sea Dios!
- ¡El Dios que dispersa nuestros enemigos, ese sea Dios!
- ¡El Dios que sana a los desahuciados y resucita a los muertos, ese sea Dios!

Por demasiado tiempo la Iglesia aletargada e indolente ha dejado que Satanás haya ido ganando el territorio que nos fue dado por precio de sangre.

Ha llegado la hora de despertar. Ha llegado la hora de parar la obra del diablo y derribar las puertas del infierno.

«Satanás, confiado durante siglos ante un cristianismo temeroso, y acostumbrado a atacar sin encontrar casi

resistencia, no había aprendido a defenderse porque nunca había sido atacado hasta hoy por un ejército organizado en la sabiduría y el poder de Dios.»

Hoy Dios le ordena a su pueblo:

«¡Levántate de la depresión y de la postración en que te habían tenido atado las circunstancias hasta ahora! ¡Amanece a una nueva vida! ¡Brilla! ¡Resplandece y que tu ser irradie la luz cegadora de la gloria de Jehová! Porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová se ha alzado sobre ti, como el sol se levanta en el horizonte.»

—ISAÍAS 60.1, VERSIÓN LIBRE.

Este es el tiempo para que los profetas de Dios suelten la palabra y el fuego descienda. El momento en que la doble unción será desatada, porque mayor será la gloria de la casa postrera que la de la casa primera; la que logrará traer libertad a los cautivos, a los presos apertura de la cárcel, a los enfermos sanidad y óleo de gozo en lugar de espíritu abatido.

Por demasiado tiempo la Iglesia ha permitido espíritus de división, de crítica, de juicio, de envidia, de sectarismo y de celos. Dios ha dicho: «¡Basta! Mi iglesia es como aquel valle de huesos secos que yo le mostré a mi profeta Ezequiel. Entonces le dije: “Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd la palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová” (Ezequiel 37.4-6).»

Es necesario que el mismo Dios intervenga para que podamos ver una unidad real de la Iglesia. Y esa es una de las razones por las que está haciendo descender su manto profético.

Son los profetas de Dios los que, llenos de la unción, podrán profetizar y ver cómo el Espíritu empieza a juntar hueso con hueso. Esto no será obra de ningún hombre sino del Espíritu Santo de Dios. Quizás, aún en medio de la división imperante, hemos empezado a ver huesos vivos; porque hay huesos vivos

y huesos secos. Pero una cosa es cierta: jamás sabremos qué son los tendones y cómo sube la carne (es decir, la esencia y la revelación de Cristo en su infinita profundidad) hasta que los huesos estén juntos.

Es necesario que sean levantados hombres y mujeres escogidos, afines y extremadamente sensibles a la voz de Dios, quienes conociendo los tiempos y la voluntad del Señor, profeticen al Espíritu: «Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos y vivirán.» Y como lo vio Ezequiel, ellos verán a la Iglesia revivir y levantarse firme sobre sus pies, formando «un ejército grande en extremo».

Es primordial que la Iglesia reciba la revelación de que somos un ejército levantado por Dios para someter a todos los enemigos por estrado de los pies de Cristo. Son enemigos que Dios ya los entregó en nuestras manos, pero tenemos la enorme responsabilidad de establecer esta victoria hasta el último rincón de la tierra, para su honra y su gloria.

Dios ya lo está haciendo. Por todo el mundo hay un ejército que está arrebatando de los cielos la unción y tomando el mandato de Dios para declararle al diablo una guerra sin precedentes.

«¡Es tiempo de guerra
...y de victoria!»

Dios me permitió mirar en el mundo espiritual

ESTIMO NECESARIO ESCRIBIR brevemente parte de mi testimonio personal. Son años sobrecogedores y terribles que pertenecen a un pasado que hoy es para mí remoto y lejano. No puedo negar que, al recordarlos, mi alma se estremece por el infinito amor de Dios. Pero si no hubiera sobrevivido a aquellos trágicos días de horror y de entrega a las fuerzas demoníacas, hoy no tendría la perspectiva y el conocimiento tan claro que Dios me ha dado acerca del reino de las tinieblas.

Era esa red de la que «dicen» que nadie puede salir vivo, porque las ataduras satánicas parecen indestructibles. Pero nada es imposible para el León de Judá, el Rey de reyes y Señor de señores. Y Jesucristo, penetrando en mi interior, me llamó por mi nombre, y tomándome de la mano me trasladó al reino de su luz admirable, para que hoy pueda revelar, para su gloria, los secretos del reino de nuestro enemigo.

Dios me rescató del borde de la muerte. Estaba allí como consecuencia de haberme involucrado profundamente en el ocultismo, hasta el punto de llegar a tomar el sacerdocio en magia vudú, en la isla de Haití.

Mi corazón, pese a ese terrible engaño en el que me había ido enredando Satanás, nunca dejó de buscar a Dios, y el Señor siempre lo supo y me tenía apartada para su servicio desde an-

tes de la fundación del mundo. Él quería salvaguardarme de las terribles abominaciones que cometería y que llevarían a mi alma hasta las puertas de la muerte. Cuando yo tenía 18 años, Jesús descendió de las alturas para visitarme en una forma totalmente sobrenatural e inexplicablemente hermosa.

Era de noche y el cielo estaba nublado por ser temporada de lluvias. Estaba en mi habitación preparando un examen final, cuando algo me sacó de la concentración de mis estudios.

Empecé a sentir el impulso de que una fuerza muy poderosa, como un imán, me atraía irresistiblemente hacia la ventana. No me podía negar a su llamado; era algo mucho más fuerte que yo. Así que me levanté con gran curiosidad para ver qué era, qué me deparaba del otro lado del cristal.

Cuál fue mi sorpresa cuando miré hacia el cielo y vi que, en medio de esas densas nubes, refulgía una luz maravillosa, como la de una gigantesca estrella, cuyo resplandor nada podía ensombrecer. Me quedé unos momentos tratando de buscar inútilmente una respuesta sobre aquello tan bello que veían mis ojos, cuando ocurrió el portento de que una luz intensísima se desprendió de la estrella y entró por la ventana, llenando toda mi habitación con un fulgor deslumbrante.

Caí como muerta al suelo. No podía levantar el rostro. Estaba totalmente paralizada y no podía realizar el menor movimiento. De mis ojos comenzaron a brotar lágrimas incontenibles que salían de lo más profundo de mi corazón incrédulo, ante la realidad de la existencia de una bondad tan infinita y de un amor tan increíblemente grande que es imposible definir con palabras humanas.

La mezcla de los sentimientos más contradictorios se encontraban en mi interior. Me sentía el ser más pequeño e inundo sobre la tierra. Y a la vez, la mujer más afortunada. Mis ojos veían lo que veían; mis oídos escuchaban lo que oía, pero mi mente era incapaz de poder comprender lo que estaba fuera de toda comprensión.

De pronto dejé de ver lo que me rodeaba. Fue como ese éxtasis que describe el apóstol Pablo, en el que no sabía si en el cuerpo o fuera del cuerpo había sido trasladado al «tercer cielo».

Yo tampoco lo sé, pero sí sé que mis ojos, durante un tiempo en aquel lugar donde el tiempo no existe, vieron la grandeza del trono de Dios. Sobre todo, me di cuenta de que estaba inmersa

en la sabiduría absoluta, donde todo conocimiento coexistía en una armonía total. Mientras estaba allí, todo lo sabía y nada me era oculto.

¿Cuánto tiempo pasó? No lo sé. Pero cuando la visión se fue y poco a poco mi cuarto volvió a hacerse presente ante mi vista, me encontré con un papel escrito con letra trémula, escrita por mis manos durante aquella experiencia. Aquella nota reproducía un mensaje que el mismo Jesús quería que no olvidase nunca. Decía:

«Yo soy Jesucristo tu Señor, y he venido a decirte que en su tiempo me daré a conocer a ti, porque serás mi sierva y vendré a ti a través de un hombre de ojos azules.»

Aquella visitación marcó mi juventud. No sabía qué hacer. Jamás nadie me había hablado de Jesucristo como un salvador personal. Ni, menos aun, sobre la existencia de una iglesia cristiana donde se leyera la Biblia. Equivocadamente para mí, la única religión «cristiana» que conocía era la católica, y creyendo que era la que más me acercaría a Jesús, empecé a asistir todos los días a misa.

Al poco tiempo me trasladé a la ciudad de París, en Francia, donde viviría por alrededor de dos años. En este frío país, tan distante de Dios, mi fe se fue secando. Pese al esfuerzo gigante que hacía por ir todos los días a misa —ante la burla y la incompreensión total de los que me rodeaban— mi corazón iba perdiendo el ánimo poco a poco. Aquel maravilloso fuego se iba apagando.

Y llegó el día en que tuve que aceptar que mi amado Jesús no estaba en esas frías y ritualistas ceremonias. Solo Dios sabe cuánto y con cuánta desesperación lo busqué en el catolicismo, hasta que, desilusionada, dejé de asistir para siempre.

Fue durante ese lapso de frustración y de búsqueda cuando el diablo no desaprovechó la ocasión para tenderme el lazo. Empecé por meterme en todo lo que me sonara a espiritual, ya que, en el mundo, este es el término que se usa para fomentar las experiencias que, supuestamente, levantan el espíritu del hombre a planos más cercanos al Creador. En mi desconocimiento y en mi sed por encontrar ese «algo más» que no hallaba, mi mente y mi conciencia lo aceptaron como algo bueno.

Lo que no sabía es que estaba penetrando por las puertas invisibles del territorio espiritual, gobernado por el príncipe de las tinieblas; un plano existencial tan real como el que ven nuestros ojos y palpan nuestros sentidos.

Sabemos que Dios es espíritu, que el hombre es esencialmente espíritu, pero también debemos aceptar que el diablo y sus huestes son espíritus también. Y hay una ley que se ha demostrado indudable: «Toda verdad tiene su paralelo: tal como es en lo natural, también lo es en lo espiritual» (Dr. Morris Cerullo).

En el mundo cotidiano hay un principio legal que afirma: «El desconocimiento de la ley no exime de la culpa.» Desgraciadamente, la terrible ignorancia acerca de la dimensión espiritual y de las leyes que la rigen, nos hacen caer en gravísimos errores que nos conducen a nuestra destrucción eterna. Como dice el proverbio:

«Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte.»

—PROVERBIOS 14.12

¡Cuán ciertas son las palabras de nuestro Señor, cuando dice: «Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento» (Oseas 4.6)! No tenemos más que echar una mirada a nuestro derredor para ver a miles de personas padeciendo inútilmente, sufriendo por su propia ignorancia y dedicándose, sin darle ninguna importancia, a abrirle puertas al diablo «por no saber». En parte esto es culpa de no haber sido enseñados, pero también está la culpa personal por no haber sentido el deber de todo ser humano de buscar la verdad.

Jesús respetó mi libre voluntad y no se interpuso en mi descenso en la magia, en mi búsqueda de lo sobrenatural, donde acabé encontrándome con el falso poder del «Príncipe de las tinieblas». Sin embargo, Él nunca dejó de protegerme; nunca me abandonó en las situaciones más peligrosas; nunca dejó de estar a mi lado.

¿Por qué? Para que su propósito eterno se cumpliera en mi vida: «Denunciar por todo el mundo la falsedad y las terribles consecuencias que se esconden tras los aparentemente inocentes juegos del ocultismo.» Esto es, desentrañar los abominables secretos que se agazapan tras «La Ouija», «La magia blanca» (que

nunca ha existido y es tan solo otra forma de magia negra), «el vudú» y el lado oscuro de la idolatría y del esoterismo. En fin, una larga lista de «abominables engaños» que culmina en las puertas mismas del infierno. Y luego, con la verdad al desnudo, con Satanás al descubierto, anunciar las virtudes de Aquel que nos sacó de las tinieblas a la luz, de aquel que es nuestra única esperanza, ya que es el único camino, la única verdad y la única vida.

Dios estaba mostrándome algo que forjaría en mí: un poderoso ministerio de guerra espiritual y de liberación. Y si digo que es poderoso no es ninguna jactancia de habilidad humana, sino porque sé en quién he creído y conozco el poder de Aquel que opera dentro de mí. ¡Cristo en nosotros, la esperanza de gloria!

Él usaría para bien aquella desviación mía, llevándome a entender y a conocer de cerca a quien después sería mi más férreo enemigo: el diablo. Hoy sé que los más grandes estrategas de guerra que ha habido en la historia son los que más sabían acerca de sus adversarios. Doy gracias a Dios por su misericordia para conmigo, porque de lo vil y de lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios, y donde sobreabundó el pecado, sobreabundó la gracia.

«Dios tiene una especialidad
y consiste en tomar lo peor
de tu existencia y usarlo para
convertirlo en lo mejor.»³

¡A el sea toda la honra,
todo el poder y toda la gloria!

En aquella época aprendí muchas cosas acerca del diablo. Por eso hoy sé contra quién nos estamos enfrentando y que tenemos todo el poder para vencerlo, en Jesucristo.

A lo largo de mi vida al servicio del Señor he visto la gran indiferencia de la gente sobre la realidad del mundo espiritual que nos rodea; viven como si no existiera. A veces me asombro al ver

3- *Hacia tu libertad*, Torcuato Luca de Tena, página 190.

el gran desconocimiento que hay en la Iglesia acerca de las estructuras espirituales de maldad, así como la eficacia de las armas divinas que Dios ha puesto en nuestras manos.

Creo que en la búsqueda de la verdad todos los ministerios han contribuido con sus enseñanzas a algo bueno para la iglesia; sería injusto afirmar que ellos no me han enseñado nada. Al contrario, yo he aprendido de ellos. Sin embargo, vemos que se ha caído en dos extremos en cuanto a la batalla espiritual.

Está el grupo de los que ni mencionan al diablo, porque al hablar de Cristo ya está todo solucionado y no hay que hacer nada más. ¡Maravillosa teología! (que sin embargo no entiendo). Pues, si esto fuera verdad, ¿por qué hay tanta gente oprimida y robada por el diablo en esas iglesias? ¿Por qué hay tantos términos militares y de batalla en la Biblia? ¿Por qué el nombre de Jehová es «Varón de Guerra»? ¿Y por qué tenemos armas para demoler fortalezas?

Y en el otro extremo están los que ven demonios hasta en la sopa. Ninguno de ellos puede siquiera tener una conversación tranquilamente con otra persona sin ver un sinnúmero de demonios saltándole por las orejas.

En este tiempo de profunda y progresiva revelación del Espíritu Santo, Dios nos está llevando a un entendimiento centrado, eficaz y práctico —(¡Basta ya de teorías!)— en la lucha organizada contra las fuerzas del mal.

En mi vida ministerial, una de las mayores cargas que he tenido que soportar ha sido la de poder llevar libertad a tanta y tanta gente oprimida por el diablo.

El enemigo me llevó a experimentar en carne propia grandes torturas y dolores anímicos que difícilmente hombre alguno pueda soportar. No hay dolor físico comparable al del alma. Mi ser fue habitación de increíbles espíritus demoníacos que me azotaron a su antojo destruyendo mi vida, mi familia y todo lo que tenía:

«El infierno es infinito
en las cárceles del alma.»⁴

4- «Pesadilla interminable», poesía de Torcuato Luca de Tena Benjumea.

De día y de noche, año tras año, su tormento me acosaba sin descanso. Buscaban minuciosamente hasta encontrar la forma de controlar mi vida. Me desgarraron el alma una y otra vez. Se peleaban dentro de mí hasta orillarme al suicidio y la autoflagelación.

En numerosas ocasiones busqué consuelo y respuestas en un siquiátra que no sabía contestarme. Y de él, fui a otro, y a otro, y a otro, sin que ninguno supiera ni pudiera ayudarme.

Noches enteras me las pasé en vela cuando el diablo y sus huestes me visitaban en forma visible. Algunas veces venían para darme órdenes, otras simplemente por el placer de verme sufrir cumpliendo con mi rutina de tormentos que debía pagar por favores pasados. Pero por más que pagaba la cuenta, esta nunca decrecía; era cada vez mayor. Como si una cadena me fuera envolviendo cada vez con más fuerza, buscando asegurarse de que nunca escaparía de su sentencia de muerte. Cuando venían a torturarme, a veces me dejaban hasta cuatro días sin permitirme salir de mi cama, hundida en profundas depresiones.

Llegué a entender que el alma se anestesia cuando el sufrimiento alcanza nuestro punto de ruptura de desgarramiento interior. Y uso el termino desgarramiento porque llegué literalmente a sentir garras que me despedazaban por dentro. Entonces se entra en una especie de letargo en el que ya no se siente nada por un tiempo, hasta que el dolor vuelve otra vez, siempre con más fuerza.

El diablo me llevó a las cámaras más profundas del infierno, donde vi las almas perdidas siendo azotadas y quemadas ante el gozo destructor de sus verdugos. En una ocasión entré por uno de los túneles de la muerte y miles de seres con los huesos a flor de piel, descarnados, adefesios de rostros desencajados de desesperación e impotencia, trataban de detenerme en aquel lugar de oscuridad.

Sé muy bien lo que significa la palabra tinieblas: «Cuando la vida no parece tener ni un rayo de esperanza. Allí donde no hay escapatoria al agobio, a la soledad y a la tristeza.»

Sé lo que es pasar casi un año completo viendo el rostro de la muerte, persiguiéndome de día y de noche, velando sobre mi cama, subiéndose al auto conmigo, escuchando cada conversación. Y como en una letanía enloquecedora, no cesaba de resonar en mi interior, diciendo: «Vengo por ti; vengo por ti; vengo

por ti.»

Quizá pueda atreverme a decir que soy una de las personas que ha podido sentir tan solo una mínima parte de todo el horror del infierno, de la negrura de sus tinieblas cuya oscuridad es más negra que el negro más absoluto que pueda caber en una imaginación desbocada; del vacío tan total que hasta la nada parece ser algo; de la irritante y enloquecedora inexistencia de toda esperanza. Y, sobre todo, esa inolvidable, terrible y sobrecogedora ausencia de Dios.

«Hay un mundo de tinieblas tan real como el que ven nuestros ojos, al que Dios nos ha llamado para derribar sus puertas y, someterlo bajo el estrado de los pies del Rey de reyes y Señor de señores.»

CAPÍTULO 4

La organización del reino de las tinieblas

PABLO HABLA DE una batalla:

«Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.»

—EFESIOS 6.10-12,18, ÉNFASIS AÑADIDO.

Si tenemos que depender de todo el poder de su fuerza, si debemos ponernos toda la armadura de Dios, y si tenemos que orar con toda perseverancia, esto me indica que la Biblia no está hablando de una guerrilla simple, que con unas cuantas oracioncitas y unos cantos ya es suficiente para vivir en paz la vida cristiana. Esto, aunque lo digo con algo de sorna, es sin embargo la realidad de la mayoría de los hijos de Dios. El Espíritu está hablando una realidad espiritual importantísima, ya que el enfoque principal de la predicación del Evangelio es establecer el Reino de Dios y derribar las puertas del infierno.

Debemos entender que el diablo odia a Dios y a sus hijos, y hará todo lo posible no solo por mantener cautivas el mayor número de almas sino también de llevar a la apostasía aun a los escogidos.

El diablo está en continuo conflicto con el Reino de Dios, ya que anhela sentarse en el trono del Altísimo, imponer su autoridad y lograr la adoración de los hombres.

El mundo espiritual es invisible. Sin embargo, vemos su efecto en el mundo natural. A mayor actividad demoníaca, mayor miseria hay en un país, mayor cantidad de crimen, de pecado, de corrupción. Hasta el paisaje es afectado por el mundo espiritual cuando la actividad de espíritus inmundos es muy intensa.

El ámbito espiritual está constituido por Dios y sus ángeles por un lado, y por Satanás y sus demonios por otro. Los primeros habitan en el Tercer Cielo, que es donde se encuentra el trono de Dios, y al cual fue llevado el apóstol Pablo. Tienen acceso a la tierra, donde desarrollan su servicio en favor de los hijos de Dios. Hebreos 1.14, hablando de los ángeles, dice: «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?»

Por su parte, Satanás, como el príncipe de la potestad del aire, habita junto con sus huestes en lo que se conoce como «las regiones celestes» o Segundo Cielo. Efesios 6.12: «...huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.» Es aquí donde él edifica fortalezas de iniquidad para gobernar desde los aires.

Existe un segundo grupo dentro del reino de las tinieblas: los ángeles caídos, quienes se encuentran encerrados en el abismo, los que serán liberados el Día del Juicio. Judas 6 dice: «Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas.» Apocalipsis 9.1-3 dice: «El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo. Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra.»

Y una tercera categoría son los espíritus inmundos o demonios, que necesitan de un cuerpo humano para vivir y operar a

través de él.

El diablo, al no ser omnipresente, necesita una estructura de gobierno para llevar a cabo sus objetivos. El apóstol Pablo define esta jerarquía en su epístola a los Efesios como:

1. Principados.
2. Potestades.
3. Gobernadores de las tinieblas.
4. Huestes espirituales de maldad.

Y en la epístola a los Colosenses, lo hace como:

1. Tronos.
2. Dominios.
3. Principados.
4. Potestades.

Sin pretender hacer un estudio exhaustivo de demonología, quiero analizar el reino de las tinieblas para entender su organización y cómo, entonces, poder pelear contra él.

Los tronos

Implican un reino, que se ha manifestado de generación en generación, y están sobre una o varias naciones. Cuando hablamos del «trono de Inglaterra», por ejemplo, podemos visualizarlo como un imperio conquistador, dominando sobre todas las naciones que antes eran sus colonias. En lo espiritual sucede lo mismo. Son reinos que gobiernan varios países. A Nabucodonosor, rey de Babilonia, Daniel lo llama «rey de reyes»: «Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad» (Daniel 2.37). Isaías se refiere también a Babilonia de esta manera: «Siéntate, calla, y entra en tinieblas, hija de los caldeos; porque nunca más te llamarán señora de reinos» (Isaías 47.5).

En las Escrituras vemos que Dios llama tanto a Satanás como a algunos espíritus de alto nivel con nombres de reyes. Esto lo vemos en el libro de Isaías, donde a Lucifer se lo llama «rey de Tiro», y en Daniel, cuando el ángel Miguel pelea contra el príncipe de Persia.

Menciono esto puesto que, mientras el Espíritu Santo nos ha ido dando las estrategias para hacer ciertas guerras a nivel territorial, hemos visto hasta ahora que en los lugares donde hemos orado —y que fueron colonias europeas— están dominados espiritualmente por principados con nombres tales como «Príncipe de Egipto», «Príncipe de Babilonia», «Príncipe de Tiro», etcétera.

Desde el punto de vista de su gobierno espiritual, estas ciudades latinoamericanas tienen las mismas características que los grandes imperios de antaño, de la misma manera que en el mundo natural las colonias tienen los rasgos de las naciones que las conquistaron.

Peter Wagner, en su libro *Oración de guerra*, hablando de la territorialidad menciona un pasaje del cántico de Moisés:

«Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel.»

—DEUTERONOMIO 32.8

Wagner dice lo siguiente: «El problema surge con la expresión “Hijos de Israel”, lo cual tendría poco que ver con el gobierno de los espíritus sobre los territorios. Sin embargo, eruditos como F. F. Bruce nos explican que, gracias a ciertos descubrimientos hechos en los rollos del Mar Muerto —encontrados en la cueva número 4 de Qumrán— ahora sabemos que la versión de la Septuaginta (traducción griega del hebreo, realizada unos 250 años antes del nacimiento de Cristo) representa con más exactitud el texto original ... la Septuaginta nos informa que Dios lo hizo “según el número de los ángeles de Dios”, una crucial diferencia.»

Hubo una profecía que recorrió todo el mundo cristiano alrededor de la tierra, y muchos reputados profetas se refirieron a ella como algo que definitivamente venía de Dios. Estaba predicha para el día 9 de Junio de 1994, y era el cumplimiento de las palabras que encontramos en el libro de Isaías:

«Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones.»

—ISAÍAS 25.7

En la esfera de lo natural, ese día en la madrugada, hubo un terremoto a nivel mundial, a 600 km. de profundidad, en las

capas internas de la tierra, que alcanzó una intensidad de 9 grados en la escala de Richter. Pero en lo espiritual, Dios me permitió ver algo maravilloso: Todo el Planeta había quedado desnudo, y alrededor de él se podía distinguir una increíble estructura de edificaciones que habían quedado al descubierto.

Eran como una enorme gama de construcciones, muy diversas pero conectadas entre sí en distintos puntos. Se asemejaba a una gigantesca madeja de ciudades interconectadas. Entonces vino a mí, como un rayo de luz, la Escritura:

«Entonces aparecieron los abismos de las aguas, y quedaron al descubierto los cimientos del mundo, a tu reprensión, oh Jehová.»

—SALMO 18.15

Dios está revelando de día en día los tronos que deben ser derribados para la liberación de naciones. Por primera vez estamos viendo a cielo descubierto lo que muchos en el pasado quisieron ver, pero Dios nos lo concedió a nosotros.

Cierto es, sin embargo, que todavía queda mucho por descubrir en este campo de los reinos y territorios espirituales, pero me llama la atención la lista de reinos citados por Jeremías, donde Dios habla del Juicio de las Naciones. Esta es, sin lugar a dudas, una profecía para el fin de los tiempos, pero curiosamente la división política de los países ahí detallados no tiene nada que ver con los de la actualidad. ¿Será que está hablando de naciones gobernadas por reinos espirituales, y que en esta descripción espiritual entran todas las naciones de la tierra? ¿Podría bien ser esta la lista de los límites que Dios dio según el número de ángeles de Dios, o parte de ella? Analicémoslo como una teoría en este contexto:

«Y tomé la copa de la mano de Jehová, y di de beber a todas las naciones, a las cuales me envió Jehová: A Jerusalén, a las ciudades de Judá y a sus reyes, y a sus príncipes, para ponerlos en ruinas...»

—JEREMÍAS 25.17,18

¿De qué reyes y qué príncipes está hablando en el actual Estado de Israel?: «A Faraón rey de Egipto, a sus siervos, a sus príncipes y a todo su pueblo» (versículo 19).

¿Quién es este faraón, rey de Egipto, a quién Ezequiel llama el «Gran Dragón» que yace en medio de sus ríos, en 29.3?

«Y a toda la mezcla de naciones, a todos los reyes de la tierra de Uz, y a todos los reyes de la tierra de Filistea, a Ascalón, a Gaza, a Ecrón y al remanente de Asdod; a Edom, a Moab y a los hijos de Amón; a todos los reyes de Tiro, a todos los reyes de Sidón, a los reyes de las costas que están de ese lado del mar; a Dedán, a Tema y a Buz, y a todos los que se rapan las sienes; a todos los reyes de Arabia, a todos los reyes de los pueblos mezclados que habitan en el desierto; a todos los reyes de Zimri, a todos los reyes de Elam, a todos los reyes de Media; a todos los reyes del norte, los de cerca y los de lejos, los unos con los otros, y a todos los reinos del mundo que están sobre la faz de la tierra; y el rey de Babilonia beberá después de ellos.»

—JEREMÍAS 25.20-26

¿Quiénes son todos estos reyes de reinos extintos en su mayoría?

En una guerra territorial que el pastor Harold Caballeros, de Guatemala, emprendió en su país, Dios le mostró una enorme serpiente que atravesaba la nación, cuyos restos aún se ven en ruinas en algunas partes de la capital. Estructurando la estrategia de batalla, Dios le dio las citas:

«Porque de la raíz de la culebra saldrá áspid, y su fruto, serpiente voladora.»

—ISAÍAS 14.29B

«Profecía sobre las bestias del Neguev: Por tierra de tribulación y de angustia, de donde salen la leona y el león, la víbora y la serpiente que vuela.»

—ISAÍAS 30.6, ÉNFASIS AÑADIDO.

¿No es este, con toda claridad, el mismo espíritu que vemos en el norte de Latinoamérica, conocido como Quetzalcoatl, la serpiente emplumada? La pregunta que nos surge entonces es: ¿Tiene algo que ver el trono espiritual del faraón de Egipto con este dios azteca, cuyo trono esta rodeado de pirámides en Teotihuacán?

Héctor Torres, en su libro *Derribemos fortalezas*, dice: «México, Centroamérica y Sudamérica son cunas de las tres culturas indígenas más grandiosas: la azteca, la maya y la inca. Los estudios arqueológicos y científicos parecen indicar que existía una relación muy cercana entre Mesopotamia, centro de la cultura babilónica y Centroamérica, ya que los símbolos crípticos de la

cultura maya y babilónica son muy similares, como por ejemplo la forma de los dibujos de los ojos, la preeminencia dada a la raíz de la culebra, el dragón volador, etcétera.»

Todo esto me confirma la existencia de reinos espirituales que no solo están asignados a un país o a una época, sino que abarcan varias naciones, a lo largo de decenas de siglos.

Los dominios

Mi parecer, en cuanto a esta jerarquía, es que, tal como su nombre lo indica, es un poder, y como tal puede tener diversos alcances. Veo a este rango como espíritus vinculantes de reinos, o que tienen dominio en muchos reinos sin tener ellos uno propio. Estos son los que están sobre las organizaciones mundiales como las Naciones Unidas (ONU), la Comunidad Europea (CE), la Organización de Productores y Exportadores de Petróleo (OPEP), etcétera. O espíritus que dominan gentes de todo el mundo a través de religiones, filosofías como la Nueva Era, el humanismo, etcétera. También sectas y sociedades secretas como la masonería, el nazismo y el neonazismo y otras (ver el Capítulo 10 sobre las diversas estructuras de las fortalezas).

Los principados

Son espíritus territoriales encargados de gobernar sobre naciones; su labor consiste en afectar masivamente al mayor número de gente. Operan en desgracias nacionales tales como terremotos, ciclones, suicidios masivos, intoxicaciones masivas, epidemias, etcétera. Como ejemplo tenemos el Príncipe de Persia y el Príncipe de Grecia, contra los cuales tiene que pelear el Príncipe Miguel, tras el ayuno del profeta Daniel (Daniel 10.13).⁵

Las potestades o poderes de las tinieblas

Son espíritus comisionados, fuerzas de maldad o brazos de poder satánicos, a través de los cuales Satanás estimula, manipula, seduce y controla para desatar sobre ciertos sectores de la población un tipo específico de pecado. Aquí encontramos potestades de idolatría, de brujería, de prostitución, etcétera.

⁵, 6 y 7- Descripción hecha por el Dr. Rony Chavez.

Ahora bien, debemos entender que no todos los pecados están gobernados por una potestad diferente conforme a su nombre, sino que se agrupan bajo el dominio de una potestad u hombre fuerte que es quien los controla. Por ejemplo: no hay una potestad de brujería, otra de hechicería y otra de adivinación; sino que la brujería es el poder demoníaco a través del cual Satanás controla, domina y manipula la voluntad del hombre. La potestad de brujería va a movilizar entonces, los espíritus bajo su mando para controlar las vidas; moverá espíritus de hechicería, de mediunidad, de poder (con la facultad para salir del cuerpo). Ver en el Apéndice 1 la clasificación de espíritus demoníacos.

Gobernadores de las tinieblas de este siglo

Esta categoría se encarga de los gobernantes y personas de influencia sobre la tierra, ministros y líderes de la Iglesia. Por eso es importante que se ore tal como le decía Pablo a Timoteo, por los gobernantes y por todos los que estén en eminencia.⁶

Huestes espirituales de maldad

Son legiones demoníacas asignadas por las potestades, que invocan a un pecado, se mueven en personas como brujos, narcotraficantes, los que influyen y esclavizan a otras.⁷

Espíritus inmundos

Son espíritus que habitan en personas o lugares como casas y cementerios. Son también los que se incorporan en ídolos u objetos de carácter demoníaco.

CAPÍTULO 5

El veneno del áspid

PARA HACER ESTE ANÁLISIS más práctico y menos teórico, permítame contarle algo más de lo que viví mientras servía en el mundo de las tinieblas. Satanás nos manejaba a los brujos para que cautiváramos el mayor número de almas, y había ciertas estrategias que él usaba para colocar su dominio y su imperio. Desde una simple persona, una familia, hasta un pueblo, una ciudad y una nación.

Satanás, sin la facultad creativa de Dios, se ha dedicado a copiar y falsificar los modelos divinos para engañar, robar, matar y destruir, lo que es su principal objetivo entre los hombres.

Una de las cosas que sabe que es de gran poder es el atar bajo pacto. El diablo hará todo lo posible por sellar pactos con sus víctimas, buscando el derecho legal de actuar. Esto lo hará a nivel individual, a nivel familiar, a nivel de la nación y a nivel de razas y culturas. Veamos que sucede a nivel individual:

A muchas personas que vienen a ministración en nuestro ministerio les preguntamos si han tenido algo que ver con el ocultismo. Entonces responden como si fuera una gran ofensa: «¡Ay, no...! ¡Para nada...!» Al cabo de continuar la plática, el Espíritu Santo saca a la luz que en una ocasión la persona fue a que le practicaran una lectura de cartas, y la persona dice: «Bueno, p... pero eso fue solo u... una vez.» El asunto es que «mientras nosotros no le damos importancia a lo que hacemos, el diablo no pierde una oportunidad para echar el lazo.»

La estrategia del diablo no es persuadirnos para que vayamos a una misa negra y sellemos un pacto con Satanás. ¿Quién en su sano juicio aceptaría una cosa así? Satanás es como un áspid, le basta una ligera mordida sorpresiva, veloz —y a veces casi imperceptible— para dejar en su presa la marca indeleble de la muerte. Solo una pequeña intervención y el veneno irá inundando todo el cuerpo.

Cuando una persona se presta a una sesión de adivinación, lo sepa o no le está dando autoridad a un siervo de Satanás de penetrar regiones íntimas de su espíritu y de su alma y se está rindiendo al decreto de un espíritu inmundo. A partir de ese momento la carnada ha sido mordida y la persona queda atada bajo un pacto con el diablo. Lo que el consultante no sabe es que el adivino le ha pedido a sus «arcanos» (huestes demoníacas que los gobiernan bajo diferentes títulos con los que se disfrazan de ángeles de luz) que aten a sus clientes, ya que esto es fuente de gran ganancia. El consultante, al establecer una relación de confianza con el adivino, se hace automáticamente participante de este espíritu. La Biblia, hablando de los que predicán doctrinas de demonios, dice: «Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina (la de Cristo), no lo recibáis en casa ni le digáis ¡Bienvenido!, porque el que le dice ¡Bienvenido! participa de sus malas obras.»

Quizás sea más fácil de entender si en lugar de pacto usamos la palabra alianza. En la confianza que uno pone en el adivino y el acuerdo que se crea de dejarlo ver en nuestro interior, se produce una complicidad y una alianza. Aquí el alma ha quedado contaminada; ha hecho abominación a Dios.

Al no darle importancia la persona, por lo general ese pecado queda sin confesión y seguirá por lo tanto, siendo una puerta abierta para que el diablo perturbe esa vida.

Un pacto es, en sí, un convenio entre dos personas o entidades. Puede ir desde su forma más simple: un convenio o pacto comercial —«Yo te doy esto, y tu me das esto otro a cambio»— hasta pactos más complicados y de mayor envergadura. Lo importante es saber que todo lo que implica obtener el poder o el favor del diablo conlleva a un pacto. Satanás no da nada gratis.

En la antigüedad, los pactos se sellaban con una comida o con ofrendas pactadas. Tal era el caso de las dotes y de las alianzas de paz entre dos pueblos. Los pactos de protección se hacían

entre un rey mayor que ofrecía protección a un rey menor y por lo general era sellado con sangre.

Hoy en día es común ver a personas pagar mandas y ofrendas a las imágenes de santos y vírgenes, lo cual es también cerrar un pacto y hacer alianza con ese espíritu. A esto Dios le llama idolatría. Ahora bien, ¿de dónde vienen estas figuras, y qué hay detrás de ellas? El origen de toda idolatría en las religiones actuales, proviene de Babilonia. Al confundir Dios las lenguas y dispersarse en diferentes direcciones, todos estos pueblos se establecieron con los principios idolátricos que estaban arraigados en ellos. En África, el imperio egipcio fue el más dominante de la antigüedad y los pueblos africanos tomaron sus creencias religiosas de esta cuna. Por esta razón vemos repetirse los dioses egipcios «Amón-Ra» (el señor de los muertos), «Osiris» (el sol), «Isis» (la tierra), «Nephtis» (la luna) en los dioses africanos tales como Eleguá, Shangó, Yemayá, etcétera. Estos dioses llegaron a América a través de los esclavos negros que trajeron los conquistadores.

Cuando los primeros frailes trajeron el catolicismo, impusieron las figuras de Jesús, María y los santos sobre los dioses africanos, aztecas, mayas y demás. Los nativos, así como los esclavos africanos establecidos en América, no tuvieron problema en aceptar las imágenes, ya que, dándoles los mismos atributos que a sus dioses, podían seguirlos adorando bajo otra forma.

Esto que parece una historia de la conquista, es en nuestros días un factor altamente importante de considerar, ya que la santería está expandida sobre todo el continente. Espiritualmente, los santeros tienen tomadas todas las iglesias idolátricas de nuestros países.

¿Cómo funciona? El diablo sabe que a través de la adoración a imágenes él cobra poder y mantiene esclavizados a sus seguidores. Los santeros, curanderos, shamanes y nahuales —que son muchos más de los que uno cree— alimentan con sangre de animales las imágenes. A esto se le llama «darle de comer al santo». Se organiza una ceremonia en las que muchas veces la misma imagen que está en alguno de los altares de la iglesia, es bajada «para darle de comer» del sacrificio. En otros casos se usa otra imagen del mismo santo (o de la virgen); se hace el ritual de sangre sobre este y se baña con fluido vital las ofrendas que después serán llevadas al recinto de la iglesia.

Durante la ceremonia se encienden velas, las que son poderosas fuentes de invocación. Se destapan los «govíes», unas cazuelitas de cerámica que se ponen junto a la imagen, donde viven los espíritus demoníacos llamados «loas». Se invoca por su nombre al dios africano y se toca una campanita para que venga. Cuando este «desciende», toma posesión de la sangre del animal. Entonces la imagen es bañada junto con las ofrendas, los amuletos y las medallas, a fin de que el poder de la entidad invocada venga sobre estas cosas. Estas, después, son llevadas a las iglesias para su adoración pública y para su venta.

Una imagen es más milagrosa en la medida que más alta sea en su jerarquía demoníaca, y entre más sacrificios se le hagan. Esto le dará, en consecuencia, un mayor número de seguidores.

Es por esta causa que Jehová es tan estricto con su pueblo cuando les dice:

«Las esculturas de sus dioses quemarás en el fuego; no codiciarás plata ni oro de ellas para tomarlo para ti, para que no tropieces en ello, pues es abominación a Jehová tu Dios; y no traerás cosa abominable a tu casa, para que no seas anatema; del todo la aborrecerás y la abominarás porque es anatema.»

—DEUTERONOMIO 7.25,26

Hay infinidad de personas que sufren opresión demoníaca, tienen miedos nocturnos, escuchan ruidos o ven objetos moverse en sus casas. O tal vez han sido víctimas de robos, pérdida de trabajo, situaciones difíciles constantes en cuanto a la economía, sufren de enfermedades dolorosas e inexplicables. Otros han padecido accidentes y hasta suicidios de familiares, o bien rebeldía por parte de los hijos o de personas que conviven con ellos porque hay objetos dentro de su casa que están trayendo maldición a sus hogares, aun no conociendo sus características. (Esto quiere decir anatema. Importante: ver lista de objetos que traen maldición, en el Apéndice 2.)

Hay casos en que una persona no vive en su propia casa y sus padres o las personas que le dan hospedaje son idólatras o hechiceros. Si tiene edad madura y las puertas están totalmente cerradas al Evangelio, salga de ahí y pelee la batalla desde afuera. Si esto no es posible —porque se trata de un cónyuge o es usted menor de edad—, saque todo lo abominable de su habitación (si duerme solo) y unja con aceite los objetos que no le pertenecen y que no está en facultades de tirar, y encierre dentro de

la imagen al demonio, ordenándole en el nombre de Jesús, que no puede salir de ahí.

Cuando una persona, en su ignorancia, va a pagar «una manda» o a encender «una veladora», se hace partícipe de la ceremonia que se ha llevado a cabo y a hecho alianza con el espíritu inmundo. Vuelvo a recordarle: el diablo jamás hará nada gratis; todo favor tiene un precio y este puede costar la propia vida y la perdición eterna del alma.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando en el ámbito espiritual, un bebé es entregado al cuidado del espíritu inmundo que se esconde tras una imagen en su bautismo católico? En un buen número de casos, el nombre que se le da al niño es el del santo correspondiente al día de su nacimiento. Durante la ceremonia, se pide la protección de esta entidad espiritual sobre el niño para que lo cuide y lo proteja, y que su influencia sea sobre él de por vida. Aquí ya se hizo un pacto sobre el nombre del bebé.

En otros casos es en pago a un favor recibido por este santo, que le entregan y consagran al niño durante el bautismo y al niño le ponen el nombre de este espíritu, como pago de la «manda» (promesa). Este pacto es más serio, ya que se está dando al niño en pago al diablo. Bien decía Pablo que «lo que los gentiles sacrifican, a los demonios sacrifican, y no a Dios» (1 Corintios 10.20a).

Es importante, por lo tanto, no solo pedir perdón a Dios por el pecado cometido sino también renunciar a ese espíritu y romper todo pacto que se haya hecho con cualquier imagen (recuerde que detrás de estas, hay demonios disfrazados de ángeles de luz) y cerrar la puerta a toda influencia de ese espíritu sobre usted y sobre sus descendientes.

Cuando el nombre esta involucrado en el pacto

En el caso de que el nombre de la persona esté atado a un pacto, es importante renunciar a ese nombre y pedirle a Dios un nombre nuevo. En la mayoría de los casos la persona podrá seguir usando su nombre, al quedar este desligado de la potestad. Vemos, por ejemplo, en el caso de Jacob, que significaba tramposo, cómo Dios le cambió el nombre por Israel. Este hecho, de gran trascendencia espiritual para la vida de Jacob, no eliminó radicalmente su primer nombre, sino que siguió usando indistintamente uno y otro (Génesis 32.28).

Hay casos en que el Espíritu Santo trae la convicción de que es mejor cambiarse totalmente el nombre. En este caso se debe obedecer al Señor.

Pactos de sangre

Cuando se han hecho pactos de sangre sobre una persona, la sangre de la persona ha quedado contaminada. El pacto de sangre es sumamente fuerte, ya que en la sangre esta contenida la vida, y es por consecuencia un pacto de por vida y el romperlo implica la muerte del transgresor.

El Espíritu Santo nos ha instruido para esos casos:

1. La persona debe renunciar a su propia sangre, y en su lugar recibir una transfusión simbólica de la sangre de Jesús. (Esto es en forma verbal, no física.)
2. Es necesario asegurarse de la convicción con la que la persona fue bautizada en el Cuerpo de Cristo. En muchos casos hemos tenido que rebautizar, ya que la persona no tenía convicción ni el entendimiento claro de lo que estaba haciendo cuando fue sumergida en las aguas en la primera oportunidad. (Lo que produce la muerte del cuerpo del pecado en el bautizo, es la fe con la que se lleva a cabo. Sin fe ni entendimiento, la persona solo se estará dando un buen baño).

Una vez hecho esto, resulta mucho más fácil llevar a cabo la liberación.

Las limpias

Otro tipo de pactos que el diablo hace es a través de «las limpias» (despojo). Una limpia es sacar un demonio o varios demonios menores para meter otros más fuertes. Debemos entender que en el reino de las tinieblas no hay amor ni respeto, sino una feroz competencia, ambición y sed de poder por parte de los espíritus inmundos, por poseer un cuerpo. Un brujo es más o menos poderoso en la medida que pueda manejar espíritus fuertes que despojen a los más débiles.

Los yoguis

También son pactos los que hacen «los yoguis». Ellos abren su espíritu al «cosmos» para que despierte la «serpiente kundalínica» en su interior, y a través de esta puedan tener contacto con el universo. Estos son llamados «pactos de poder».

Los karatecas

Ellos invocan al «dragón» que está dentro de ellos para obtener fuerza y destreza en el combate.

El control mental

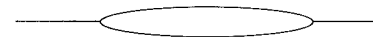
En el control mental se invocan «espíritus guías» para tener poder sobre otros seres humanos. En el examen de fin de curso le hacen a la persona «meterse espiritualmente dentro de otro ser humano» para poder sanarlo. Estas prácticas no son ningún juego sin trascendencia; en todos estos casos el diablo sella alianzas con los que las llevan a cabo.

El espiritismo

En el espiritismo —también llamado a veces espiritualismo— también se invocan «espíritus guías» que han de «proteger» a la persona. Estos son pactos de protección.

En rituales católicos

En la mayoría de los rituales católicos de la primera comunión, la confirmación y el matrimonio se entrega a la persona —o a la pareja—, a la custodia de un santo o una virgen. Por lo general, es el santo patrono de la iglesia donde se efectuó la ceremonia.



Cómo pude llegar a gritar: «¡Soy libre!»

NO HE PRETENDIDO hacer de este libro un manual de liberación personal; creo que se han escrito magníficos libros al respecto. Sin embargo, en lo que a mi respecta cada vez me convenzo más de que la liberación no es una cuestión de métodos.

Para mi, el éxito en echar fuera demonios depende de cuatro cosas fundamentales: «autoridad» y «santidad» por parte del liberador, y «arrepentimiento» y «deseo de ser liberado» por parte del poseído o del atormentado por demonios (en el caso de estar en dominio de sus facultades).

Debido al trasfondo de mi testimonio y de los pactos satánicos tan fuertes que hice en mi ignorancia, muchas personas se imaginan mi liberación como algo espectacular. Como fue el caso de Elaine, la bruja liberada por el Espíritu Santo a través de la Dra. Rebeca Brown. Esa liberación duró meses de terribles enfrentamientos con las fuerzas diabólicas que las azotaban y las perseguían (relatado en el libro *Él vino a liberar a los cautivos*).

Muy lejos de eso, mi liberación fue poderosísima, y en un momento mis experiencias con el diablo fueron muy semejantes a las que describe Elaine, con la diferencia de que ella estaba en el satanismo y yo en el vudú haitiano.

Cuando me presentaron el mensaje de salvación me encontraba totalmente poseída. Había intentado suicidarme cortándome las venas y me encontraba recuperándome en un hospital siquiátrico. Reconocí que cada palabra que salía de la boca de aquel hombre era la verdad. (Por cierto, tenía los ojos azules, tal como el Señor me había anticipado cuando me visitó a los 18 años.)

Sin embargo, lloré y le dije:

—¡Qué cosa más terrible...! Me estás predicando la salvación de mi alma, yo sé que es verdad lo que has hablado, y pese a todo, no puedo venir a Cristo. Tengo pactos que no se pueden romper, y el intentarlo traería sobre mí toda la ira del diablo. No puedo hacer nada.

En ese momento de profundo desconsuelo, el pastor interrumpió, diciéndome:

—Eso no es cierto. La palabra de Dios dice: «El que confesare sus pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.» La sangre de Cristo rompe todo pacto. El Señor Jesús murió por ti, para liberarte de las cadenas del diablo.

Estas palabras crearon un terremoto en mi interior. Sin lugar a dudas el Espíritu Santo estaba ahí, haciendo una obra profunda en mi alma.

—¿Qué tengo que hacer para recibir a Jesús en mi corazón?

—inquirí, llena de lagrimas y con el único deseo de que mi amado Jesucristo pusiera fin a esa pesadilla interminable.

—Arrepiéntete y pídele que venga a morar dentro de ti, que lo quieres hacer tu Señor y tu Salvador —añadió él.

Esta palabra, «arrepiéntete», fue la palabra más dura y difícil que pudo pronunciar. En ese momento vino sobre mí el Espíritu Santo con tal convicción de pecado que caí quebrantada, en una mezcla de infinito dolor y vergüenza. Era un arrepentimiento que estaba purgando toda mi conciencia.

Mi alma se derramaba literalmente delante de Dios, clamando por su misericordia. Fue en esa profunda y verdadera oración que el Espíritu de Dios quitó el velo de mis ojos y vi el engaño en el que me había metido el diablo.

—Perdóname Señor... perdóname... —dije en un hilo de voz.

Era espantoso pensar que Dios pudiera ver desde su pureza más hermosa, el horrendo ser en que me había convertido. Nadie pudo sentirse más inmundo ni más infeliz que yo en aquella hora. Deseaba con vehemencia palpar su impecable bondad, despojarme de todo cuanto me alejaba de su luz.

Adentro de mí se removían los demonios del rencor y de la destrucción. Fue una lucha desgarradora en la que todo mi ser se debatía.

—¡Arráncame, Señor, estos gusanos que me carcomen! —le gritaba desesperada desde mi interior.

Fui confesando uno a uno mis pecados, sin máscaras ni disfraces. Mi llanto brotaba de lo más profundo de mi alma. Me vi tal como había servido al diablo, con actos que clavaban a Jesús en la cruz. Cada uno de mis pecados eran como un confrontamiento directo ante la pureza y la santidad de Aquel que me amó pese a todo, y que dio su vida por mí. Nadie era tan inmerecedora de su gracia, de su misericordia y de su perdón como yo.

La presencia de Dios era fortísima. Me sentía como un gusano asqueroso delante de su divinidad. Confesaba y un fuego en mis adentros me consumía. Más merecía el castigo y la muerte que esa pretenciosa indulgencia a la que aspiraba.

—¡Señor...! —grité estrujada de dolor—. ¡Perdóname por atreverme a pedirte perdón! No soy digna ni de que me escuches... Pero, ¿quién sino tú puede ser capaz de tener misericordia de mí? Me estoy muriendo, Padre mío... ¡Por todos lados me he quebrado y mi corazón está hecho pedazos!

Entonces me empezó a llenar de su amor. Sentí claramente que me estaba perdonando. No podía creer que un amor tan grande tuviera compasión de mí. ¡De mí! ¡Una sierva de Satanás!

Pero lo hizo. Entonces le dije con todo mi ser:

—¡Gracias, Jesús! Entra, por favor, a vivir en mi corazón. Límpiame y toma mi mano para que nunca me aparte de ti. Sé mi Señor y mi Salvador.

Mientras terminaba de hablar, el pastor puso sus manos sobre mi cabeza, y dijo:

—Señor Jesús, te pido que limpies a tu hija Ana de toda maldad, y que rompas todo pacto con el enemigo.

Entonces tuve la impresión de estar viéndolo, clavado en la cruz y diciéndome que lo había hecho por amor a mí, para que yo pudiera ser redimida. Fue tan real que casi lo hubiera podido tocar. Veía su sangre escurrirse cuerpo abajo, junto a la carga de toda la maldad del mundo; era el profundo dolor sobre su alma. Derramaba su sangre para darme la vida, y yo en cambio había vertido la mía para destruirme.

Cristian, el pastor, seguía orando:

—...y te pido también que en este momento todo espíritu inmundo salga fuera y sobre ella descienda el Espíritu Santo.

No fueron más que estas sencillas palabras. En ese preciso instante sentí como si un rayo cayera del cielo y rompiera todas las cadenas que me ataban. Sentí estallar la coraza de sufrimiento y agobio que me oprimía, partiéndose en mil pedazos. El cuarto se llenó de una luz infinitamente bella, y volví a sentir esa bondad maravillosa con la que Cristo me había visitado la primera vez. Me sentí como un pájaro, como si pudiera volar en aquel momento. Mi corazón se llenó de gozo y de paz. De una cosa estaba absolutamente segura y era que Cristo me había hecho verdaderamente libre.

Durante los días que permanecí en el hospital. La presencia de Dios fue tremendamente fuerte sobre mi vida. Lo primero que me dijo el Espíritu Santo fue que no se me ocurriera voltear para atrás en lo más mínimo, por que el enemigo estaba enfurecido en gran manera contra mí, por la decisión que había tomado de seguir a Cristo. Lejos de darme miedo estás palabras, me llené de un celo divino y decidí hacerle la guerra al diablo hasta el final, arrebatándole todas las almas que pudiera; sacar a la luz sus engaños, liberar a sus cautivos y servir a Dios con todo

mi ser, para rabia suya.

A partir de esa mañana todo empezó a ser diferente. El ser apabullado y deprimido que los médicos habían visto en mí se había convertido en una persona llena de entusiasmo que derrochaba felicidad por cada poro. Aquel lugar deprimente lleno de extraños, ahora se mostraba como una puerta abierta para dar mis primeros pasos en el camino de la verdad. Había despertado a una nueva consciencia, y lo que pudo haber sido un frustrante episodio de mi vida, recluida entre enfermos mentales, se convirtió en una escuela donde aprendí a comunicarme, desde la más elemental forma de expresión hasta llegar a entender los cavernosos conceptos que movían sus emociones.

Me sentí dichosa de estar en facultad de poderme internar en esos tortuosos pasillos de la mente humana, donde la enfermedad o las circunstancias afectan de forma tan cruel una vida que llegan hasta perder su propia identidad. Muchas veces me puse a meditar sobre lo lejos que están «los de afuera» de imaginar siquiera una mínima parte de lo que ahí sucede, de lo que ahí se sufre o se alucina.

Es un mundo tan ajeno al nuestro que descubrirlo y comprenderlo debe ser parecido a lo experimentado por un niño cuando, tocando todo a su alrededor, empieza a percibir el medio ambiente que lo rodea. A veces una simple mirada mal interpretada puede desencadenar un infierno; en otras, una palabra sin trascendencia aparente puede significar el encierro de alguien por varios días. Ahí no existe el juicio ni los parámetros, solo la sutilidad, el tacto más delicado y sensible para abordar o conversar con sus habitantes. En ocasiones me fue doloroso escucharlos; en otras, de un gran enriquecimiento.

Fue una tierra donde Dios empezó a forjar en mí un indescriptible amor por los perdidos y por quienes están atormentados por el diablo. También fue un buen lugar para tratar con mi soberbia y mi vanidad. Ahí todos perdíamos la individualidad y el reconocimiento personal. Todos estábamos sellados con la misma marca: «los enfermos de psiquiatría.»

Allí daba igual un título, un gran puesto en una empresa o en el gobierno, un apellido de alcurnia, la fama o simplemente la carencia de todo. Ricos, pobres, célebres o desconocidos éramos uno más; solo eso... uno más.

Vi gente padecer de un dolor tan grande que solo el alma es

capaz de soportar, porque el cuerpo, siendo menos resistente, jamás sobreviviría a tal padecimiento. Cuando el corazón grita, resuena la oquedad de su soledad y de su silencio. Es la separación absoluta de todo cuanto nos circunda. Es la ausencia de la esperanza, de la luz, de la belleza, ...de Dios.

Es la cruel concientización de nuestra pequeñez, de nuestra impotencia. Con frecuencia oía sus llantos; cómo se les desgarraba el alma por dentro en un alarido que los iba royendo y desangrando. Entonces nadie estaba dispuesto a escucharlos, a hacerles una caricia o hablarles con palabras de ternura. Eran encerrados entonces en un estrecho cuarto de cuatro paredes sin ventanas, donde una enfermera los observaba constantemente a través de un ojo de vidrio en la puerta. Las paredes estaban todas arañadas y manchadas de sangre. Se volvían como animales enjaulados. No había misericordia.

A lo largo de tantos años he visto cómo han aumentado los índices de suicidio y de enfermedades siquiátricas, oprimidos por Satanás.

Nadie los quiere oír; son muy difíciles de amar. Así están en ese dolor, escondidos tras sus máscaras, muchas veces ocupando una banca de una iglesia, sin que nadie los mire; rechazados, incomprendidos. Pero Dios oye de día y de noche el grito ensordecedor de sus almas, y desde su trono hay un cuerno de aceite que está siendo derramado, una autoridad proveniente de Dios, nacida en la misericordia y en el amor del Padre. Una unción como la que vino sobre el Señor Jesús, cuando dijo:

«El espíritu de Jehová el Señor esta sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a pronunciar el año de la buena voluntad de Jehová.»

—LUCAS 4.18,19, VERSIÓN LIBRE.

Una noche, mientras estaba en el hospital a los pocos días de convertida, Dios me abrió los ojos al mundo espiritual que me rodeaba y pude ver cómo el diablo tenía atadas a todas mis compañeras, cómo las torturaba al igual que lo había hecho conmigo. Y esto me dolió muchísimo. Esa noche oré a Dios y le pedí que hiciera algo, que no las dejara así.

A la mañana siguiente, cuando llegó a visitarme el pastor, le

conté lo que había visto. Y él me leyó del evangelio de Marcos, en el capítulo 16, donde dice:

«Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echaran fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán.»

—ÉNFASIS AÑADIDO.

La palabra se hizo viva dentro de mi ser. Lo creí como si fuera una niña pequeña.

—¡Vamos! —le dije—. ¡Enséñame como se hace! Hay una señora que sufre mucho y grita todo el tiempo! Además se ha quedado parálitica; hablemos con ella.

Sin perder tiempo entramos al cuarto de aquella enferma. Cristian, el pastor, le predicó el Evangelio y luego los dos pusieron las manos sobre ella.

Yo estaba atenta. Quería aprender sin perder detalle. Tomó autoridad, muy seguro de lo que hacía, y reprendió al espíritu inmundo que estaba en la mujer. Luego le ordenó que saliera. Tomó después un poco de aceite y, ungiéndola, proclamó su sanidad. La enferma quedó como dormida después de la oración, así que salimos del cuarto.

Me pareció bastante sencillo; yo esperaba todo un exorcismo en forma y color, pero nada de eso sucedió. El pastor se despidió y me dijo que lo tuviera al tanto del estado de la enferma.

A la mañana siguiente empecé a oír un gran alboroto en el jardín, así que salí para ver qué era lo que perturbaba el orden del hospital. ¡Cuál fue mi sorpresa al ver a la parálitica caminando, en su sano juicio y totalmente sana, ante el asombro de todo el hospital! Dios estaba haciendo algo que asentaría en mi vida las bases de una fe sólida en su palabra. Y también el fundamento que después sería clave para echar fuera demonios.

Mucha gente fue liberada en aquella sala de siquiatría durante ese tiempo, hasta que los curas que estaban a cargo del hospital nos prohibieron la entrada.

Esta historia, que parece contraponerse a todos los libros de liberación que he leído, ha sido un fuerte testimonio de fe para creer en el poder liberador de Cristo. Honestamente, no veo en la Escritura que nadie se pase horas y horas para liberar una persona y quedar agotados después de terminada la sesión. Veo

en la Biblia una acción determinada y absoluta para echar fuera demonios, basada en la autoridad proveniente del trono de Dios, en la santidad y en el conocimiento de la Palabra de Dios. La liberación debe ser algo sencillo, que todo creyente verdadero pueda hacer. ¿No es, acaso, parte de la Gran Comisión?

«Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.»

—MARCOS 16.15,16



«¡Un evangelio tan simple,
y a la vez tan poderoso
para los que pueden creer...!»



CAPÍTULO 6

Los ángeles de Dios al servicio de los santos

SIN DUDA, NADA ES comparable con el encontrarse ante la gloriosa presencia de Dios cuando empezamos a experimentar las maravillas de su reino. Poco a poco Él nos va revelando todo lo que tiene para nosotros. Dios quiere que absorbamos todo lo que Él es y nos adueñemos de todas las riquezas que nos ha concedido en su inigualable herencia.

Entre tantas cosas que nos ha concedido, está la indescriptible relación de ayuda que nos ha provisto, poniendo a nuestra disposición todo el ejército de ángeles en los cielos. En la epístola a los Hebreos leemos:

«Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?»

—HEBREOS 1.13,14

Desde luego, ver en un momento dado a los ángeles es de las experiencias más emocionantes y poderosas que podemos vivir. Doy gloria a Dios por las innumerables veces que él me ha permitido pelear al lado de ellos, así como verlos salir en mi defensa.

Veamos ahora qué es lo que enseña la Biblia acerca de estos incomparables seres celestiales: las huestes del Dios viviente.

Sabemos por el libro de Apocalipsis que existen millones de ellos:

«Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones.»

—APOCALIPSIS 5.11

Encontramos también que hay varias categorías de ángeles, con diferentes funciones. Todos ellos al igual que nosotros los creyentes, fueron creados para la alabanza y la gloria de Dios. Sin embargo, además de ministrar día y noche su adoración ante el trono del Altísimo, tienen otras tareas asignadas.



Categorías angélicas

El Ángel de Jehová

Aunque vemos que el Antiguo Testamento habla innumerables veces de «el ángel de Jehová», este no es un ángel en el sentido estricto de la palabra. Es el título con el cual el mismo Jesucristo, el Hijo de Dios, aparece e interactúa con los hombres, antes de su *parusía* en carne. Habiendo Josué pasado el Jordán, después de circuncidar al pueblo se aparece ante sus ojos el Ángel de Jehová, como un varón. Este no es otro sino el mismo Hijo de Dios.

«Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? Él respondió: No; más como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo.»

—JOSUÉ 5.13-15

Aquí vemos tres cosas importantes: la primera es que ningún ángel de Dios jamás ha aceptado adoración, como veremos más

adelante; este la recibió. Segundo, el único Príncipe del ejército celestial es Dios mismo, y Él se identifica como tal. Y tercero, le habla las mismas palabras que Jehová le dijera a Moisés frente a la manifestación de la zarza ardiente. Luego, el Ángel de Jehová es una aparición en forma angelical de la Segunda Persona de la Trinidad.

Los arcángeles

Estos son los ángeles de más alta jerarquía, de los cuales el único que se menciona como tal es Miguel:

«Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés...»

—JUDAS 9

Miguel está a cargo de una parte de los ejércitos de Dios y también se le da el nombre de Príncipe de Israel:

«Pero yo te declararé lo que esta escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe.»

—DANIEL 10.21

Aunque escrituralmente sea el único que reciba este título, sabemos que existen otros príncipes de Dios, que pudieran entrar también dentro de esta categoría. En Daniel leemos:

«Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintidós días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia.»

—DANIEL 10.13, ÉNFASIS AÑADIDO.

Esto denota que él no es el único príncipe, sino que hay más que reciben el mismo título. Miguel, al igual que en los tiempos de Daniel, está siendo también enviado a las más poderosas batallas que la Iglesia está peleando, a fin de liberar a las naciones de las esferas del cautiverio con que el diablo las ha esclavizado.

Los querubines

Este orden angélico es el que guarda el trono de Dios y su gloria, así como también «el Árbol de la Vida» que estaba en el huerto de Edén.

«Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos

lados, para guardar el camino del árbol de la vida.»

—GÉNESIS 3.24

También leemos:

«...Jehová Dios de Israel, que moras entre los querubines, solo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra.»

—2 REYES 19.15

De igual manera que en el Cielo el trono de Dios está rodeado de querubines, en la tierra el Arca del Testimonio en el Lugar Santísimo y las cortinas del tabernáculo también estaban decorados con figuras de estos seres celestiales. Vemos en los Salmos que Dios se desplaza, o más bien hace descender la manifestación de su presencia, montado sobre un querubín:

«Cabalgó sobre un querubín, y voló; voló sobre las alas del viento.»

—SALMO 18.10

En todo el capítulo 10 de Ezequiel vemos cómo estos querubines —a quién la Biblia también los llama «seres vivientes»— están abajo de la gloria de Dios. Donde quiera que la expansión de la gloria del Señor se mueve, ellos también se mueven al unísono.

Uno de estos querubines era en su tiempo el mismo Satanás, quien fue la criatura más perfecta y bella que Dios creó, y quien estaba a cargo de toda la alabanza de los cielos.

«Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.»

—EZEQUIEL 28.14,15

No se ve en la Escritura que este tipo de huestes angélicas tenga relación directa con el hombre, salvo Satanás en su condición actual.

Los serafines

Otro tipo de ángeles son los serafines. Estos solo los vemos mencionados en el libro del profeta Isaías:

«En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima

de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.»

—ISAÍAS 6.1,2

A diferencia de los querubines que están abajo del trono, los serafines sirven y alaban al Señor por encima de este. Vemos también que ellos sí pueden acercarse y ministran una orden de Dios directamente sobre los hombres, y hablarles:

«Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado.»

—ISAÍAS 6.6,7

Los ángeles de la guarda

Al resto de los ángeles, aunque tienen diferentes funciones, poder y tamaño, no se les da ningún otro nombre más que el de su género: «ángeles», y popularmente se les llama «ángeles de la guarda».

En Mateo 18.10 vemos que hay un ángel asignado para cada bebé que nace, y están encargados de cuidarlos y ministrarlos a lo largo de su vida. La Biblia no menciona que estos ángeles abandonen a la persona si esta en algún momento se rinde al mal. No lo sabemos.

«Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.»

Las funciones de los ángeles

Los ángeles celebran en el Cielo

«Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.»

—LUCAS 15.10

Acompañan a los creyentes al Paraíso

«Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.»
—LUCAS 16.22

Escriben en los libros del Gran Juicio

«Clamó en mis oídos con gran voz, diciendo: Los verdugos de la ciudad han llegado, y cada uno trae en su mano su instrumento para destruir ... Y entre ellos había un varón vestido de lino, el cual traía a su cintura un tintero de escribano; y entrados, se pararon junto al altar de bronce.»
—EZEQUIEL 9.1,2

«Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.»
—APOCALIPSIS 20.12

Están comisionados para ejecutar juicio

Ellos son enviados por Dios para ejecutar sus juicios sobre personas, ciudades y naciones:

«No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se enoje a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?»
—ECLESIASTÉS 5.6

«Y a los otros [ángeles] dijo, oyéndolo yo: Pasad por la ciudad en pos de él, y matad; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia.»
—EZEQUIEL 9.5

«Vi en el cielo otra señal, grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios.»
—APOCALIPSIS 15.1

Los ángeles traen mensajes a los hombres

«Entonces dije: ¿Qué son éstos, señor mío? Y me dijo el ángel

Los ángeles de Dios al servicio de los santos

que hablaba conmigo: Yo te enseñaré lo que son éstos.»
—ZACARÍAS 1.9

Traen sustento físico a los hijos de Dios

«Y echándose [Elías] debajo del enebro, se quedó dormido; y he aquí luego un ángel le tocó, y le dijo: Levántate, come. Entonces él miró y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse.»
—1 REYES 19.5,6

Proveen fortaleza espiritual

«Diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle.»
—LUCAS 22.42,43

Libran de las cadenas y de la cárcel

«Y he aquí que se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos.»
—HECHOS 12.7

Guardan los caminos de los justos

«Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada. Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos, en las manos te llevarán, para que tu pié no tropiece en piedra.»
—SALMO 91.9-11

Son aliados de los hombres en la tarea de despojar a Satanás

«Entonces me dijo [el ángel]: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido.»
—DANIEL 10.12

Experiencias con los ángeles

Los ángeles tienen una tarea diferente a la del Espíritu Santo. En tanto que este último tiene como función revelar a Cristo en el interior del hombre, los ángeles se ocupan de ministrar bienes materiales o espirituales, pelear batallas y arreglar las circunstancias.

Los ángeles pueden aparecerse físicamente a los ojos del hombre o no. A veces pueden parecer seres humanos, como fue el caso en que Abraham recibió a los ángeles que destruirían Sodoma y Gomorra.

«Después le apareció Jehová en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra.»

—GÉNESIS 18.1,2.

También pueden ser vistos en su forma real, en su belleza celestial, con sus alas desplegadas y vestidos de luz como los vio Jacob en Betel, cuando a través de un sueño Dios le mostró el mundo espiritual.

«Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella.»

—GÉNESIS 28.12

Los ángeles son criaturas tan sumamente hermosas que la reacción natural del hombre es postrarse y adorarlos. Esta experiencia la tuvo el apóstol Juan en la Isla de Patmos, durante sus visiones del Apocalipsis. Sin embargo, la Palabra es muy clara acerca de que solo a Dios se debe adorar y dar culto.

«Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las huíbe oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.»

—APOCALIPSIS 22.8,9

Y también dice en la epístola a los Colosenses:

«No dejéis que aquellos que se deleitan en la falsa humildad y en el culto a los ángeles os priven de vuestro premio. Los tales tratan de entrar en tantos detalles acerca de lo que han visto y sus mentes carnales se inflan llenándose de vanidad.»

—COLOSENSES 2.8, BAVI.

Por tanto, la belleza de los ángeles no debe jamás ser indicativa de su relación con Dios, ya que los ángeles demoníacos se disfrazan de ángeles de luz para engañar. Lo que nos indica su procedencia, ya sea del reino de Dios o del reino de las tinieblas. Pablo dice:

«Si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente al que os hemos anunciado, sea anatema.»

—GÁLATAS 1.8

Satanás buscará siempre la adoración, al igual que sus secuaces. En este grave error han caído millones de personas que se entregaron a la idolatría, por seguir supuestas apariciones de vírgenes; que eran ángeles demoníacos vestidos de luz. Lo que buscaban era que se les levantaran templos de adoración.

«Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz.»

—2 CORINTIOS 11.14

Es importante que estemos sumamente conscientes de que nuestra vida espiritual no depende de ángeles, ni nuestras oraciones deben estar encaminadas a buscar el favor de ellos.

«Nosotros dependemos de Dios. A Él dirigimos nuestras suplicas, y Él es quien decide enviar su ejército a nuestro servicio.»

Una oración correcta sería algo así: «Señor me pongo en tus manos, porque solo tú eres mi roca fuerte y mi castillo fortificado; en ti está toda mi confianza. Padre, te ruego ahora que

envíes tus ángeles a guardarme y a luchar contra todo espíritu inmundo que quiera atacarme.»

Los ángeles son sumamente útiles en las batallas contra el diablo, y sobre todo cuando tenemos que luchar con espíritus humanos. Cuando se trata de someter demonios, nosotros, como cristianos, tenemos toda la autoridad para hollar serpientes y escorpiones, y según la fe de cada uno, podremos más tarde o más temprano echarlos fuera. El problema surge cuando en una liberación o en una batalla territorial interfieren espíritus de brujos. Estos siervos del diablo tienen la habilidad de salir de sus cuerpos para atacar espiritualmente a las personas, o para lograr algún objetivo demoníaco, en el cual les es imposible ir físicamente.

La Biblia dice que los demonios creen en Dios y tiemblan al oír su nombre. Sin embargo los hombres no creen, ni temen, ni obedecen al nombre de Cristo. Esto nos pone en un problema, ya que mientras los demonios obedecen, los espíritus de los brujos no.

¿Qué hacer, entonces? En una ocasión en que librábamos una batalla descomunal, tratando de liberar una joven que practicaba la brujería, el Señor nos reveló que ya los demonios se habían ido, pero lo que mantenía atada a la muchacha eran ciertos espíritus de brujos que estaban luchando por su alma.

Claramente oí que el Espíritu Santo me decía: «Pide ángeles que se los lleven encadenados, y háblales de su derrota ante el poder de Jesucristo.» Tan pronto hubimos orado, dos enormes ángeles aparecieron junto a ella y, capturando a los brujos, se los llevaron fuera. Les prediqué tal y como el Señor me había indicado, mientras la joven sonreía en total libertad.

En otra ocasión, cuando con un grupo de pastores tomamos las pirámides de Teotihuacán, tuvimos una gran experiencia. Nos habíamos dividido en dos grupos: uno lo lideraba Torcuato Luca de Tena, y el otro yo. A él le había tocado entre otras cosas subir a la Pirámide del Sol.

Mientras ascendían, fueron atacados por terribles espíritus de temor que casi los paralizaron. Él empezó a orar y a reprender con todas sus fuerzas, y pedirle a Dios ángeles que vinieran al auxilio para la batalla. En ese momento, cuatro hermosos ángeles como de cuatro metros de altura tomaron sus posiciones, parándose como centinelas de gran poder en las cuatro esquinas

de la parte alta de la pirámide. El ambiente cambió por completo. Un increíble manto de paz vino de parte de Dios sobre ellos, y así pudieron romper todos los pactos y sacrificios hechos a los dioses ancestrales. Al terminar, el Señor coronó la victoria con un precioso arco iris redondo de siete colores, que brillaba en la cúspide del trono caído de Quetzalcoatl. ¡Alabado sea el Rey de reyes y Señor de señores!

Los ángeles nos han abierto puertas increíbles para penetrar los sitios más insólitos. En una ocasión viajé a los Estados Unidos sin pasaporte y Dios envió a sus ángeles y pasé. Me he subido a aviones con más de cuarenta personas en la lista de espera, porque Dios puso un ángel que me subiera.

Hemos sido librados de la muerte en varias ocasiones por la aparición de ángeles que nos han rescatado. Una vez nos salió un pueblo entero con piedras y palos para matarnos y el ejército de Dios los dispersó.

Los hemos visto descender y adorar junto con nosotros en algunos servicios gloriosos.

Casi podría escribir otro libro entero de la cantidad de experiencias maravillosas que Dios nos ha permitido vivir con los ángeles. Algunas de ellas están en capítulos posteriores de este libro.

Nuestra oración es cada día que el Señor Jesús rodee de ángeles nuestra casa, así como los hogares de nuestros familiares y miembros de la iglesia; que nos guarden y velen nuestros sueños.

Para quienes se gozan en la oración, cuyo deleite está frente al trono del Altísimo, cuya vida está tan tejida con el Reino de Dios que son uno solo, el estar con los ángeles es parte de la vida cotidiana. Jesús oró por nosotros y en esa profunda intercesión dijo que todos los que creyeran en su nombre no serían del mundo, «como tampoco yo soy del mundo» (Juan 17.16).

«Os he dado autoridad sobre todo el poder del enemigo»

EL DR. RONY CHAVES, dando una extraordinaria conferencia de batalla espiritual en mi país, explicaba el profundo significado de la palabra autoridad y lo esencial que es entender este concepto para enfrentar una batalla contra el diablo. Enseñaba Chaves que esta palabra proviene del griego *exousia*, y se usa para expresar la máxima autoridad de Dios. Es usada cuando Cristo dice:

«Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.»

—MATEO 28.18

Este vocablo proviene de dos palabras: *ex*, que significa «desde afuera» y *ousia*, que quiere decir «estando adentro, a través de». Esto nos describe el proceso mediante el cual Jesucristo viene en forma de cuerpo, entra al medio ambiente del hombre, se limita como ser humano, y entonces desde afuera —«ex»— el Padre, la máxima autoridad, pero estando dentro, en Cristo «ousia», fluya la autoridad del Padre y destruya así las obras del infierno.

Este mismo término es el que se usa cuando Jesús le da autoridad a la Iglesia. Cristo es glorificado por el Padre, le es dado un nombre que es sobre todo nombre, el cual se nombra en los cielos, en la tierra y abajo de la tierra. Ha recibido la autoridad,

el reino y le dice ahora a la Iglesia que el mismo proceso que obró el Padre en Él, es el que ahora ha de operar en nosotros. Cristo desde afuera, sentado en majestad a la diestra del Padre, pero estando dentro de nosotros, hace fluir su autoridad, haciendo en nosotros los milagros, las maravillas y el poder.

Por eso dice, refiriéndose a la autoridad que tenemos en Cristo, «Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Efesios 2.6).

La iglesia primitiva entendió ese poder y las obras del diablo fueron destruidas. Los demonios eran echados fuera, los enfermos sanaban, los muertos resucitaban.⁸

La autoridad de Dios tiene que ver con la esencia de quién es Dios. Es Rey de reyes y Señor de señores. Es el Creador:

«En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades todo fue creado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.»

—COLOSENSES 1.16,17

Es Aquel en quien todo estaba contenido, y de quién todo salió por la autoridad de su palabra. Él habló en la potencia de su autoridad y la materia traspasó los confines de lo invisible, entonces se hizo visible. Jesús era el Verbo que fue en un principio. Él estaba con Dios y era el mismo Dios.

«En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.»

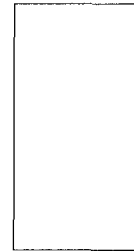
—JUAN 1.4

En el principio, cuando Dios reordenó la tierra vacía y desordenada, cuando todo estaba en tinieblas y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas, Jesús fue la manifestación de luz y de vida que resplandeció rodeándolo todo, cuando la voz del omnipotente exhaló el «¡Fiat lux!» (Sea la luz). Las tinieblas no pudieron permanecer y la muerte y el caos fueron absorbidos por la vida.

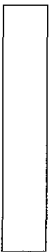
Él tiene poder sobre la masa desordenada y confusa, para traer sobre ella su Espíritu y ordenarla y darle vida. Tiene autoridad sobre la masa desordenada de la enfermedad, para traer

«Os he dado autoridad sobre todo el poder del enemigo»

sobre ella la vida. Tiene el poder sobre las familias desordenadas y vacías, a fin de traer la luz y vida sobre ellas.



«El poder no lo tiene...
ni el cáncer,
ni el adulterio,
ni las drogas,
ni el diablo.
¡El poder lo tiene Dios!»



En el principio su autoridad hizo soplar el viento y como una ráfaga tempestuosa las aguas fueron divididas. Los cúmulos de vapores se elevaron a los cielos. Como lo describe el profeta Jeremías:

«El es el que hizo la tierra con su poder, el que afirmó el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos con su inteligencia. A su voz se producen tumultos de aguas en los cielos, y hace subir las nubes de lo último de la tierra; él hace relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos.»

—JEREMÍAS 51.15,16

En su autoridad, Él envió la palabra y las aguas y la tierra seca se separaron. Puso límites a la superficie de los mares y les ordenó que no traspasasen su mandamiento:

«Voz de Jehová sobre las aguas; truena el Dios de gloria, Jehová sobre las muchas aguas.

Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria...

Voz de Jehová que derrama llamas de fuego, voz de Jehová que hace temblar el desierto...

Jehová preside en el diluvio, y se sienta Jehová como rey para siempre. Jehová dará poder a su pueblo...»

—SALMO 29.3,4,7,8,10,11

Está es la misma autoridad con que se movía el Hijo de Dios, cuando detuvo la tempestad y sus discípulos se preguntaban:

«¿Quien es éste, que aún a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?»

—LUCAS 8.25B

8- Rony Chavez, Mexicanos en victoria, abril de 1994.

Job decía de esta autoridad:

*«Las columnas del cielo tiemblan, y se espantan a su repre-
sión. El agita el mar con su poder, y con su entendimiento hiere la
arrogancia suya ... He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus
caminos; ¡y cuán leve es el susurro hemos oído de él! Pero el true-
no de su poder, ¿quién lo puede comprender?»*

—JOB 26.11,12,14

Su voz resonó en los cielos y se desplegó el firmamento. Vol-
vió a tronar desde lo alto y se encendieron como una ráfaga in-
finita de luces, las lumbreras de los cielos.

La vida, la esencia de Cristo, cubrió la materia, y su voz le
dio forma y se llenaron los mares de peces y los cielos de aves.

En su sabiduría creó al hombre y sopló en él su Espíritu, y le
dio dominio sobre toda la tierra. Y el hombre, en la más delez-
nable traición, le entregó su reino al diablo, le entregó la autori-
dad que Dios le había dado, rebelándose contra el Altísimo y es-
cogiendo la terrible mentira de querer ser como Dios.

La tierra se corrompió, se enfermó, empezó a producir car-
dos y espinos. Entró la maldición, la carne se volvió enfermedad
y mortal. El Espíritu del Eterno se había alejado del hombre.

El diablo azotó con iniquidad la tierra. Todo era ya destruc-
ción y muerte; su semilla de maldad crecía en cada hombre y en
cada mujer que venía al mundo.

Dios destruyó con el diluvio la tierra, arrepentido de la mal-
dad del ser humano, pero no destruyó la raza sino que eligió pa-
ra recrear al hombre sólo a ocho personas de la familia de Noé,
quienes aún creían y lo adoraban.

Los propósitos, planes y la suprema autoridad de Dios iba a
prevalecer, hiciera lo que hiciera el diablo, hiciera lo que hiciera
el hombre; intentarían lo que intentarían.

«Y un día ocurrió el hecho
que cambiaría la historia
de la humanidad. Dios mismo
nacía como un ser humano,
para vivir entre nosotros
y salvarnos de la muerte eterna.»

«Os he dado autoridad sobre todo el poder del enemigo»

Entonces el verbo, el hijo del Dios viviente, decidió humillar-
se hasta lo sumo y venir en forma de hombre:

*«Y aquel verbo se hizo carne, hizo su tabernáculo de carne y
vivió entre nosotros. Y vimos su gloria como sólo puede recibir el
unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad.»*

—JUAN 1.14, BAVI.

- Hizo de carne su tabernáculo, para que la carne recibiera la gloria del Padre.
- Hizo de carne su morada, para que la carne fuera morada de su Espíritu.
- Hizo de carne su habitación, para que la carne recibiera el poder del Omnipotente. Para que la vida pudiera manifestarse en la carne. Para que la vida absorbiese lo mortal y la revistiera de inmortalidad.

*«Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, el tam-
bién participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al
que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos
los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida suje-
tos a servidumbre.»*

—HEBREOS 2.14

Por cuanto los hijos participaron de maldición, Él se hizo
maldición. Por cuanto los hijos participaron de enfermedades,
Él llevo en su cuerpo nuestras enfermedades.

*«Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros
dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y
abatido. Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nues-
tros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga
fuimos nosotros curados.»*

—ISAÍAS 53.4,5

La sangre fue derramada. El arca en los cielos se cubrió con
la sangre. El Padre aceptó esa sangre. Y Jesús descendió a los in-
fiernos habiendo pagado el precio. El Seol se llenó de la presen-
cia del Señor. El acta que nos era contraria había quedado clava-
da en la cruz. El Señor avanzaba hacia el trono del diablo, y con
cada paso que daba los principados y potestades iban siendo
despojados. La cruz clamaba sobre todo el universo: «¡Jesús ha

triunfado; Jesús ha vencido!»

Llegó frente al príncipe de las tinieblas y el diablo no pudo hacerle frente. Cayó derrumbado, destruido. ¡Por medio de la muerte destruyó al que tenía el imperio de la muerte! Entonces Jesús le arrebató las llaves, le arrebató toda la autoridad sobre los hombres. Se cumplió lo que Él había visto cuando aún estaba con sus discípulos, cuando les dijo: «Yo lo veía caer como un rayo...» Ahí quedó, desmenuzado a los pies de Cristo.

En ese momento, la fuerza del Espíritu todopoderoso de Dios empezó a sacudir el infierno, y la vida, como un potentísimo haz de fuego penetró el cuerpo muerto de Jesús. Los músculos empezaron a reaccionar, sus pies comenzaron a moverse. El portento de vida en aquella tumba sacudía los cimientos de los cielos. Los ángeles descendieron a remover la piedra.

¡El infierno no lo pudo retener!
 ¡La muerte no lo pudo retener!
 ¡La tumba no lo pudo retener!
 ¡Resucitó!
 ¡Había ganado nuestra victoria!
 ¡Los cielos lo vieron!
 ¡El padre lo vio!
 ¡El diablo también lo vio!

¡Aleluya! ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Gloria al que vive y reina, y que nunca será vencido, a Jesucristo nuestro Salvador!

En Él estamos, nos movemos y somos. La autoridad de Jesucristo, quien hizo los cielos y la tierra, quien tiene un nombre que es sobre todo nombre, y en el nombre del cual se tendrá que doblar toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, ¡esa autoridad nunca la ha tenido el diablo, ni la tendrá jamás!

- ¡El diablo no tiene el poder; el poder lo tiene Jesús!
- ¡Tu enfermedad no tiene el poder, el poder lo tiene Jesús!
- ¡Tu dolor no tiene el poder, el poder lo tiene Jesús!
- ¡Tus vicios no tienen el poder, el poder lo tiene Jesús!
- ¡El adulterio que esta dividiendo tu hogar no tiene el poder, el poder lo tiene Jesús!
- Pero a nosotros nos ha sido dicho: «¡Toda autoridad os he

«Os he dado autoridad sobre todo el poder del enemigo»

dado para hollar serpientes y escorpiones y sobre todo el poder del enemigo y nada os dañará!»

- ¡Jesús nos dio el poder! Tú tienes ahora el poder para deshacer las obras del diablo!

Por demasiado tiempo la Iglesia ha vivido en derrota, porque sabe en su mente, doctrinalmente, que el diablo está derrotado, pero en su fuero interno todavía hay fortalezas creadas por demonios que atemorizan al creyente, que muestran a Satanás como una enorme potestad que sacude la tierra de horror y destruye todo a su paso, con un poder tan grande que nadie quisiera estar ni un segundo cara a cara frente a él.

Eso es la mentira más grande. El diablo está efectivamente vencido. Pero su artimaña es hacernos creer que sigue teniendo el poder. En la segunda epístola a los Tesalonicenses habla de cómo maneja sutilmente sus engaños.

«...iniciuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos.»

—2 TESALONICENSIS 2.9

Esta palabra, que en el español fue traducida como «y», en el original griego es la palabra *kay*, que significa «esto es». Por lo que podríamos traducir: «Con gran poder, esto es, señales, esto es, prodigios mentirosos.» Cristo venció al diablo en la cruz, y el Espíritu Santo ha sido enviado para convencer al mundo de pecado de justicia y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado (Juan 16.11).

La palabra juzgado, en el idioma original, el griego, quiere decir literalmente «desmenuzado». El Espíritu Santo está convenciendo a la Iglesia de que el diablo esta hecho pedazos, que está aplastado y desmenuzado.

¡Podemos levantarnos confiadamente a la guerra en contra del diablo, y nuestra victoria dependerá de saber «que en medio de la batalla el diablo está derrotado.»⁹

«Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.»

—1 JUAN 5.18

9- Morris Cerrulo.

Y también dice:

«Os he escrito] a vosotros padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al maligno.»

—1 JUAN 2.13, VERSIÓN LIBRE.

¿Cómo actúa el diablo? Su único poder es mentir —porque es padre de mentira—, por lo que su forma de hacernos creer que es un ser monstruosamente poderoso, será haciendo las más increíbles parodias mentirosas. Le presentará la situación absolutamente terrible, de manera que sus fuerzas se pierdan hasta desmayar, tal como dice:

«Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.»

—HEBREOS 12.3

¡Su objetivo es que usted pierda el ánimo!

Le presentará diagnósticos mentirosos a través de imágenes en radiografías. El mismo espíritu que hace aparecer figuras en las bolas de cristal, hace también aparecer tumores y anomalías que no son sino obra mentirosa de sus manos. Querrá que usted se sienta amedrentado, poniéndole obstáculos en todo lo que quiera hacer para Dios. Le negará los permisos que necesite, lo borrará de la lista en los aviones, se meterá con el motor de su coche, lo va a amenazar con matarlo. ¡Todo es mentira!

Uno de los pasajes que más muestran este poder intimidante y falaz de Satanás es cuando Jezabel, la reina, manda un mensajero al profeta Elías:

«Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos.»

—1 REYES 19.2, REFIRIÉNDOSE A LOS SACERDOTES DE BAAL QUE ELÍAS HABÍA MATADO.

Si Jezabel realmente hubiera tenido el poder para matar a Elías, ¿por qué no le envió un asesino? Y Elías actuó como muchos cristianos hemos actuado:

«Os he dado autoridad sobre todo el poder del enemigo»

«...y se sentó debajo de un enebro; y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres.»

—1 REYES 19.4

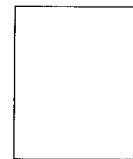
Otro que había caído en el gran juego de las mentiras del diablo, Elías, no quería morir en ninguna manera. De otra manera, se hubiera quedado a esperar pacientemente al asesino. Elías quería demostrarle a Jehová que él era una víctima, y que por más que luchara, nada iba a cambiar el terrible poder de Jezabel. Pareciera como que oigo a tantos cristianos que buscan consejería pastoral, solo para descargar su alma y demostrarle al pastor que su problema verdaderamente no tiene solución, «porque Dios no los oye...» Lo que no sabía Elías es que Jehová lo usaría para ungir profetas y reyes, que había 7000 que no habían doblado sus rodillas a Baal, y que Jezabel sería comida por los perros.

¡Si tan sólo confiáramos en que detrás de cada circunstancia difícil hay un plan glorioso de parte de Dios...! ¡Un plan mucho más grande que nuestras expectativas!

Una gran verdad que Dios me ha enseñado en la lucha contra el diablo es que ¡todo aquello a lo que le damos importancia, cobra poder sobre nosotros!

Si Satanás logra mantenernos en la preocupación, en el desánimo, en la tristeza y en la derrota, se estará llevando la gloria.

- La tristeza es decirle a Dios: «¡No sirves!»
- La derrota es decirle a Dios: «¡No tienes poder!»
- El negativismo es decirle a Dios: «¡No puedes!»
- La angustia es decirle a Dios: «¡No me amas!»



*«¡Las quejas son el sonido del infierno!
¡Las alabanzas, el del Reino de Dios!»*



Jesús dijo: «Sabed esto, que si supiera el padre de familia a qué hora el ladrón habría de venir, no dejaría minar su casa.»

Cada vez que caminamos en imaginaciones destructivas, estamos en terreno del diablo. Dejamos que siembre en nuestro

corazón semillas de derrota, estamos dejando minar nuestra casa. El Señor le dice:

«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida.»
—PROVERBIOS 4.23

Y también nos dice:

«Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para derribar y demoler fortalezas. En tanto que nosotros refutemos todo argumento y teoría, todo razonamiento e imaginación y todo orgullo y altivez que se levante en contra del verdadero conocimiento de Dios; y llevemos todo pensamiento y propósito cautivos, a la obediencia de Cristo Jesús.»
—2 CORINTIOS 10.4,5 BAVI.

Muchos dicen: «Es que no sé pelear; me confundo fácilmente cuando el diablo me ataca en mis pensamientos.» Así como el pueblo de Israel era esclavo y no guerrero, cuando salieron de Egipto, lo primero que Dios les mostró no fue a empuñar la espada, sino verlo a Él, la columna de fuego que los iba guardando del faraón. Así también a nosotros, Dios nos está diciendo. «La responsabilidad de la batalla no la he puesto en manos de ningún hombre.»

«Porque Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos.»
—DEUTERONOMIO 20.4

Esto tiene tremendo poder, pero no entrará en operación hasta que nuestra voluntad decida ponerlo por obra. La autoridad de Dios debe ser ejercida por los creyentes; tenemos que saber quiénes somos en Cristo Jesús. El apóstol Pablo oraba para que viniera sobre los creyentes un entendimiento profundo del infinito poder que hay en nosotros:

«Porque de continuo oro al Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, para que os dé espíritu de sabiduría y de revelación, de discernimiento en los misterios y secretos, y en el profundo e íntimo conocimiento de Él. Para que los ojos de vuestro entendimiento sean abiertos e inundados de luz, para que podáis entender y conocer la esperanza a la cual Él os ha llamado. Y cuál es la abundante riqueza de su herencia para los santos. Y para que sepáis cuál

es la supereminente, ilimitada y sobreabundante grandeza de su poder, en y para los que creen, como fue demostrada por la potencia de su fuerza que operó en Cristo Jesús, resucitándolo de los muertos, y lo sentó a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo poder y autoridad y dominio y todo nombre que se nombra; y lo dio por cabeza a la Iglesia la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo. Porque en su cuerpo vive la total medida de aquel por quien todo es completado, llenándolo todo en todas partes.»

—EFESIOS 1.17-23, BAVI.

Amado lector, no es hasta que entendamos en cada célula de nuestro ser, quiénes somos realmente, que tendremos una autoridad total sobre las fuerzas del diablo. Demasiados cristianos viven con la idea de Hollywood, de que el diablo es un ser terriblemente poderoso que tiene el poder de azotar a los cristianos a su antojo. Me duele ver cómo tantos cristianos viven derrotados, robados, enfermos, con problemas financieros tremendos y quejándose con cuanta persona encuentran de todos los males que les acaecen.



«¡ Basta ya de hacerle caso a cuanta mentira el diablo nos quiera meter en la cabeza!»



Un día me encontré así; había nacido en una iglesia donde se predicaba que para conocer a Dios usted tenía que pasar por la experiencia de Job. De otra forma, nunca sus ojos verían al Señor y usted se quedaría en una experiencia de tan solo «de oídas te había oído». Yo creí esto y, como anhelaba tanto conocer a Dios, le abrí la puerta al diablo para que me destruyera. Así me encontraba; llorando en mi cama, enferma, sin dinero, sin trabajo, y desconsolada. Así que igual que Job, en mi lecho de dolor empecé a clamar: «¿Hasta cuándo Señor; hasta cuándo?» Entonces oí la voz del Señor, furioso, retumbando en mi cuarto. Llena de pánico me incorporé, no sabiendo porqué Dios podía enojarse contra una pobre «víctima» como yo.

Entonces me dijo: «¡Levántate! No te he llamado a estar postrada en una cama; te he dado mi poder para sanar a los enfermos. Así que vé y hazlo!» Luego añadió. «Tampoco te he llamado para que te estés quejando desconsolada. Te he dado el poder

para hacer las riquezas, para que extiendas tu mano al pobre y hagas mi obra. ¡Levántate y da! ¡Y por último vé y consuela a mi pueblo por el poder y el amor de mi Espíritu, el cual he puesto en ti.»

Me quedé muda. No podía parpadear de la vergüenza que sentía. Como a los cinco minutos tocó a la puerta una hermana seriamente enferma, pidiéndome que orara por ella. Tomé ánimo de donde no lo tenía y oré en la fuerza de Dios. El Espíritu descendió poderosamente: sanó ella y sané yo.

Como a la media hora tocó otro, con una necesidad financiera. Le di todo lo que me quedaba; quizás el equivalente a unos 5 dólares. Y poco más tarde sonó el teléfono; era otra persona francamente desconsolada. La ministré con el amor de Cristo y la paz sobreabundante de su presencia vino sobre ella y sobre mí.

Estaba gozándome en lo que fue una de las lecciones más importantes de mi vida, cuando ya de noche tocaron de nuevo a la puerta. Al abrirla había un hombre desconocido que me traía un sobre. Sonrió con gentileza, preguntó si yo era Ana Méndez y luego me lo dio, y dando media vuelta se fue. En ese sobre había aproximadamente unos 500 dólares. Sin remitente, sin carta, sin nada. Dios, en su fidelidad, me lo envió, y yo sé que aquel hombre era un ángel.

Dios estaba haciendo algo importante en mi vida, para enseñarme no solo a vivir una vida victoriosa sino para capacitarme, a fin de enfrentar las puertas del infierno.

Otra de las grandes lecciones de mi vida espiritual me la enseñó a través de la estructura que siguió Jesús en su vida ministerial.

Jesús fue bautizado. El Padre y el Espíritu Santo se manifestaron junto con el Hijo en ese sublime momento en que Jesús iba a entrar a las aguas. No se bautizó para perdón de los pecados, por supuesto, sino para establecer el Cuerpo, del cual sería la cabeza y que todos los que se bautizaran lo irían conformando. En aquel momento histórico, la gloria de Dios es vista y ante los oídos atónitos de la gente se escucha la voz todopoderosa del Padre. Al mismo tiempo descende sobre Jesús el Espíritu Santo en forma de una paloma.

Lleno del Espíritu, Jesús inicia su ministerio en el desierto. ¿Por qué? Porque lo más importante para triunfar en cualquier

«Os he dado autoridad sobre todo el poder del enemigo»

ministerio, para ser más que vencedores en nuestra vida cristiana es establecerle nuestra posición al enemigo de nuestras almas. Jesús iba a pararse en ayunas, porque como hombre tenía que ser fortalecido por el Espíritu. Se paró cara a cara con el diablo, para dejar decretado y asentado que quien tenía el poder era el Padre eterno, y que para Él, Satanás ya estaba derrotado.

La unción viene tras enfrentar al diablo en el desierto

Primer intento

«Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

—MATEO 4.1-4

EL PAN REPRESENTA el sustento, la vida y las necesidades de este mundo, los afanes terrenales. La primera tentación es también nuestra primera tentación, vivir de acuerdo a las leyes y los afanes de este mundo, y no conforme al Reino de Dios.

Jesús establece el principio de un reino espiritual en medio de este mundo terrenal. Un reino que se rige no por las carencias humanas y las leyes limitadas de lo terreno, sino por la palabra creadora de Dios.

Jesús le está decretando al diablo que la Palabra de Dios es la suprema autoridad. Que quien está decidido a derrotarlo es ÉL,

y no viceversa.

Está hablando y estableciendo principios totalmente contradictorios a la leyes de la naturaleza, esta decretando que su vida está total y absolutamente sustentada y protegida por la Palabra de Dios.

El primer paso para la victoria es, entonces, determinar en nuestro corazón y hacerle saber al diablo que vivimos y dependemos 100% de la Palabra de Dios, y que ella es infalible, todopoderosa, ilimitada y eterna. Esto no es algo dogmático, ni meras letras grabadas en nuestra fugaz memoria, sino que es palabra viva, impregnada en nuestro espíritu; es conocimiento revelado a lo más profundo de nuestro ser. Porque sabemos que el Cielo y la tierra pasarán, pero su Palabra no pasará, porque así lo ha dicho el Señor.

Mientras usted piensa que del esfuerzo que haga, de eso depende su sustento, está bajo maldición. Porque Dios maldijo al hombre y le dijo: «Ganarás el pan de tu boca con el sudor de tu frente.» Pero «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque escrito está: maldito el que fuere colgado en un madero).» Y mientras usted esté en maldición, el diablo comerá del polvo con que usted está hecho; le robará y devorará su sementera, porque habrá estado sembrando entre cardos y espinos, y no verá el fruto. ¡Salga de ahí!, sabiendo que no solo de pan —de lo natural— vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Segundo intento

«Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra.»

Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.»

— MATEO 4.5-7

La segunda tentación tiene que ver con nuestra comunión con Dios, con nuestra santidad y con no tentarlo con nuestra llana manera de pensar. Si parafraseáramos, adaptando el texto a nuestros días, lo que está diciendo el diablo sería algo así:

La unción viene tras enfrentar al diablo en el desierto

«Usa tu poder en Cristo para ser admirado, para hacerte rico, para manipular a la gente; actúa independientemente. ¡Tú eres grande! Eres santo, Cristo te guarda, los ángeles están a tu servicio, ¿de qué te preocupas?»

Jesús se guardó siempre de estar en el centro de la voluntad del Padre. Se sometió, fue obediente hasta la muerte, en humildad, en amor, en negación y servicio a los demás. La escritura dice:

«Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.»

—APOCALIPSIS 12.11

Seremos guerreros victoriosos cuando aprendamos la verdadera negación a nosotros mismos por amor al Evangelio, cuando nuestro testimonio sea de fe y de alabanza a Dios, y no de quejas ni autocompasión. Y cuando entendamos qué es, verdaderamente, la sangre que fue derramada, y cuál es su poder. (Temas que desarrollamos en el capítulo sobre la sangre).

«Someteos, pues, a Dios, resistid al diablo, y huirá de vosotros.»

—SANTIAGO 4.7

Jesús conocía, a través de la íntima comunión con el Padre, que la autoridad proveniente de la misma esencia del Padre fluía y se movía a través suyo. Estar con su Padre era lo que saciaba su alma, nutría sus huesos y lo llenaba de paz.

Nosotros, muchas veces, al estar un buen rato o quizás una temporada rodeados de gente inconversa, nos sentimos mal; anhelamos hablar con alguien que hable nuestro idioma, el del Espíritu. Buscamos gente cristiana para hablar con ellos y esto es, ciertamente, un verdadero refrigerio.

Jesús no tenía a nadie con quién hablar de igual a igual. Solo Él estaba vestido y lleno del Espíritu de Dios; solo Él entendía lo que era negarse a la carne y vivir por el Espíritu. Jesús estaba terriblemente solo. Solo con el Padre podía hablar con libertad, y en esto se basó su vida victoriosa.

«Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al

mundo ... y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.»

—JUAN 8.27,28

Jesús se sometía 100% a la voluntad del Padre. Estaba en comunión continua con Él, sometido a Él. Y esto hacía que el diablo no pudiera tocarlo en lo más mínimo. Había seguramente miles de necesidades alrededor del ministerio de Jesús, pero el Señor solo hacía lo que oía del Padre. En el estanque de Betesda había una multitud de enfermos esperando que descendiese el ángel a mover las aguas; sin embargo, Jesús sólo sanó a un paralítico.

Cuando vinieron a decirle que Lázaro estaba enfermo, esperó tranquilamente dos días. Jesús veía el propósito de Dios; estaba atento a la dirección del Padre. Fue también con un propósito que no se subió a la barca cuando vino la gran tempestad sino que se fue caminando sobre las aguas. El estar comprometido de esa forma a escuchar la voz de Dios para dar cada paso, lo hacía invencible frente a las asechanzas del diablo.

Lo triste es ver tantas vidas tan afanadas por las cosas terrenales, que no tienen tiempo de escuchar la voz de Dios. Es tanto más fácil ir al pastor y decirle que ore por una dirección para su vida, que doblar las rodillas hasta penetrar el lugar Santísimo y, cara a cara con Dios, escuchar de Él su perfecta voluntad. Esto implica disciplinar la carne y someterla, esto implica estar comprometidos y enamorados del Señor. ¡Ahí es donde está la verdadera victoria, en escucharlo a Él!

Resistir al diablo es una poderosa determinación. Un día, hace varios años, el Señor me mostró con qué facilidad sus hijos nos dejábamos llevar por todos los contratiempos que al diablo se le ocurría enviar a nuestras vidas. El problema radica en que no estamos totalmente hartos del enemigo de nuestras almas.

Cuando por primera vez el Espíritu Santo puso esto en mi corazón, yo reaccioné y le dije: «¿Cómo no voy a estar harta, Señor? ¡Ya no aguanto todas las que me hace!» «Efectivamente, ya no aguantas, eso es verdad; pero no estás harta», me dijo. «Estar harta conduce a una violencia espiritual de tal magnitud que le declaras la guerra a muerte a tu opresor. Estás *determinada a vencer* cueste lo que cueste.» ¡Hay que tomar decisiones que conduzcan a cambios radicales en tu vida!»

«Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.»

—MATEO 11.12

Aquel día entendí lo que posteriormente me ha llevado a las más grandes victorias frente al diablo. Me levanté llena de «ira santa», valga la expresión, decidida a conquistar la tierra. Le pinté mi raya al diablo, y a partir de ese día él se enteró que si osaba meterse conmigo me le iba a ir encima con toda la fuerza del Espíritu de Dios, que lo iba a enviar al tribunal divino para que fuera juzgado por la más mínima cosa que me hiciera, que lo iba a azotar con la Palabra de Dios y con la sangre del Cordero, que iba a usar todo el ejército de ángeles que Cristo había puesto a mi disposición para hacerle la guerra hasta la muerte. Y para rematarlo, iba a dormir profundamente, como alabanza a Dios, soltándome en sus brazos y confiando totalmente en Él.

La paciencia es un fruto del Espíritu Santo. El diablo no tiene paciencia, y cuando ve que usted, lejos de creerse sus mentiras, le ocasiona pérdidas en su reino, se alejará más rápido de lo que usted cree.

Tercer intento

«Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.»

—MATEO 4.8-11

La tercera tentación tiene que ver con la adoración. Con la tendencia humana de codiciar la grandeza de este mundo, con el deseo de ser vistos y honrados por los hombres, el buscar el reconocimiento.

Cuántas personas sufren terriblemente si no son alabados por lo que hacen. Se pasan la vida buscando títulos en el mundo, en la iglesia, buscando obtener de ellos su identidad y su valor; y son continuamente derrotados por el diablo, vulnerables a la humillación demoníaca porque tienen sus valores y su fuerza en la gloria de este mundo, la cual es como la flor, que un día es

y al otro ha dejado de ser, y es echada en el fuego.

Jesús establece claramente la base de su fuerza y su victoria:

«Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.»

—MATEO 4.10

Entre las armas más poderosas para la batalla espiritual están la alabanza y la adoración a Dios. Uno de los pasajes que más ministraron mi vida y me han hecho ver grandes milagros es el Salmo 34. Lo escribió el rey David en uno de los momentos más difíciles de su vida. Se encontraba solo, perseguido a muerte por el rey Saúl. Abimelec, el rey de los filisteos que lo había amparado, ahora le daba la espalda y lo echaba afuera. Sus mujeres estaban secuestradas, y él no tenía ningún sustento. La situación no podía ser más desesperante para el joven David. Sin embargo, hay algo que lo mantiene firme y fuerte ante cualquier circunstancia, y es el saber que su seguridad es Jehová, que tiene un Dios fuerte, poderoso, un Dios que lo escucha, que pelea sus batallas y lo guarda de sus enemigos. Un Dios que es su refugio en tiempo de tribulación y castillo fuerte para resguardarlo.

David había aprendido a dejar de ver las circunstancias y a levantar su espíritu a la presencia de Dios. No importa cuán grande fuera su problema, había aprendido a ver la grandeza de su Dios.

«Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca. En Jehová se gloriará mi alma; lo oirán los mansos, y se alegrarán. Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre. Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores. Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados. Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved qué es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él. Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen. Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien ... Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu. Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará Jehová.»

—SALMO 34.1-10, 18,19, ÉNFASIS AÑADIDO.

Recuerdo una ocasión en que tenía poco más de un año de convertida. Como medio de sustento exportaba obras artistas

mexicanos a los Estados Unidos. Venía un mercante de arte, americano, compraba las piezas y yo me encargaba de toda la tramitación, hasta que llegaran a su destino. Un día el americano había adquirido una preciosa escultura de mármol negro, finísima, que pesaba como media tonelada, y valía aproximadamente unos diez mil dólares.

En aquel entonces yo vivía en el cuarto piso de un viejo edificio de apartamentos, sin ascensor. Así que cuando me llevaron la pieza, por más esfuerzo que hicieron los cargadores, no pudieron pasar del segundo piso. Viendo la complicación que era mover la escultura, decidí que la dejaran en el descanso de la escalera; las posibilidades de robo eran verdaderamente imposibles —según mis cálculos—, así que sin preocuparme más me fui a descansar. Era sábado; de todas formas no podía hacer nada hasta que abrieran el lunes la oficina de aduanas.

El domingo me fui a la iglesia y al regresar cuál fue mi sorpresa al ver que la escultura ya no estaba. Sentí que se me abría la tierra bajo mis pies. Ni aun vendiendo todo lo que tenía podría pagar una cifra semejante. Subí a mi apartamento y me postreé delante de Dios. Era lo único que tenía: un Dios poderoso. Empecé a alabarle y a adorarlo, y le dije: «Gracias, Señor, por esta oportunidad tan maravillosa de ver abrirse los cielos, y ver descender tu ejército de ángeles a mi favor. Gracias por el privilegio de ver tu poder en una forma tan grande. Te pido, Señor, que la escultura le quemé en las manos al ladrón y que la devuelva arrepentido.» Y seguí alabando. Le hablé al pastor y le pedí que me apoyara en la reunión de oración.

Cuarenta y ocho horas más tarde la escultura apareció intacta en el descanso de la escalera. El Señor sacó a la luz a los ladrones: dos americanos y un mexicano. Los detuvo la policía y los llevaron a la cárcel. En la prisión pudimos testificarles del amor de Cristo.

Escribí cartas de perdón, exhonerándolos de todo cargo. Dos de ellos decidieron que no necesitaban a Cristo y el otro cayó llorando, clamando por el perdón y recibiendo a Jesús en su corazón. No sé qué pasó en los archivos de la cárcel, pero el que había recibido a Cristo salió totalmente limpio de toda culpa. Los otros dos fueron deportados del país a comparecer su pena en una prisión norteamericana.

Aprendí una gran lección: en vez de preocuparnos, debemos

alabar a Dios en todo tiempo. ¡Nuestro Salvador y Redentor vive!

El Salmo 149 habla del gran poder de la alabanza para deshacer el poder del diablo:

«Cantad a Jehová cántico nuevo; su alabanza sea en la congregación de los santos ... Alaben su nombre con danza; con pandero y arpa a él canten ... Exalten a Dios con sus gargantas, y espadas de dos filos en sus manos, para ejecutar venganza entre las naciones, y castigo entre los pueblos; para aprisionar a sus reyes con grillos, y a sus nobles con cadenas de hierro; para ejecutar en ellos el juicio decretado; gloria será esto para todos sus santos. Aleluya.»

—SALMO 149.1,3,6-9

Cuando alabamos a Dios estamos ejecutando poderosa batalla, nuestras manos levantadas en adoración son como espadas que hieren al enemigo.

«Él adiestra nuestras manos para la batalla.» ¡Qué adoración tan grande recibe nuestro Dios, cuando en vez de caer víctimas oprimidas por las circunstancias, levantamos cántico nuevo, una alabanza desde lo profundo de nuestro ser, una exaltación a Dios por su grandeza, por su poder y por su fuerza.

Epílogo de una tentación frustrada

«Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo. Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor.»

—LUCAS 4.13,14

La unción vendrá cuando, sometidos a Dios, resistamos al diablo y tomemos una determinación tajante de qué posición queremos que el diablo tenga en nuestra vidas.

«¡Jamás tendremos autoridad sobre ningún demonio que esté apropiándose de algo o de alguien, más de lo que hayamos derrotado al diablo en nuestras propias vidas!»

Por eso vemos iglesias tan endebles, sin autoridad, llenas de desgracias y de gente derrotada. Porque jamás han tomado una determinación definitiva de someter al diablo. Jamás han tomado la decisión de asirse al poder de Dios. Buscan sus soluciones en los bancos y en los hombres, y se entregan a los diagnósticos médicos sin resistencia alguna.

Los grandes hombres y mujeres de Dios en la historia del cristianismo fueron gente que tomó un día una decisión inamovible e inquebrantable: ¡tomar su posición sentados con Cristo en los lugares celestiales, y no cederle jamás su lugar de autoridad al enemigo de sus almas!

El concepto de la sangre en el mundo espiritual

ANTES DE SEGUIR ADELANTE con los pactos que afectan a las familias y naciones, quiero aclarar un concepto que, después de ministrar a muchísima gente dentro del cristianismo, veo que es un tema que la gente tiene poco claro: el significado de la sangre en el mundo espiritual.

La sangre es el primer elemento expiatorio que Dios revela al hombre. Desde la caída del ser humano hasta la revelación del futuro glorioso de la Iglesia veremos a lo largo de toda la historia una intervención constante de Dios, un hilo de oro que hilvana toda la Escritura, un río de vida que fluye: la sangre.

Jamás vamos a alcanzar plenitud, paz de espíritu, victoria total si no entendemos el poderoso misterio de este elemento.

En la epístola a los Hebreos, hablando del tabernáculo, dice:

«Pero en la segunda parte, [podía entrar] sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo.»

—HEBREOS 9.7, ÉNFASIS AÑADIDO.

Desde que el hombre cayó en pecado en el huerto de Edén se ha encontrado separado de Dios. La paga de sus transgresiones es la muerte y la única forma de acercarse al Creador es por medio del sacrificio de un animal. Esta víctima tomaba el lugar del pecador, una vida era tomada para que la otra prevaleciera.

Abel fue el primer sacerdote, el primer profeta a quien Dios le revela el poder de la sangre. La vida de Abel estaba consagrada para presentar sacrificio a Jehová. En aquel entonces el hombre no comía carne; esto empezó a suceder después del diluvio. Así que la única razón para que Abel cuidara de un rebaño era para ofrecer el holocausto debido a Dios. La sangre fue, desde entonces, el único medio para acercarse a Dios. Y lo sigue siendo ahora.

El hombre no puede recibir de Dios ni sus bendiciones, ni su comunión, ni su revelación, ni su poder fuera de este precioso elemento. Es el primer estatuto para que el hombre pueda venir a Dios. Sin este sacrificio, Enoc no hubiera podido jamás ser arrebatado a los cielos, ni Noé hubiera podido escuchar a Dios. Él sabía lo que tenía que hacer, y después del diluvio santificó la tierra para Jehová con un holocausto, con un derramamiento de sangre.

«Y edificó Noé un altar a Jehová, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar.»

—GÉNESIS 8.20

La nueva tierra había sido consagrada a Jehová, y el primer mandamiento que Dios le da al hombre es: «Pero carne con su vida que es su sangre, no comeréis. Porque ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas» (Génesis 9.4).

La sangre es algo que le pertenece a Dios y que no puede ser tomada a la ligera. Hay algo profundo en ella que Dios mira, algo que Dios diseñó dentro de la sangre que tiene su sello, y por esto debe ser respetada.

Este mismo principio lo vemos repetirse en Abraham e Isaac, con quienes Dios formaría su pueblo, el pueblo que daría a luz al Mesías. Dios ahora va añadir un nuevo concepto al sacrificio, y es la entrega del corazón, la rendición total a Dios. Abraham se da a sí mismo a Dios para ofrecerle lo que más amaba: su hijo. E Isaac, su hijo, tipo de Cristo, pone su vida en el altar. Jehová recibe el sacrificio, pero envía un cordero para ser puesto en holocausto en lugar de Isaac.

«Una vida es puesta para salvar otra vida.»

Este es el principio de todo sacrificio, el principio de la expiación. Y es también el principio de la redención con la que Cristo nos compró.

En la Pascua vemos repetirse lo mismo: en Egipto Dios le había dicho a Moisés que el ángel de la muerte pasaría matando a todo primogénito. Jehová les manda sacrificar un cordero y poner la sangre en los dinteles de la puerta:

«Y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto.»

—ÉXODO 12.12,13

Aquí Dios establece un fundamento que será a perpetuidad: los que están bajo la protección de la sangre del sacrificio, no pueden ser tocados por la muerte. No solo era necesario matar el cordero pascual y derramar su sangre, tenía que ponerse en los dinteles de la puerta de la casa. De esta misma manera, no basta con que Jesús haya derramado su sangre, debe aplicarse en las puertas del corazón del hombre, el cual es «su casa».

Jesús dice en Apocalipsis 3.20: «He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.» Esta puerta es el interior del ser humano, y esta cena es la del Nuevo Pacto en su sangre.

Dios vuelve a tratar con el hombre en una manera más directa en el Sinaí. Por primera vez establece su pensamiento, su justicia y su ley entre los hombres, y vemos aparecer el mismo principio:

«Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas. Y subieron Moisés, Aarón, Nadab y Abiú y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies un embaldosado de zafiro brillantísimo, como los mismos cielos en toda su claridad.»

—ÉXODO 24.5-10, BAVI.

«La sangre del sacrificio
trae consigo la presencia,
la manifestación
y la revelación
del Dios viviente.»

¿Por qué Dios escoge la sangre? Cuando pensamos en este fluido vital, lo primero que viene a nuestra mente natural es una evocación de muerte. Quizás la asociamos con dolor por algún accidente que hayamos sufrido. Pero muy lejos de tener este significado, la sangre es la vida misma.

«Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.»

—LEVÍTICO 17.11

En la sangre está la vida, y el valor de esta sangre tiene que ver con el nivel de vida que representa. Por ejemplo, la sangre de un hombre es más valiosa que la de un animal; y la sangre de Cristo está por encima de todo valor expresable.

Si en la sangre está contenida la vida, la sangre de Jesús contiene toda la vida de Dios. Él Dijo:

«De cierto, de cierto os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.»

—JUAN 6.53-56

«Beber de su sangre» significa apropiarnos de todo lo que su sangre es. La sangre es la vida misma de Dios. Es la esencia misma de su magnificencia. Su sangre es sangre de resurrección. Allí está todo el poder contra el diablo. Por eso es verdadera bebida para el fortalecimiento del espíritu.

La sangre es la puerta que nos une a Dios. Es donde se funde el Espíritu de Dios con el del hombre, porque en la vida de Dios

está su Espíritu. Poco se habla de la sangre en muchas Iglesias. Casi nulos son los cantos que hacen alusión a la sangre en muchas congregaciones. Hay denominaciones que hasta han eliminado la sangre.

Jesús es el camino, a través del cual podemos llegar al trono de gracia; pero jamás hubiera podido serlo si no hubiera derramado su sangre, porque ella adquiere su valor expiatorio cuando es ofrecida en el altar.

En Levítico leemos:

«Luego hizo traer el becerro de la expiación, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro de la expiación, y lo degolló; y Moisés tomó la sangre, y puso con su dedo sobre los cuernos del altar alrededor; y purificó el altar; y echó la demás sangre al pie del altar, y lo santificó para reconciliar sobre él.»

—LEVÍTICO 8.14

Poner las manos sobre la cabeza del animal que se iba a sacrificar —en este caso el becerro— tenía por objeto la identificación. Esto simbolizaba que la vida en la sangre de la víctima tomaba el lugar de la vida del sacerdote.

La sangre de Cristo era una sangre de sacrificio. Apocalipsis 13:8b habla de «el libro de la vida del Cordero que fue inmoldado desde el principio del mundo». Esto nos habla que, espiritualmente, Jesús tomó el lugar del cordero del sacrificio, cuando Dios aún no había formado el mundo. En su presciencia absoluta, Él sabía que el hombre caería en pecado, y desde antes de formarlo se dio a sí mismo como redención. En Proverbios el Espíritu de Dios, figurado en «la sabiduría», dice refiriéndose a los tiempos antes de la Creación:

«Con él [Jesús] estaba yo ordenándolo todo ... Me regocijo en la parte habitable de su tierra, y mis delicias son con los hijos de los hombres.»

—PROVERBIOS 8.30,31

Antes de que el mundo fuese, ya estaba concebido todo el plan de redención. Todo fue creado y formulado primero dentro de Dios mismo, y luego vino al mundo visible: «En él fueron creadas todas las cosas.»

Cuando el Espíritu Santo vino sobre María, la virgen, el poder del Altísimo la cubrió con su sombra, el Espíritu ya inmoldado de

Jesús (desde antes de la fundación del mundo) se fundió con el óvulo en el vientre de María. Desde que nació, su sangre le hablaba y lo conducía a este sacrificio. Su sangre lo llevaba continuamente a la muerte de todo anhelo de autosatisfacción.

Cada vez que se sentó, desde niño, a la mesa de la Pascua, de las cuatro copas simbólicas que se sirven en esta celebración había una que Él veía, año a año, cómo se llenaba de vino y era levantada en representación de la añorada redención del hombre. Él la veía diferente, veía el día en que esa copa no sería más una esperanza ilusoria sino la copa que Él mismo tomaría en las manos para establecer el Nuevo Pacto en su propia sangre. «Cuántas veces he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca.»

Su sangre no dejaba de hablarle de este momento en el que daría su vida por la humanidad. Me imagino que cada vez que entraba en el templo debía pararse frente al altar de bronce donde se hacían los sacrificios y pensar por unos momentos: «Un día yo seré ese cordero en el altar.»

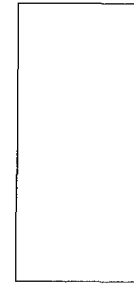
La sangre del sacrificio que corría por sus venas lo llevaba continuamente a la autonegación y a la entrega por los demás. Y esto mismo sigue haciendo hoy, en las vidas que se han rendido a su sangre. La gran mayoría del pueblo cristiano jamás recibe todo el poder y la infranqueable coraza que hay en la sangre de Jesús, porque jamás ha penetrado en ella. Es necesario entrar y permanecer en su sangre.

Los judíos tuvieron que permanecer dentro de las casas donde estaba puesta la sangre. Jesús dijo:

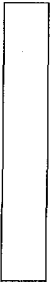
«...el que permanece, el que tiene su morada en mí y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.»

—JUAN 15.5, BAVI.

Cuando estableció el pacto en la última cena, dijo: «Esto es el nuevo pacto en mi sangre.» No dijo de mi sangre o por mi sangre. Dijo en mi sangre. En la sangre de Jesús no se entra con tan solo mencionar que alguien se está cubriendo con la sangre, mientras vive una vida disipada en las tinieblas.



«La sangre cobra su auténtico poder y su efecto cuando venimos en verdadero arrepentimiento a los pies de la cruz. Y este es el único lugar en que la sangre de Jesús se derrama en nosotros.»



La Palabra dice:

«Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.»

—1 JUAN 1.5-7



«Es en su sangre, en su vida, en su luz donde el poder de Dios nos limpia, nos regenera, nos capacita y nos inviste de toda su autoridad.»



«El que se alimenta verdaderamente de mi carne y bebe mi sangre, morará y vivirá continuamente en mí, y de igual manera yo viviré en él.»

—JUAN 6.56, VERSIÓN LIBRE.

La vida del Todopoderoso produce la vida de Jesús en nosotros. El pecado terminó con el plan y la comunión que Dios tenía con el hombre. El pecado entró para separar a Dios de lo que más amaba. El pecado destruye hasta la muerte a los amados de Dios; por eso el Señor lo aborrece, porque nos aísla totalmente de su presencia, de su intimidad.

Dios tenía que proveer algo que fuera tan poderoso que contrarrestara todo lo que el pecado había destruido. Algo tan poderoso que satisficiera su ira y el clamor de su propia justicia,

que reclamaba el pago por el pecado. Solo había una sola cosa que podía tener este poder: ¡El amor de Dios, brotando de la fuente eterna de la redención, a través de la sangre de su Hijo!

Solo una cosa podía rasgar el velo del templo, que se interponía entre Dios y los hombres: *la sangre derramada de Jesús.*

«Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno...»

—HEBREOS 13.20

- ¡La sangre del pacto resucita!
- ¡La sangre del pacto venció la muerte y abrió la tumba!
- ¡La sangre abrió los cielos!
- ¡La sangre destruyó para siempre el imperio de las tinieblas!

La sangre del pacto es una de nuestras armas de guerra más poderosas. El diablo no puede soportar la proclamación de la sangre. Cuando la voz, ungida por el poder del Espíritu Santo, sale proclamando el poder de la sangre, no hay demonio que la pueda resistir. Todo el ejército de Satanás estuvo presente en la crucifixión. Todos los demonios asistieron a la derrota del príncipe de las tinieblas cuando fue vencido por la sangre. Todos asistieron cuando el acta que nos era contraria fue clavada en la cruz, despojando y exhibiendo las potestades y los principados. Todos ellos fraguaron hacerle a Jesús todo lo más terrible que se le podía hacer a ser humano alguno, y fracasaron.

Hermano, hermana, usted debe saber que los demonios no tienen hijos. Todo demonio que quiera afectar su vida estuvo allí, y usted tiene la autoridad para recordárselo. Tiene el poder para traerle a la memoria cómo fue destruido el imperio satánico por la sangre del Cordero. Cada vez que mencione la sangre de Jesús, el Padre es glorificado, el Hijo es glorificado, el poder del Espíritu es desatado.

- ¡Hay un poder que sacude los cimientos del infierno!
- ¡Hay un poder que hace que los demonios crean y tiemblen!

- ¡Hay un poder que establece el Reino de Dios y despoja al diablo!
- ¡Hay un poder que derriba las puertas del infierno, esto es el gobierno de Satanás!
- ¡Hay un poder que desata el poder del Altísimo, que abre los cielos y manifiesta la gloria de Dios!
- ¡Es el poder de la sangre de Jesucristo, el Hijo del Dios vivo, Rey de reyes y Señor de señores!

«Penetrar en la sangre del nuevo pacto, es penetrar la ebullición torrencial de la vida de Dios, que como refulgentes llamaradas de luz y de poder disipan las tinieblas. El que sepa lo que es el penetrar en la sangre de Cristo, no será vencido jamás.»

Las fortalezas espirituales

«Porque con ingenio harás la guerra»

—PROVERBIOS 24.6

MUCHO SE HA ENSEÑADO en los últimos años acerca de la guerra espiritual, referente a la mente como el área de batalla. Sin embargo, vemos que no solo hay que pelear por mantener una posición de firmeza frente al diablo, sin permitirle que nos gane terreno y actuando siempre a la defensiva. Ahora Dios nos ordena que cambiemos los papeles. Somos nosotros, el Cuerpo de Cristo, los que debemos de atacar, y tenemos que pelear para arrebatarnos al enemigo todo lo que nos ha robado durante siglos. Este es nuestro nuevo campo de guerra: los territorios.

A través de las enseñanzas del Dr. Rony Chaves, aprendimos un concepto básico para entender la batalla territorial: «la ciudad.»

«La ciudad es una estructura de gobierno, asiento de una sociedad desarrollada. Representa un lugar de influencia política, religiosa y social. Y es en las ciudades donde se toman las decisiones importantes.»

»A diferencia de una aldea, una ciudad contiene en sí misma una complejidad mucho más amplia en toda su organización, desarrollo e infraestructura. En la Biblia la ciudad es el símbolo más completo para representar el Reino de

Dios. Esto lo vemos en la gloriosa ciudad celestial, descrita por el apóstol Juan en el Apocalipsis. Esta ciudad, la Nueva Jerusalén, nos habla del gran reinado eterno de Dios con los hombres. Tenemos que darnos cuenta de que cada una de sus partes —sus muros, puertas, torres, cimientos y todo lo que en ella hay— son símbolos que representan al gran Rey Supremo del universo en su majestuoso Reino.

»Dios se manifiesta a David como castillo, como torre fuerte, como muro fortificado y todas estas estructuras son atributos de las grandes fortalezas de las ciudades de antaño.

»Es de esencial importancia el conocer con mayor precisión lo que es una ciudad en todos sus aspectos, pues hacerlo nos abrirá el panorama para entender una gran gama de conceptos en el mundo espiritual.

»Las ciudades representan el asiento de un trono, de un dominio, de un gobierno específico. Antiguamente se ponían muros y antemuros alrededor de la ciudad, para fortificarla y guardarla de sus enemigos.

«Todo gran general de guerra, todo gran conquistador sabía que para poder tomar un reino había que penetrar la ciudad, destruir o someter el gobierno anterior y establecer uno nuevo.»

»Se podían ganar todas las batallas en los campos, pero mientras no se tomara la ciudad, ese gobierno prevalecía. Para que el pueblo de Israel pudiera poseer la tierra prometida, Josué tuvo que penetrar la fortaleza de Jericó. Dios le dio la estrategia y las murallas cayeron. Fue solamente entonces cuando pudieron destruir el gobierno, porque habían tomado la ciudad. Este fue el fundamento básico para conquistar toda la tierra de Canaán: tomar las ciudades.

»Todo esto es importante para llegar a lo que verdaderamente queremos entender: la realidad espiritual que esconden los casos aparentemente «sangrientos y con aspecto

político o de conquista» de las guerras. En este caso nos interesa comprender cómo Satanás, siendo tan sólo un imitador de Dios, también se ha adueñado de este concepto para edificar su reino, y la manera en que gobierna sobre naciones, ciudades, pueblos y barrios es a través de la edificación de fortalezas en los aires.»¹⁰

¿Cómo y con qué edifica el diablo?

Su primer interés es herir la tierra. Volviendo al paralelismo de que tal como es en lo espiritual, lo es en el mundo natural, entenderemos fácilmente que para edificar cualquier construcción, primero se debe perforar la tierra para los cimientos. Este mismo principio es igualmente aplicable en el mundo espiritual. Hagamos un poco de historia para poner un fundamento más claro.

El hombre, gracias a su longevidad, empezó a multiplicarse con enorme rapidez y a llenar la tierra. Pero ya no era el ser humano en unión con el Creador, sino el hombre caído y esclavizado por Satanás. De esta forma, el crecimiento numérico iba unido paralelamente a un crecimiento increíble de la maldad, la cual llegaba a extremos abominables.

La Palabra no ha abundado en datos sobre aquellos tiempos, pero los que se conservan, acompañados por los que nos recoge la tradición, nos llenan de pavor. Hasta los ángeles caídos —que la Escritura denomina en el Génesis como «hijos de Dios»— se atrevieron a allegarse a las mujeres de la tierra en un acto de terrible depravación sexual, produciendo la raza de gigantes conocida como «los hijos de Anac», de los cuales Goliat fue un ejemplo de transferencia genética.

La tierra se fue depravando a tal punto que Dios se arrepintió de haber hecho la Creación y decidió terminar con la raza humana. Dios envió entonces el Diluvio Universal, y solo permitió que se salvaran aquellos que aún tuvieran algo de amor por Él. En toda la tierra solo se encontraron ocho personas: Noé y su familia.

Después de aquel cataclismo, la tierra vuelve a poblarse a partir de estos ocho supervivientes, tan solo cuatro parejas. Desgraciadamente, la semilla del mal estaba arraigada en lo profundo

10- Paráfrasis del Dr. Rony Chavez sobre las ciudades.

del corazón del hombre. Cam, el hijo de Noé que había heredado más iniquidad que el resto, tuvo que ser maldecido por su padre cuando se burló y lo vejó ante una involuntaria desnudez. De aquella rama nace, con el correr del tiempo, el símbolo de la maldad de todos los tiempos: un fuerte varón llamado Nimrod.

Las Escrituras dicen de él en Génesis 10 que fue el primer gran poderoso sobre la tierra, y añade que fue un vigoroso cazador delante de Jehová. Esta última frase no fue bien entendida, ya que tiene otro significado mucho más terrible. Es: «el hombre que levantaba de ira el puño, en reto a Jehová.»

Un hombre lleno de soberbia y de corrupción interna. Tan enaltecido que quiso hacer una ciudad con una torre para llegar al cielo (Génesis 11.1-9).

«Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron ahí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo, y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre por si fuéremos esparcidos...»

—GÉNESIS 11.2,3

A este respecto, el Dr. Rony Chaves nos trajo mucha luz en sus visitas a nuestra ciudad. «Babilonia es el origen de todo el sistema idolátrico del diablo», nos enseñaba. «Es de aquí de donde surgirán todas las religiones falsas, la idolatría, el ocultismo y todas las corrientes filosóficas que hasta ahora tienen influencia en nuestras civilizaciones.»

Esta torre es el reflejo físico de lo que Satanás había edificado en el mundo espiritual, a través de las abominaciones de los hombres. La piedra para construir simboliza lo que proviene de Dios para edificar. El ladrillo simboliza dejar lo que viene de Dios, para suplantarlo por lo creado por el hombre. En el mundo espiritual el ladrillo y el asfalto son la obra del pecado, que el hombre le ha ido dando al diablo como material para edificar.

Nimrod, lleno del pensamiento satánico, quiso establecer en el mundo la idea de que el hombre puede llegar, por sus obras, al Cielo. Satanás había tomado el control de la ciudadela porque espiritualmente había una fortaleza en los aires que dominaba todo el mundo habitado de la época.»¹¹

La torre era la manifestación visible en el mundo natural, de la fortaleza que el diablo había edificado en los lugares celestiales. Hoy por hoy el mundo está lleno torres de pecado, de fortalezas en los cielos cuyo reflejo en la tierra son ciudades llenas de corrupción. Son principados, potestades, gobernadores de las tinieblas que controlan como títeres a millones de seres humanos.

Las murallas de una ciudad fortificada se edifican igual que en el mundo natural, poniendo columnas que la sostengan. Estos pilares, espiritualmente hablando, son yacimientos donde las potestades de las tinieblas promueven una gran cantidad de pecado sobre una zona reducida. Estas columnas, grandemente fortalecidas por la actividad pecaminosa, constituyen la base más sólida que sostiene la muralla.

Cuando hicimos la primera gran toma de la ciudad de México, Dios nos mostró veinticuatro columnas sobre las cuales se asentaba la fortaleza. Tuvimos cuidado de orar y recibir confirmación del Espíritu Santo, ya que no todos los centros de iniquidad de la ciudad eran parte de los fundamentos; como en toda construcción, hay muros y falsos muros, y era importante no confundirlos.

Entre ellas se encontraban las tres puertas antiguas de la Gran Tenochtitlán, el Templo Mayor, el mercado de brujos o de Sonora, la Basílica de Guadalupe, la Procuraduría General de la República y la Catedral, entre otros muchos. A medida que avanzamos en esta gran conquista de México, vemos que la guerra va de lo vasto a lo específico. Hemos derribado ya los muros y ahora se está tomando, parte por parte, la gran capital.

México se está sacudiendo porque en los lugares celestiales ya empezó la conmoción del reino espiritual que lo estaba controlando. ¡Amén!

Aunque el diablo haya edificado fortalezas que casi parecen indestructibles para nuestra mente natural, Cristo vino a establecer en la tierra la estructura más poderosa que existe en todo el universo: «la ciudad de Dios», una estructura cimentada en la Roca, que es Cristo Jesús, no hecha de ladrillos sino de piedras vivas, de hombres y mujeres llenos del Espíritu de Dios. Una ciudad en un monte alto, el monte Sión.

Los montes son símbolo de reinos; es el lugar predilecto de

11- Paráfrasis de la enseñanza del Dr. Rony Chavez.

Satanás para asentar sus gobiernos y estructuras. Pero la Escritura dice que hay un monte que está siendo manifestado. Un monte que allanará todo monte alto.

«Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.»

—ISAÍAS 2.2

«Dejemos atrás nuestro terror infantil y veamos la verdad: ¡Satanás no tiene el control; el control lo tiene Dios!»

Satanás ha edificado fortalezas sobre toda la tierra, pero el tiempo ha llegado en que el monte de Dios se levante glorioso sobre todo otro monte, que la Iglesia tome su posición de autoridad y le diga a todo monte: «¡Échate a la mar!» y el monte tendrá que caer. Los gobiernos del diablo tendrán que caer, porque hay una Iglesia gloriosa que está siendo manifestada. Hay hombres y mujeres de Dios que están siendo investidos de un poder tan grande, que están derribando las fortalezas satánicas, decretando como Zorobabel:

«¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura.»

—ZACARÍAS 4.7

La Escritura dice del Señor:

«Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos ... Y el monte de los Olivos se partirá por en medio.»

—ZACARÍAS 14.4

Dios está levantando profetas, guerreros de Dios, que saben que el pie del Señor desmenuza los montes, desmenuza los reinos del diablo. Por eso el Señor le dijo a Josué:

«Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie.»

—JOSUÉ 1.3

- No existe planta de pie humano que pueda deshacer el gobierno del diablo y nos dé la tierra para Cristo. No; sino que es la santidad de la planta del mismo pie de Jesucristo la que, a través de los pies de sus siervos, está poniendo a sus enemigos por estrado de sus pies.
- Es el pie del Señor que se manifiesta en aquellos que se han vaciado de sí mismos, tan absolutamente que no les queda nada propio. Es en ellos que el torrente de la vida y el poder de Dios puede fluir a través de sus pies.

Hermano, hermana, nunca deje de estar dispuesto a que ocurra algo grande en su vida, porque ¡Dios está levantando profetas con los pies de Cristo, quienes harán temblar no solo los cielos si no también la tierra!

La tierra está llena de heridas abiertas sin sanar, que claman al Cielo

EN EL CAPÍTULO ANTERIOR dijimos que Satanás está muy interesado en herir la tierra, porque esa es la manera como él pone los cimientos de sus fortalezas. Habacuc revela:

«¡Ay del que edifica la ciudad con sangre, y del que funda una ciudad con iniquidad...!»

HABACUC 2.12

Veamos cómo logra Satanás esa infamante tarea. Desde que el hombre cayó en pecado, Dios maldijo la tierra:

«...maldita será la tierra por tu causa ... Espinos y cardos te producirá.»

—GÉNESIS 3.17,18

Al maldecir la tierra, Dios estaba asentando que el dominio, las llaves y la autoridad sobre el mundo ahora le pertenecían al diablo. Dios se lo había dado al hombre, pero en la más vil de las traiciones, el hombre entregó este glorioso regalo de Dios a Satanás. La muerte entró no solo en el ser humano sino también en la tierra.

A partir de este momento veremos la íntima relación entre la condición espiritual del hombre y la condición de la tierra, y

estos dos conceptos señalarán el tipo de gobierno en el mundo espiritual.

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, sopló en él aliento de vida y lo puso en un maravilloso vergel, lleno del esplendor de la gloria de Dios:

«Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas.»

—ROMANOS 1.20

«La belleza de Edén estaba íntimamente relacionada con la condición espiritual de Adán, y señalaba el gobierno de Dios.

La tierra maldita con cardos y espinos estaba íntimamente relacionada con la condición espiritual del hombre caído, y señalaba el gobierno del diablo.»

Satanás odia todo lo creado por Dios; su meta es destruirlo. En esta era en que vemos el mayor auge de maldad sobre la tierra, vemos cómo a pasos agigantados esa corrupción interna está visiblemente reflejada en la contaminación del Planeta. Es por eso que la tierra gime y anhela la redención de los hombres:

«Porque el anhelo ardiente de la creación es aguardar con gran expectación la manifestación de los hijos de Dios. Espera el momento en que serán expuestos, en que saldrán a la luz como verdaderos hijos. Porque la creación fue sujeta a fragilidad y futilidad, condenada a la frustración no por su propia culpa, sino por la voluntad de aquel que la sujetó en esperanza. Porque también la creación misma será libertada de su esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.»

—ROMANOS 8.19-22, VERSIÓN LIBRE.

La tierra está llena de heridas abiertas sin sanar, que claman la Cielo

Satanás hiere la tierra a través del pecado de los hombres y así empieza a cimentar sus fortalezas en los aires. «Satanás edifica sus fortalezas a través de la culpa que no ha sido liberada y de las heridas de los pueblos.»¹²

Vemos, por ejemplo, en la serie de consecuencias de la desobediencia que describe el capítulo 28 del libro Deuteronomio, cómo el pecado trae maldición a las cosechas —sequías—, acarrea también maldición y terribles enfermedades sobre los hijos, sobre el fruto de la tierra y sobre el ganado. El pecado trae plagas a una nación, hambres, epidemias y guerras. El problema ya grave en sí, se acentúa cuando el hombre, tratando de solucionarlo, se somete a las fuerzas satánicas. La actividad idolátrica aumenta, buscando respuestas en la magia, el ocultismo, la brujería y la violencia entre otras muchas cosas que se añaden. Todo este ciclo destructivo, perfectamente planeado por el diablo, va robusteciendo su reinado, y sus fortalezas son cada vez más grandes.

«¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi espíritu, añadiendo pecado a pecado! Que se apartan para descender a Egipto, y no han preguntado de mi boca; para fortalecerse con la fuerza de Faraón, y poner su esperanza en la sombra de Egipto.»

—ISAÍAS 30.1,2

El poder satánico encuentra acceso oportuno en dos áreas básicas para herir la tierra: la idolatría, que está íntimamente ligada con la brujería, y la injusticia. «Los actos idolátricos están diseñados para obtener ventajas sobrenaturales de los dioses. La gente, desesperada por ayuda o por codicia de poder, se alía a dioses crueles y entra en profundos estados de esclavitud que solo pueden ser rotos por la expiación de Cristo ... La injusticia abre la puerta a la opresión demoníaca, una opresión tan fuerte que la gente no pudo lidiar con ella fuera del poder sanador y regenerador de la gracia de Dios.»¹³

Bíblicamente vemos este caso con claridad durante el reinado de Acab y de Jezabel, su mujer. Sus abominaciones trajeron una terrible sequía que duró más de tres años. La actividad

12, 13- John Dawson, *Healing America's Wounds*.

demoníaca a través de los sacerdotes de Baal fue tan grande que el pueblo claudicaba entre dos pensamientos. Vino una terrible confusión sobre quién era Dios, si Jehová o Baal, hasta que Dios se reveló por medio de fuego, a través del profeta Elías. La tierra estaba herida por tanto pecado.

Vemos ahora, en nuestros días, cómo la tierra ha sido tremendamente maldita en aquellos países donde más actividad Satánica hay. La India, por ejemplo, un país donde se adoran más de tres mil dioses, está hundido en la miseria más absoluta. La gente se muere en las calles.

En varios lugares de África que han sido cuna de la magia y del vudú, ahora están infestados de plagas malignas, de SIDA, de todo tipo de enfermedades, de miseria extrema. En la recién desintegrada Unión Soviética, que por años se declaró en contra de Dios, sede y cuna del ateísmo más arraigado, de la extorsión y de la esclavitud de los pueblos por la tiranía, hoy está muriéndose de hambre; la gente está inutilizada por los poderes demoníacos. Haití, un país que ha sido directamente ofrecido a Satanás, donde en la plaza central de Puerto Príncipe hay una escultura de un cerdo negro, con una placa que dice: «Esta nación le pertenece a Satanás.» Este país está inundado de horribles enfermedades. Ha sido exportador de SIDA a nuestras naciones de América, por abominaciones tales como que la gente tiene relaciones sexuales con monos. La población haitiana muere de accidentes nefastos, hordas de personas transformados en *zombies* trabajan en los campos. El hambre, la sequía, la miseria y el horror están impregnadas en todas sus calles.

Estados Unidos, un país que nació con la Biblia en la mano y que fue bendito por Dios hasta llegar a ser la primera potencia mundial, hoy se ha llenado de maldición. La tierra está profundamente herida por más de tres millones de abortos anuales, por haber legalizado con derecho pleno a las iglesias Satánicas, por haberle dado puerta abierta al *rock and roll*, a la droga y a toda forma de abusos. La juventud se está muriendo por drogadicción, suicidio y homicidio. Satanás sigue levantando fortalezas y dañando más y más.

México, fundado bajo tremendos pactos ancestrales, uno de los países de Latinoamérica donde más se practica el ocultismo, cuyo gobierno ha estado infestado de corrupción y masonería..., un país tan identificado con la magia y la idolatría, al punto que

aun católicos de otros países se asustan de las abominaciones que se ven en las iglesias de esta religión..., un país donde hay libertad de expresión para hacer ceremonias de santería abiertamente en la televisión, pero donde está prohibido tener un canal cristiano..., un país donde el abuso de la distribución de la riqueza es tan grande que millones de corazones están clamando por justicia... es donde la tierra ha sido demasiado herida. Estamos infestados de miseria, de hogares destruidos, de enfermedades. Nuestras ciudades están llenas de contaminación, de homicidio, de robo. México es un país sellado por el culto a la muerte.

En una reunión profética que hubo en la ciudad de México en 1992, Dios reveló algo a uno de sus siervos. El Dr. Rony Chaves, quien estuvo ahí, nos contaba que sobre la ciudad de México había una enorme fortaleza demoníaca. Era como un antiquísimo castillo de gruesas murallas, lleno de suciedad, telarañas e inmundicia. En medio de sus cámaras estaba sentada una gigantesca potestad negra y alada, que casi llenaba todo el aposento. Su presencia era terrible y su poder se extendía sobre gran parte del continente. Veían, en este encuentro profético, cómo llegaban a la fortaleza, de varios países latinoamericanos, horrendos demonios heridos por varias partes. Esta potestad los recibía, los sanaba y luego de permanecer un tiempo fortaleciéndose en este castillo eran enviados de nuevo a sus ciudades, con más poder.

Si esto es lo que está sobre los cielos de México, es un indicativo de la condición de nuestros habitantes. Es la raíz de donde proviene tanta maldad, tanta violencia, corrupción y todas estas trágicas realidades que están vivas en nuestra ciudad.

Lo importante ahora es definir de qué está hecha la fortaleza, dónde están sus cimientos y cuál es la estrategia de Dios para derribarla. Los principios que el Espíritu Santo nos ha enseñado son igualmente útiles no sólo para México sino también para otras naciones.

Mencionamos en el capítulo anterior, en la enseñanza dada por el Dr. Rony Chaves, que las acciones pecaminosas de los hombres son las que le dan material al diablo para edificar.

Puesto que toda verdad tiene su paralelo, podemos llegar a conclusiones interesantes si partimos de la unidad básica que forma una sociedad: el ser humano.

El hombre es, esencialmente, un espíritu que habita dentro

de un cuerpo y se comunica, percibe y se manifiesta al mundo exterior a través del alma.

«Una nación es un gobierno espiritual (un espíritu), establecido sobre un territorio (un cuerpo) que se manifiesta al mundo exterior a través de la personalidad de un pueblo (el alma).»

De la misma manera que el alma de un ser humano va siendo afectada por heridas, impactos violentos, rechazos, prácticas y pactos idolátricos y ocultistas, el «alma» de un pueblo también recibe los mismos impactos que dañarán y traerán opresión demoníaca sobre su tierra. Cuando hablo de tierra no solo me refiero al territorio físico en sí, sino también al conjunto de sus habitantes y de estructuras que la conforman como nación.

Vemos esta verdad en la Biblia, cuando Dios se refiere a Israel o a alguna de sus tribus como si fuera un ser humano que está atado al mal, o herido: «Atada está la maldad de Efraín; su pecado está guardado» (Oseas 13.12). Y refiriéndose a Israel: «Porque como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamé Jehová, y como a la esposa de la juventud que es repudiada ... pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo...» (Isaías 54.6,11). «En aquel día, dice Jehová, juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada, y a la que afligí; y pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta» (Miqueas 4.6,7).

Hay pueblos terriblemente heridos a lo largo de su historia por injusticias sociales, marcados por horrendos crímenes de racismo que han llegado hasta el extremo de genocidios inenarrables. Pueblos heridos por tiranías, por robos increíbles por parte de sus gobernantes. Pueblos pactados con el diablo. Y pueblos también heridos por la mano de Dios.

Si analizamos la historia de nuestros países latinoamericanos, nos daremos cuenta del estado en que se encuentran por causa de las ataduras, pactos, heridas terribles que han sufrido desde la antigüedad. Y todo continuará mientras el pueblo de

La tierra está llena de heridas abiertas sin sanar, que claman la Cielo

Dios no actúe, mientras no lleguemos a una concientización plena del estado espiritual de nuestros países y ciudades.

Creo fuertemente en mi corazón que el Espíritu Santo está tratando en nuestros días de sensibilizarnos a las verdades profundas que afectan en forma crítica a nuestros países. El pecado inconfesado, los pactos y juramentos que no han sido rotos, las puertas ancestrales que se abrieron invitando a dioses ajenos a tomar posesión de nuestra tierra y que no han sido cerradas, el poder de tantos sacrificios de sangre que aún no han sido anulados... todo eso sigue dándole derecho legal al diablo para actuar en nuestras naciones.

«Acordaos de esto, y tened vergüenza; volved en vosotros, prevaricadores. Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos.»

—ISAÍAS 46.8,9

En el caso de México, por ejemplo, vemos pactos que fueron hechos por nuestros antepasados, que no solo no han sido rotos sino que siguen siendo vivificados por sectas indigenistas y grupos esotéricos. La sangre sigue siendo derramada por brujos y hechiceros. Es cada día más y más importante conocer estas cosas para poder luchar efectivamente en contra de los poderes de las tinieblas.

El mal enraizado en la historia

En la misma tónica de lo que Dios quiere mostrarnos acerca de las heridas, los pactos y las maldiciones a las cuales está atado nuestro país, hagamos un pequeño recorrido por el pasado de México y que Dios nos dé luz sobre las cosas que debemos hacer para liberar nuestra patria y traer sobre ella la gloria de Dios.

Es primordial analizar la historia de una ciudad desde su fundación. Así como el tiempo de la gestación de un feto en el vientre de su madre y los primeros años de vida son determinantes en el desarrollo de una persona, también lo son los principios sobre los cuales es edificada una ciudad. Es en este período de formación donde el alma del niño es profundamente marcada por las circunstancias. Y donde también van a forjarse los fundamentos espirituales que regirán una ciudad.

Breve historia de la fundación de Tenochtitlán

Los aztecas salen del valle de Aztlán guiados por su dios Huitzilopochtli, en busca de un maravilloso lugar y de un nuevo destino prometedor. Transportado en las espaldas de los shamanes, el dios del sol los empieza a encaminar.

«Una noche Huitzilopochtli le dijo en sueños a uno de sus ayos: “Ya estaréis satisfechos, como yo nos he dicho cosa que no saliera verdadera: ya habéis visto y conocido las cosas que os prometí, veríades en este lugar, adonde yo os he traído; pues esperad, que aún más os falta por ver. Ya os acordaréis de como os mandé matar un sobrino mío que se llamaba Copil y os mandé que le sacásedes el corazón y que lo arrojásedes entre los carrizales y espadañas, lo cual hicisteis; sabed pues que ese corazón cayó encima de una piedra, del cual nació un tunal, y está tan grande y hermoso, que un águila hace en él su habitación y morada; cada día y encima del, apacienta y come de los mejores y más galanos pájaros que halla; encima del extiende sus hermosas y grandes alas y recibe el calor del sol y el frescor de la mañana. Encima deste tunal, procedido del corazón de mi sobrino Copil, la hallaréis a la hora que fuere del día y alrededor del veréis mucha cantidad de plumas, de los galanos pájaros con que se sustenta; pues a ese lugar donde halláredes el tunal con el águila encima, le pongo por nombre Tenochtitlán.

»Al día siguiente el sacerdote llamado Cuauhtlo Quetzqui, contó a la gente su sueño y dijo que Huitzilopochtli le ordenó buscar ese lugar y que hallado nos tengamos por dichosos y bien aventurados, porque este es el lugar de nuestro descanso y de nuestra quietud y grandeza; aquí ha de ser ensalzado nuestro nombre y engrandecida la nación mexicana; ha de ser conocida la fuerza de nuestro poderoso brazo, y el ánimo de nuestro valeroso corazón, con que hemos de sujetar a todas las naciones, así cercanas como lejanas, sujetando de mar a mar todos los pueblos y ciudades, haciéndonos señores del oro y de la plata, de las joyas y de las piedras preciosas, plumas y divisas, y haciéndonos señores de ellos y de sus haciendas y de sus hijos y de sus hijas, y nos han de servir y ser sujetos y tributarios. Este lugar manda que se llame Tenochtitlán para que en él se edifique la ciudad que ha de ser reina y señora de todas las demás de la tierra, y a donde hemos de recibir a todos los demás.»

—PROFECÍA DE HUITZILOPOCHTLI, EN EL ESPAÑOL DE LA ÉPOCA.

Antes de continuar quiero hacer hincapié en la increíble similitud que hay entre esta profecía de maldición, con la visión

La tierra está llena de heridas abiertas sin sanar, que claman la Cielo

que vio el Dr. Rony Chaves y el grupo de profetas que estaban con él, cuando veían esa terrible fortaleza ancestral a la que llegaban los demonios heridos de los demás países de Latinoamérica.

Retomando otra vez el tema, Huitzilopochtli volvió a decir a los sacerdotes:

«Di a la congregación mexicana que se dividan los señores cada uno con sus parientes, amigos y allegados en cuatro barrios principales, yo mando que se ponga en medio la casa que para mi descanso habéis edificado, y que cada parcialidad edifique en su barrio a su voluntad.»

Según comenta el padre Durán, compilador de la historia de aquella época, estos barrios son los que hoy en día permanecen en México llamados «el barrio de San Pablo, el de San Juan, el de Santa María la Redonda y el barrio de San Sebastián... y así cada barrio se dividió en otros más pequeños, conforme el número de los ídolos que ellos llamaban Calputeona, que quiere decir dios del barrio. Sus nombres aztecas eran el barrio de Ecpan, Moyocan, Colpopan, y Atzacalco respectivamente.»

En su significado más esotérico, Tenochtitlán quiere decir «Ombligo de la luna». Su emblema, que es ahora parte de nuestra bandera, tiene un terrible significado con el cual quedó sellada nuestra nación. Muchos han tratado de darle un significado más cristiano, diciendo que el águila simboliza a Dios destruyendo al diablo, y esto queda muy bien. Lo importante, creo, es identificar el origen con el fin de destruir el poder demoníaco que está siendo avivado actualmente por los shamanes aún existentes (los brujos aztecas).

El águila, según ellos, representa el poder del dios sol, Huitzilopochtli, venciendo el poder de Tlaloc, dios del agua, sobre el tunal que brotó del corazón sacrificado del gran hechicero Copil. Los pájaros que devora, como lo vimos en la fundación de Tenochtitlán, son hombres; ya que según las narraciones aztecas, al formarse los volcanes en la era de fuego, los hombres se convirtieron en aves.

Este poderío proveniente de la hechicería, la superstición y la sangre derramada produjo un imperio tan poderoso que conquistó todos los reinos y se extendió sobre todo Centroamérica.

Huitzilopochtli sitúa su ciudad en lo que él considera el núcleo del mundo, que será el centro de la ciudad. Convertirá la pequeña isla en el corazón de su imperio. Su decreto es vencer el poder de las aguas y el de todos los que se opongan a su voluntad y su dominio, el de estimular entre los suyos el deseo de matar ya que esto lo hace motor de su ascenso.

De este breve relato podemos deducir algunas verdades espirituales de importancia para una intercesión efectiva. Primero que nada notemos que tanto nuestra ciudad como nuestro emblema están fundados en un pacto terrible de sangre con el diablo. Segundo, que nuestra raza fue inflamada de espíritus de homicidio y de muerte. No es casualidad que el mundo tenga una imagen del mexicano con el pecho cruzado por dos cananas y dos pistolas a los lados. Una civilización sometiendo a otras para poder ascender, un decreto de exterminarnos los unos a los otros para alcanzar una posición. Tal como lo vemos reflejado en nuestros días. El mexicano es un pueblo de los que más padece de envidias, celos y divisiones. Aun en las iglesias, vemos gente que se dice cristiana y que no puede soportar el éxito de otro hermano, y se dedica a destruirlo hasta ponerse él en el puesto.

Lo que estoy tratando de puntualizar es sumamente importante para erradicar estos estigmas generacionales de nuestras vidas. Son pactos ancestrales que influyen en toda una raza. No es casualidad que el 95% de las personas que se acercan a consejería hayan tenido algo que ver con ocultismo, limpias e idolatría. México esta fundado sobre el corazón de un hechicero. Esto también se extiende a Centroamérica, ya que fueron conquistados por este mismo imperio.

El templo mayor

Un muro de serpientes circunscribía el corazón de la ciudad. Mirando al poniente se levantaba poderosa la última pirámide. Ya no era el símbolo del cerro Coatepec sino el símbolo del imperio. Sobre las dobles escalinatas se erguían los adoratorios de Huitzilopochtli y de Tlaloc. A los lados figuraban dos palacios sacerdotales y dos pirámides, la de Tezcatlipoca del Sur, donde después se construyó el arzobispado, y probablemente la de Tezcatlipoca del Norte.

Tezcatlipoca, el espejo humeante, era un dios múltiple, terriblemente hechicero. Residía en el cielo y en el infierno, y si andaba en la tierra movía guerras, enemistades y discordias, causando fatigas y desasosiegos. Daba riquezas, prosperidades, fama y señoríos, a los cuales quitaba cuando se le antojaba. Era reverenciado a causa de su poder. Actualmente es la deidad protectora de los brujos y hechiceros.

Hoy en día vemos la influencia que tuvo el hecho de que el arzobispado de México se construyera sobre el templo de Tezcatlipoca, el dios guerrero de los pleitos y la discordia. México es uno de los países donde más persecución al Evangelio ha habido de parte del clero. Vemos cómo en los siglos posteriores a la conquista fuimos escenario de la sanguinaria Inquisición, porque los pactos de sangre hechos en ese lugar siguen reclamando víctimas. Aún en nuestro tiempo podemos contar dolorosas tragedias y circunstancias terribles que hemos tenido que vivir muchos de los cristianos para poder llevar el Evangelio. Con hermanos de nuestro equipo hemos sido testigos y protagonistas del sufrimiento de esta verdad.

En una ocasión, preparando una campaña de milagros con el Dr. Morris Cerullo, el clero organizó una emboscada de 2000 pandilleros con cadenas y mazos para desatar una masacre en la plaza donde se llevaría la cruzada. Cuando llegó el convoy de autobuses con los pandilleros, éramos tan solo 500 personas, entre mujeres, paralíticos y niños que habían llegado temprano. Empezaron a cercarnos, mientras lo único que pudimos hacer fue estar quietos y esperar la salvación de Jehová. De pronto, salieron corriendo dando voces, a los gritos: «¡Corramos! ¡Nunca nadie nos dijo que habría tan grande multitud...! ¡Nos van a hacer pedazos!» El Señor había abierto sus ojos espirituales y vieron el ejército del Dios vivo. ¡Gloria a Dios!

En otra ocasión nos secuestraron al Dr. Cerullo, el mismo día de la cruzada, para frustrar la predicación del Evangelio. En otra oportunidad nos salió toda una colonia con piedras y palos para matarnos. Y esto es tan solo el testimonio de dos personas. Somos miles los que hemos sido perseguidos, otros encarcelados y otros que han quedado como mártires de la historia de la Iglesia.

Otros países de menos influencia internacional que el nuestro ya cuentan con televisión cristiana y libertad de prensa, mientras nosotros seguimos obstaculizados por las contiendas

del clero. Satanás sabe perfectamente cómo activar sus pactos antiguos. No es de extrañarse tampoco que se estén usando templos católicos como arsenales, ni que un obispo haya encabezado la guerrilla de Chiapas. Todo está íntimamente ligado y debemos echar el hacha a la raíz.

El templo del sol o templo de Huitzilopochtli se conocía como «El Gran Tzompantli». Estaba situado en los terrenos de la actual catedral. Durante la conquista, Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría contaron 136.000 cabezas «con los dientes hacia afuera», ensartadas en largas varas puestas entre dos torres de calicanto. Delante del templo se conserva aún un fino monolito que es la piedra de los sacrificios. Según los historiadores, esta piedra, de apariencia insignificante, constituye quizás la principal revelación del Templo Mayor. Sobre ella echaban el cuerpo de la víctima. Mientras cuatro sacerdotes lo sostenían de manos y pies, un quinto hundía el cuchillo en el costado, y con mano diestra le arrancaba el corazón y lo mostraba al sol. Después se arrojaba el cuerpo escaleras abajo, caía sobre la Coyolxauqui (La diosa descuartizada por Huitzilopochtli, llamada «Diosa de la Luna») y los ancianos lo degollaban y lo despedazaban para comérselo.

Algunas leyendas cuentan que los dioses se vengaban de sus conquistadores. Alonso de Avila sufrió el degüello que había sufrido la Coyolxauhqui, sobre la cual estaba su casa asentada, y el arzobispo Aguilar y Seixas murió en la miseria, odiando a las mujeres, tal vez porque vivía sobre el templo de Tezcatlipoca, el dios de la discordia.

La catedral de México es, aunque sea difícil de creer, uno de los templos esotéricos más importantes para los brujos de todo tipo, lamas, santeros y toda clase de adoradores del sol. En sus sótanos hay un cementerio, cuyos pasillos forman una cruz en un lugar especialmente mágico, según el diseño del recinto. Como todas las catedrales que se construyeron después de la Edad Media entre los siglos XVI y XVIII, la nuestra también tiene un trasfondo ocultista y mágico. Es en este período donde los constructores de catedrales forman una sociedad oculta a la que llaman Masonería. En esta secta se reúnen los ocultistas de diversas órdenes y religiones para concentrar en las catedrales un poder gigantesco de fuerzas universales, que según ellos los acercaría más a Dios. En las catedrales que Dios me ha permitido entrar para derribar el poder del enemigo, he encontrado símbolos del

rosacruzismo, altares propios de santería, el símbolo masónico de la escuadra y el compás, así como tantas otras abominaciones.

No solo nuestra catedral está diseñada adecuadamente para las prácticas del dios sol —Huitzilopochtli, el cual es Osiris para los egipcios y Shiba para los hindúes—, sino que se llevan cabalmente estas ceremonias. Los santeros sacrifican y hacen encantamientos en el cementerio de los sótanos. (Esto no lo cuento de oídas, sino porque personalmente lo hice, mientras estaba en las filas de la santería).

La Secta de la Mexicanidad agrupa a lamas, incas y mexicas para atraer, por medio de ceremonias, el poder del sol. De hecho, el Dalai-Lama predicó en el altar católico de la Catedral hace unos pocos años. Los practicantes de la magia, de la macumba, del palo mayombe y el vudú adquieren poderes de sus dioses en los sótanos de la Catedral. La idolatría y las mandas pagadas a los espíritus de la santería son infinitas. Los adoradores de las piedras se soban contra las mismas paredes de la Catedral, buscando los poderes ancestrales. ¿Por qué? Porque hay pactos de magia, pactos con muertos, pactos y juramentos sobre la gran pirámide de Huitzilopochtli. 136.000 degollados ensartados en aquellas lanzas reclaman el poder de los pactos. Gracias a Dios que su juicio está ya decretado sobre ese lugar.

Los templos de Quetzalcoatl —el gran sacerdote del templo de Tenochtitlán, dios de la agricultura, de la tierra y del viento— y del gran rey de Tula —que encabezaba las dinastías de los señores mixtecos— fueron arrasados todos, menos el de Malinalco. Curiosamente, este también era el asiento de brujería de la diosa Malinalxochitl, madre de Copil, el dios hechicero. Hasta el día de hoy la población tiene fama por sus terribles brujos.

Existía asimismo el palacio de Cihuacóatl (mujer serpiente), situado en lo que hoy es la esquina de la plaza y 16 de Septiembre. Allí moraban cuatro grandes sacerdotes, llamados significativamente: el Príncipe de las Casas de las Lanzas Arrojadizas, el Cortador de Hombres, el Señor de la Casa de la Negrura y el Derramador de Sangre. Estos están en la actualidad en el palacio del departamento central, donde está el gobierno de la ciudad de México, llenando de corrupción, injusticia, robo, masonería, cohecho, crímenes y tanta maldad a nuestro amado país.

Es sumamente importante conocer estas cosas, porque por estas causas Dios ha profetizado maldición sobre nuestros

pueblos, y es muy necesario romper estos pactos, confesar estos pecados y proclamar la sangre de Jesús sobre estos lugares. También hay que atar y reprender a estos espíritus, y establecer el pacto de Dios sobre nuestra tierra.

«Pues así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de la ciudad de sangres, de la olla herrumbrosa cuya herrumbre no ha sido quitada! Por sus piezas, por sus piezas sácala, sin echar suerte sobre ella. Porque su sangre está en medio de ella; sobre una piedra alisada la ha derramado; no la derramó sobre la tierra para que fuese cubierta con polvo. Habiendo, pues, hecho subir la ira para hacer venganza, yo pondré su sangre sobre la dura piedra, para que no sea cubierta. Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de la ciudad de sangres! Pues también haré yo gran hoguera...»

—EZEQUIEL 24.6-9

El centro histórico de nuestra capital es un lugar donde prácticamente nadie había recibido a Cristo como Señor. Las pocas Iglesias que hay viven terribles opresiones, difícilmente prospera cualquier cosa que intentan, y su membresía, en su mayoría, viene de otros lugares. Es como si una esfera de tinieblas tuviera encarcelados a todos sus habitantes. Como si los dioses de antaño los tuvieran hechizados con sus encantamientos, atándolos a la perdición.

Otro gran descubrimiento que el Señor nos puso en las manos fueron los terribles pactos de matriarcado atados al volcán Popocatepetl. Desde Cholula, capital de los teocalis, se habían establecido los sacrificios que alimentaban y daban poder al gran Dios de los montes. En estas ruinas encontramos una plaza donde se ofrecían cabezas decapitadas de hombres, y que aún se siguen sacrificando en la actualidad. Es un lugar destinado a la destrucción del liderazgo masculino, tanto en la nación como en la Iglesia y en el hogar, para el establecimiento del matriarcado y del gobierno jezabélico. Esto se mantenía vivo no solo a través del derramamiento de toda esta sangre, sino que también cada año subía una peregrinación idólatra, y con una antorcha tomaban fuego del cráter y se lo llevaban a la virgen de Guadalupe. Curiosamente, el lugar de donde tomaban el fuego se llama «El espinazo del diablo», y el nombre del cráter es «Puerta de fuego del infierno».

Fue necesario subir hasta este cráter, aún con el volcán en

La tierra está llena de heridas abiertas sin sanar, que claman la Cielo

actividad, para romper con estos pactos diabólicos que tenían cautivos a millones de latinoamericanos. (Hablaré de esto más adelante.)

Se podría escribir un libro entero —o varios— sobre la infinidad de detalles que componen nuestra historia, pero esa no es mi intención aquí. Lo que deseo con estas páginas es provocarle un sentimiento de investigación, para pelear con sabiduría e inteligencia.

Nuestras tierras también están heridas por increíbles abusos que se han cometido a lo largo de nuestra historia, y en esto incluyo a toda América Latina. John Dawson escribe: «Las grandes heridas en la historia de la humanidad, las grandes injusticias, no han sucedido por los actos de unos cuantos transgresores individuales sino por las instituciones, los sistemas, las filosofías, las culturas, las religiones y los gobiernos de la humanidad. Por esta causa, nosotros, como individuos, somos tentados a absolvernos nosotros mismos de toda responsabilidad individual.»

¡Cuánta verdad hay en estas palabras! Cuando nos ponemos a reflexionar sobre nuestros pecados y fallas como seres humanos, nos volvemos por lo general tan individualistas como si lo único importante fuera nuestra propia relación con Dios; «si los demás no llegan a la tierra prometida, será por su culpa, por tibios y mundanos». Nos volvemos como una especie de «benefactores», dándole al mundo todo lo maravilloso que Dios nos ha dado, y si los demás no reciben, «pues, es cosa de ellos». Con todo lo terrible que puedan sonar estas palabras, son crudamente ciertas en miles de siervos de Dios. Oraciones individualistas y otras muy honestas en busca de que Dios haga algo por la aflicción de los demás. Pero el Espíritu quiere abrir nuestros ojos para ver que hay ataduras no solamente en personas, sino también en ciudades y en naciones. En ellas, de una forma o de otra, todos tenemos un poco de culpa. Y mientras esos pecados a nivel grupal —ya sea en lo familiar, lo ciudadano o lo nacional— no sean confesados, de manera que nos identifiquemos con ellos, como verdaderos sacerdotes del Dios altísimo, estos seguirán trayendo muerte, seguirán hinchándose como podrida llaga que jamás ha sido sanada.

Me refiero, por ejemplo, a nuestras razas oriundas. Cómo han sido tan violentamente lastimadas, vejadas y humilladas

por los conquistadores españoles y portugueses. Cómo el odio hacia tanto crimen sigue fluyendo por las venas de nuestros indígenas, de nuestros mestizos; pecados raciales que no han sido confesados y viceversa, pecados de altivez de espíritu de orgullo, de racismo, de superioridad que siguen arraigados en los corazones de los criollos y también de muchos mestizos.

Esto existe, afecta y hiere el alma de una nación. Trae opresión demoníaca sobre poblaciones enteras, porque estamos demasiado aferrados a nosotros mismos y hemos dejado de lado el identificarnos como pueblo.

Esto, que fuera decretado para Israel en la esfera profética de cumplimiento local, también es verdad en su cumplimiento universal, y nos señala a nosotros, los pueblos de América. Parafraseando la profecía dada en Isaías 1.3-9: «El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor. América no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. ¿Por qué queréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza, no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite. Vuestra tierra está destruida, vuestras ciudades puestas a fuego, vuestra tierra delante de vosotros comida por extranjeros, y asolada como asolamiento de extrañ» (BAVI).

Hay pecados que abarcan ciudades, que maldicen nuestras tierras e impiden que el Espíritu Santo de Dios venga sobre ciertos sectores.

Un principio fundamental para traer un avivamiento es restaurar la gloria de Dios sobre un lugar:

«Cuando la gloria desciende,
el poder desciende; el diablo
y sus huestes son sometidas, los
velos caen y las almas
empiezan a correr
a los pies de Cristo.»

La tierra está llena de heridas abiertas sin sanar, que claman la Cielo

Pero la gloria jamás vendrá si no aplicamos la estructura diseñada por Dios para que esto suceda, y esto es:

- Identificamos con el pecado para interceder por él.
- Confesión.
- Reconciliación.
- Restitución.
- Batalla espiritual.
- Adoración a Dios.

Para poder someter las fuerzas del infierno, lo esencial es traer el Reino de Dios a un lugar, desatar el aceite de la gloria que toque y alcance los corazones, levantar una iglesia tan llena del Espíritu que los demonios y las puertas del Hades no puedan prevalecer.

El diablo edificó y asentó sus principados y potestades por una principal razón: *¡la gloria de Dios no estaba en ese lugar!*

Hay heridas profundas en nuestras naciones por la forma tan violenta en que un evangelio distorsionado fue traído a través de los primeros frailes. No hubo diálogos, no hubo respeto a nuestras personas, simplemente éramos del diablo y aun a golpes y latigazos, sometidos a torturas, teníamos que recibir a un Dios desconocido. Cuántos murieron porque simplemente, no entendían que estaba pasando. Eran gente como nosotros, que fueron tratados y muertos como bestias demoníacas que no tenían ni el derecho de un libre albedrío.

Hoy en día queremos hablar de libertad, de amor, pero la sangre habla —la sangre de Abel hablaba, dice la Escritura— la sangre de Jesús habla, y la sangre de miles de indígenas también habla y sigue diciendo: «Estoy lleno de dolor e injusticia.» Hoy queremos hablar de unidad en el Cuerpo de Cristo, pero estamos llenos de rechazos raciales, de culpas que no han sido sanadas. De generación a generación hemos visto actos de profundo desprecio entre las razas. Actitudes de nacionalismo tan arraigadas en pastores y líderes eclesiásticos, que no son otra cosa que un odio hacia todo lo que viene de afuera, porque la sangre está diciendo «¡esta injusticia no ha sido sanada!», y el diablo toma la ocasión y habla, y divide iglesias, priva de bendiciones al Cuerpo de Cristo, simple y sencillamente porque no ha habido ni confesión, ni identificación, ni reconciliación, ni restitución ni

guerra, ni adoración. Y mientras esto no se resuelva habrá áreas en los corazones de los hijos de Dios ¡que seguirán siendo gobernadas por el diablo!

Hay horrendos pecados ancestrales que hoy dividen nuestras familias. La conquista produjo la violación de muchas mujeres, la destrucción de muchos hogares en que los indios eran muertos por los simples deseos lujuriosos de los soldados ibéricos.

Hay una sed de muerte y de venganza en la sangre mexicana y latina, que la vimos en los tiempos de la revolución mexicana y en otros levantamientos similares. La sangre de los oprimidos llegó a su límite, se vieron violentísimas masacres de familias españolas y criollas. Les quemaban las haciendas, los colgaban delante de sus familias, violaban a sus mujeres. Los despojaban hasta lo último. ¿Por qué? Porque eran siglos de dolor que no habían sido sanados. Había heridas de terribles despojos que se hicieron, cuando todo el oro y la riqueza de América era llevada por toneladas a Europa. Estos actos son semillas que siguen vigentes, *¡jamás han sido cancelados!* Por eso nos siguen robando los gobernantes. Y el dolor ha sido tan grande que cuando las mentes impías ven la oportunidad de aprovecharse de una situación, lo hacen. Y yo los he escuchado, sin ningún remordimiento sino más bien una venganza centenaria que por fin ha sido saciada.

Es como una continua y larga condena que nunca traerá libertad. Es un eco que grita en los aires y que de continuo llega al Cielo. «¡Porque a mis padres los despojaron, yo tengo derecho de robar! ¡Porque nos ultrajaron los españoles, yo tengo derecho de humillar a cuanto español, blanco o gringo se me ponga enfrente!» Y al revés también: «¡Porque los revolucionarios le quitaron las tierras a mis padres, ahora yo tengo el derecho a humillar a cuanto mestizo se ponga enfrente!»

Estas verdades, tan crudas, quizás sean difícil de aceptar como frases conscientes, pero están arraigadas subconscientemente en las actitudes. Son heridas no sanadas que se han hecho hinchazón y podrida llaga. La pus tiene que salir, porque produce presión en la herida y mucho dolor.

Pero Dios nos está llamando a limpiar la llaga, a remover la pus, a suavizar con el aceite del Espíritu.

Nuestras razas vienen arrastrando marcas generacionales de rechazo, de miedo a la autoridad, rebelión, independencia,

soledad, aislamiento, miedo al compromiso, melancolía, inferioridad, adicciones temibles provenientes del temor a enfrentarse a una realidad que no pueden solucionar en sus propias fuerzas.

La tierra está enferma y maldita por estas causas. La tierra no será sanada por el arrepentimiento y la vida devocional de seres aislados como individuos. Hay cosas que deben hacerse identificándonos, esto es incluyéndonos dentro de una categoría específica de seres humanos, y entonces pedir perdón por los pecados del pueblo.

Daniel no era un hombre entregado al pecado. Lejos de eso, vivía una vida de servicio a Dios. Pero el Señor le mostró la clave para liberar naciones de su cautiverio, de su esclavitud: intercediendo en identificación con los pecados del pueblo. Interceder es ponerse en el lugar del pecador. Ponerse entre Dios y el transgresor, tomando su lugar en la confesión de su pecado.

La intercesión que libera naciones

LA INTERCESIÓN ES UNA de las llaves más importantes y una de las armas más poderosas en batalla espiritual. Y sin embargo, una de las menos usadas en la comprensión y profundidad de su significado.

Quizás la forma en que la mayoría definiría la intercesión sería como una forma de oración intensa, pero es mucho más que eso. Jesús, el intercesor por excelencia, no solo oró por nosotros sino que *tomó nuestro lugar en la cruz, muriendo por nuestros pecados*. Es por ese maravilloso sacrificio que alcanzó el lugar de intercesor, el único mediador entre Dios y los hombres.

Hay tres puntos clave que separan la intercesión de la oración común:

- La identificación.
- La agonía.
- La autoridad.

Identificarse no es tan solo ver a una persona en necesidad —en pobreza, por ejemplo— y levantar nuestra oración al Padre, pidiendo que supla esa necesidad. Es decirle: «Déjame llevar tu carga. Toma, aquí tienes mi capa, aquí tienes mi comida, yo escojo el lugar de tu necesidad para que tu seas abastecido.»

Identificarse es bajarse al lugar de la carencia o de la debilidad, y conforme a la dirección del Espíritu tomar el lugar de aquel por quien debemos interceder. Moisés dejó el palacio de faraón donde fue educado y escogió hacerse semejante a sus hermanos en esclavitud. Escogió dejar una vida de lujo para pisar el barro y la paja junto con los que amaba. Esto le dio la posición de intercesor que salvaría al pueblo de Israel.

La identificación del intercesor con aquellos por los cuales intercede se ve claramente en Jesucristo: derramó su alma hasta la muerte, fue contado con los pecadores, herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él. Su vida fue negarse por completo, hasta la última gota, para ir tomando uno por uno el sufrimiento, las carencias, las afrentas, las necesidades de todos nosotros, hasta llegar a la misma muerte.

«Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentare la muerte por cada uno de nosotros. Porque era un acto digno de Dios y de su divina naturaleza, que Aquel por quien son todas las cosas, y por quien todo subsiste, y porque habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por las aflicciones al Autor de la salvación de ellos, llevando a la madurez todas las experiencias humanas, lo cual era necesario para su ministerio de Sumo Sacerdote. Porque el que santifica —haciendo santos a los hombres— y los santificados son de un mismo Padre, por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos ... Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y de sangre, esto es la naturaleza física del ser humano, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre ... Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote, en lo que a Dios se refiere, para poder expiar y ser propicio por los pecados del pueblo.»

—HEBREOS 2,9-11,14,15,17, BAVI; ÉNFASIS AÑADIDO.

Recalco que no se avergüenza «de llamarnos hermanos». En cierta ocasión esto cobró vida en mi espíritu de tal manera cuando fui a un seminario de guerra espiritual en la ciudad de Guadalupe, en mi país. En este lugar, desde hacia ya muchos años,

vivía uno de mis hermanos en la carne. Se había ido para allá y hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Era la oportunidad perfecta para invitarlo a la conferencia y llevarlo a una experiencia con Cristo, según pensé. Después de una gran labor de convencimiento, conseguí que fuera conmigo.

Durante todo el camino yo iba orando para que Dios lo tocara, para que el predicador diera un mensaje que llegara a las fibras de su corazón. La predicación fue llenándose de unción a medida que avanzaba, pero al llegar al momento del llamamiento al altar, el pastor empezó a citar una serie de pecados de orgullo, de crítica, de soberbia y así una lista interminable, invitando a los pecadores a pasar al frente. Voltee a ver a mi hermano y parecía que estaba atornillado en su asiento. Ore una vez más y le dije a Dios: «Levántalo y llévalo al frente, Señor, por favor.» Entonces Jesús me dijo: «Intercede.» Yo sabía bien lo que estas palabras querían decir; significaba que tenía que pasar al frente al lugar del pecador y, como si yo fuera mi hermano, empezar a confesar sus pecados como el Espíritu Santo me dirigiera. (Obviamente, esto no eximía a mi hermano de que el hiciera su propia confesión, pero era la oración que lo llevaría a hacerlo delante del trono de Dios.) Yo era una líder conocida en mi país y muy respetada. Que todos vieran a Ana Méndez pasar a ese específico llamamiento, acabaría quizás, con mi reputación, sembraría dudas entre los débiles; el precio era muy alto.

Medité unos segundos y luego decidí que amaba mucho más a mi hermano que a mi reputación. Me levanté, y al dar el primer paso al frente, mi hermano se motivó y pasó junto conmigo. Ese desfilarse hacia la plataforma era como ir al mismísimo paredón de fusilamiento, pero al llegar al frente oí a Jesús decirme: «Yo tampoco me avergüencé de pasar al lugar de la vergüenza por ti, con el gozo puesto por delante soporté la humillación más grande. No me avergüencé de que me colgaran en el lugar de los malditos, de ser contado entre los pecadores, de que me arrancaran la ropa y se burlaran de mi cuerpo; *no me avergüenza llamarlos "hermanos".*»

Jesús tomó, de verdad, la humillación de hacerse igual que nosotros para poder ser nuestro genuino intercesor y sumo sacerdote delante de Dios. Alguien igual a nosotros, con nuestros mismos dolores y padecimientos, en quien toda la humanidad, en un momento dado, puede verse reflejada. Y por otro lado,

Jesús tenía que ser el Cordero sin mancha para poder ser recibido en redención de todos nosotros; debía permanecer sin pecado para que Dios hiciera con Él un nuevo pacto. Por que no hay circunstancia humana que Jesús no haya tenido que vencer, ni tentación de la cual no haya salido victorioso: «Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Hebreos 2.18).

«Solo en la medida
en lo que queramos hacer
algo por los demás,
es que podremos ser usados para
interceder por ellos.»

«Jesús lo dio todo por nosotros,
para interceder
en todos los casos.»

Quiero que quede en claro que solo Jesús puede llevar el pecado. Fue el único sacrificio vicario —sustituto— que Dios aceptó. La identificación nos identifica con el dolor del pecado en el corazón de Dios, y somos el medio para que Dios haga la obra. Nosotros solo podemos tocar el corazón del Señor, para que su perdón y el poder de la gracia sean desatados sobre aquellos por los que oramos, hasta que sean plenamente alcanzados por Dios.

Jesús tomó el lugar de cada enfermo, escogió sufrir en su carne el precio de la enfermedad para que nosotros fuésemos sanados. Con cada enfermo, con cada leproso que llegaba a Él para recibir sanidad, era como si Jesús hubiera dicho: «Tomo en mi cuerpo tu enfermedad para que tú no tengas que sufrir.» Él sabía que un día llegaría en el que se le demandaría pagar el precio por cada enfermedad que había sanado y que sanaría, y aceptó lleno de gozo.

En una ocasión estábamos viviendo uno de los momentos más difíciles en el ministerio, en el año de 1989. Preparábamos uno de los eventos más importantes del Dr. Morris Cerullo en México. Era un gigantesco congreso a nivel nacional, en el que

sabíamos que Dios iba a hacer algo trascendental para nuestro país. México necesitaba urgentemente que la mano de Dios se moviera. En aquella época parecía como que había un bloque de acero sobre nuestra nación, impidiendo que la mano de Dios descendiera y que el Evangelio corriera con libertad.

Las luchas que estábamos pasando eran terribles, como si el mismo infierno se hubiera desatado en nuestra contra. Habíamos sido atacados a muerte en la última campaña, en la que nos salvó la poderosa mano de Dios. El gobierno, influenciado por el clero, nos había negado todos los permisos necesarios para la realización del evento, las cuentas eran gigantescas y no teníamos dinero para cubrirlas. Las olas de controversia que estaban levantando algunos pastores en contra del congreso nos ahogaban. Dios me estaba levantando con un ministerio femenino en medio de una atmósfera machista, totalmente cerrado al ministerio de la mujer. Y encima de todo el congreso se llamaba «¡Aprende a declararle la guerra al diablo!»

Como directora del evento, toda esta carga inmensa se agolpaba sobre mis hombros, pero mucho más que eso estaba el dolor de ver a nuestro país tan cerrado al Evangelio. En el fondo de nuestro ser sabíamos que Dios estaba planeando algo grande para México, pero que era necesario sacudir el reino de las tinieblas desde su seno. ¡Algo grande tenía que suceder!

Una madrugada, el Espíritu me despertó con una profunda carga de oración por mi país. Era como si todo el peso de una terrible opresión que había subsistido por años en México, estuviera viniendo sobre mí. En aquel momento el Espíritu Santo habló a mi vida y me dijo: «Hay oraciones para traer el poder milagroso de Dios, hay oraciones de constancia para derribar murallas, hay oraciones de intimidad con Dios; pero hay un tipo de intercesión que cambia el curso de la historia de una nación. Es la “intercesión de agonía”.»

Aquella madrugada fue como si, literalmente, el Espíritu me hubiera trasladado al jardín de Getsemaní. Podía ver a Jesús en el Monte de los Olivos, y a su lado a Pedro, Santiago y Juan.

Había empezado a orar y el Espíritu había venido sobre Él. Su alma comenzó de verdad a tomar el dolor y la abominación del pecado sobre sí. La gran batalla no se tenía que librar en la cruz sino ahí, en la oración del jardín. La cruz fue la consecuencia de la victoria de aquella madrugada. La verdadera entrega sucedió en ese lugar. De nada sirve poner el cuerpo en escarnio si el alma no es afín a esa muerte. Jesús tenía que pasar por la crucifixión en su alma y en su espíritu antes de pasar por el Gólgota. Este era el verdadero sufrimiento, el más doloroso, ahí tenía que tomar nuestro lugar como pecadores ante Dios. En Mateo 26.37,38 se nos dice:

«Comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo.»

¿Qué era esta tristeza y esta agonía del Señor? Él estaba penetrando el corazón de Dios con la carga del pecado de toda la humanidad sobre sí. Debemos entender, que no hay dolor más grande para un alma y un espíritu que están unidos a Dios que el presentarse como pecadores, como traicionando a cara descubierta el infinito amor de Dios.

Jesús estuvo sumamente solo cuando estuvo en la tierra. Quizás podamos comprender esta soledad más profundamente cuando por un periodo más o menos largo nos encontramos rodeados de gente inconversa. Y nuestro corazón anhela encontrarse con alguien con quien compartir las cosas del Espíritu con libertad, poder hablar de Jesús y saber que hay alguien igual a uno, que nos entiende y escucha con amor y con entendimiento. Le damos del Señor y esa persona nos da a nosotros.

Jesús no tenía a nadie así aquí en la tierra. El Espíritu Santo todavía no venía sobre los discípulos, así que ellos muchas cosas no las entendieron sino hasta después de Pentecostés. A tal punto no entendieron, que abandonaron al Maestro cuando más los necesitó. Jesús estaba espiritualmente muy solo. Su único refugio era la comunión con su amado Padre y con el Espíritu Santo. La comunión con ellos, las pláticas hermosísimas que sostuvieron cada vez que Jesús se apartaba a orar. Eran el aire que Jesús necesitaba para respirar, el agua de vida que nutría todo su ser. El padre y el

Hijo eran uno solo. El Padre era su fuerza, su sustento, su amigo más íntimo, quien acariciaba su alma por las noches, el que derramó su amor sobre Él, de tal manera que abrió los cielos e hizo resonar sobre toda la tierra: «Este es mi hijo bien amado en quien tengo complacencia.»

Todo lo que Jesús hacía en obediencia al Padre era motivo de gran regocijo en los cielos. No era ignorante de la divinidad y de la majestad del Padre, como lo somos muchos de nosotros. Lo conocía íntima y profundamente, Él sabía lo que cada pecado significaba para el amor tierno de Dios, sabía que eran puñaladas de fuego, azotes de traición y de repudio a su grandeza.

Presentar el pecado ante Dios como verdadero representante de la humanidad, significaba una identificación con el pecador, hasta la última célula. Y aunque en Jesús nunca hubo pecado, ni el pecado manchó jamás su espíritu, Él tomó el lugar como si fuera, de verdad, uno de nosotros, el más inmundo de todos, y así tenía que presentarse delante de su amado Padre. El conocía cómo el Espíritu Santo se contristaba ante el pecado, por lo que había tocado millones de veces las fibras más sensibles del corazón de Dios; allí, donde cada herida que el hombre le había hecho, estaba grabada. Ahora tenía que presentarse cargando nuestra inmundicia delante de Dios.

Jesús escogió tomar el lugar de nuestras abominaciones. Como si en un lugar se hubiera cometido un crimen terrible: un asesino ha descuartizado a un niño. El juez del condado está indignado y solo espera que aparezca el responsable para desatar sobre él el castigo que satisfaga la más severa justicia por tal delito. La policía y la sociedad escandalizada buscan al culpable; los corazones están llenos de ira y de desprecio ante un acto de esta magnitud. Entonces, finalmente, ya saben dónde se encuentra el homicida. Pero justo antes de ser aprehendido y pagar por su infame delito, otro hombre se presenta ante ese inmundo criminal y le dice: «Vete, te declaro libre del pecado que has cometido, porque yo he decidido, por amor a ti y a toda tu raza, tomar la responsabilidad total por lo que has hecho y por todo lo que debe cualquier persona de esta tierra. Me voy a entregar por tí y por todos los culpables del mundo.»

El que tomó el lugar llega ante la corte y se declara culpable. En ese momento, el rostro del juez se llena de ira. Las miradas de desprecio de todo el pueblo se vierten sobre él. Los

periódicos sacan su fotografía en primera plana a ocho columnas, diciendo: «¡Él es el culpable!» No hay una sola voz de misericordia; todos claman por su muerte, todos lo han desechado, escupido e insultado.

Jesús tomó el lugar del traidor más infame, del más vil de los homicidas y detractores. Y lo hizo ante su Padre, que era lo que más amaba; su único compañero y amigo real en su incomparable soledad.

El hombre había traicionado a Dios en la forma más vil. Dios le había dado todo el gobierno de la tierra, la posesión de toda la Creación y lo había hecho objeto de su más profundo amor por sobre todas las cosas. Y el hombre escogió seguir la voz del diablo. Cambió la gloria del Dios incorruptible por inclinarse ante un pedazo de madera o de oro, con figuras de hombres iguales a él.

La tristeza que agobiaba hasta la muerte a Jesús era presentarse realmente como un traidor inmundo ante su amado Padre. Esto no fue una parodia prefabricada; debía ser real para que el hombre pudiera ser redimido. Jesús no se presentó ante el Padre con una bandeja en la que estaban todos los pecados de la humanidad, y le dijo voy a dar mi vida para que, por favor, los perdones. Jesús, que conocía el dolor del Padre por el pecado, tenía que presentarse y apuñalar su más grande amor. Porque tomar el lugar del pecador es tomar el lugar de los que han acuchillado a Dios.

No sé si las palabras son suficientes para describir este momento, pero si usted ama a Dios con todo su corazón, y se da cuenta de que pecar voluntariamente es meter la daga en el pecho de su amado, esta es la forma en que Jesús se tuvo que presentar ante Dios. Puedo casi ver en forma viva esta escena, en que Jesús se paró ante el Padre, cubierto de tinieblas, quizás su rostro tenía aún las trazas que van dejando el pecado y la iniquidad en el rictus de un hombre; la mirada apagada por la culpabilidad y el cuerpo tenso por la horrible traición que tenía que encarar. La sombra del pecado oscurecía todo su ser, y en su mano estaba el arma de dolor más profundo con que traspasaría el corazón de su amado. Él se paró delante de la pureza y el resplandor glorioso de su Padre, ante el tierno y transparente amor de Dios. En la peor de las inmundicias, Jesús se presentó vestido de la más abominable, apestosa y terrible iniquidad.

Muchas veces, quizás, hemos pensado en lo que sintió Jesús ante el beso de Judas, su amigo amado, su discípulo, el traidor que lo entregaba a la muerte. Pero, acaso, ¿no fuimos todos nosotros los que traicionamos el amor de Dios, escogiendo el mal? Jesús no sólo debía tomar el lugar de un traidor como Judas, sino la traición de toda la humanidad.

El sabía que al llegar de esta manera, el corazón del Padre se hundiría en un contristamiento que estremecería todo el universo. No hubo golpe más doloroso para el Padre que ver al Hijo empuñando la daga de la iniquidad que por siglos se había hincado en su corazón. Fue como ver el mal que tanto dolor le había producido por milenios, concentrado en un solo culpable. Y era su propio Hijo, el bienamado. Esto fue real. El dolor fue real. El abandono del Padre fue auténtico. La absorción de todos los males del mundo, desde su origen, sobre sus espaldas, fue cierta. *Todo tenía que serlo. Era la única forma de salvarnos: pagando todo y pagando lo de todos.*

Jesús le tenía que decir al Padre: «Señor, yo soy culpable por haberte herido en esta forma tan inmunda. No mires el pecado en ellos; míralo en mí y pon sobre mí la paga. Ellos no tienen nada que pagar.» Esto era lo que lo entristecía hasta la muerte, presentarse como abominable sabiendo que era el Hijo amado de su Padre, y que el Padre era lo que Él más amaba.

Dios tenía que dejar a un lado su posición de Padre y tomar el lugar del Juez Supremo del universo. La Justicia apareció en todo su esplendor, demandado la ira y el castigo de siglos y siglos de maldad. Padre e Hijo estuvieron frente a frente ante el trono eterno. La sentencia fue decretada: ¡La muerte y el infierno!

La copa que Jesús tenía que beber contenía la ira de Dios. La copa contenía las abominaciones del mundo, la copa contenía el dedo acusador de los inmundos pecadores, hombres de barro y de polvo levantados en toda soberbia, como jueces implacables, decretando la sentencia: «¡Crucifiquenlo!» No fueron los judíos los que levantaron la voz y gritaron: «¡Soltadnos a Barrabás!» ¡Fuimos usted y yo!

Nosotros lo matamos, nosotros golpeamos el martillo y hendimos los clavos que traspasaron sus manos y sus pies. Usted y yo tuvimos en nuestra mano el látigo que desgarró su carne, usted y yo nos burlamos de él, clavando con nuestros inmundos

pensamientos la corona de espinas sobre su cabeza. Y Él no nos lo tomó en cuenta, sino que, tomando nuestro detestable lugar, llevó sobre sí toda nuestra iniquidad.

«Despreciado; rechazado y despreciado por los hombres, varón de dolores experimentado en quebranto, y como a aquel que quien los hombres tienen que esconder el rostro, lo despreciamos, no estimamos su valor, ni lo apreciamos. Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, sufrió nuestros dolores, nuestras debilidades y nuestras angustias, y nosotros, ignorantes, lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas Él herido fue por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados y nuestra culpa; y el castigo que era necesario para que obtuviéramos la paz, fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó de su camino; mas Jehová cargó sobre Él el pecado de todos nosotros.»

—ISAÍAS 53.3-6, BAVI.

Fue necesaria la identificación con el hombre en todos los aspectos para obtener la posición de Eterno Intercesor.

Moisés, uno de los más grandes líderes de intercesión del Antiguo Testamento, buscó la identificación con el pueblo de Israel hasta las últimas consecuencias. Israel se había apartado de Dios, haciéndose un becerro de oro para adorar. La ira de Dios se había encendido de tal manera que quería destruir a todo el pueblo y empezar una nueva generación de los hijos de Moisés. Pero este gran líder estaba tan unido, tan identificado con su gente que no sólo había dejado el palacio de faraón para unirse a ellos, sino que eran parte inherente de su corazón. Él y el pueblo eran uno, y él era su único representante e intercesor ante Dios.

Fue tal su amor y su identificación que no sólo estuvo dispuesto a dar su vida por ellos sino también su alma eterna. Moisés agonizó delante de Jehová, en clamor y súplicas por el pueblo, para que Dios perdonara su pecado, diciéndole: «Si no los vas a perdonar, entonces ráeme de tu libro que has escrito.» Lo que estaba diciéndole es que estaba tan unido en amor por ellos que Dios tenía que condenar primero su alma para condenar al pueblo.

¡Qué nivel tan profundo de identificación y de intercesión! Solo una oración así pudo tocar y cambiar el corazón de Dios. Jesús no solo lo dijo, sino que de hecho descendió al infierno a

pagar el precio que nos correspondía pagar a usted y a mí.

La batalla, el tomar en plenitud el lugar de cada hombre, la agonía del alma que darían a luz la autoridad, tenían que pelearse y sufrirse en el Getsemaní. Era necesaria la preparación interna que diera a luz todo el proceso de la victoria en la cruz.

El Espíritu Santo se hizo presente y lo empezó a llevar a una agonía profunda. Tenía que conquistar dentro de sí la verdadera identificación, la humillación total, la muerte absoluta de toda su autoestima, la negación radical de su persona. El dolor era cada vez más intenso, como si, haciendo una analogía, la voluntad de Dios se estuviera forjando dentro del Señor, igual que se forma un bebé en el vientre de una madre.

«De igual manera, el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad, porque no sabemos cómo orar como conviene, ni en la forma en que debiéramos, pero el Espíritu mismo viene al encuentro de nuestra súplica e intercede como de parte nuestra, con gemidos y clamor, los cuales son profundos de tal manera que no se pueden expresar por medio de palabras. Mas el que escudriña los corazones de los hombres es también Aquel que sabe cuál es la intención del Espíritu, el cual, conforme a la voluntad de Dios, intercede por los santos.»

—ROMANOS 8.26,27, BAVI.

El Espíritu empezó a expandirse dentro de Jesús. Hubo un rompimiento interior impresionante, como si una fortísima batalla celestial estuviera tomando forma dentro del mismo Espíritu del Señor.

Había una densa nube demoníaca sobre Jesús aquella noche; Satanás y todas sus huestes se habían dado cita para frustrar ese momento. Jesús sabía que su oración tenía que penetrar las regiones de las tinieblas como nunca antes. Estaba de por medio el cumplimiento de su misión en la tierra, la salvación de miles de millones de seres humanos. Por eso la opresión demoníaca era terrible. *Todo el reino de las tinieblas había venido sobre un solo hombre.*

«Considerad aquel que soportó de los pecadores tan dolorosa oposición y amarga hostilidad contra sí mismo.» Y también dice: «Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual, por el gozo [de obtener el premio de nuestra salvación] que estaba delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se

sentó a la diestra del trono de Dios» (Hebreos 12.2 BAVI).

En medio de ese dolor extremo, cuando la voluntad de Dios estaba tomando forma dentro de su Espíritu, en medio de ese ataque feroz del diablo, Jesús sólo veía una cosa: nos veía limpios por su sangre, en gran poder, sentados junto a Él en los lugares celestiales. La lucha era tan fuerte que Dios envió un ángel. Este no vino a hacer más leve su dolor, sino para darle fuerza para entrar en la verdadera agonía del Espíritu.

«Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.»

—LUCAS 22.43,44

La agonía es un proceso como el de la semilla que cae en tierra y muere. Es una lucha entre la muerte de la semilla y el rompimiento interior, lo cual hace posible que la raíz prorrumpe y la planta surja de la tierra.

Es un forcejeo tan intenso con las fuerzas de las tinieblas para arrebatarle algo al diablo que todo el ser parece que reventará. En este caso la lucha era en contra de un mar de oscuridad diabólica, que milenariamente se había establecido separando a Dios de los hombres. Jesús tenía que luchar contra todo el imperio de Luzbel esa noche, contra todas las ideas de derrota y desfallecimiento que Satanás tratara de lanzar contra Él.

Jesús tenía que ganar la posición de Supremo Intercesor en la terrible identificación con los pecadores, delante de su Padre. Tal era el esfuerzo y la agonía a la que lo estaba conduciendo el Espíritu Santo, que los vasos capilares se empezaron a romper en su interior, uniéndose la sangre a su sistema linfático, hasta que el mismo sudor salía manchado del fluido vital.

Fueron los momentos de inmolar su alma ante Dios. Su Espíritu había sido inmolido antes de la creación de todas las cosas, porque la Palabra dice que Él es el cordero inmolido desde antes de la fundación del mundo. Y esto, para mí, todavía es un misterio. Su alma tenía que pasar por el sacrificio en el Getsemaní y su cuerpo sería muerto en la cruz del Calvario. Igual que Moisés, otro tipo de Cristo; él tuvo que vivir esa terrible opresión en la que se vio encerrado frente al Mar Rojo, frente a la oposición terrible del ataque del faraón y sus ejércitos;

Jesús debió enfrentar este mismo ejército como si fuera un mar casi infranqueable en los cielos.

Pero Moisés sabía que tenía una promesa de salvación y se mantuvo firme en la palabra, declarando: «¡Estad quietos y ved la salvación de Jehová!» Moisés se mantuvo firme en la palabra, y la voz de Jehová descendió desde lo alto, diciéndole: «Extiende tu vara y divide las aguas.» Su fe estaba fija, la palabra era inmutable, el poder estaba sobre él. La quietud de los cielos no pudo resistir la firmeza de la palabra, los vientos empezaron a soplar fuertemente. El mar no pudo resistir la firmeza de la palabra y empezó a abrirse, empezó a doblar su voluntad ante el poderío irresistible que salía de la vara. El poder de la gloria de Dios había ensanchado el espíritu de Moisés y ahora, como un rayo portentoso, salía de su mano hacia el báculo. No era poder de hombre sino de Cristo, como lo vio Habacuc: «El resplandor fue como la luz; rayos brillantes salían de su mano, y allí estaba escondido su poder» (Habacuc 3.4).

En el Getsemaní Jesús estaba viviendo la misma circunstancia, pero no eran ni aguas de mar, ni caballos, ni carros; era el mar de la iniquidad del hombre y el ejército completo de Satanás tratando de amedrentarlo. Pero Jesús tenía también una palabra inmutable, un pacto eterno. ¡Él era la simiente en quien serían benditas todas las naciones! ¡Era el Mesías esperado! Estaba escrito: «Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho.» El gozo estaba por delante, su salvación y la mía llenaban el corazón del Señor. Nada lo iba a detener; aquellos que habían decidido amar hasta la muerte estaban frente a sus ojos. Los gemidos inenarrables de Jesús eran una espada de fuego que traspasaba los cielos, eran la palabra hecha vida y hecha espíritu en las entrañas de Jesús. Era el Espíritu Santo unido al Hijo en una conjunción de poder tal que los demonios salían expelidos ante su manifestación.

Como una escalinata de gloria fue ascendiendo la intercesión hasta que llegó a los pies del trono de Dios. La oración había llenado el incensario de oro que estaba frente al trono del Altísimo, los ángeles llevaban el humo de su oración cargado de incienso y de olor fragante. Su intercesión había sido recibida y su Espíritu vivificado para soportar la prueba en la cruz.

- La hora llegó en que lo consumado en la batalla del Getsemaní tenía que cumplirse.
- Estaba colgando, clavado en la cruz, abandonado de sus amigos, hecho maldición —«Porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero», (Gálatas 3.13). Contado entre los pecadores, ante la burla y el desprecio de los hombres.
- Pero algo más estaba sucediendo en el mundo espiritual. Se estaba presentando como el inmundo traidor y ofensor de Dios ante el Padre.
- La Justicia Santa del Padre desató su ira sobre Él.
- El padre le volteó el rostro, indignado y contristado en gran manera cuando lo vio en esta forma. Un abismo de tinieblas en un gran estrépito se formó entre los dos. Era la separación completa entre el Padre y el Hijo.
- Jesús había quedado solo.
- Lo que había sucedido primero en el espíritu, pasó también en lo natural.
- La tierra se cubrió de tinieblas y hubo truenos y relámpagos en los cielos.
- «¡Eh, Eh, Lama Sabactaní!» «¡Señor, Señor! ¿por qué me has abandonado?», fue el grito de dolor que estremeció los cimientos de la tierra.
- Un último aliento salió de su boca y su alma, cargada por todo el pecado, descendió a los infiernos.
- La paga de nuestra iniquidad vino sobre Él en un momento de profundas tinieblas en el fondo del abismo, donde no hay ni un solo haz de luz, ni de paz, ni de gozo. Solo dolor intenso y hedor a muerte, y fuego que consume de ardor el alma.
- Ahí estaba el Cordero que jamás cometió pecado. Solo, despreciado por los hombres y abandonado por el Padre.
- Pero en las alturas, la sangre bendita de Jesús empezó a gotear el propiciatorio del Arca gloriosa del pacto, en los cielos, en el tabernáculo no hecho de manos, sino en la eterna morada del soberano Dios.
- El Padre aceptó la sangre, y como un rayo virtuosísimo el poder de Dios penetró el infierno. Lo despojó de la carga del pecado y toda la gloria de Dios vino sobre Jesús.
- Los principados y potestades fueron despojados de todo

- poder y autoridad, quedando avergonzados y destruidos bajo la cruz.
- Uno solo tenía ahora el poder; uno solo estaba siendo llevado al gran trono en los cielos, a la diestra del Altísimo.
- El poderío era ahora de Él, con las llaves de la muerte y del infierno empezó a ascender. Su gloria lo fue llenando todo.
- La misma gloria que tuvo con el Padre antes que el mundo fuese.
- Un Nombre resonaba en todo el universo; el Padre lo estaba exaltando hasta lo sumo.
- La tierra y los cielos se llenaron de su alabanza y de su majestad.
- Los ángeles, postrados, lo recibieron en un despliegue de voces e instrumentos que todo el cosmos resplandeció ante tal magnificencia de poder y majestad.
- Estaba siendo coronado el Rey de reyes y Señor de señores.
- Los cielos se abrieron, las trompetas sonaron; solo se oía un clamor de júbilo en los cielos.

«¡Resucitó! ¡Él vive! ¡El Rey
de la gloria ha vencido!»

Y ahora nos dice: «¡Toda potestad me es dada en los cielos y en la tierra.» Entender esto profundamente me hizo levantar después de recibir la visión. El Señor me impulsaba a interceder por mi país bajo esta gloriosa autoridad.

Convoqué a una reunión a la que llegaron como setenta intercesores. Yo sabía que Dios no había dado esta palabra para dejar las cosas igual en México. Algo fortísimo iba a pasar si lográbamos agonizar de tal manera que diéramos a luz el principio del gran avivamiento sobre México.

Fue una velada que hizo historia en todos nosotros. Oramos intensamente y gemimos por tres horas, sin parar. Nuestros cuerpos desfallecían de dolor y nuestras gargantas tenían el sabor de la sangre. Entre unos y otros nos íbamos dando fuerzas para no caer desmayados.

Al principio fue como haber penetrado el Averno, la lucha

fue intensísima. Era como combatir contra reinados de siglos, fortalezas que parecían indestructibles. La unción y el poder del Espíritu Santo nos ayudaban a permanecer en agonía. Estoy segura que aquel recinto se llenó de ángeles que nos fortalecían y nos impulsaban a seguir.

Luego vino una hora en que parecía que la lucha había terminado, como si ahora todo dependiera de un mover invisible de Dios en las esferas espirituales, mientras nosotros permanecíamos en oración. Fue una hora de resistencia, profunda, honda, casi silenciosa.

Después se abrieron los cielos ante nuestros ojos; la gloria de Dios empezó a manifestarse. El gozo invadía todo nuestro ser. Era la absoluta convicción de que habíamos vencido.

Yo sabía que Dios cumpliría su promesa, de que había oraciones que cambiaban el curso de la historia. Tal es la experiencia de un Charles Finney, que conquistó naciones enteras gimiendo en agonía a Dios. O la de Rees Howells, el hombre que Dios usó para dirigir la Segunda Guerra Mundial desde un cuarto de oración.

A partir de aquel momento empezaron a suceder cosas maravillosas, no solamente en el magno Congreso de Evangelismo para todo México que organizábamos, sino que comenzó un mover de evangelismo tan poderoso que se unieron todas las denominaciones para ganar la capital mexicana.

Organizamos un evento que se llamó «El Festival de la Familia con Luis Palau». Rentamos tres de los estadios más grandes de la capital para tener una campaña de un mes completo. Se hicieron como dieciocho eventos en los hoteles para ganar almas y entrenar líderes. Las mujeres, de las cuales yo tenía la dirección general, organizamos un mover que se llamó «200.000 mujeres para Cristo». Al final del festival tuvimos una concentración que reunió, por primera vez en la historia, a 300.000 personas que desfilamos por las calles de la capital, levantando el nombre de Cristo.

El poder de la oración durante este tiempo fue muy fuerte, y el impacto que esta movilización produjo en el gobierno fue tan grande que el Presidente de la República, junto con el senado, cambiaron la Constitución Mexicana a favor del pueblo de Dios.

Nos dieron la personalidad jurídica a las iglesias y la libertad de predicar el Evangelio en nuestra nación. ¡Algo grande había

sido derribado en las esferas espirituales, y Dios nos había dado la victoria! ¡Aleluya!

Dios nos está llevando, como nación, a entender las profundidades de la guerra espiritual, las que unidas a los grandes bloques de oración y de miles de intercesores nos darán las victorias que tanto hemos anhelado.

La experiencia de Guatemala

MIENTRAS ESCRIBÍA ESTE LIBRO el Señor me permitió vivir una de las experiencias más maravillosas de mi vida ministerial en cuanto a batalla espiritual.

La organización Unidos Para Orar, de Guatemala, había coordinado una concentración de oración en la plaza central de la capital, a la cual me invitaron para llevar la Palabra de Dios. Me habían pedido que hablara algún tema de guerra para motivar una oración de poder sobre esta línea.

Desde que recibí la invitación mi espíritu brincó dentro de mí. Sabía que era una cita divina de gran importancia, así que dispuse mi corazón para prepararme profundamente para este encuentro.

Me habían hospedado en un hotel a apenas una cuadra de la plaza central, por lo que aquella mañana me levanté temprano y fui a dar una vuelta de investigación sobre lo que más tarde sería el terreno de acción. Caminé un poco para discernir el ambiente espiritual y luego entré a la Catedral, para saber contra qué tenía que luchar en aquel lugar.

La opresión que se sentía era terrible. Al fondo y a un lado del altar mayor se encontraba una imagen del famoso Cristo Negro de Esquipulas. La gente llegaba y ponía a sus pies todo tipo de fetiches, sobaba los pies de la imagen y algunas madres estaban

llevando a sus hijos para ofrecérselos a este espíritu. Entre las muchas ofrendas encontré, inclusive, figuras de cera de vudú. Mi corazón lloró de tristeza de ver tanta gente cautiva por un ídolo que ni ve, ni oye.

Cuando regresé al hotel me metí al cuarto y empecé a interceder fuertemente por aquella nación. El Espíritu Santo vino sobre mí en una forma poderosísima. Empecé a gemir con todo mi ser, a identificarme con el pecado del pueblo y a pedir perdón por él. La intercesión cobró una forma tan real que era como si yo misma hubiese sido la que había cometido tanta abominación.

El dolor quebrantaba todo mi ser al traer tanta inmundicia frente al rostro puro y resplandeciente del Señor. Por mucho tiempo estuve llorando y reclamando las almas para Cristo. El Espíritu Santo me mostró en aquel momento el por qué de tanta idolatría, y dónde estaban la ataduras que les impedían venir a Cristo.

Eso trajo aun más dolor a mi alma y el gemir del espíritu parecía que me estallaba las vísceras por dentro. Era, realmente, estar dando a luz en el Espíritu. Fueron momentos tremendamente intensos, hasta que sentí que la victoria empezaba a llegar.

De pronto el Espíritu me afirmó sobre mis pies y la voz determinante del Sumo General en Jefe, mi amado Jesús, me dijo: «Toma un papel y dibuja sobre él un "cristo negro de Esquipulas", con la leyenda de su nombre bajo sus pies, y hóllalo con tus pies.»

Hice el dibujo y empecé a pisarlo con todas mis fuerzas. Era una violencia espiritual con la que comencé a luchar intensamente contra este espíritu. Al cabo de un buen tiempo el Espíritu Santo me dijo: «Unge tus pies, penetra la Catedral y tómalala.»

Estaba totalmente revestida de la presencia de Dios. Sentí con claridad que iba montada en el caballo de guerra del Señor. Él iba delante mío, con una espada resplandeciente en la mano. Detrás se oía el ruido del ejército de Dios, agitando sus espadas.

Llena de su autoridad, y sabiendo el poder que me rodeaba, penetré el recinto idolátrico. Desde la entrada me quedé viendo al Cristo Negro, esta vez con una mirada de reto y de victoria, como quien se enfrenta a un enemigo vencido.

Marchando y hollando con mis pies todo espíritu inmundo que lo antecedía, me fui acercando. Sin quitarle la mirada de en-

cima, me fui aproximando, soltando sobre él todo el poder de Dios.

Aunque la iglesia estaba medio llena, y a la mitad de una misa, nada me detendría. Tenía una orden del Sumo General en Jefe y nadie me haría frente. Como está escrito: «Él entregará sus reyes en tu mano, y tu destruirás el nombre de ellos de debajo del cielo; nadie te hará frente hasta que los destruyas» (Deuteronomio 7.24).

Con paso firme llegué hasta la imagen. Ungí mis manos con aceite y, tomándola de los pies, empecé a profetizar su destrucción. Até sobre ella todo poder demoníaco, destruí todo pacto de hechicería hecho sobre ella y rompí toda cadena de esclavitud con la que tenía cautivas a miles de personas.

Fue un momento de intensa lucha espiritual, hasta que sentí que lo único que sostenían mis manos era un pedazo de yeso, sin vida y sin poder.

De ahí me fui altar por altar, quebrantado todo pacto y atando todo poder del enemigo. Descubrí terribles abominaciones, como por ejemplo uno de los símbolos del rosacrucismo debajo de una imagen llamada «La Inmaculada Concepción».

Otro era un altar con todos los símbolos de Ochung (terrible espíritu de la magia africana), expuesto tan abiertamente que los curanderos llegaban ahí, sin ningún recato, a traer sus ofrendas.

Oré para que mientras yo destruía por el poder de Jesucristo todo altar demoníaco, los ángeles que me acompañaban, libertaran y quitaran las vendas de los ojos a todos los que de buena o de mala fe escuchaban el culto.

Salí de ahí con un gozo inefable. Sabía que todo podría suceder en aquella plaza central durante la oración de guerra que soltaría en la tarde.

Finalmente llegó la hora esperada. Un sol resplandeciente calentaba bien fuerte con sus rayos. Empecé a orar para que Dios trajera una nube sobre nosotros, para que la gente que estaba de pie pudiera aguantar las horas que estaríamos ahí.

Todo estaba dispuesto como por la mano de Dios, como un momento planeado por Él desde antes de la fundación del mundo. La plataforma estaba frente a Palacio Nacional. A un lado estaba la Catedral y entre los edificios que la rodeaban estaba la curia.

La plaza estaba llena no tan solo de los cristianos que había

para orar sino de miles de inconversos que se agolpaban en aquel lugar para pasar ahí la tarde del domingo. Mi corazón latía de emoción y más aun al saber que los aires estaban limpios y que Dios ya me había dado la victoria.

Llegó el momento de subir a la plataforma. Todo mi ser estaba lleno de un propósito divino sin precedentes. Una hermana se me acercó para cubrirme con una sombrilla y protegerme así del sol. Pero una convicción fuerte vino a mi espíritu y le dije con amor que no la necesitaría, que cuando Dios hablaba su nube cubría a su pueblo. Tomé el micrófono y empecé a orar por que descendiera la presencia del Espíritu Santo. En ese momento una densa nube cubrió el sol y permaneció ahí hasta el final. ¡Gloria a Dios! Fue como una confirmación de confianza para que soltara tranquila todo lo que el Señor pusiera en mis labios.

Empecé a hablar sobre las heridas de la tierra y cómo el diablo había edificado sobre tanta sangre derramada. De cómo el Evangelio había sido introducido por los primeros frailes en la conquista.

Momentos atrás, cuando estaba orando en la habitación, Dios me había dado la estrategia que quebrantaría los yugos esa tarde, así que empecé a soltar la palabra. Él me había dicho: «¿Cómo pueden adorar estos corazones tan llenos de dolor, a un Dios que vino al mundo con piel blanca? Cuando los blancos llegaron impusieron un evangelio mezclado, con látigo, muerte y destrucción. Violaron a sus mujeres y mataron a sus hombres. Por eso tienen que pintar de negro la imagen de su dios. No me pueden ver en carne resucitada, por que el sacerdocio que trajo mi nombre lo hizo con maltratos y vejaciones, humillando y destrozando el corazón del indio.

»Por eso siguen aferrados a adorar la piedra y el palo, porque cuando adoraban a sus dioses de piedra y de palo, tenían dignidad y respeto. Tenían honor entre su raza y tenían amor entre ellos.

»Son los recuerdos ancestrales que aun yacen en sus corazones, que surgen generación tras generación, porque ese pecado nunca ha sido confesado. Esos dioses de madera representan para ellos la vida digna, la gloria de un imperio que, aunque estaba profundamente equivocado, los hacía sentir como seres humanos, con sus patriarcas y sus ancianos, no como perros.»

«¡Qué fácil es levantar el dedo justiciero contra la idolatría

cuando nuestros corazones están llenos de racismo y de desprecio hacia nuestras razas oriundas, y no vemos que los corazones siguen sangrando y que la sangre sigue hablando desde lo profundo de la tierra», prediqué. «Esta tierra está llena de heridas. La hechicería, los santeros y curanderos tienen airados el corazón de Dios. Si lo dudan, entren y vean en esa catedral», dije señalándola, «los fetiches y muñecos vudús bajo el Cristo Negro, que ni los curas tienen el coraje de quitar...»

No volaba ni una mosca en aquella plaza. La atención de tal vez unas 100.000 personas estaba fija y perpleja mirando a la plataforma. Entonces llamé a un montón de indígenas que estaban con sus trajes típicos atendiendo al sermón, a que subieran a la plataforma. Y les dije: «En este momento, yo quiero tomar, como sacerdotisa e interesora delante de Dios, el lugar de todos los españoles y de los frailes que hirieron con abominación esta tierra y a sus antepasados.» Llamé a otros hermanos de ascendencia española y también subieron al estrado. Me arrodille delante de los indígenas y, con la convicción de dolor y de pecado con que tanto se había lastimado a los pueblos antiguos, les empecé a pedir perdón, pecado por pecado.

Luego los indígenas nos pidieron perdón por el odio acumulado, por la venganza que habían acumulado en sus corazones y por su desprecio a los españoles. Todos en la plataforma estábamos llorando y abrazándonos en un sincero perdón.

La plaza se comenzó a llenar del mismo espíritu de amor y de humillación. Los miles de personas empezaron a hincarse y a pedirle perdón a Dios, cada uno por tanto pecado inconfesado en la historia, y aun por sus propios pecados. Después se empezó a abrazar todo el mundo en aquella plaza. Era un momento conmovedor; aun los inconversos lloraban y comentaban entre sí que todo eso era verdad.

Volví a tomar la palabra, dirigiéndome al grupo de indígenas en el estrado y hacia los que no conocían a Cristo, y les dije: «Ahora queremos presentarles un evangelio de amor, a un Señor Jesucristo que es espíritu y es verdad, que no es yeso ni madera, sino el creador de todas las cosas, el Hijo del Dios viviente, que se hizo carne y murió por nuestros pecados. ¡Él es el Rey de la Gloria!»

Una multitud impresionante dobló sus rodillas en aquel momento para recibir a Cristo. La presencia de Dios era impactante.

Como una brisa fresca y vivificante, el Espíritu Santo se movía entre la multitud.

En ese momento empecé públicamente, con voz suave pero con autoridad, a reprender todo poder de las tinieblas y a cancelar todo pacto que se hubiera hecho en esa tierra sobre los dioses ancestrales y sobre el Cristo Negro de Esquipulas. Empezamos a proclamar a una voz la sangre de Cristo, limpiando y sanando la tierra. El cántico de adoración comenzó a subir de entre toda la multitud; los ángeles de Dios cantaban con nosotros. Estábamos estableciendo el trono del Altísimo sobre Guatemala, y luego, tomados de las manos, consagramos la tierra a Jesucristo, el Rey de reyes y Señor de señores.

Algo había sucedido en los aires sobre aquella plaza central de la capital guatemalteca, que abriría el paso a una nueva etapa de la gloria de Dios sobre esa nación. Un mes más tarde se firmaba, según me contaron, un acuerdo de paz que respetaría a todas las etnias indígenas.



«¡Los intercesores tenemos la historia en nuestras manos!»



CAPÍTULO 14

La organización del ejército de Dios

CUANDO HABLAMOS DE términos militares, quizás muchos de nosotros no entendamos a cabalidad el significado de algunos conceptos, tal como la estructura fundamental de un ejército, su coordinación o la función de cada uno de los integrantes de una armada.

Dios me bendijo en esta área, ya que mi abuelo fue uno de los grandes generales que dirigieron la Revolución Mexicana. Desde chica le oía contar toda suerte de anécdotas de guerra, estrategias de ataques o virtudes militares de algún gran líder militar de la historia.

Ahora bien, como ya dijimos: *toda verdad tiene su paralelo*. Esto significa que, tal como es en el mundo natural, lo es en el espiritual. Partiendo de este principio, los ministerios de oración, intercesión y guerra pueden estudiarse en una forma más compleja, lo que nos llevará a comprender la verdadera función de cada miembro del ejército de Dios.

Por años hemos estado motivando a la Iglesia a la oración, ya que es el medio más poderoso para que la intervención sobrenatural de Dios se manifieste, cambiando el curso de los acontecimientos. Sin embargo, vemos que el Espíritu Santo nos está llevando a un tipo de oración más precisa, y está moviendo a cada miembro del ejército a encontrar su lugar correcto. De esta

manera, la oración toma dimensiones increíbles y destruye como nunca las fortalezas del diablo.

Dijimos al principio de este libro que, juntamente con el gran derramamiento del Espíritu Santo —que trae consigo el manto profético— viene un despertar glorioso del ejército de Dios. Como nunca antes, estamos viendo surgir grupos de oración, batallones de guerra espiritual masiva, reuniones de intercesión, y si hay un tema que está inquietando a cientos de escritores cristianos, líderes y predicadores, es el de la guerra espiritual.

La revelación esta viniendo en forma vertiginosa sobre aquellos que están tomando el reto de combatir hasta el exterminio total, las fuerzas del infierno. Es como si una ola de sabiduría divina estuviera revelando los maravillosos secretos que Dios tenía reservados para los últimos tiempos. Está profetizado que la ciencia se aumentaría al final de los siglos, y junto con este desarrollo monumental que vemos en el mundo natural, el conocimiento de Dios en el mundo espiritual se está abriendo también en una forma gloriosa.

Una cosa que me llama la atención al meditar sobre la progresiva obra de restauración del Espíritu Santo, es ver cómo Dios va sujetando cada vez más a sus enemigos bajo los pies de Cristo. Leemos en Hebreos:

«Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas [a Jesús], nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas.»

—HEBREOS 2.8

Y luego dice:

«...se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrados de sus pies.»

—HEBREOS 10.12B,13

Estos versículos nos muestran claramente que hay un proceso que se está llevando a cabo a lo largo de los tiempos, en cuanto al sometimiento del imperio del diablo bajo el Reino de Dios. Jesús acabó su obra redentora total y completamente en la cruz del Calvario, y ahora nos da a nosotros el privilegio de ser parte de esa gran victoria, invistiéndonos de su poder para llevar

cautivo a todo el ejército satánico, «para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales» (Efesios 3.10).

El orar y hacer guerra espiritual tiene que ser una obra dirigida por el Espíritu Santo. No podemos penetrar el mundo espiritual al azar, sin dirección, haciendo lo que se nos ocurra en el momento. La gran general de oración, Cindy Jacobs, menciona en su libro *Conquistemos las puertas del enemigo* que un varón entusiasta descubrió un árbol donde se hacían diversas ceremonias satánicas. Sin la menor precaución, decidió en su emoción ir una noche con un hacha y derribar el árbol. La desgracia fue terrible, ya que ahí mismo cayó fulminado con un ataque cardíaco.

Sin darle ninguna gloria al diablo, que no es sino un enemigo derrotado, tampoco hay que subestimar su capacidad de guerra y su astucia. Reconozcamos nuestra debilidad y nuestra total dependencia de Dios en toda humildad, ya que si bien el poder de Satanás es limitado, es, sin lugar a dudas, el amo del engaño y de la maldad.

Escrito está que al multiplicarse la maldad sobre la faz de la tierra en los últimos tiempos, vendría también un debilitamiento de la fe y muchos de los escogidos que puedan ser engañados lo serán. Jesús dijo: «¿Hallaré fe cuando venga a la tierra?» Sin duda, Satanás se está moviendo en estos últimos tiempos, con todo lo que tiene.

Esta es una de las causas primordiales en que resulta importantísimo definir las funciones de un ejército y las estrategias para cada batalla. Al incursionar en estos terrenos nos hemos dado cuenta que resulta peligroso ocupar un puesto de guerra para el cual no hemos sido entrenados. Hay posiciones dentro del ejército que requieren un adiestramiento y una preparación interna profunda. Nosotros tenemos la victoria de parte de Dios y no tenemos nada que temer si hacemos las cosas correctamente y en orden.

Los generales

Para coordinar un ejército y una estrategia de guerra es indispensable el ministerio y el manto profético. Ya que es este don

ministerial, junto con los apóstoles, tiene de parte de Dios la cobertura para guardar y proteger al ejército, así como la sabiduría para definir las estrategias de ataque y el tiempo preciso en que deben ser hechos.

Necesitamos tener visión y entendimiento de lo que es una guerra para comprender a cabalidad lo que quiere hacer el Espíritu Santo y cuándo debe ser hecho.

Imaginemos una fortaleza enemiga con todo el ejército adentro, adiestrándose para la guerra, y a un grupo de incautos guerreros que por el simple entusiasmo deciden atacar esa fortaleza en ese momento. Sería, por lógica, una derrota segura para el pequeño comando, ya que sería el momento en que la fortaleza está más protegida.

Pero si Dios muestra un momento en que la fortaleza esta debilitada, porque las tropas han sido enviadas a una misión, sin duda la toma será fácil y la victoria garantizada.

El ministerio profético, junto con sus oficiales y su cuerpo de inteligencia, podrán definir los tiempos y las estrategias del Sumo General en Jefe: Jesucristo.

El cuerpo de inteligencia

Este cuerpo son los espías, los que escudriñan la historia y están atentos a todos los ataques que el diablo quiere hacer. Están al tanto de las noticias en los medios masivos, analizan los mapas y descubren los sitios donde el diablo ha establecido lo que llamaremos «columnas de iniquidad», es decir, los lugares de intensa actividad pecaminosa en una población.

Los comandos

En el grupo de oficiales se encuentran los *comandos* o «los boinas verdes», como los llaman en algunos países. Estos son guerreros altamente especializados en misiones específicas para la toma de fortalezas, y tienen como principal tarea atar y derribar al hombre u hombres fuertes que controlan una ciudad. Ellos son ministerios de rasgos proféticos, grandes intercesores, dotados de un gran valor para enfrentarse cara a cara con los principados y potestades. Ellos se mueven en los lugares clave, mostrados

por el Espíritu Santo, y son gente como lo fueron los profetas del Antiguo Testamento, obedientes hasta la muerte a la voz de Dios, por más ridícula que la orden divina pueda parecer. (De esto entraré en detalle más adelante).

La artillería

En un ejército, este es el cuerpo de brigadas. Son los encargados de las armas de ataque masivo. Entre ellos se encuentra la artillería ligera, los granaderos, los que llevan los cañones, las metralletas, etcétera, que en el mundo espiritual son los ministerios de alabanza, los grupos de panderos y de danza de guerra. Luego está la artillería pesada: los tanques de guerra, los submarinos y los aviones bombarderos. Estos son los intercesores con unción profética, quienes gimen en el espíritu con un poder tan grande que sus oraciones son verdaderas bombas. En este rango también veremos las caravanas de coches que rodean las ciudades con intercesión y las marchas de oración. Este tipo de estrategia se usa para derribar los muros espirituales de iniquidad en un territorio y para delimitar los terrenos que están siendo tomados para Cristo.

Las veladas de oración también forman parte de la artillería, ya que por medio de potentes oraciones debilitan a la distancia las fortalezas que se pretenden tomar. Estas son sumamente importantes de considerar en la realización de una estrategia.

La infantería

Estos son los soldados de a pie en algunos ejércitos, los que van armados con bayonetas o rifles, quienes hacen la avanzada masiva para penetrar una ciudad. En el caso de una fortaleza altamente protegida, ellos entran en acción una vez que los comandos hayan tomado al hombre fuerte y las puertas de la ciudad hayan quedado derribadas, ya sea por los comandos o por la artillería pesada. También constituyen un cuerpo defensivo para sitiar ciudades fortificadas.

En el ejército de Dios estos son los que pelean cuerpo a cuerpo, por así decirlo. Esto es una acción evangelística y de liberación personal, que le va arrebatando una a una las almas al diablo.

Quizás esta pequeña descripción del ejército pueda hacerse mucho más concreta, detallada y exhaustivamente. Pero a lo que quiero llegar, realmente, es a que entendamos la diversidad de puestos diferentes que componen un ejército, y cómo todos son de gran importancia para el éxito de una guerra. Aun los miembros que consideráramos más insignificantes pueden ser de gran relevancia. A algunos de estos la historia los ha señalado como grandes héroes de batalla.

CAPÍTULO 15

El mover profético y los símbolos

«Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.»

1 CORINTIOS 10.11

TAMBIÉN DICE LA BIBLIA, en 2 Timoteo 3.16: «Toda la escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para reargüir, para corregir, para instruir en justicia.» Y cuando esto fue escrito el Nuevo Testamento no existía ni remotamente. Toda la palabra expresada por los profetas es enteramente vigente, tanto así que de mucha de ella aún estamos esperando su cumplimiento. En algunos casos es determinante el hecho de que la profecía fue hablada para el final de los tiempos, como en el caso de Daniel, donde dice que las «palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin» (Daniel 12.9).

¿Cómo entonces va a ser esto obsoleto, si apenas ahora estamos en el tiempo postrero? Si el Espíritu Santo quiere decirnos algo, esto es que Dios es el mismo ayer, ahora y siempre, y que el trato que Dios ha tenido con el hombre desde el principio no ha cambiado.

Si los ungidos del pasado escuchaban con claridad la voz de

Dios, nosotros, que tenemos su Espíritu, tenemos que escucharla con mayor claridad aun. Si los hombres del Antiguo Testamento experimentaron milagros y señales portentosas, mayores son entonces las que tendremos que experimentar nosotros, ya que: «La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera» (Hageo 2.9).

Si los profetas veterotestamentarios recibieron instrucciones específicas, y el obedecerlas trajo la gloria de Dios, ¿no podrá el mismo Dios que lo hizo antes, traer un mover profético dentro de los márgenes bíblicos, que mueva a sus profetas actuales para traer de nuevo su gloria? ¿Estará Dios tan limitado que no pueda volver a hacer lo que hizo antes?

Si es mayor la gloria de esta casa, si tal como nos fue dicho por Jesús nosotros haríamos cosas mayores que las que Él hizo por que el iba al Padre, entonces yo estoy esperando ver un Elías que haga descender fuego del cielo, un Pedro cuya sombra sane a los enfermos, un Eliseo cuyos huesos resuciten a los muertos y mucho más.

Dios está desatando un poder tan grande sobre la faz de la tierra, un mover profético de tal magnitud que todo el reino de las tinieblas se está sacudiendo.

Debemos entender que la profecía tiene varias etapas y ámbitos de cumplimiento. Primeramente, fue dada para que se cumpliese en un tiempo específico. Segundo, fue hablada para alguna nación determinada, en su mayoría para Israel. Tercero, tiene otro cumplimiento universal en el cual entramos todos los gentiles, y Dios la va revelando y aplicando a las diversas naciones.

Dios también es soberano para hablarnos como individuos a través de su palabra escrita, usando uno o varios versículos que se acoplan perfectamente a situaciones por las que estamos pasando.

El Espíritu Santo es soberano para darnos una instrucción precisa de algo que desea que hagamos. En estos casos, sería un grave error tomar dicha dirección y hacerla una norma. Por ejemplo, en una ocasión el Espíritu Santo orientó al Señor Jesús a poner lodo en los ojos de un ciego y este fue sanado. Sin embargo, no vemos que todos los ciegos fueran sanados por medio del lodo, como si este tuviera dones curativos.

Una de las cosas que vemos que Dios está restaurando es el

uso de símbolos en el mover profético. Como mencioné hace un momento, Dios está hablándonos en forma clara y específica a través de su Palabra para lograr victorias y avances importantísimos tanto en la batalla espiritual como en el establecimiento de su reino.

En estos versículos que Dios está mostrando a muchos de sus profetas vemos la utilización de símbolos. Por esta razón es-timo de gran importancia hacer un estudio claro sobre este tema, para no caer en errores garrafales por falta de conocimiento.

Es relevante entender el uso y el significado de los símbolos para poder fluir con el Espíritu de Dios sin obstaculizarlo, y por el otro lado para no caer en el manejo equivocado de ellos, como lo hacen los ocultistas.

A lo largo de la Historia, Dios se ha revelado a sí mismo, y nos ha manifestado su reino a través de símbolos, figuras y tipos. Desde Génesis hasta Apocalipsis la Biblia está llena de simbología, a través de la cual Dios nos muestra su personalidad, su obra redentora, su reino celestial, todo lo que Él es y cómo se relaciona con los hombres. Sin hacer una lista exhaustiva sino tan solo para reflexionar, vemos la figura de Cristo revelada en un árbol, como lo era el Árbol de la Vida en el Edén, una roca en el desierto, una serpiente de bronce, todo un tabernáculo en el desierto, en el que desde el más simple hasta el más complejo de sus elementos, todos son símbolos que nos hablan de Cristo.

Vemos símbolos que nos hablan del Espíritu Santo, como ríos de aguas, la columna de fuego y de humo. Símbolos que hablan del Reino de Dios, tal como un rebaño, una ciudad, un banquete. Otros hablan del pueblo de Israel una higuera, una esposa infiel, o de la iglesia como una novia, o como un edificio de piedras vivas. En fin, un sinnúmero de símbolos que surgen y afloran cada vez más a medida que la revelación avanza. Lo importante es saber que mientras un símbolo sea de origen divino, no hay nada de malo en él. El error puede estar en cómo se usa y de qué manera se interpreta.

Los símbolos fueron usados tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. El símbolo es algo de origen terrenal que vincula el mundo espiritual con el natural. Dios se mueve muchas veces a través de estos para desatar su poder o sus verdades espirituales sobre nosotros y el mundo que nos rodea.

Para hacer más claro este concepto, permítame darle unos ejemplos. Dios le dice a Moisés que levante una serpiente de bronce en el desierto, para que todo aquel que mirara hacia ella fuera sanado. A través de este símbolo, que representa a Cristo llevando sobre sí el pecado y la enfermedad, Dios desata su santidad divina. Eliseo le dice a Naamán que se sumerja siete veces en el Jordán para ser sanado de la lepra. El río no tenía en sí mismo poderes sanadores; es por la obediencia a la palabra dada por el profeta que Dios desata su poder sanador sobre ese rey. El siete es símbolo de lo completo, en este caso es la palabra de sabiduría que Dios le da a Eliseo.

Moisés, en las aguas amargas de Mara, echa un pedazo de árbol y las aguas son sanadas. Este árbol no es otra cosa que el símbolo de Cristo en su naturaleza humana, redimiendo todas las cosas. En el Nuevo Testamento tenemos el bautismo en agua, símbolo de la renovación del espíritu y del lavamiento. La aguas no son mágicas ni tienen poderes, sin embargo Dios se mueve a través de este acto de obediencia y destruye, por medio del bautismo, nuestra naturaleza pecaminosa.

Pablo manda a ungir con aceite a los enfermos; el aceite en sí no tiene poderes, sin embargo el Espíritu Santo, simbolizado en el aceite, opera a través de ese acto de obediencia. Al participar de los elementos de la Santa Cena, los cuales no son más que pan y fruto de la vid, el Espíritu Santo trae unidad a la Iglesia y es una forma física de anunciar la muerte de Cristo hasta que Él venga.

Aunque una gran cantidad de veces Dios se manifiesta tan sólo a través de la palabra hablada, otras muchas lo hace a través de un símbolo. Si analizamos los libros proféticos de la Biblia encontraremos que una cantidad enorme de profecías fueron decretadas a través de actos simbólicos, los cuales Dios les llevaba a efectuar a sus profetas.

A Ezequiel Dios le mandó hacer una maqueta de Jerusalén y recostarse 430 días al lado de ella, representando que estaba llevando la maldad de ellos. Luego le decía que pusiera una olla en el fuego hasta que se consumiera el herrumbre, y que sobre esto profetizara. A Isaías lo mandó a andar desnudo y descalzo por tres años. A Jeremías le hizo enterrar un cinto hasta que se pudriera. A Eliseo le hizo echar sal sobre las aguas para que se sanaran. A Gedeón le hizo tomar unos jarros de barro y unas

teas encendidas para ganar una batalla. A Jeremías le ordenó que pusiera piedras en el enladrillado que está en la puerta de faraón, en Tafnes, para extender sobre ellas el imperio de Nabucodonosor.

Podría hacer una lista interminable de todas las instrucciones simbólicas que Dios ha hablado a través de la historia. Lo cierto es que en todas ellas Dios hubiera podido soltar el poder de su palabra a través de sus siervos, sin necesidad de un símbolo físico, y los milagros hubieran ocurrido igual. Pero en el misterio de su infinita sabiduría no lo hizo así, sino que escogió usar los símbolos. «¿Por qué?» pudiéramos preguntar. Y quizás la respuesta sería para enfatizar algo, para expandir nuestra fe, porque Dios se glorifica en la obediencia de los vasos que usa; o simplemente por que Él es soberano.

En algunas ocasiones Dios nos ha llevado a usar algunos elementos físicos, sobre todo en estrategias de batalla territorial. Y no solo a nosotros sino a muchos ministerios proféticos que el Señor está levantando actualmente.

Recuerdo una ocasión en que ya no sabía de dónde sacar fe para orar por una oveja de la iglesia que estaba invadida de cáncer. Esto sucedió al principio de mi ministerio; aún no tenía el desarrollo espiritual con el que Dios me ha bendecido, por su gracia, a través de los años. El dolor de esta mujer era que sus hijos no habían venido a Cristo y ella no quería partir con el Señor sin dejar arreglada su casa. Una tarde, mientras oraba fervorosamente por este caso, oí la voz del Espíritu que con toda claridad me decía: «Isaías 38.21». Abrí la Biblia buscando con cierta emoción lo que diría ese versículo, y cuando lo leí quedé aborta. Decía: «Y había dicho Isaías: Tomen masa de higos, y pónganla en la llaga, y sanará.»

En verdad, en ese momento no entendía nada, pero una fuerte convicción me arrancó de la silla y me llevó al mercado. Imagine mi sorpresa cuando me dijeron que la temporada de higos era sumamente corta, y que justo les quedaba una sola canastilla de higos. Llegué a la casa de mi amada ovejita, la «hermana Marce», y le conté la palabra que había recibido y las dos la creímos de todo corazón. Así que pelé los higos y empecé a amasarlos. La masa era color rosáceo, y era igual que estar metiendo las manos en carne viva. En ese momento sentí como si estuviera hundiendo mis manos en las llagas de Jesús, mientras el Espíritu Santo

me recordaba el pasaje de Isaías 53.5: «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.»

Los higos no tenían poder curativo, pero eran el símbolo de las heridas que Jesús sufrió por nosotros. Dios se movería a través del símbolo. Simplemente obedecí la instrucción del Espíritu y, por cierto, funcionó.

Las llagas que le llegaban hasta los huesos empezaron a cerrarse, y con ellas el dolor. Dios usó esto para alargarle la vida lo suficiente para que dejara su casa en orden. Durante todo este tiempo recibía gente de todos lados, y a todos les testificaba del amor de Cristo. Su vida y su testimonio dejaron el fruto de lo que hoy es una iglesia sólida y establecida.

Yo no tenía la fe necesaria para ese milagro, pero el símbolo desató mi fe, y con ella el poder de Dios.

Dentro del pasaje donde Pablo habla de los dones del Espíritu, dice la Palabra que hay diversidad de operaciones. Entiéndolo esto como un mover sobrenatural del Espíritu Santo, que se manifiesta en un momento específico para que Dios actúe en una circunstancia. Y esto lo vemos, con frecuencia, en medio de una batalla espiritual. Los dones espirituales más usados cuando hablamos de estrategias de guerra y de simbología usada en el campo de acción son, sin lugar a dudas, los de profecía, palabra de ciencia y palabra de sabiduría.

Nos ha ocurrido que Dios nos muestra, exactamente, lugares donde se han hecho sacrificios, casas embrujadas que son clave para liberar un lugar, estructuras de fortalezas, sitios donde están asentados los hombres fuertes.

Todo esto es posible a través del don de la palabra de ciencia. Nos permite saber algo, en forma sobrenatural, que está sucediendo o que sucedió en el pasado. El don de palabra de sabiduría nos orientará a tomar una fortaleza. Y cómo se moverá el Señor, qué símbolos usará —si es que los va a usar— y cómo usarlos. Por su parte, el don de profecía desatará los decretos y el poder de Dios para ganar la batalla.

Los símbolos usados por el ocultismo

Cuando hablamos de simbología profética o de instrucciones algo raras para la mente natural —dadas por el Espíritu Santo— lo

que podría venir a la mente de toda persona prudente y con temor de Dios es la pregunta de si no estamos cayendo en ocultismo al usar los símbolos. A lo largo de mi vida cristiana he visto muchas trampas que el diablo trata de inculcar en los siervos de Dios, por lo que me he vuelto en extremo discernidora de todos los moveres que aparecen por ahí. Pienso que es importante discernir siempre y no lanzarse a la crítica y al juicio de buenas a primeras. Dios puede estar haciendo algo difícil de entender para la mente natural y no por esto se vuelve en algo del diablo.

Discernir es importante, no en la mente, sino en el espíritu. No debemos lanzarnos de narices por que alguien dice que algo es de Dios, ni negarlo todo de tal manera que anulemos el mover del Espíritu Santo. O, lo que sería peor, caer en blasfemia contra el Espíritu de Dios.

Al analizar estos temas con cierta profundidad descubrí un propósito más por el cual Dios me permitió llegar hasta las más hondas profundidades del ocultismo. Efectivamente, en la magia, la masonería, así como en todas las formas de lo oculto, se manejan los símbolos y se usan objetos y proclamaciones para producir el poder de las tinieblas.

El diablo no es creador sino imitador. El deseo incontenible de Satanás es que se lo confunda con Dios. Es el amo del engaño y buscará, de todas las formas posibles, parecerse al Altísimo. Sobre todo cuando se trate de atributos que son inequívocamente de Dios, pero que él los está buscando para sí mismo. Me refiero a la adoración y al poder milagroso de Dios. La gente se rinde a los ídolos no porque aparezcan con cuernos y cola, sino porque parecen seres celestiales provenientes del mismo Dios. Porque buscan en los ídolos la sanidad y el favor divino, y el diablo se los concede. Es muy obvio cuando Satanás se presenta robando, matando y destruyendo, pero es terriblemente engañoso cuando busca imitar a Dios. En esta área es sumamente sutil el hilo que divide lo verdadero de lo falso.

Es como un billete falsificado. El diablo no presentaría jamás un billete de fantasía para hacerlo pasar por bueno; utilizaría papel moneda, y de ser posible los moldes originales; dejaría como único error el número de serie. El principio del engaño es que se trata de algo increíblemente parecido a lo verdadero, sin llegar a serlo jamás.

Él se disfraza como ángel de luz, porque en los cielos hay

ángeles de luz. Hace prodigios y señales mentirosos, porque hay poderes y señales verdaderos.

Lo que no podemos hacer es eliminar todo lo divino porque el diablo lo haga tratando de imitarlo.

El diablo habla lenguas satánicas, porque hay lenguas del Espíritu. El Diablo tiene sus alabanzas marianas, hindúes, etcétera, porque Dios recibe alabanza, y no por eso vamos a dejar de alabarlo. El diablo adivina y pronostica, porque Dios habla proféticamente a su pueblo. El diablo usa la Palabra de Dios tergiversándola, porque Dios usa su palabra. El diablo se hace templos porque Dios tiene un templo. Satanás sana enfermos porque Dios sana enfermos. Si el diablo está haciendo algo que parece divino, no es porque sea inventor sino porque lo está copiando de Dios.

Muchos quieren eliminar las lenguas del Espíritu y el poder de Dios, porque el diablo también lo hace. Pues entonces que eliminen también la alabanza, la predicación, el bautismo y la profecía, porque el diablo, sin lugar, a dudas también hace todo eso.

Ahora bien, cuando hablamos de un mover espiritual por medio de símbolos, tal como lo vemos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, podemos estar seguros de que el diablo también usa los símbolos. La pregunta es, entonces, cómo diferenciar uno de lo otro.

Cuándo un símbolo u objeto es utilizado por Dios

- Dicho objeto jamás tiene poder por sí mismo. El poder esta en el Espíritu Santo, no en el objeto.
- Dios es quien indica cuándo y cómo se usa el símbolo. (Jesús no andaba con su bolsa de lodo sanando ciegos ni Isaías con su masa de higos curando llagas.
- Dios permitió soberanamente que la unción de su Espíritu permaneciera sobre algunos objetos que habían sido usados por sus siervos. Este es el caso del manto de Elías, o el de los pedazos de tela de las vestiduras de Pablo. No era un caso generalizado en todos los mantos o en la ropa de los apóstoles. Dios es el que decide cuándo, qué y cómo. En ocasiones Dios ha permitido que se ore sobre la ropa de algún enfermo que es difícil trasladar; en este

caso la ropa ungida será tan solo un punto de contacto para desatar la fe. Es la fe y la palabra ungida proclamada por el siervo de Dios lo que desata el milagro, no el pedazo de tela.

- Si el objeto o el símbolo es removido o lavado del lugar de donde Dios mando ponerlo, no tiene la menor importancia ya que es el poder de Dios y su Espíritu los que ejercen influencia sobre ese lugar y no el objeto en sí. En algunas ocasiones Dios nos ha llevado a ungir lugares que inevitablemente tienen que ser limpiados en su mantenimiento cotidiano. Esto no eliminará nunca lo que el Espíritu de Dios desató en dicho lugar.
- Todo símbolo que se use debe tener un respaldo bíblico.

Cuando un objeto o símbolo es utilizado por Satanás

- El objeto en sí tiene poder diabólico.
- El hechicero es el que decide cuándo y cómo se usa, según fórmulas mágicas y las tradiciones preestablecidas.
- Los objetos quedan impregnados de espíritus inmundos y tendrán influencia mientras permanezcan en el lugar donde fueron colocados.

Si estos puntos nos quedan claro evitaremos muchos errores. El problema que he visto es que cuando Dios da una instrucción divina, los hombres tratan de generalizar. Si un símbolo sirvió en un caso determinado, lo tratan de usar en todos los casos. Pablo le dijo a Timoteo que tomara un poco de vino para sus males estomacales. Esto no significa que cada vez que alguien tiene un malestar gastrointestinal se tome sus copas. Caer en hacer de los símbolos objetos de poder, sin escuchar en cada caso la voz de Dios, es caer en hechicería. Tenemos que cuidarnos de esto.

Dios está revelando métodos extraordinarios y estrategias poderosas en batalla espiritual, pero lo que funciona en una ciudad o en un país no necesariamente funcionará en otro lado.

Nuestra responsabilidad es doblar las rodillas y escuchar de Dios lo que Él, quien es Señor y General en Jefe del ejército, quiere hacer. Él es el Rey, no nosotros. Caminemos con prudencia y valor bajo la unción y el temor de Dios.

CAPÍTULO 16

Algunos símbolos usados en batallas territoriales

EL HABLAR DE LOS SÍMBOLOS que Dios está revelando a muchos guerreros en batalla territorial, quiero que quede claro que no quiero hacer doctrina de esto, ni pretendo que se piense que estoy tratando de imponer nada. Es simplemente la revelación personal que Dios nos ha dado para la conquista de territorios, ciudades y países, y donde hemos visto, en todos los casos, el poderoso respaldo de Dios.

Mi deseo es compartir lo que Dios nos ha dado con aquellos que están luchando férreamente por sus naciones, por si quizás algo de esto les sea de utilidad.

Ungir con aceite

El aceite es símbolo del Espíritu Santo y de su unción derramada. Este es, quizás, el símbolo más comúnmente usado para consagrar un lugar y desatar sobre este la presencia del Espíritu Santo. Tanto el Tabernáculo, sus utensilios y sus sacerdotes eran antiguamente ungidos con aceite, simbolizando que eran apartados para ministrar a Dios (Levíticos 8).

En Génesis vemos cómo es consagrada la tierra que Dios le da por heredad a Israel:

«La tierra que he dado a Abraham y a Isaac, la daré a ti, y a tu descendencia después de ti daré la tierra. Y se fue de él Dios, del lugar en donde había hablado con él. Y Jacob erigió una señal en el lugar donde había hablado con él, una señal de piedra, y derramó sobre ella libación, y echó sobre ella aceite.»

—GÉNESIS 35.12-14

Quiero recordarle a usted que este momento sucedió mucho antes que la Ley viniera. Es una dirección proveniente del don de palabra de sabiduría, para consagrar ese lugar y sanar esa tierra. Todavía no existía el aceite sacerdotal, y no tiene nada que ver con el Tabernáculo en el desierto. El Espíritu Santo le está revelando a Jacob la forma de delimitar un territorio que Dios le estaba entregando.

Vemos en los pasajes anteriores a la era mosaica que Dios revela principios universales, como por ejemplo el derramamiento de sangre sacrificial para la expiación de los pecados. De otra forma, ¿de dónde sacó Abel el conocimiento de hacer sacrificios a Jehová? ¿De dónde surgió la idea de Jacob de levantar altares a Dios y derramar aceite sobre ellos? (Génesis 35.13,14) ¿Por qué derramó también libación, mucho antes de que esto fuera un mandamiento de la ley? Y ¿por qué en el Apocalipsis el Señor guarda con tanto celo estos símbolos?

«Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes ni el aceite ni el vino.»

—APOCALIPSIS 6.6

¿No nos estaría hablando Dios de principios a través de los cuales Él se mueve y que son eternos? Cuando tomamos la catedral de nuestra capital, la rodeamos enteramente de aceite y luego ungimos altar por altar, decretando que ese lugar donde tanta brujería e idolatría se había hecho quedara derribado, en el nombre de Jesús. Dios nos bendijo con un tremendo temblor como señal de victoria después de esa guerra. Dos semanas después de esto salió en la televisión el obispo de la catedral, diciendo que no se explicaban un súbito resquebrajamiento que había sufrido la Catedral, que habían venido ingenieros de diversos países y que todos habían llegado a la conclusión de que, irremediablemente, se caería. Lo cierto es que a partir de esa fecha

quedaron cerrados los sótanos, que eran uno de los lugares más terribles de alta magia de nuestro país. ¡Gloria a Dios!

La libación

En este mismo pasaje de Génesis Jacob también derrama libación. En el caso de este pasaje, la libación era, según el Diccionario Bíblico Caribe, una pequeña porción de vino que se derramaba sobre la tierra, simbolizando que todas las bendiciones de la tierra provienen de Dios. El vino usado en la libación era una ofrenda bebida, lo que implicaba que antes de ser derramada el sacerdote, o en este caso Jacob, tenía que beber de ella.

El vino es también símbolo de pacto. En todas las culturas orientales, incluyendo a Israel, los pactos eran sellados con una comida en la que se participaba de pan y de vino. Esto le daba un carácter legal al pacto. Lo que Dios nos ha mostrado es que las tierras que han sido malditas por pactos paganos y satánicos tienen que ser liberadas de estas ataduras, por lo que es importante romper todo pacto que se haya hecho sobre determinado lugar, y establecer entonces el pacto de Dios sobre ese sitio.

Lo que hacemos nosotros es participar del fruto de la vida, símbolo del Nuevo Pacto en la sangre de Jesús, y extender el pacto que está sobre nosotros sobre la tierra. La razón es que al igual que cuando una casa es limpiada, si el espíritu inmundo que salió la ve vacía y barrida, llama a otros siete espíritus peores que él y entran en la casa. Lo mismo sucede al liberar la tierra.

Cuando estudiamos las heridas de la tierra y la confesión de identificación, vimos que lo que es un principio espiritual para un individuo, lo es también para el conjunto de individuos que conforman una nación.

En base a este principio, cuando un hombre es liberado necesita venir a Jesús para que su casa permanezca limpia. Cuando una tierra es liberada de los pactos y maldiciones que estaban sobre ella, necesita establecerse sobre ella un nuevo pacto en Cristo Jesús.

Cuando Josué penetró la tierra que Dios le había prometido, lo primero que hizo fue establecer un altar a Dios, como símbolo de la consagración de la tierra y para establecer la presencia de

Dios en medio de un territorio aún dominado por el paganismo.

La pregunta ahora es: si nosotros también tenemos que conquistar las naciones que Dios nos ha entregado, ¿cómo se levantan altares en el año 2000?

La forma más visible será estableciendo Iglesias en un territorio, pero si usted va a tomar para Cristo un volcán consagrado al diablo, o una Secretaría de Estado, dudo mucho que en estos sitios pueda edificar una iglesia. Sin embargo, podemos consagrar con aceite y con vino, y anular de esta manera la acción demoníaca en este lugar.

Recuerdo un momento bastante tenso en que estábamos tomando las pirámides de Teotihuacán. Nos habíamos dividido en dos equipos de guerra; uno lo llevaba un grupo de hermanos y el otro yo. Al grupo que yo dirigía nos había tocado cancelar los pactos del palacio sacerdotal, donde se llevaron a cabo una gran parte de los sacrificios humanos.

El lugar estaba cerrado al público, ya que todavía era una zona de estudios antropológicos. Habíamos empezado la guerra temprano en la mañana, así que el lugar estaba prácticamente vacío. Le pedí al equipo de guerreros que me cubriera en oración, y pidiéndole a Dios que me hiciera invisible, salté las cadenas de protección y me metí al lugar prohibido.

Sentía opresión hasta en el cuero cabelludo. El Espíritu Santo me confortó diciéndome que no temiera, que el Señor iba delante de mí con gran poder. Tenía que bajar a un sótano prácticamente a oscuras. Aun a la distancia se sentía la presencia de una potestad fortísima. Debo admitir que me temblaron las rodillas más de una vez.

Cuando hube llegado abajo, el Señor abrió mis ojos espirituales y pude ver sobre el asiento de los sacrificios un enorme demonio alado, como un vampiro gigantesco que llenaba casi todo el recinto. Sin titubear, arremetí contra él, confesando su derrota por la sangre de Jesús y decretando cuanta palabra del poder de Dios venía a mi mente.

Empecé luego a romper todo pacto que se hubiera hecho con el diablo a través de derramamiento de sangre. Aquella potestad estaba enfurecida, así que no perdí más tiempo y arrojé el aceite y el vino sobre él, declarando que se hundiera en el abismo. En ese momento se hizo un remolino rojo, como de fuego, y lo absorbió hacia el fondo de la tierra. Un nuevo pacto había

quedado sellado por la sangre de Jesús.

Llevaba apenas unos segundos de haber vuelto afuera y de haberme encontrado arriba con mi grupo, cuando el ejército llegó y rodeó todo el lugar. ¡Gloria a Dios! ¡Satanás siempre llega tarde!

Las piedras

Las piedras juegan un papel importante en la guerra territorial; son símbolo de Cristo, «la Roca», y sirven para delimitar la tierra. Igual que al adquirir un terreno, se delimita por lo que se conoce por *mojones*, que son estacas o piedras con las que se circunda la propiedad. También se hace esto en sentido espiritual.

En Deuteronomio 6.8,9 dice de la Palabra de Dios: «Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.»

En la toma de una ciudad, ponemos versículos escritos sobre piedras de río, y rodeamos con ellas todo el territorio que vamos a tomar, estableciéndole al diablo que de ahora en más ese terreno le pertenece a Cristo. También las colocamos en territorio enemigo, templos idolátricos y lugares de hechicería, con versículos que decreten la derrota de Satanás.

En algunas ocasiones Dios nos ha dado la siguiente palabra:

«Toma con tu mano piedras grandes, y cúbreelas de barro en el enladrillado que está a la puerta de la casa de Faraón en Tafnes, a vista de los hombres de Judá; y diles: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí yo enviaré y tomaré a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y pondré su trono sobre estas piedras que he escondido, y extenderá su pabellón sobre ellas. Y vendrá y asolará la tierra de Egipto; los que a muerte, a muerte, y los que a cautiverio, a cautiverio, y los que a espada, a espada. Y pondrá fuego a los templos de los dioses de Egipto y los quemará, y a ellos los llevará cautivos; y limpiará la tierra de Egipto, como el pastor limpia su capa, y saldrá de allí en paz. Además quebrará las estatuas de Bet-semes, que está en tierra de Egipto, y los templos de los dioses de Egipto quemará a fuego.»

— JEREMÍAS 43.9-13

En una ocasión, cuando tomábamos la basílica más importante de México, el Espíritu nos llevó a poner estas piedras

(pusimos doce) en el interior del templo y decretar esta misma profecía, proclamando que sobre ellas se extendería el Reino de Dios. Una serie de setenta y dos temblores sacudieron la ciudad la semana siguiente a esto. Como consecuencia, a una de las paredes de la antigua basílica se le cayó un pedazo, y una estatua enorme del pontífice del romanismo se fue de narices en medio de los atrios. Si esto fue lo que sucedió en lo natural, sabemos que en lo espiritual se obtuvo una gran victoria.

La sal

Después de la primera gran toma de la ciudad de México, estaba yo meditando en qué tan duradero podía ser el efecto de lo que se había hecho, o si se tendría que hacer periódicamente. Orando por esto, oí la voz del Espíritu que me decía: «Pacto de sal.» Busqué en la Biblia y en algunos libros de estudio todo lo referente a la sal y descubrí varias cosas.

La sal es símbolo de perpetuidad. En 2 Crónicas 13.5 dice:

«¿No sabéis vosotros que Jehová Dios de Israel dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, bajo pacto de sal?»

La sal sellaba un pacto para siempre. Vemos, por ejemplo, que los sacrificios y las ofrendas en el Antiguo Testamento siempre eran sellados con sal:

«Y sazonarás con sal toda ofrenda que presentes, y no harás que falte jamás de tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios; en toda ofrenda tuya ofrecerás sal.»

—LEVÍTICO 2.13

Hoy en día ya no se ofrecen sacrificios en templo alguno y esto ha quedado absorbido por el Nuevo Pacto. Sin embargo, lo menciono para que entendamos el significado de este símbolo y su carácter de perpetuar un pacto.

Estamos viviendo una época donde las tinieblas cubren densamente la tierra, donde los pactos diabólicos se hacen por todos lados a través de hechiceros, de satanistas, de procesiones idolátricas, de invocaciones espiritistas, donde los países son entregados a espíritus de demonios, donde nos es imposible estar

detectando cada movida del diablo. Necesitamos un recurso que le dé a los pactos de Dios que establecemos sobre la tierra un carácter perpetuo, donde el diablo no pueda edificar nada encima. Y para esto sirve la sal.

La sal fue usada también para asolar la tierra. Leemos en Jueces 9.45: «Y Abimelec peleó contra la ciudad todo aquel día, y tomó la ciudad, y mató al pueblo que en ella estaba; y asoló la ciudad, y la sembró de sal.»

Este mismo ejemplo lo vemos usado por el mismo Dios al asolar completamente Sodoma y Gomorra, las cuales se volvieron en sal y son el actual sedimento salobre del Mar Muerto. La sal también fue usada por el Espíritu Santo a través del profeta Eliseo para sanar las aguas: «Y saliendo él a los manantiales de las aguas, echó dentro la sal, y dijo: Así ha dicho Jehová: yo sané estas aguas y no habrá más en ellas muerte ni enfermedad. Y Fueron sanas las aguas hasta hoy, conforme a la palabra que habló Eliseo.»

Cuando tomamos el volcán Irazú sucedió algo bellissimo: habíamos hecho todo tal cual el Espíritu de Dios nos había indicado y terminamos sembrándolo con sal. Cuando íbamos bajando, Dios nos abrió los ojos espirituales a Manuel (uno de los guerreros) y a mí y vimos cómo el Señor había rodeado todo el volcán de ángeles con espadas refulgentes que giraban a gran velocidad.

El grano

El grano es un símbolo de fruto, de cosecha, de avivamiento. Este símbolo solo lo hemos usado sobre los montes. En ningún otro lugar hemos sentido de usarlo. La Palabra dice:

«Será echado un puñado de grano en la tierra, en la cumbre de los montes; su fruto hará ruido como el Líbano, y los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra.»

—SALMO 72.16

Cuando en la toma de una fortaleza o de una ciudad Dios nos lleva a tomar los montes que la rodean, desde lo alto soltamos el grano, profetizando la cosecha de almas que vendrá después de la guerra.

La gran complejidad de estructuras en el ámbito espiritual

EN CAPÍTULOS ANTERIORES hemos analizando cómo se edifican las fortalezas. Ahora es importante que tengamos una visión más amplia de lo que son las estructuras en el reino del enemigo.

Haciendo un breve recordatorio, vimos que Satanás edifica ciudades fortificadas hiriendo la tierra con idolatría, brujería y con el pecado inconfeso de derramamiento de sangre, así como con las injusticias sociales cometidas por las instituciones, religiones, gobiernos y grupos étnicos.

Vimos también que el pecado de los hombres le provee material al diablo para edificar, que hay pactos ancestrales que no han sido rotos, y que todo esto va formando en los aires una estructura que desata su influencia sobre una ciudad y encadena a los pueblos.

Cuando una civilización es establecida sobre los restos de una anterior, se van acumulando los pecados de una sobre la otra. Aunque físicamente una ciudad o una nación haya quedado destruida, en los aires seguirá siendo parte de una macroestructura que va ganando cada vez más fuerza. Este es el caso de

muchas ciudades latinoamericanas que fueron devastadas por culturas más poderosas. Como ejemplo, nos encontramos con los aztecas y los incas que conquistaron enormes territorios, formando los imperios que dominaban el continente en la antigüedad. Estos, a su vez, fueron conquistados y asolados por los españoles, y más tarde vendrían las repúblicas que darían fin a los virreinos ibéricos.

Un pasaje que nos muestra claramente en la Biblia esta sobredificación de reinos y de pactos es el sueño que tuvo el rey Nabucodonosor.

«Tu, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible.

La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido.

Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó.

Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.»

—DANIEL 2.31-35

«...tú eres aquella cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; más habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido.

Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil.

Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.

Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre...»

—DANIEL 2.38-44

Esta profecía, que se cumple con los imperios Caldeo, Medo-Persa, Griego y Romano, también nos da luz sobre la forma en que el diablo se va fortaleciendo. Me llama la atención que Daniel no haya visto esta secuencia de reinos como cuatro figuras independientes, dado que cada una fue muy diferente de la anterior. El hecho de que los cuatro conformen una sola imagen nos habla de algo, que lejos de destruirse tras las sucesivas conquistas, más bien va adquiriendo fuerza y forma.

El asolamiento de un reino por el siguiente no destruye la estatua, el único que logra deshacerla es el golpe mortal del Reino de Dios. Por siglos el diablo ha estado sobredificando, pero hoy es el tiempo en que la Iglesia se levanta en el poder de Dios, para destruir todo imperio en los aires.

Existen diversas fortalezas en el reino de las tinieblas. El diablo tiene organizado su imperio desde el cual mueve y controla a todas las naciones. Cuando pensamos en un reino, nuestros pensamientos apuntan a un centro de gobierno del cual dependen una multiforme gama de estructuras derivadas.

Cada nación, según su importancia mundial y su influencia hacia el resto de los países, nos descubre el secreto de una estructura diferente de edificación en el ámbito espiritual.

Podemos sentir en nuestro espíritu cuando viajamos a ciertas partes del mundo, cómo la opresión y la actividad demoníaca es mayor en unos lugares que en otros, y también diferente. Esto es muy importante reconocerlo cuando hablamos de guerra espiritual, ya que el hombre, por naturaleza, tiende a hacer patrones y fórmulas que por haber dado resultado en algún lado creemos que van a funcionar igual en todas partes. Nada puede ser un error más garrafal que ese.

El diablo tiene estructuras, reinos y complejos militares muy disímiles los unos de los otros. Si algo nos quiere mostrar el Espíritu Santo en su sabiduría es que aprendamos a discernir espiritualmente, y que tengamos una mentalidad de guerra.

La guerra es donde convergen las más altas organizaciones de inteligencia mundial. En un conflicto militar, la vida y la muerte dependen de aquel que tenga:

- La mejor estrategia.
- El mayor conocimiento de las debilidades y la fuerza de su oponente.

- El ejército mejor organizado.
- Las armas más poderosas.

Este orden es importante, porque como hijos de Dios tenemos las armas más poderosas, sin lugar a dudas. Sin embargo, muchos pierden demasiadas batallas por no tener estrategias y por desconocer por dónde atacará el enemigo.

Es un poco como un juego de ajedrez, en el que tenemos que anticipar las jugadas engañosas de nuestro adversario, y estar alertas y velando para deshacer las movidas del diablo antes siquiera de que las empiece a hacer.

No hay cosa que me dé más tristeza que ver a un cristiano caído y derrotado, temblando porque lo está atacando el diablo, cuando tiene, de parte del Altísimo, la armadura misma del Dios viviente, con toda la potencia de las armas del Todopoderoso a su disposición, y a un Satanás derrotado y aplastado por la sangre de Cristo, que enarbola la bandera de la victoria que muchos cristianos le ceden inconscientemente.

La guerra es un asunto de suprema astucia, conocimiento e intuición. Es un tópico de precisión en los tiempos de ataque y en los lugares clave. No se trata de lanzar bombas a lo loco para ver si le acertamos a una fortaleza, por que no todas las ciudades fortificadas se atacan igual, y el hacerlo equivocadamente puede tener un precio muy alto.

Estructuras múltiples y complejos militares

Quiero hacer hincapié en este tema porque muchas veces limitamos la guerra espiritual a los principados territoriales de una ciudad, o de un país, sin tener en cuenta que existen complejos militares y estructuras múltiples, que abarcan inclusive diversas naciones.

El no considerarlo en los casos que así lo ameriten, puede ocasionar el contraataque de una fuerza aliada o el fracaso en la toma de un territorio.

El Dr. Rony Chaves había recibido de parte de Dios el mandato de tomar la fortaleza más importante de su país, y culminar la victoria con un congreso de intercesión en pleno territorio enemigo, esto es en Cartago, la ciudad más idólatra de Costa Rica.

Como buen estratega de guerra empezó a buscar la dirección del Espíritu Santo, y Dios lo llevó a ungir todo el país, de norte a sur y de oriente a poniente, formando una cruz que se extendía sobre toda la nación. Junto con su equipo de guerra subieron a los más altos montes y volcanes de la nación que habían sido terribles lugares de satanismo e invocación diabólica, ungieron la ciudad de Cartago y, cara a cara, frente a la imagen de la Virgen de los Ángeles, patrona espiritual de Costa Rica, Rony le decretó su derrota.

La guerra se había llevado a cabo de lo vasto a lo preciso. A medida que la fecha del congreso se acercaba, la guerra se intensificaba. Yo sabía que Rony, lleno del Espíritu de Dios, se había determinado a dar un golpe mortal. Orando por ellos, el Señor puso en mi corazón apoyar este magno esfuerzo, llevando un equipo de guerra espiritual, un comando que reforzara el último y magistral ataque.

Lagué a Costa Rica con mi equipo, al que se unieron dos hermanas de Guatemala y cuatro hermanos de Cartago. Éramos doce en total. Sabíamos que necesitábamos una estrategia fulminante y estábamos dispuestos a luchar hasta ver caer esta centenaria potestad. Orando a Dios, el Espíritu me dio un pasaje que decía:

«¿Eres tú mejor que Tebas, que estaba asentada junto al Nilo, rodeada de aguas, cuyo baluarte era el mar, y aguas por muro? Etiopía era su fortaleza, también Egipto, y eso sin límite; Fut y Libia fueron sus ayudadores.»

—NAHUM 3.8,9

A través de esta palabra el Señor me reveló que se trataba de una ciudad fortificada por varias fortalezas y ayudadores, y que no se podía tomar Cartago sin antes eliminar a sus protectores. Un caso similar en el que todos fuimos testigos de la historia fue el ataque de Kuwait por Sadam Hussein. Para obtener esta victoria, hubiera sido necesario primero atar a Estados Unidos para luego conquistar al pequeño Kuwait. Hacerlo directamente como lo hizo el líder iraní implicó que le cayera encima la Tormenta del Desierto.

Rony nos consiguió el escudo de la ciudad y fue a través de la heráldica que descubrimos cómo tomar la ciudad. El escudo

consistía en un león rampante atravesado con tres franjas de sangre (según la descripción real), y en la parte inferior un castillo. De cada lado del escudo había seis águilas con caras demoníacas, que el Espíritu nos mostró que eran los seis guardianes que la protegían.

El león se encontraba dentro del volcán Irazú, y las tres franjas de sangre eran los dos cráteres, más una enorme explanada de ceniza llena de símbolos satánicos. En uno de los cráteres se habían hecho sacrificios a Satanás, arrojándole víctimas. En el segundo hallamos escrito con piedras sobre la ceniza, en la parte más profunda, una leyenda que decía, en cábala: «Reina el Anticristo».

Las seis águilas eran seis sitios dominados por la brujería que rodeaban Cartago, incluyendo el río Reventazón, por el que entraron los conquistadores españoles, trayendo con ellos la adoración a los ídolos. Y el castillo dibujado en el escudo representaba la basílica de la patrona de Costa Rica.

Siguiendo el orden que nos dio el Espíritu Santo, pudimos tomar la fortaleza y, por primera vez en la historia, un evento cristiano prosperó en ese lugar y vimos la gloria de Dios inundándolo todo. Rony vio el fruto de 17 años esperando el momento de Dios, año tras año, en obediencia y movilizándolo el ejército de oración. Ocho años atrás él había tenido una visión en la que veía la basílica de la Virgen de los Ángeles, y dentro de ella un enorme gorila. Vio entonces una nube que descendía con el resplandor de Dios, y de esa nube salía una mano que agarraba al gorila y lo echaba fuera, sacándolo con gran poder. Yo no conocía esta visión, sin embargo a nosotros nos dijo el Señor, en Ezequiel:

«Y en Tafnes se oscurecerá el día, cuando quebrante yo allí el poder de Egipto, y cesará en ella la soberbia de su poderío; tiniebla la cubrirá, y los moradores de sus aldeas irán en cautiverio.»

—EZEQUIEL 30.18

El último día, en la madrugada, teníamos que tomar el castillo en el escudo, esto es la basílica de la Virgen de los Ángeles. Empezaba a amanecer cuando comenzamos a rodearla siete veces, antes de penetrarla. A la tercera vuelta una tiniebla sobrenatural cubrió la basílica. De toda la ciudad, era lo único que estaba cubierto por esa densa nube oscura. Ni aun a una cuadra se

distinguía la gran construcción. Se sentía una presencia solemne y reverente del Espíritu de Dios invadiéndolo todo. Sabíamos que la mano poderosa de nuestro Dios estaba quebrantando la potestad. Al fin de la sexta vuelta, la nube de tiniebla se levantó y se fue.

En la dependencia del Espíritu de Dios está la estrategia, y en la obediencia está la victoria. Me gozo en este gran triunfo que Dios le dio a Rony, y por habernos permitido poner nuestro granito de arena en esa guerra.

Otro tipo de fortaleza la pude discernir cuando estaba en Puerto Rico, con un grupo de pastores, buscando las estrategias para la toma de esa nación. Salimos a dar un recorrido por el Viejo San Juan, para discernir a través de la historia y los monumentos, lo que pudiera haber en el aire. Cuando llegamos al gran fuerte de El Morro, que se levanta como un poderoso baluarte sobre la costa, pude ver en el espíritu unos enormes guardianes que parecían guardar un valiosísimo tesoro. Había muchos de ellos, como un ejército organizado. Sin saber lo que yo estaba viendo en el espíritu, uno de los pastores comentó que Puerto Rico era uno de los principales puertos donde se asentaba la marina de los Estados Unidos. Era como un punto clave para resguardar América de cualquier ataque marino proveniente del océano Atlántico.

Esto me hizo meditar largamente: en lo natural estaba la defensa marina del ejército americano, y en lo espiritual estaba una organizada armada de guardianes. Esto me habla de una fortaleza que guarda y protege las costas del continente.

La conclusión definitiva vino a mí después de haber recibido una profecía de que iría pronto a Haití. En ese momento, el Espíritu me habló y me dijo: hay tres arsenales que defienden Norteamérica y Centroamérica; son Puerto Rico, Haití y Cuba. Curiosamente, estos tres países son los que más abastecen el continente de magia y santería, junto con Brasil en América del Sur.

Las estrategias para tomar un castillo de restablecimiento demoníaco —como el que vio Rony sobre México— o la de una fortaleza múltiple como la de Cartago, o la de un arsenal, son totalmente diferentes. Otro descubrimiento que el Señor nos permitió ver fue un «Dominio de las tinieblas». Llevando a cabo en la ciudad de México una guerra que denominamos «babilónica», un hermano que había pertenecido a una secta indigenista

llamada «La Mexicanidad» se enteró del recorrido que habíamos hecho. Él quedó muy sorprendido al ver que el Espíritu Santo nos había trazado, para deshacer los pactos ancestrales de nuestra ciudad, exactamente la misma ruta que la secta seguía para despertar a los dioses del pasado.

Motivado por esta revelación, y siendo un buen siervo de Dios, se acercó a nosotros para declararnos un plan que se estaba llevando a cabo en varios países de América, así como Oriente. Nos contó que había un triángulo a través del cual miles de personas pertenecientes a esta secta (que aglutina a miles de indigenistas y esotéricos) enviaban energía y hacían tremendas invocaciones para ejercer su influencia a nivel mundial y ganar el mayor número de adeptos para la Nueva Era. Este triángulo estaba formado por el volcán Popocatepetl en México, el Machu-Pichu en Perú y el Tíbet en la India.

Otro de los dominios más poderosos que tiene Satanás sobre la faz de la tierra es la Comunidad Europea, que será, si los escatólogos que mantienen esta teoría están en lo correcto, la que le dará el trono al Anticristo.

En el caso de un trono de las tinieblas, veremos que un ataque certero sobre la cabeza del enemigo traerá liberación aun en lugares distantes. En un mensaje que escuché de Cindy Jacobs, ella hablaba de un terrible rencor que por siglos había existido entre los ingleses y los franceses en Canadá.

En una reunión planeada con este propósito, hicieron un arrepentimiento identificativo, en él tanto ingleses como franceses se pidieron perdón por los pecados que cientos de años atrás habían cometido sus antepasados. La base legal que le había permitido operar a un trono demoníaco enviando potestades de rencor, desprecio y odio había quedado erradicada. Pudieron, entonces, traer sanidad a la tierra.

Lo que a ella le llamó la atención es que al regresar a los Estados Unidos a una campaña en la región donde ella vive, un enorme grupo de franceses que por años habían sido resistentes al Evangelio se entregaron a Cristo. Lo que había sucedido físicamente en Canadá, en el ámbito espiritual había rebasado las fronteras.

Hay tronos que ejercen su poder sobre uno o varios países, y esto no se refiere únicamente al nivel de importancia política de una nación. Hay formas de influencias de muchas índoles.

Por ejemplo, el alcance de la magia egipcia controla una gran cantidad de grupos alrededor del mundo, desde universidades, artes gráficas, música, medios masivos hasta las sectas de magia más elevadas, como los *Iluminati*, la masonería y los niveles bajos de magia africana y caribeña. Además, es casi el eje central de la Nueva Era.

El trono de ocultismo que impera desde el tiempo de las cruzadas en Inglaterra es innegable. Un país que lanzó al mundo las órdenes de caballería, con los rituales satánicos más terribles. Cuna de los grandes magos y hechiceros del medioevo y del espiritismo europeo. Propulsor más adelante, en nuestro siglo, de la música *rock* y la anarquía juvenil del movimiento hippie.

Existen asociaciones terribles sobre el mundo que dominan a gentes de los más altos niveles financieros, quienes están infiltrados en las más importantes tomas de decisión económicas de las naciones. Por medio de pactos y planes maquiavélicamente estructurados, están llevando al mundo a una sola macroeconomía global.

Entre ellos están «El club de Roma», creado para tratar de que el mundo llegue a un índice «cero» en el crecimiento de población, y que al no lograrlo, están manejando situaciones financieras que promuevan el decrecimiento masivo de la población. La mafia de Venecia, el Fondo Monetario Internacional, los grandes *Iluminatis*, dueños y controladores de los bancos suizos; todos tienen un mismo objetivo: el control del mundo.

Peter Wagner, hablando de la guerra espiritual a nivel estratégico, menciona la llamada Ventana 10/40. Él dice: «Luis Bush, por su parte, observó que esta zona estaba situada entre las latitudes 10° y 40° norte, y trazó un rectángulo en el mapa que lo llama La Ventana 10/40. Esta zona está llegando a ser reconocida por los expertos en misiones como el área más decisiva en la que deben concentrarse las fuerzas de evangelización mundial durante la década de los noventa. Dentro de dicha área se encuentran los centros del budismo, confucianismo, hinduismo, islamismo, sintoísmo y taoísmo.»

Jorge Otis (h.) dice: «Al albergar los centros neurálgicos de estas regiones —y al 95% de la población mundial aún no alcanzada— los países y las sociedades de la Ventana 10/40 no pueden evitar convertirse en el principal campo de batalla espiritual de los años noventa y posteriores. Y cuando el épico conflicto se

desvele, las operaciones del enemigo serán, con toda probabilidad, dirigidas desde dos poderosas fortalezas: Irán e Irak, situadas en el epicentro de la Ventana.» Otis señala que la guerra espiritual en el nivel estratégico parece estarse intensificando en el mismo lugar geográfico donde empezó: el huerto del Edén (*Ora-ción de guerra*, Peter Wagner).

Menciono estos tronos porque sé que hay golpes clave que los grandes estrategias dirigidos por el Espíritu Santo estarán dando en los próximos años. Así como el Dr. Rony Chaves recibió de Dios el punto exacto donde debía enviar el ataque para liberar a su nación, en cada país hay lugares determinantes que deben ser tomados. Estos son como nudos o ataduras que mantienen fortalecida la red de operaciones del diablo en un determinado país.

«Lugares que están atando espiritualmente a millones de personas, impidiendo la propagación del Evangelio y esclavizando con ceguera espiritual a nuestra gente. Hay guerras espirituales en ciudades, campañas evangelísticas de gran magnitud, crecimiento de iglesias que no prosperaran como anhelamos, hasta que estos nudos, o puntos clave de gobierno espiritual en ese país sean tomados.»

Mientras más grande e influyente a nivel mundial es un país, más compleja será la red de fortalezas que debe ser desanudada. En México, por ejemplo, hay varios nudos de gobierno demoníaco que atan nuestra nación. Los que hemos descubierto ahora

son el Popocatepetl, una de las bocas o puertas del infierno y uno de los centros de adoración a Quetzalcoatl más prominentes. Otro es Catemaco, en Veracruz, uno de los centros de brujería más fuertes del país. Otros son Oaxaca, Chiapas, Guadalajara —el cual es un asiento de narcotráfico y religiosidad. Y el otro es Monterrey, lugar desde donde el Señor estará desatando un poder extraordinario para gravitar las finanzas para el Reino de Dios.

Al ir desanudando estos puntos de gobierno demoníaco, veremos venir a nuestras manos la televisión, los estadios que jamás han sido abiertos para Cristo, los gobernantes y altos negociantes y profesionistas; los veremos venir a los pies de Cristo.

Estrategias clave del «Cuerpo de Inteligencia»

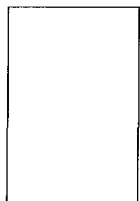
DEFINIR UNA ESTRATEGIA de guerra es la obra del Espíritu Santo. No olvidemos que Él es el General en Jefe y la revelará a sus siervos, los profetas.

Quizás para hacer caminatas de oración o rodear una ciudad dándole siete vueltas no sea necesario un liderazgo profético. Los grupos comprometidos de oración pueden hacerlo sin ningún problema, y sin lugar a duda tendrán resultados fuertes. Pero hay áreas, tronos, ciudades de un asiento satánico importante en los que, definitivamente, será indispensable el ministerio profético; no solo para definir una estrategia que mantenga a salvo a los guerreros, sino también por la autoridad dada por Dios a este ministerio para confrontar el reino de las tinieblas. De hecho, hay ciertos lugares a nivel nacional y mundial que no pueden ser tomados por cualquier grupo de oración, sino que tendrán que tomarlos los mismos profetas, en forma personal.

«Hay guerras que se pueden delegar, pero los puntos clave no se pueden delegar.»

Solo David tenía la fe y la unción —y, por tanto, el respaldo divino— para matar a Goliat. Solo Elías tuvo, de parte de Dios,

el mandato de confrontar con fuego del cielo a los sacerdotes de Jezabel. Solo a Salomón se le permitió edificar el templo. Solo Juan el Bautista preparó el camino para el Señor. En todas estas épocas hubo varios o muchos siervos de Dios que pudiéramos decir: «Lo podría haber hecho cualquiera...», pero no es así. Hay ciertos mandatos de parte de Dios que tienen que ver con personas específicas y con llamamientos específicos en tiempos específicos. Y esta es la soberanía de Dios.



«La obra de Dios esta íntimamente vinculada con el vaso que Él ha escogido, y con la función que Él le ha dado.»



Cierto es que en nuestros días el mover de Dios no está limitado a unos pocos hombres o mujeres de Dios, sino a toda la Iglesia. Sin embargo, sería un terrible error pensar que todos, por ser hijos de Dios, tenemos la misma unción y el mismo llamado. Y cuando hablo de unción me refiero al poder de Dios que viene o está sobre una persona para llevar a cabo aquello que le fue encomendado. O como diría Pablo, «¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros?» (1 Corintios 12.29).

Dios está escogiendo gente de guerra, generales, capitanes, cuerpos de inteligencia, ejércitos adiestrados y, quizás, amado lector, el hecho de que esté leyendo este libro tenga que ver con ese llamado.

Las estrategias deben definirse en oración y en total dependencia del Espíritu Santo. Sin embargo, hay varias cosas que nos pueden ayudar y que son instrumentos de guerra que el Espíritu ha ido revelando a sus generales y estrategias, y que pueden servir en varios casos.

Cartografía espiritual

La acción del cuerpo de inteligencia

Estos son los investigadores, los espías, quienes indagan en el campo enemigo los puntos débiles del adversario, la localización de sus fortalezas en vecindarios, ciudades, regiones, naciones y continentes. Concretamente, buscarán en las páginas de la historia todo lo que pueda ser útil para configurar una estrategia, y trazarán en mapas los puntos más importantes donde pueda haber una edificación satánica. A esto se le llama hacer «una cartografía espiritual».

¿Qué buscar?

El origen histórico del lugar

¿Por qué esa ciudad lleva ese nombre? El nombre de un lugar puede ser una atadura trascendental para ese sitio. Por ejemplo, Tenochtitlán significa «ombligo del mundo»; esto nos habla de un trono de influencia importante, tal como vemos que fue el imperio azteca, y cómo lo sigue siendo aún para los esotéricos del mundo. Nezahualcoyotl, una ciudad aledaña a la capital mexicana, es uno de los cinturones de pobreza de la gran metrópoli. Y esto no es casualidad, ya que su nombre significa «lugar del coyote hambriento». Muchas veces, en el mismo nombre del lugar, está el nombre del hombre fuerte (aunque no necesariamente).

Peter Wagner, en su libro *Oración de guerra*, habla de los nombres de los espíritus; él dice: «...hemos de reconocer que los que tratan de manera asidua con los niveles más altos del mundo espiritual concuerdan en que, aunque conocer los nombre propios tal vez no sea imprescindible, en muchas ocasiones ayuda. Y la razón es que parece haber más poder en un nombre de lo que muchos de nosotros en nuestra cultura podemos pensar.»

Lo que sí es un hecho, es que ninguna invocación de magia o de hechicería se hace mencionando las características operativas de un espíritu. ¡Se hace por nombre!

La invocación de espíritus idolátricos se hace por nombre. Las invocaciones de los satanistas sobre los cantantes de rock se

hacen por nombre. Los espiritualistas, para hacer sus curaciones, invocan nombres específicos de muertos o demonios. Los tahúres (los que apuestan en juegos de azar) invocan por nombre, y así puedo hacer una lista interminable. Lo cierto de todo esto es que, como guerreros en Cristo, no siempre vamos a tener a la mano los nombres de cuanto espíritu ha sido invocado, *pero tenemos un Nombre que es sobre todo nombre* y ese nombre es suficiente para hacer huir al más feroz enemigo. Como Peter Wagner, opino que hay una fuerza poderosa que se añade a nuestra fe cuando conocemos y reprendemos por nombre a nuestro enemigo, aunque esto no sea esencial.

La influencia

¿Qué influencia ejerce esa ciudad en el país y en el mundo? Aquí cabe hacer una investigación de todo lo que, a la luz de una batalla espiritual, sea de interés. ¿De qué tipo de ciudad se trata? ¿Es una capital? ¿Es una ciudad financieramente relevante? ¿Es conocida por idolatría o brujería? También hay que ver si hay ruinas de civilizaciones ancestrales, si hay lugares donde haya habido crímenes, matanzas, inquisición. Si ha habido terremotos, ciclones o tragedias masivas (esto se puede deber a pactos ancestrales que demandaron víctimas, o bien juicios de Dios por algún pecado persistente y grave). Cabría saber también qué tipos de edificios fueron destruidos. Fue, por ejemplo, muy flagrante durante el terremoto de México de 1985 la cantidad de lugares de lectura de cartas que se cayeron, al igual que prostíbulos y edificios de gobierno de alta corrupción; tres de los pecados más grandes de nuestro país.

Otro caso puede ser el de Taras, en Costa Rica, un lugar que un derrumbe de lodo procedente del volcán Irazú aplastó casi por completo. El principado de sangre que estaba establecido ahí seguía demandando víctimas, y lo hizo devorando todo un pueblo.

En estos casos es imperativo pedir perdón por el pecado de la ciudad y cancelar los pactos ancestrales.

La heráldica

¿Qué legado está descrito simbólicamente en el escudo de la ciudad? ¿Y espiritualmente, cómo interpreta el Espíritu Santo esas

ataduras en la heráldica?

Esta es la ciencia que determina, por medio de leyes establecidas, los símbolos que caracterizan un nombre, una ciudad o una institución, y lo plasman en un escudo. Estos no se escogen al azar; tienen forzosamente que atenerse a las reglas establecidas y al origen de los apellidos o de las tierras.

La heráldica nació para diseñar los escudos de armas de cada casa, reinado, condado, provincia, etcétera. Maurice Keen, en su libro *La caballería*, dice: «Las primeras referencias sugieren que, realmente, había una relación directa entre el derecho a las armas y las posesiones ancestrales de feudos y castillos, y que en la batalla solo aquellos que poseían un feudo y conducían un gran número de hombres llevaban armas individualmente distintas.» Esto nos habla claramente de las características de guerra y del poderío que tenía un reino, tanto en lo natural como en lo espiritual.

En el escudo de armas estaban representados los valores, atributos y símbolos que identificaban el señorío y el poder de cada noble. Estos eran —y son— decretos hereditarios sobre una línea generacional. Los escudos de armas eran también el reflejo de una parte de la historia seglar en algunos casos, la cual estaba representada por una enorme gama de símbolos.

Hay un tipo de blasones que se denominan «armas parlantes». M. Keen dice de este tipo de escudos: «Las armas parlantes hacen juego con un nombre; pero el blasón podía tener un significado más oscuro y simbólico, y en esto vemos que la erudición empieza a encontrar su camino en la heráldica. De esta manera Upton revela el secreto de las tres perdices que el conde de Salisbury dio a “un cierto caballero” después de haber sido ennoblecido por su valor en campaña. Salisbury había escogido del bestiario la historia de la perdiz, que era un ave de hábitos sexuales aberrantes y aborrecibles, pues el macho montaba al macho, de donde llevar perdices en las armas acusa al primer portador de ser un gran sodomita.»

Esto no solo se usó en Europa sino que alrededor del mundo parece haber como un sello de guerra que debiera quedar inscrito como una insignia en cada ejército.

La Biblia menciona la belleza y, en cierta forma, el orgullo que representaba un escudo de guerra, que aun el mismo nombre de Dios en una de sus acepciones lo menciona: «Jehová

Nissi, nuestro estandarte.» También la Escritura añade: «Y los hijos de Arvad con tu ejército estuvieron sobre tus muros alrededor, y los gamadeos en tus torres; sus escudos colgaron sobre tus muros alrededor; ellas completaron tu hermosura.»

Un estribillo popular de la época de la fundación de Tenochtitlán dice así:

«Este es tu mandato,
¡Oh Señor de la vida!
Tenedlo presente, oh príncipes, no lo olvidéis.
¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlán?
¿Quién podrá conmover los cimientos del cielo?
Con nuestras flechas,
Con nuestros escudos,
Está existiendo la ciudad.»

Lo interesante de la heráldica es el análisis espiritual de todos estos símbolos, ya que hay todo tipo de jerarquías de nobleza, animales mitológicos, castillos, animales feroces, serpientes, torres y armas de guerra. A lo largo de este libro menciono varias apariciones demoníacas en forma de animales, en los testimonios de guerra: perros feroces en el templo mayor, un toro negro en lo alto del Monte del Ajusco, un espíritu de león en Monterrey. Analizando el Salmo 22 nos dimos cuenta que son los mismos animales que asechaban al rey David:

«Fuerzas toros de Basán me han cercado», «Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente», «Porque perros me han rodeado», y añade uno más: «y líbrame de los cuernos del búfalo.»

Luego, esto quiere decir que muy probablemente muchos de los animales y seres mitológicos que aparecen en los escudos tengan que ver con espíritus territoriales de esas características.

Es curioso ver también que hay similitud en los escudos de las ciudades, aun cuando estas son de países distintos pero, casualmente, ambas ciudades tienen algunos rasgos espirituales parecidos.

En la historia

¿Qué tipo de territorio fue este durante la colonia? ¿Fue un conado, un marquesado, un ducado...?

Y si así fue, ¿qué se sabe del primer portador de ese título? Haciendo una investigación sobre la ciudad de Monterrey, en el estado de Nuevo León, en México, encontramos que el Conde de Monterrey, primero en recibir esa tierra de parte de los conquistadores, era un hombre conocido por su codicia y su promiscuidad sexual. Estos son los dos pecados más recurrentes en esta ciudad, según nos informan los oriundos del lugar.

Lugares geográficos de influencia espiritual

Los montes o lugares altos

Los montes son lugares que no sólo son símbolos espirituales sino también sitios donde tanto Dios como el diablo han sido adorados físicamente. «Cada vez que Dios reveló una estructura, escogió un monte y escogió un hombre. Los montes de Ararat representan una nueva generación. Ahí Dios depositó el Arca y escogió a Noé para revelar su estructura. El monte Sinaí es donde Dios se le revelaba a Moisés para darle toda la estructura del Tabernáculo en el desierto. El Monte de Sión es donde el rey David edificó el Tabernáculo lleno de la revelación de la alabanza y la adoración del Altísimo. El Monte Moriah es donde Salomón edificó el esplendoroso templo de Dios. Y el Monte de Sión, en los cielos, será donde Jesucristo haga establecer la Nueva Jerusalén.»¹⁴

El monte es el símbolo de un trono que gobierna y domina desde lo alto. David decía: «Con mi voz clamé a Jehová, y él me respondió desde su monte santo» (Salmo 3.4). Por este principio Satanás ha querido tomar los lugares altos, para ejercer su poder demoníaco desde las alturas. Describiendo su caída, la Escritura dice:

«Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo.»

—ISAÍAS 13.13,14

Esto se ve palpablemente a lo largo de la historia —y aun en nuestros tiempos modernos— cómo Satanás se ha establecido

14- Conferencia del Dr. Rony Chavez.

en las altas montañas y cumbres de las ciudades y naciones para asentar ahí su trono y gobernar desde lo alto. Ezequiel describe el juicio de Dios sobre esta causa, diciendo:

«Y sabréis que yo soy Jehová, cuando sus muertos estén en medio de sus ídolos, en derredor de sus altares, sobre todo collado alto, en todas las cumbres de los montes, debajo de todo árbol frondoso y debajo de toda encina espesa, lugares donde ofrecieron incienso a todos sus ídolos.»

—EZEQUIEL 6.13, ÉNFASIS AÑADIDO.

Y también dice:

«Pero hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel. Porque él reedificó los lugares altos que Ezequías su padre había derribado, y levantó altares a los baales, e hizo imágenes de Asera, y adoró a todo el ejército de los cielos, y les rindió culto.»

—2 CRÓNICAS 33.2,3, ÉNFASIS AÑADIDO.

Durante un ciclo de conferencias que el Dr. Rony Chaves nos dio en el ministerio Mexicanos en Victoria, nos trajo esta semilla de revelación acerca de los montes, la cual se ha ido cimentando y creciendo en nuestros corazones. Desde ese primer momento Dios nos habló a un grupo de guerreros para que tomáramos los montes más altos del país.

La primera estrategia nos las dio sobre tres montes que formaban un triángulo de poder satánico sobre la capital; el Ajusco, el Cerro de la Estrella y el Tepeyac. Era un reto grande y novedoso, ya que nadie subía a hacer intercesión desde el lugar mismo donde el diablo tenía edificados sus altares de adoración. Y por otro lado, requería un esfuerzo físico sin precedentes.

Organizamos el ascenso al Ajusco —el más alto, con cerca de 4000 m.— con un grupo de guerreros, mi hermana Mercedes y el coordinador de Mexicanos en Victoria, Oscar Venegas Jr. Un equipo liderado por mi hermana le daría vueltas en coche al gran monte, por un circuito que lo rodea. Ellos iban ungiendo todo el contorno con aceite, derramando el vino para sanar la tierra y tirando la sal para sellar el nuevo pacto con el que se entregaba ese monte a Jesucristo. Nosotros, en el otro equipo, subiríamos hasta lo alto.

Doy gracias a Dios porque solo Él nos pudo haber puesto en la cima. No existía ningún camino, así que tuvimos que escalar por un acantilado de piedras casi vertical. Mientras subíamos se sentía la presencia de cientos de demonios sobre nuestra piel, la que por momentos se erizaba. Había pactos y guardianes espirituales todo a lo largo de la subida, los cuales íbamos desbaratando y reprendiendo.

Al llegar a una pequeña planicie, justo antes de la cima, encontramos una enorme cantidad de sepulcros humanos, rústicos, de víctimas que, al parecer, los satanistas habían sacrificado y enterrado en ese lugar. Cuando subimos era por el tiempo de *Halloween*, por lo que algunos de los sepulcros se veían todavía frescos. Había altares demoníacos por todos lados, los cuales íbamos derribando y cancelando por la sangre de Jesús. Al ir destruyendo los pactos sobre las tumbas, apareció casi en la cumbre del monte un toro negro que nos miraba fijamente.

Era imposible que se tratara de un cuadrúpedo de carne y hueso, ya que la inclinación de las pendientes más suaves son de un mínimo de 45°, y para subir, en algunas partes, necesitamos de manos y pies, y ayudarnos en cadena para lograrlo. Todos supimos que se trataba de la potestad de muerte que moraba en aquel sitio. Sin embargo, no sentimos miedo; estábamos envueltos de una protección casi tangible del Espíritu Santo, que nos decía: «No teman; sigan destruyendo todo.» Así lo hicimos, y al poco rato el toro desapareció de nuestra vista.

De ahí en adelante, uno de los guerreros sintió que deberíamos formar dos bandos. Él llegó a un profundo desfiladero que tenía como una roca saliente, que desde lo alto apuntaba a la ciudad de México. Llegó hasta ahí y cuál no fue su sorpresa al descubrir una serie de símbolos demoníacos terribles, dirigidos todos hacia una flecha que señalaba la ciudad. Reprendió con toda autoridad aquello, rompió todo pacto, deshizo los dibujos como pudo y aquel lugar quedó consagrado a Dios. Por nuestra parte, nosotros llegamos a la cima más alta donde había otro altar, que derribamos.

Aquel tiempo, en la cumbre, fue uno de los momentos en los que más he sentido fluir sobre mí el poder de Dios. Estábamos adorando a Dios y el Espíritu había descendido sobre nosotros. Había una presencia solemne de Dios; era la revelación de su nombre de guerra que parecía desplegarse sobre los cielos frente

a nosotros. Tuve, entonces, una visión sobrecogedora: sobre las alturas, en todo lo ancho y lo largo del valle de México, estaba por un lado el ejército resplandeciente de Dios, y por el otro el ejército de Satanás. En ese instante la voz de Dios vino a mí y me dijo: «Profetiza sobre mis ejércitos, por que yo he mandado a Miguel a pelear la batalla.»

Mi corazón estaba casi parado al ver aquella magnificencia. Sentía el poder de Dios como si estuviera conectada a un cable eléctrico; sin titubear, solté la palabra y como una trompeta de guerra que decretaba el ataque, el ejército de Dios se fue sobre las huestes del diablo. El cielo se ensombreció en ese instante, como un cúmulo de gran tormenta, y solo se oían los relámpagos.

Esta fue la palabra que el Señor me dio para profetizar en aquel momento, cuando se peleaban las dos armadas:

«Levantad bandera sobre un alto monte; alzad la voz a ellos, alzad la mano, para que entren por puertas de príncipes. Yo mandé a mis consagrados, asimismo llamé a mis valientes para mi ira, a los que se alegran con mi gloria. Estruendo de multitud en los montes, como de mucho pueblo; estruendo de ruido de reinos, de naciones reunidas; Jehová de los ejércitos pasa revista a las tropas para la batalla. Vienen de lejana tierra, de lo postrero de los cielos, Jehová y los instrumentos de su ira, para destruir toda la tierra.»

—ISAÍAS 13.2-5

Y finalmente añadió:

«Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía. Jehová hará relámpagos, y os dará lluvia abundante, y hierba verde en el campo a cada uno. Porque los terafines han dado vanos oráculos, y los adivinos han visto mentira, han hablado sueños vanos, y vano es su consuelo; por lo cual el pueblo vaga como ovejas, y sufre porque no tiene pastor. Contra los pastores se ha encendido mi enojo, y castigaré a los jefes; pero Jehová de los ejércitos visitará su rebaño, la casa de Judá, y los pondrá como su caballo de honor en la guerra. De él saldrá la piedra angular, de él la clavija, de él el arco de guerra, de él también todo apremiador. Y serán como valientes que en batalla huellan al enemigo en el lodo de las calles; y pelearán, porque Jehová estará con ellos; y los que cabalgan en caballos serán avergonzados.»

—ZACARÍAS 10.1-5

El manto profético estaba sobre todos nosotros, desde lo alto proclamábamos el gran avivamiento sobre México y soltamos el

Espíritu de Dios para que viniera desde los cuatro puntos cardinales. Lo que por años había sido un altar de culto al diablo, empezó a transformarse en un altar de adoración y un trono de alabanza al Rey de reyes y Señor de señores: ¡Jesucristo! Nuestro canto subía a los cielos mientras los relámpagos centellaban sobre el valle, y así, en medio de esa presencia gloriosa, clavamos una bandera dorada en lo alto que decía: «Levántate y resplandece, porque ha llegado tu luz y la gloria de Jehová será vista sobre de ti.» Consagramos el lugar a Dios, lo unguimos y lo sellamos con pacto de sal, decretando que aquel lugar quedaría como un altar al Dios de la gloria, y que cualquiera que lo profanare para tratar de hacer cualquier obra demoníaca, quedaría expuesto a la represión y el juicio de Dios.

En cada monte que hemos subido hemos encontrado cosas abominables que Satanás ha estado usando para traer su iniquidad sobre las ciudades.

Los montes donde colocan estatuas idolátricas, cruces, capillas, antenas de televisión, son lugares que deben ser rescatados por el pueblo de Dios, porque desde ahí se ejerce una increíble dominación diabólica que tiene atadas a cientos de miles de personas.

En la ciudad de Río de Janeiro, en Brasil, sobre un enorme monte hay una estatua con la forma de un Cristo, con los brazos abiertos. Millones de personas le llevan ofrendas, lo celebran y le dan poder en los carnavales, pero todos saben que su nombre verdadero es Oxira-Oxalá, el gran dios del Brasil.

La importancia de subir a los montes

La pregunta que surge es: ¿por qué subir a los montes? ¿No basta con orar desde nuestros hogares? Desde luego, deshacer decretos escritos, derribar altares diabólicos y discernir lo que pasa ahí arriba solo se puede hacer si se sube al monte. Por otro lado, hay decretos que deben ser soltados desde los montes y que tiene un gran poder hacerlo de esta manera. Isaías dice:

«Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; dí a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!»

—ISAÍAS 40.9

Para liberar una casa embrujada, necesariamente se tiene que ir a este lugar. Para romper los pactos en las catedrales, se debe ir al sitio donde están ubicadas. Para hacer marchas de oración para liberar una ciudad se tienen que hacer en las calles de la ciudad. ¿Cuál es la diferencia, entonces, con un monte tomado por el diablo, o con cualquier otro lugar físico donde Satanás haya establecido su trono? Ciertamente es que Jesús envió la palabra de sanidad y el siervo del centurión fue sanado. Efectivamente, hay poder en soltar la palabra, pero no por esto el Señor dejó de acudir donde estaba la necesidad y la opresión demoníaca.

Algo increíblemente poderoso sucede cuando establecemos el Reino de Dios en el propio territorio enemigo.

Los ríos y arroyos

Los ríos son símbolos de una corriente de poder espiritual. Dios habla del fluir de su Espíritu como un río de agua de vida. En la ciudad celestial descrita en Apocalipsis vemos un río que divide la ciudad, y que no es otra cosa que el torrente de vida del Espíritu. Ezequiel ve también un río de aguas que sale del altar del Templo de Dios, lo que apunta también a la vida que procede del trono, y que emana como un gran afluente de aguas. Sin embargo, los ríos no solamente representan al Espíritu Santo. Satanás, como buen imitador de todo lo que Dios hace, también usa los ríos como asiento de su influencia y de su poder.

Planificando la estrategia de Cartago, en Costa Rica, oí la voz de Dios repetidas veces que me decía: «¡Seca el río...!», y otra vez me lo volvía a repetir: «¡Seca el río...!» Al principio no sabía qué significaba esto, así que oré mucho al respecto. Al llegar allá me enteré que los españoles habían penetrado en Costa Rica a través de un río llamado Reventazón. También supe que la primera iglesia idolátrica que construyeron fue a la vera de este río en un lugar llamado Ujarraz; que de ahí habían trasladado la capital costarricense, primero a Paraíso y luego a Cartago, y que las dos ciudades están al borde de ese río.

Estos tres lugares están infestados de idolatría y brujería, como una corriente demoníaca que los nutre constantemente. Fue entonces cuando comprendí el mensaje de: «¡Seca el río!» Dios se refería a un río de influencia satánica que alimentaba la ciudad de Cartago.

Orando a este respecto, entendí varias cosas: al igual que los asentamientos humanos se establecen junto a los ríos, pozos, costas y fuentes de aguas —porque esto representa el suministro vital de aguas para su subsistencia— en el reino espiritual las fortalezas también tienen suministros de iniquidad que los sustentan. Por ejemplo, una catedral o centro de idolatría solo subsiste mientras esté alimentado por fuentes de brujería. A mayor poder de santería que se ejerza sobre un lugar idolátrico, más grande será su fama y la cantidad de almas cautivas. Esto nos habla de poderes demoníacos que son soltados como torrentes de abastecimiento sobre una fortaleza, para mantenerla viva y funcionando.

En una ocasión el Dr. Rony Chaves predicaba acerca de cómo los medopersas tomaron Babilonia. Nos contaba que la fortaleza tenía un río que la cruzaba por el medio, y que la forma en que los ejércitos enemigos la tomaron fue desviando el río y penetrando por el hueco que este había dejado en el muro.

Otras fortalezas han sido tomadas en la historia, por que las fuerzas oponentes secaron el río que las sustentaba y esto hizo rendirse a los acuartelados.

Los ríos son usados en las civilizaciones paganas como lugares donde habitan dioses y demonios. En el libro del profeta Ezequiel, Dios le da una palabra a Egipto, que dice: «Habla, y dí: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo estoy contra ti, Faraón rey de Egipto, *el gran dragón que yace en medio de sus ríos*, el cual dijo: Mío es el Nilo, pues yo lo hice. Yo, pues, pondré garfios en tus quijadas, y pegaré los peces de tus ríos a tus escamas, y te sacaré de en medio de tus ríos, y todos los peces de tus ríos saldrán pegados a tus escamas» (Ezequiel 29.3, énfasis añadido).

Vemos también esta reprensión en contra de la idolatría en Ezequiel 6.3: «Así ha dicho Jehová el Señor a los montes y a los collados, *a los arroyos* y a los valles: He aquí que yo, yo haré venir sobre vosotros espada, y destruiré vuestros lugares altos. Vuestros altares serán asolados, y vuestras imágenes del sol serán quebradas; y haré que caigan vuestros muertos delante de vuestros ídolos.»

Este pasaje es muy claro para mostrar que hay altares e imágenes dentro de los arroyos, y que Dios va a traer espada contra ellos. Sería absurdo traer «espada sobre un arroyo» si no se tratara de algo espiritual.

Peter Wagner, en su libro *Oración de guerra*, menciona una experiencia que tuvo un misionero sueco llamado Kjell Sjeiberg, en Manaos, Brasil, en una ciudad en medio del Amazonas: «Mientras él y otros creyentes oraban a Dios pidiéndole que les revelara las fortalezas del enemigo sobre esa zona, visitaron la renombrada y lujosa Casa de la Opera, construida por los magnates del caucho para usarla como templo en honor a la diosa Lara. Allí hay un enorme mural situado sobre el escenario, el cual representa a una mujer en un río, y que resulta ser una representación del espíritu territorial de Lara, la madre de los ríos, quién gobernaba el área mucho antes que Colón descubriera América.» Añade Wagner en esa misma obra: «Vernon Sterk dice que entre los tzotziles, entre los que él trabaja en México, conocen muy bien los nombres de muchos espíritus territoriales que habitan en el área y las aldeas de su tribu. Incluso son capaces de nombrar los que ocupan casas y arroyos.»

Cuando yo estaba en la santería, muchos de los trabajos de magia se ofrecían a Yemayá (la Virgen de Guadalupe en el romanismo o Venus) sobre las aguas de ríos y mares.

Un caso flagrante de espíritus de muerte en un río es el Rin, en Alemania. Un río que ha sido regado de sangre tantas veces en incontables conflictos y guerras. Esto procede, sin duda alguna, del lugar que ocupa en la mitología germánica, donde también, ocupado por los dioses, fue escenario de increíbles muertes.

Lo cierto es que Dios quiere cambiar estos torrentes de maldición y poder satánico en fuentes de bendición, como lo demuestra en Ezequiel 32.13-15, donde dice:

«Todas sus bestias destruiré de sobre las muchasaguas; ni más las enturbiará pie de hombre, ni pezuña de bestia las enturbiará. Entonces haré asentarse sus aguas, y haré correr sus ríos como aceite, dice Jehová el Señor. Cuando asuele la tierra de Egipto, y la tierra quede despojada de todo cuanto en ella hay, cuando mate a todos los que en ella moran, sabrán que yo soy Jehová.»

Cuando entendí lo que Dios quería decirme al hablarme de secar el río en la toma de Cartago, vino a mí la pregunta: «¿Dónde se seca el río?» A cada lugar demoníaco que el Señor nos había mostrado, habíamos podido ir físicamente y tomarlo; pero en este caso se trataba de secar algo espiritual. Oré mucho al respecto, hasta que vino a mí la absoluta convicción de que teníamos

que ir físicamente al río Reventazón, adonde estaban las ruinas de Ujarraz, donde se hizo el primer templo idólatrico.

Si vemos la toma de Jericó desde el punto de vista espiritual —como un ejemplo de las edificaciones satánicas en los cielos— el Jordán sería, entonces, un baluarte que impedía la toma de la fortaleza. Los sacerdotes tuvieron primero que secar las aguas del río para que de esta manera el pueblo pasara en seco, y fuera posible la toma de la gran ciudad amurallada.

Simbólicamente, el Reventazón representaba la corriente de brujería y de iniquidad que alimentaba Cartago. Era escenario de muerte, violación, superstición y magia que había quedado impregnado en los lugares celestiales, como un camino legal para seguir nutriendo de maldad la ciudad. Teníamos que cancelar, sobre el mismo lugar de los hechos, los pactos con los que se sustentaba el dragón en las aguas, y así cambiar la historia. Si antiguamente fue por donde penetró la maldición, ahora decretaríamos la corriente de vida, el río de Dios, la palabra corriendo y alcanzando las almas perdidas, el fluir del Espíritu y de toda bendición de lo alto.

Visto desde lo alto de las montañas, el Reventazón tenía la forma de una enorme serpiente verde, cuya cabeza se asentaba en Ujarraz y su cola venenosa en Cartago. Pero nuestra oración sanaría el río por la mano de Dios, para que el Evangelio pudiera llegar a esa ciudad, otrora impenetrable.

Después de adorar un rato junto al río, me hice un báculo con un palo de madera que encontré y los demás tomaron otro palo para entrar agarrados en cadena. Estaba a punto de llover y el aire soplaba frío. Y lo peor, el agua parecía de deshielo. Algo iba a suceder; yo lo sabía y esto me impulsaba hacia adentro. La corriente arreciaba en su fuerza a medida que nos acercábamos a la parte central del río. La profundidad del agua aumentaba paulatinamente y el fondo estaba compuesto de grandes piedras redondeadas, las que no ofrecían seguridad alguna. Llegó un momento en que ya tenía el agua casi a la cintura, y la corriente era demasiado fuerte y me arrastraba. A duras penas me sostenía, pero el paso siguiente estaba más allá de mis fuerzas. En una vana esperanza intenté clavar el báculo un poco más adelante, y sentía cómo se resbalaba sin encontrar dónde cimentarse. La solución era volver atrás, pero yo no podía desobedecer la orden de Dios; tenía que dar el paso a como diera lugar.

Empecé a orar en el Espíritu con toda la intensidad de mi ser, sabiendo que nada había imposible para Dios. Pero nada sucedía. Hasta que de pronto me sentí inundada de una total convicción y seguridad. Entonces grité: «¡En el nombre de Jesús!», y me lancé hacia adelante con el báculo por delante. En ese instante Dios cumplió su promesa y ocurrió el milagro. Sin explicación alguna, el ímpetu de la corriente que parecía alentada por el mismo Averno cesó súbitamente y la corriente se volvió mansa, acariciando nuestras piernas que se mantenían sin hacer esfuerzo alguno. Pero esto no era suficiente para nuestro Dios de gracia y de amor y, ante nuestro asombro, las aguas dejaron de atezar nuestros músculos con su gélida temperatura, y se volvió tibia, casi caliente. Todos hacíamos pie en perfecto balance. Estábamos atónitos.

No perdimos tiempo; empezamos a reprender por nombre todos los demonios de la brujería y los principados que gobernaban Cartago. Después derramé el aceite sobre las aguas y profeticé que el río era transformado en el río de Dios, y que su corriente llevaría sanidad y sería como aceite. Luego me dijo el Señor: «Toma una Biblia y échala en el río.» Así lo hice y la dejamos correr sobre las aguas. El Señor nos dijo que profetizáramos sobre ella y decretamos que, así como corría esa Biblia, así corría la Palabra de Dios sobre el valle de Cartago.

Por último decretamos que el río de iniquidad se secaba para siempre y que el paso había quedado abierto para que marcharan hacia adelante los ejércitos de Dios. ¡La gloria del Señor descendió en ese momento como jamás lo olvidaremos! Dios nos había enviado su señal de que Él estaba con nosotros, a nuestro lado. Aquel milagro fue el preludio de todos los que vinieron después y nos llevaron a la victoria final sobre Cartago.

Quizás es una historia incomprensible para la mente natural, una locura, pero los que lo vivimos sabemos que el Reventazón era sólo un símbolo de lo que realmente estábamos penetrando y destruyendo en el reino de las tinieblas. A veces tendremos que ser, de verdad, como niños para entrar en el Reino de los Cielos, y desde aquel momento supimos que Él nos estaba llevando de su mano.

El Dr. Rony Chaves, cuando estuvo en México para el gran congreso de «Mexicanos en Victoria», lleno del Espíritu de Dios nos dio una palabra que se estaba cumpliendo de verdad en

nuestras vidas, en aquel preciso momento. En esa predicación, basada en ese pasaje del Jordán en el que los sacerdotes entran a las aguas, él hablaba de que Dios estaba buscando hombres y mujeres que se atrevieran a mojarse los pies. Dispuestos a penetrar las aguas de la oposición, a pararse donde la corriente es tan fuerte que sienten que se van a ahogar, pero que treinta kilómetros más arriba, donde ya los sacerdotes no alcanzaban a ver, el río se había secado, y el pueblo triunfante pasaba en seco.

Lejos estábamos de pensar que ese mensaje —obviamente dirigido en un sentido espiritual a los valientes que dan pasos que cambian destinos de naciones— lo estaríamos viviendo físicamente a treinta Kilómetros de Cartago. Pasará el tiempo y quizás nadie sepa nunca lo que sucedió en aquel río donde el Arca de la gloria de Dios incendió de fuego las aguas, consumiendo el mal enraizado en la historia, para que el pueblo pasara en seco. Pero los testimonios del avivamiento hablarán de lo que fue logrado en el íntimo secreto entre Dios y un grupo de gentes que supieron creer en Él.

Los mares

Los mares han sido, a través de la historia de la humanidad, considerados como lugares mágicos. Han sido inspiradores de mitologías y leyendas y lugares de adoración. El historiador Fernando Benítez, en su enciclopedia *Historia de la Ciudad de México*, Dice: «Huicholes, Tepehuanes y Nahuas aún cantan el mito de la rana y todos conservan el mito de una serpiente que vive en el agua nocturna y amenaza inundar el mundo. El muchacho estrella de la mañana, el héroe cultural, la mata con sus flechas y, como la serpiente es inmortal, monta la guardia a fin de aniquilarla cada vez que intenta salir del mar y de las lagunas.

Este mismo dragón o serpiente lo vemos en la Biblia. Ezequiel 32.2 se refiere a él en una profecía contra Egipto: «Hijo de hombre, levanta endechas sobre Faraón rey de Egipto, y dile: A leoncillo de naciones eres semejante, y eres como el dragón en los mares.»

Isaías 27.1 dice: «En aquel día Jehová castigará con su espada dura, grande y fuerte al Leviatán serpiente veloz, y al Leviatán serpiente tortuosa; y matará al dragón que está en el mar.»

Entre los pasajes misteriosos de la Biblia en que habla de monstruos de varias cabezas o de un Leviatán que nadie ha sido tan osado como para despertarlo —según el libro de Job— hay un versículo que me llama la atención cuando medito sobre las diversas fortalezas en el mundo. Este se encuentra en Isaías 23.4:

«Avergüénzate, Sidón, porque el mar, la fortaleza del mar habló, diciendo: Nunca estuve de parto, ni di a luz, ni crié jóvenes, ni levanté vírgenes.»

El contexto del pasaje parece indicar un juicio que viene sobre las ciudades de la costa, pero también surge la incógnita al hablar de guerra territorial, sobre la posibilidad de una fortaleza dentro de los mismos mares.

Desde luego, muchos dioses han sido adorados en el mar, el famoso Neptuno de los romanos, Dagón, el dios pez. En México es famosa la virgen bajo el agua en los mares de Acapulco, y el Cristo bajo el agua de la playa de Chancanab, en Cozumel. Desde luego, no es algo raro que los pescadores supersticiosos hundan imágenes en los mares para bendecir, según ellos, la pesca. En Perú, estudiando los dioses ancestrales de los Incas para dar una conferencia de guerra espiritual en Lima, descubrí una historia reveladora sobre los mares peruanos. El dios Pachacamac, hijo del sol, descuartizó a la primera mujer (del «Génesis» Inca) madre de Vichama, y huyendo por el crimen se metió en el mar, donde está su templo. Hoy ese lugar se conoce como Pachacamac, y frente a la costa hay tres peñones que se adoran como los tres dioses antiguos: Pachacamac, Cauillaca y Vichama.

Las lagunas

«Y la convertiré en posesión de erizos, y en lagunas de agua; y la barreré con escobas de destrucción, dice Jehová de los ejércitos» (Isaías 14.23). Sólo hay tres versículos en la Biblia que se refieren a lagunas, y los tres parecen indicar que son lugares de maldición. En este pasaje de juicio sobre la tierra de Babilonia, Dios maldice la tierra con erizos y lagunas. En Ezequiel 47.11, en la visión del gran río de Dios, el profeta declara: «Sus pantanos y sus lagunas no se sanarán; quedarán para salinas.»

Uno de los lugares donde más hechicería se hace en México

es en la famosa laguna de Catemaco, en Veracruz, donde dicen que los brujos caminan sobre las aguas y el diablo se materializa cada año durante sus fiestas de Semana Santa y en el Día de los Muertos. Este es, sin duda alguna, uno de los puntos importantísimos que tienen que ser liberados para que veamos un avivamiento grandioso en México. Otro punto también lleno de magia son las lagunas de Monte Bello, en Chiapas, y el lago de Pátzcuaro, en Michoacán.

Los bosques

Los bosques han sido lugares considerados como mágicos y epicentros de múltiples leyendas. Escondederos de brujas y lugares de hechicería por excelencia. La Biblia menciona en 1 Reyes 14.23: «Porque ellos también se edificaron lugares altos, estatuas, e imágenes de Asera, en todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso.»

De niños, la gran mayoría de nosotros oímos hablar de bosques encantados, donde se daban cita los duendes y las hadas. Donde los magos del medioevo habitaban y las brujas corrían haciendo sus encantamientos. Esto, aunque parece tan solo un cuento de fantasía, es, sin embargo, una gran verdad. Los bosques son lugares que por sus sombras misteriosas y los bellísimos juegos de luz que se filtran entre los árboles, han sido escogidos para inspirar a quienes han alcanzado los más altos grados en la magia. Es frecuente que tanto curanderos como santeiros entierren sus trabajos en los bosques; que los *aquellarres* de brujas tengan lugar en los bosques, el lugar predilecto para las mutilaciones y los asesinatos cometidos por los satánicos.

Recuerdo en una ocasión en que mi hermana Mercedes y yo fuimos a predicar a un lugar cercano a Salem, Massachusetts. Pocas veces habíamos sentido tanta opresión demoníaca como en ese estado de Norteamérica. Como consecuencia de esta opresión, la gente del lugar era tremendamente agresiva en contra del Evangelio, a tal punto que nos echaron a la policía encima por evangelizar en un parque, y había gente que se enojaba hasta casi llegar a los golpes porque les decíamos que Jesús los amaba. Esto habla obviamente de una esfera de cautiverio, donde las fuerzas demoníacas tienen totalmente cegados a los

habitantes del lugar.

Una de las peculiaridades terribles de esa zona es que todas las personas involucradas en la brujería experimentan un odio cerval hacia los cristianos, ya que en los lugares donde los siervos del Dios altísimo se reunían a orar, la tierra y las plantas perdían todos sus poderes mágicos. La casa del pastor que nos hospedaba quedaba justamente en medio de un bosque. Desde que llegamos empezamos a discernir una terrible actividad satánica proveniente de la maleza, y no fue sino hasta que decidimos salir a hacer guerra espiritual y romper con todo pacto de hechicería en ese bosque que pudimos siquiera dormir. La guerra que hicimos en aquel entonces fue sumamente precaria al lado de lo que Dios nos ha mostrado en los últimos años.

Los bosques son lugares estratégicos, refugios naturales para la construcción de fortalezas. Hablando de Jotam, rey de Judá, dice la Palabra: «Además edificó ciudades en las montañas de Judá y construyó fortalezas y torres en los bosques» (2 Crónicas 27.4). Aunque aquí se refiere a un rey recto delante de Jehová, lo que quiero hacer notar es un plan en la construcción de fortalezas que puede ser —y de hecho ha sido— usado por cualquier estratega. Otro punto interesante es el bosque que se encontraba en las cercanías de Pérgamo. Cuando Jesús le da la revelación en Apocalipsis a Juan sobre las siete iglesias, menciona esta ciudad, y dice de ella: «Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás» (Apocalipsis 2.13). En este bosque se encontraba un enorme santuario al dios Esculapio, que era, seguramente, un centro de actividad demoníaca importante, por cómo habla de él el Espíritu.

El bosque de Chapultepec, en la ciudad de México, es uno de los lugares más frecuentados por sectas ocultistas. De hecho, se encontró que debajo del bosque hay un lugar donde los satanistas reclutan y luego matan niños de la calle. Ha sido uno de los lugares donde más ardua lucha hemos tenido que enfrentar.

Cuando nos referimos a mares, lagunas, ríos, montes y bosques quiero que quede claro que no estoy diciendo que *todos* los mares, *todos* los ríos, *todas* las lagunas, *todos* los bosques y *todos* los montes están ocupados por espíritus territoriales; pero sí que son lugares que, dependiendo de cada zona, deben considerarse y discernirse.

CAPÍTULO 19

La casa de armas del bosque

«Y desnudó la cubierta a de Judá; y miraste en aquel día hacia la casa de armas del bosque.»
—ISAÍAS 22.8

CUANDO HABLAMOS DE BATALLA espiritual, uno de los puntos más importantes que debemos conocer son las armas con las que contamos, y el uso que debemos hacer de ellas. De nada serviría tener un arma muy sofisticada, de alto calibre, si el que la posee no sabe usarla.

Las armas se dividen en defensivas y ofensivas. Dios nos ha provisto de una armadura gloriosa que es nada más y nada menos que *la propia armadura de Dios*.

«Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del Diablo.»
—EFESIOS 6.10,11

Por mucho tiempo la Iglesia ha mantenido una posición de firmeza, una actitud defensiva frente al diablo. Sin embargo, ha llegado el tiempo en que Dios quiere que entendamos que *¡no hay mejor defensa que el ataque!*

«Es el tiempo en que Dios está desnudando los cimientos de las estructuras mundiales, para que la iglesia arremeta en forma definitiva contra las puertas del infierno, esto es, contra el gobierno satánico.»

La armadura

Cuando hablamos de la armadura no nos referimos a una vestidura que nos ponemos y nos quitamos. A diferencia de lo que nuestras traducciones dicen acerca de «poneos la armadura», en Efesios 6.13, el original griego dice: «Por tanto asíos con firmeza a toda la armadura de Dios ... estad firmes sin ceder ni un palmo de vuestro territorio, ciñendo fuertemente vuestros lomos con el cinturón de la verdad, habiéndoos puesto la coraza de vuestra integridad, de la rectitud moral y de la justicia, es decir de la justificación que os hace pararos con dignidad frente a Dios; habiendo calzado vuestro pies con la preparación, para enfrentar al enemigo con la estabilidad de unos pies firmemente establecidos, con la presteza de estar siempre preparados por las buenas nuevas del Evangelio de paz.

Sobre todo, tened levantado siempre el escudo de la fe para detener los dardos de fuego del maligno. Y poneos el yelmo de la salvación y la espada que esgrime el Espíritu, la cual es la Palabra de Dios» (versión libre). Es decir, el original griego se refiere específicamente a «agarraos fuertemente a», «no os soltéis de», «no os ovidéis de». Porque muy pocos cristianos tienen conciencia de que la armadura *forma parte* de nuestra nueva vida en Cristo; es inherente a ella, no nos vestimos y nos desvestimos de Cristo. En Él estamos, nos movemos y somos. Y esa es nuestra vestidura; esa es, precisamente, nuestra armadura: estar revestidos de Cristo.

Ahora bien, por el simple hecho de ser hijos de Dios, poseemos toda su virtud, todo su poder, todo lo que Él es; pero esto no se ve sino hasta que la vida espiritual se va desarrollando y la unción se va acentuando en nuestras vidas.

Es como un niño, que tiene en su registro cromosómico toda la información y todo el potencial de lo que será cuando crezca, pero eso no se ve sino hasta que alcanza la madurez.

De igual manera, nuestra armadura se va desarrollando en resistencia, en poder y en habilidad, *a medida que nos fortalecemos en el poder de su fuerza*. La versión amplificada de la Biblia menciona este pasaje de Efesios 6.10 diciendo: «En conclusión, fortaleceos en el Señor, sed llenos de su poder *por la comunión con Él*; extraed de Él vuestra fuerza, ese poder limitado que su potencia nos provee.»

En la medida en que vamos creciendo en la comunión con Él, que vamos permitiéndole fluir y que su vida se manifieste a través de nosotros, la armadura, a su vez, se va revelando cada vez más fuerte y más radiante.

Hace poco tuve una experiencia desagradable, aunque increíblemente reveladora. Yo tengo un fundamento asentadísimo en mi fe, que se basa en 1 Juan 5.18:

«Sabemos en forma absoluta que cualquiera que es nacido de Dios, no practica deliberadamente el pecado [a sabiendas que lo es], porque el que fue engendrado por Dios vela cuidadosamente por él y lo protege. La presencia divina de Cristo lo guarda del mal y el maligno no le toca.»

—VERSIÓN LIBRE.

Este pasaje ha sido el eje de un increíble valor procedente de Dios, que me ha permitido desafiar verdaderas potestades de las tinieblas, sin temor a ninguna represalia.

Una mañana me preparaba para una boda. Sin embargo, aquel día amanecí algo nerviosa; a los novios los amaba como a verdaderos hijos míos, y más parecía que la que se iba a casar era yo. Sin darme, cuenta baje la guardia por meterme en los afanes de aquella ceremonia y el diablo me metió una zancadilla. Me puse furiosa contra cierto hermano que me había armado un gran desorden.

Los que me conocen saben que soy una persona templada y que es difícilísimo que alguien me saque de mis casillas, sobre todo porque adoro entrañablemente mi relación con el Espíritu Santo. Pero admito que ese día pequé. Mi dolor fue inmediato al pensar que había contristado a mi gran amor, mi Dios. Así que, inmediatamente, le pedí perdón y todo quedó como si nada

hubiera pasado.

Desgraciadamente, eso fue solo en lo natural. Aquella noche volábamos para Monterrey a un congreso en el que me tocaba predicar al día siguiente por la tarde, con un mensaje evangelístico de sanidad divina. Había una fuerte actividad demoníaca en el lugar. Pude detectar un par de brujas enviadas para frustrar la campaña, así que me puse en guardia y en batalla espiritual.

Cuando terminé de orar por los enfermos se acercó a mí una guerrera de oración, que tiene en esa ciudad un fuerte ministerio de intercesión, y me dijo: «Déjame orar por ti, porque vi una mujer que te estuvo enviando dardos durante toda la predicación.» Acepté la oración, aunque yo seguía firme de que el diablo no me tocaría. Sin embargo, al salir de ahí empece a sentirme muy mal. La garganta me ardía como en fuego y sentía el cuerpo cortado como por fiebre. Al día siguiente me levanté muy mal. Fui al congreso, pero después de ahí me tuve que ir a acostar, ya que no aguantaba el malestar. Mientras trataba de descansar, tuve un sueño en el que me veía peleando con un león y lo vencía. Y luego con otro, y otro más. En ese momento me desperté agotada por tanta lucha, y le dije al Señor: «¿Qué es esto? ¿Por qué tantos leones, Señor?» Entonces me dijo el Espíritu Santo: «Porque la potestad es un león, y está asentada sobre un monte, y su nombre es Nuevo León, y devora reinas y doncellas.» Al oír esto me incorporé, ya que no se trataba de un sueño común sino algo de Dios. Luego el Espíritu añadió: «Hija, ¿adónde atacan los leones?» Y yo le contesté: «A la garganta, Señor.» En ese momento fue clarísimo que Dios me estaba diciendo que había sido atacada por esa potestad. Mi pregunta al respecto fue: «¿Por qué me tocó, si la palabra dice "... el maligno no le toca"?»

El Señor entonces me mostró mi armadura. Mis ojos espirituales fueron abiertos y la vi como un gruesísimo caparazón de vida divina que me rodeaba. Era algo glorioso, medía como un metro de espesor y resplandecía como fuego. Pero tenía un agujero como el hoyo de ozono de la atmósfera; así se veía.

Entonces el Señor me dijo: «Mira lo que hiciste; ese agujero se hizo hace dos días, cuando te enojaste contra aquel hermano. Tu armadura era impenetrable e invencible, pero tú la perforaste.»

Me puse a llorar. En lo natural quizás todo se había arreglado en unos minutos, pero en lo espiritual había hecho un daño

que se tomaría su tiempo resarcir.

«¿Cómo se repara, Señor?», le pregunté. Y me contestó: «Dejando fluir mi vida. Y cada vez que emane de ti, se irá rellenando hasta que se vuelva a restaurar, pero esto no es inmediato. Tu armadura era muy fuerte.»

¡Qué lección tan dura y tan clara! Nunca olvidaré ni la visión de esa armadura perforada, ni el zarpazo de aquel león que tardó tanto en sanar.

Las armas

Son famosas las armas de la oración intercesora, el ayuno y el decretar la palabra escrita como parte de nuestra artillería de guerra. Sin embargo, hay muchas armas que el Señor está revelando en este último período de la Iglesia, caracterizado por la *batalla espiritual*.

La revelación vino a mi durante la toma de Cartago, en Costa Rica. Dios me había mostrado que teníamos que profetizar una palabra del libro de Ezequiel, desde lo alto del volcán Irazú.

Como mencioné anteriormente, hablando de las fortalezas militares y de los tronos, Dios había declarado por medio de profecía que el principado sobre Cartago se llamaba «Príncipe de Egipto».

Veníamos bajando la cuesta del volcán después de la impresionante batalla que se sostuvo en el cráter, cuando llegamos al lugar idóneo para continuar la guerra. Estábamos todavía bastante alto y se veía en forma majestuosa todo el valle de Cartago. A nuestros pies el volcán parecía haberse vestido con un manto de tupidas florecillas amarillas. No podía haber sido más bonito aquel sitio. Desde que salimos de la capital, el equipo de danza del Centro Cristiano de San José (la congregación que pastorea el Dr. Rony Chaves) nos había prestado dos espadas de plástico, que las usaban para las representaciones teatrales. Las llevábamos para usarlas como «Extensores de fe». «Una espada de plástico no puede hacer nada contra el diablo», es lo que la lógica nos diría, pero para un guerrero lleno del Espíritu Santo el sostener un arma simbólica en las manos le hace sentir la verdadera espada que tiene en sus manos: la invisible e invencible «Espada de Jehová», y lo lleva a pelear con un énfasis mucho

más poderoso. Vuelvo a repetir, es tan solo una forma de expresión más viva, y no un símbolo que tenga algún poder en sí mismo. Además, la espada no se convierte en un arma celestial de enorme poder, sino que sigue siendo un inofensivo juguete, fabricado con el más barato y flexible de los plásticos.

Cuando unguimos al ejército, Dios había profetizado una espada refulgente que venía a las manos de una hermana llamada Lidia, y una hoz para otra guerrera de frágil apariencia, pero de corazón de acero, llamada Olguita. Así que a ellas dos les di las espadas de plástico, para que soltaran con poder las armas que, de verdad, Dios les había dado, y que no se veían con nuestra vista natural.

Cuando me bajé del Jeep en que veníamos, me di cuenta de que se habían olvidado una, ya que una de las espadas estaba a mi lado. Así que la tomé, sabiendo que me sería útil cuando decretara la palabra profética. Teníamos que profetizar desde lo alto del volcán los capítulos del 29 al 32 del libro de Ezequiel, pero lo que cambió toda mi visión de las armas fueron los versículos 11 y 12 del capítulo 32, donde decía: «Porque así ha dicho Jehová el Señor: La espada del rey de Babilonia vendrá sobre ti ... y destruirán la soberbia de Egipto.»

Mientras lo decretábamos, llenos del Espíritu y a voz en cuello, levanté la espada que tenía en la mano y una unción poderosísima cayó sobre mí. Sentí que lo que tenía en las manos no era un arma de plástico sino que, de verdad, Dios estaba poniendo en mis manos un arma sobrenatural, un arma profética que Él había forjado especialmente para destruir al Príncipe de Egipto. Mientras profetizaba, agitaba la espada con la absoluta convicción de que estaba haciendo un daño profundo con esa arma, y que su aparentemente inexistente filo era más cortante que una navaja de afeitar, y que estaba causando destrozos en el mundo espiritual.

Era una sensación nueva, un poder que nunca antes había sentido en batalla: el sostener entre las manos un arma poderosa que Dios me estaba dando. Lo más maravilloso de todo fue que mientras guerreábamos, mi vista recorrió el comando, y cuál no sería mi sorpresa al ver que Olguita y Lidia tenían cada una su propia espada en la mano. Dios había puesto en mis manos, con la misma inocente apariencia de las otras dos, una tercera espada. ¡Qué gran verdad es la frase, tan repetida, de que

«las apariencias engañan» y la gente se reiría, seguramente, de vernos blandirlas! Pero de algo estoy segura: Satanás no se estaba riendo, sino que temblaba de terror al ver el arma real que se escondía tras el plástico. *Tenía en mis manos una espada sobrenatural, «la espada del rey de babilonia».*

Esto fue notorio para todo el Centro Cristiano, que sabía que solo nos habían dado dos espadas; pero aquí Dios empezó a tejer una revelación maravillosa sobre *las armas proféticas de los últimos tiempos*. Esta revelación fue manifestándose hasta estallar en una increíble verdad al llegar el congreso de intercesión de Cartago. En una de las sesiones que me tocaba predicar, simplemente no pude entrar en el mensaje que llevaba preparado, por la unción tan poderosa que empezó a descender. Solo podía profetizar y soltar todo lo que el Espíritu estaba trayendo a mis labios de manera vertiginosa. De pronto dijo: «He aquí, yo estoy quitando la cubierta de Judá, y estoy abriendo la Casa de Armas del Bosque.»

Históricamente, la Casa de Armas del Bosque era el edificio que el rey Salomón mandó edificar para poner las armas reales. Se llamaba de esta manera porque estaba construida espléndidamente, con una infinidad de maderas preciosas del bosque del Líbano. En aquel momento Dios me reveló la casa de armas de los cielos, y estaba llena de las armas más inverosímiles. Cada una tenía un uso específico para demoler fortalezas, para destruir los enemigos más terribles. Era algo glorioso lo que estaba viendo. Por eso me había dado un arma profética: «La espada del rey de Babilonia.» Era un arma del arsenal de Dios. Era la espada de Dios que un día había puesto sobre Nabucodonosor para destruir a Egipto. Y ahora nos la estaba dando a la Iglesia. En aquel momento, el auditorio se llenó de ángeles que empezaron a sacar las armas y a repartirlas en abundancia sobre todos los que las quisieran. Había martillos poderosos, carros de fuego, escudos enrojecidos de fuego encendido, escobas con dientes desgarradores, lanzas refulgentes, látigos, garfios, armaduras de oro brillante, arcos de bronce, flechas relumbrantes, hachas. Dios estaba dotando de *un nuevo poder de guerra* a su pueblo. ¡Gloria a Dios!

Si ha seguido las páginas de este libro hasta aquí, dudo que se tomen a broma lo que acabo de relatar. Pero quizás suene tan increíble, tan fantástico o tan irrealmente maravilloso lo que

sucedió que quizás usted piense que mi imaginación me jugó una mala pasada. Tiene toda la razón, y usted posee toda la libertad de creerme o no, y hasta de reírse. Pero, si yo fuera usted no lo haría. Al igual que dice Santiago, respecto a si los demonios creen o no creen en Dios, eso afirmo respecto a las armas: las huestes del mal saben que son reales, y más de uno las ha sentido antes de desaparecer en el abismo. Yo solo le digo de esas armas: «Los demonios creen (en ellas) y tiemblan.»

La Biblia menciona todas estas armas que ahora podemos usar para hollar serpientes y escorpiones, *y sobre todo el poder del enemigo, y nada nos dañará*. Quizás no vendrán físicamente, como vino a mi mano aquella espada, pero serán igual de reales y terribles. Yo creo que Dios lo hizo así en aquel momento para confirmarnos la obra que desataría, y para que no dudáramos al enfrentarnos a aquellos temibles principados. Pero por fe recibimos, por fe andamos y por fe nos movemos.

Sin hacer un estudio exhaustivo, aquí expongo algunas de las armas que podemos decretar proféticamente para destruir al enemigo.

Armas proféticas

- Martillo. Jeremías 51.20: «Martillo me sois, y armas de guerra; y por medio de ti quebrantaré naciones.»
- Escudos enrojecidos (al rojo vivo) y carros de fuego. Nahúm 2.3: «El escudo de sus valientes estará enrojecido, los varones de su ejército vestidos de grana, el carro como fuego de antorchas; el día que se prepare, temblarán las hayas.»
- Cuernos y uñas. Miqueas 4.13: «Levántate y trilla, hija de Sión porque haré tu cuerno como de hierro, y tus uñas de bronce y desmenuzarás...»
- Látigos, fragor de ruedas, caballo atropellador, carro que salta y lanzas. Nahum 3.2,3 : «Chasquido de látigo, y fragor de ruedas, caballo atropellador, y carro que salta; jinete enhiesto, y resplandor de espada, y resplandor de lanza; y multitud de muertos, y multitud de cadáveres; cadáveres sin fin, y en sus cadáveres tropezarán.»
- Espada. Ezequiel 32.11: «Porque así ha dicho Jehová el

Señor: La espada del rey de Babilonia vendrá sobre ti.»

- Garfio y freno. Isaías 37.29: «Porque contra mí te airaste, y tu arrogancia ha subido a mis oídos; pondré, pues, mi garfio en tu nariz, y mi freno en tus labios, y te haré volver por el camino por donde viniste.»
- Escobas de destrucción. Isaías 14.23: «Y la convertiré en posesión de erizos, y en lagunas de agua; y la barreré con escobas de destrucción, dice Jehová de los Ejércitos.»
- Trillo lleno de dientes. Isaías 41.15 «He aquí que yo te he puesto por trillo, trillo nuevo, lleno de dientes; trillarás montes y los molerás, y collados reducirás a tamo.»
- Arco y saetas ardientes. Salmos 7.12-13: «Si no se arrepiente, él afilará su espada; armado tiene ya su arco, y lo ha preparado. Asimismo ha preparado armas de muerte, y ha labrado saetas ardientes.»
- Arietes y hachas. Ezequiel 26.9: «Y pondrá contra ti arietes, contra tus muros, y tus torres destruirá con hachas.»

Armas de intercesión

Además de la oración ferviente de los creyentes, la alabanza, la adoración y la danza de guerra, hay cierto tipo de oración de alabanza, de expresión corporal que es una verdadera arma ofensiva en contra del enemigo. A este tipo de oración es que me referiré, ya que en cuanto a la alabanza y la danza considero que hay mejores ministerios que yo para hablar de ello.

- Hollar con los pies. El acto de hollar se parece mucho al de marchar, solo que es más agresivo. Mientras que la marcha delimita un territorio, el hollar va aplastando y destruyendo el poder del enemigo bajo nuestros pies. El diccionario define este término como: abatir y humillar, pisoteando bajo los pies. Jesús dijo: «He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará.» Lucas 10:19
Una alfombra se pisa, pero un escorpión se holla. Cuando penetramos un lugar terriblemente satánico para tomarlo para Cristo, entramos hollando, creyendo que nuestros pies en Cristo Jesús son sus mismos pies de bronce bruñido que van destruyendo al diablo.

- **Gritar.** El grito es algo sumamente poderoso en el mundo espiritual, ya que encierra en sí mismo una autoridad y un temor que sujeta a los espíritus. Anímicamente podemos darnos cuenta de esto cuando, por ejemplo, alguien nos grita con autoridad. Inmediatamente nos sentimos muy mal, el alma es afectada y hay un poder que es muy difícil resistir. Si esto sucede a nivel del alma, a nivel espiritual es mucho más radical; sobretodo porque el enemigo no va a escuchar la voz de hombres cuando gritamos, sino la misma voz de Cristo que envuelve el resonar de nuestra voz. Jeremías 51.14, hablando del juicio sobre Babilonia, dice: «Jehová de los ejércitos juró por sí mismo, diciendo: Yo te llenaré de hombres como de langostas, y levantarán contra ti gritería.» ¿Qué le importaría a un imperio como el babilónico que le gritara un montón de gente, sino fuera porque es algo sumamente poderoso que Dios quiere que nos demos cuenta? Jeremías 50.46 dice: «Al grito de la toma de Babilonia la tierra tembló, y el clamor se oyó ente las naciones.» Una de las guerras más poderosas que Dios nos ha permitido organizar fue una batalla a nivel nacional en toda la república mexicana. Participaron grupos de guerra de cada estado, y de cientos de poblaciones que por siete días rodeamos nuestras ciudades. Esto se hizo simultáneamente en todo el país; y el último día dimos siete vueltas. Como conclusión, cada equipo en la plaza central de su ciudad gritamos un shaback de victoria, a la misma hora en toda la nación. Fue tan potente el grito en las regiones celestiales que el volcán Popocatepetl se activó en ese momento, y las cabezas de corrupción de nuestro país empezaron a caer desde ese día. (Shaback significa «grito de victoria» y «grito de adoración»). Fue el grito que dio Israel cuando tomaron Jericó).
- **Batir las manos.** Este es un arma de guerra que la vemos mencionada en Ezequiel 6.11: «Así ha dicho Jehová el Señor: Palmotea con tus manos, y golpea con tu pie, y dí: ¡Ay, por todas las grandes abominaciones de la casa de Israel! Porque con espada y con hambre y con pestilencia caerán.» Cindy Jacobs dice que el batir las manos es un arma poderosa para romper yugos.

- **La risa.** Quiero transcribir del libro Conquistemos las puertas del enemigo, de Cindy Jacobs, una parte de lo que ella ha experimentado en este sentido:

«El arma de la risa es extremadamente poderosa, y hasta necesaria como manifestación de la intercesión. Como intercesores, podemos agotarnos fácilmente por causa de la gran cantidad de graves problemas y necesidades que se nos presentan cada día. En la alabanza intercesora, la risa tiene básicamente dos funciones:

- Protección personal y salud emocional.
- Guerra directa en contra de Satanás y sus fuerzas.»

Protección personal y salud emocional

«Los intercesores me han relatado que a veces se sienten abrumados y sobrecargados por causa de los pedidos de oración que reciben. La risa es una forma importante de defensa en contra del abatimiento del ánimo en la intercesión. Puede ser que sueñe extraño, pero creo que el Señor me ha dotado de la capacidad de reírme aún en medio de severas crisis, de manera que la situación no me resulte devastadora.

¿Cuál es la relación entre la risa y la alabanza intercesora? La risa destruye el poder que tiene el enemigo para deprimir y oprimirlo cuando se encuentre en el fragor de la lucha. La depresión diluye su fuerza espiritual. Estudios seculares han demostrado que la risa funciona como un medicamento. La risa profunda oxigena la sangre y produce cambios físicos positivos.

Guerra directa en contra de Satanás y de sus fuerzas

En una situación de guerra, la risa se burla del enemigo. El Salmo 37.12,13 dice: «Maquina el impío contra el justo, y cruje contra él sus dientes; el Señor se reirá de él; porque ve que viene su día.»

La risa es sin duda una de las provisiones para nuestra fuerza espiritual más importante. No en vano dice la palabra: «El gozo del Señor mi fortaleza es.»

Cuando peleábamos en Cartago, fuimos increíblemente fortalecidos por una unción de risa que nos acompañó todos los días que duró la batalla. Al llegar la noche, cuando íbamos en los autos, Dios siempre ponía un motivo para soltar la carcajada limpia. Hubo noches en que teníamos casi que pedir clemencia del dolor de estómago que nos daba el reír tan vigorosamente. Esta risa venía de Dios y nos llenaba de fuerza, no sólo espiritual sino física también. Lo mismo nos sucedió cuando ascendimos al Popocatepetl. Teníamos que subir a las tres de la madrugada y no habíamos podido dormir ni un minuto por causa de la guerra. El Señor soltó sobre nosotros una unción de risa tan poderosa que fue lo que nos capacitó para escalar un volcán de 5400 m., sin tener ninguno de nosotros condición física para eso.

Todo ministerio de guerra tiene que aprender a reír. Los que se dedican a la liberación debieran ser los que más ríen, porque el diablo es terriblemente humillado y rebajado cuando los hijos de Dios nos reímos en su cara.

CAPÍTULO 20

En los cielos se tocó la trompeta

CREO QUE ES IMPORTANTE, para todos los que inician este tipo de guerra territorial, saber que toda gran estrategia empezó por alguien que simplemente creyó.

A veces creemos que necesitamos ser grandes ministros para empezar algo, pero eso no es cierto. Tenemos la idea errónea, que si no sabemos todas las cosas, nos vamos a quedar a la mitad del camino. Pero lo cierto es que Dios no necesita expertos para iniciar una obra sino *creyentes*, esto es gente de fe que crea que Dios todo lo puede hacer, y que crea que su obra depende de Él y no del hombre.

Estamos al principio, es cierto, de un mover de guerra sin precedentes, un manto profético que está descendiendo sobre la faz de la tierra, el cual no había venido de esta forma nunca antes en la historia. Somos pioneros de un nuevo poder y de una nueva revelación del Espíritu Santo.

Para muchos, todo mover «nuevo» implica un gran temor. Prefieren esperar a ver qué hacen los demás para después entrar. Amén. Lo importante es que entren, no cuándo entren.

Esto ha sido el patrón que se ha visto a través de la historia. Gente valiente y entendida que recibe algo del Espíritu y lo lleva a la práctica; y gente del mover anterior que se opone radicalmente porque lo que habían recibido era, según ellos, suficiente.

Esto se vio con el bautismo en agua, con el derramamiento del Espíritu Santo en la calle de Azuza, el hablar en lenguas, los dones del Espíritu, los ministerios de liberación, la danza y las artes, y ahora con la guerra territorial. Todos estos movimientos tuvieron pioneros y tuvieron opositores.

Como dice El Dr. Rony Chaves, haciendo referencia al célebre Don Quijote: «¡Los perros están ladrando, Sancho, es señal de que vamos cabalgando!»

Si realmente somos temerosos de Dios, Dios nos va a guardar de cometer errores. Si estamos ejercitados en la oración y en el silencio donde se escucha su voz, Él nos va a dirigir. Pero recordemos siempre que: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11.12).

Me gustaría compartirle cómo fuimos lanzados a este gran mover. Cómo nació todo. Quizás Dios lo esté llamando a tomar su país, su ciudad o su barrio, y sé que estas palabras le serán de aliento e inspiración para dar el primer paso.

Todo empezó una noche en que, lleno del Espíritu Santo, el Dr. Rony Chaves predicaba un increíble mensaje profético. Era un reto tras otro para que nos atreviéramos a tomar la ciudad. Su voz salía con poder, y entre una frase y otra el Espíritu fue hilvanando una estrategia gloriosa para la toma de la capital mexicana.

Dijo algo que atravesó mi corazón como una lanza de fuego, y esto fue: «Si aquí hubiera una sola persona a quien el Espíritu pueda provocar para dar el primer paso, Dios tomará esta nación para Cristo. No se necesitan ejércitos de miles de personas sino treinta valientes, como aquellos menesterosos de la cueva de Adulam, que fueron la base del ejército más poderoso que jamás tuvo Israel. Treinta que junto con su Líder, el rey David sometieron a *todos* los enemigos del reino, y le entregaron a Salomón un reino de Paz. Dios necesita tan *solo treinta valientes que se atrean a tomar el reto*.

En aquel entonces nuestra iglesia era muy joven y quizás teníamos unas cincuenta personas en nuestras filas. Muchas más de las que necesitaba Dios para tomar la ciudad. El reto se volvió algo factible y algo que podíamos tomar en nuestras manos.

Mi hermana Mercedes que también tiene una linda congregación y sirve a Dios en Ministerios de Amor, un ministerio que

se dedica al rescate del niño de la calle, estaba también en el congreso y fue fuertemente impactada por estas palabras. A los pocos días me habló por teléfono y me dijo:

—He decidido tomar el reto y voy a organizar un convoy de coches para rodear la ciudad.

—¡Me parece maravilloso! —le dije—. Yo voy organizar reuniones de oración en toda la ciudad para esos días, y comandos de guerra para tomar los sitios más estratégicos.

Dios le reveló a su equipo de liberación que había columnas de iniquidad que sostenían la gran fortaleza. Eran centros de pecado donde estaban asentadas las potestades de gobierno satánico que eran la estructura, y el cimiento del poderío del príncipe de las tinieblas sobre México.

Empecé a estudiar la historia de México y encontré los planos más antiguos de la ciudad. Entonces comencé a cotejarlos con el mapa actual de la capital. El Señor nos mostró que había veinticuatro columnas. Que había cimientos principales y falsos muros, como en una casa. Veinticuatro es número de gobierno, y derribar estas columnas nos daría la victoria.

Había lugares terribles que debíamos tomar, como el mercado de Sonora, que es el mercado de hechicería que abastece de objetos de magia a gran parte de la república. Había otros inaccesibles, como la casa del Presidente, llamada «Los Pinos».

Unos lugares tenían que tomarse en la noche en que se darían las siete vueltas finales a la ciudad, mientras que otros debían ser tomados durante el día.

A través del ministerio de Guen Shaw, la famosa general de intercesión, Mercedes aprendió a pelear con banderas inscritas con versículos de guerra y de gloria para Dios. Así que se hicieron muchas banderas de diferentes colores, las que irían en los coches del gran convoy. Se hicieron también cientos de piedrecitas con La Palabra de Dios escrita en ellas. Esta servirían para delimitar el territorio que íbamos a tomar.

Todo estaba listo. La cita era cada madrugada, durante siete días consecutivos, a las 4:00 de la mañana. Hubo hermanos tan fieles que venían desde Cuernavaca para ser parte de la caravana (a 80 km. de la ciudad de México).

Cada noche la guerra se iba haciendo más intensa. Era como un muro invisible de poder que se iba levantando con cada vuelta; fortaleciendo y estableciendo el reino de los cielos.

La caravana parecía una flecha de fuego que atravesaba la ciudad. Íbamos con los intermitentes encendidos y con las enormes banderas ondeando en las ventanas de los autos. Era algo glorioso de ver. El orden del ejército estaba formado como el de la toma de Jericó: adelante venían los carros de alabanza, atrás de estos venían los de intercesión, clamando por el pecado de la nación y cubriendo al ejército de los dardos del diablo; luego venían los pastores en adoración, simbolizando la presencia de Dios en el Arca y eran los que derramaban el aceite todo alrededor de la ciudad. Al final venía el equipo de guerra espiritual, peleando a gran voz en contra de todos los demonios.

Hubo visiones de ejércitos de ángeles que venían cabalgando con la espada desenvainada encima de los carros. Y la última noche, todos los autos, sin excepción oímos el griterío de los demonios que habían quedado encerrados y que estaban en gran tormento.

Una de las madrugadas, uno de los ancianos de la iglesia se había despertado a interceder por el convoy como a las 2:00 de la mañana. Estando en oración, oyó los gritos desesperados de una endemoniada que gritaba por las calles. Se asomó por la ventana a ver qué eran estos gritos y oyó que el demonio gritaba a gran voz: «¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme, porque ya van a salir los carros y me están haciendo mucho daño!»

Llegó el penúltimo día, cuando teníamos que tomar los sitios de día. El más impactante fue, quizás, el mercado de brujos. Eran como las 6:00 de la mañana cuando entramos al lugar. Yo dirigía la operación, ya que era un lugar familiar para mí, debido al testimonio de santería de donde el Señor me sacó. Sabía que los brujos tenían escondida la potestad, y que no revelarían el escondite a cualquiera. Yo tenía un vago recuerdo de dónde estaba, así que procedimos a la búsqueda. Entramos siete pastores, mientras un grupo de intercesión rodeaba disimuladamente el mercado. Tras un rato de recorrer los pasillos, me di por vencida y decidí preguntar dónde se encontraba el llamado «Patrón de los Miserables». Los brujos son cautelosos y no contestan si sienten que se trata de un intruso o principiante; así que le pregunté en lenguaje de santero,

El brujo entendió mi pregunta y nos señaló el lugar. Nos dimos media vuelta para seguir sus indicaciones, cuando empezó

a manifestarse el demonio que estaba dentro de él, y muy apesadumbradamente empezó a decirnos: «Por favor, no destruyan a nuestro patroncito. Ustedes han venido a destruirlo. Por favor, no nos dejen sin nuestro patrón.» No cabe duda que el diablo sabe bien quién es Jesús, quién es Pablo y quiénes son los que le hacen daño. ¡Aleluya!

Ordenamos que cada puesto se secara y que no prosperara, y decretamos un juicio de salvación que les permitiera ver a esos siervos, cautivos por el diablo, el terrible error en el que estaban. Ordenamos confusión y frustración en las tropas y filas del diablo.

Caminábamos en medio de aquel *aquelarre*; casi no se podía respirar de la opresión demoníaca. Yo veía en el espíritu que parecíamos gigantes resplandecientes en medio de tanta oscuridad. De pronto, nos dieron aviso los de afuera, que los brujos se estaban organizando para atacarnos, y que ya habían matado un gallo para contrarrestar lo que habíamos venido a hacer.

No perdimos tiempo; tomamos el fruto de la vid para derramar la libación y sanar la tierra y romper los pactos, y así lo hicimos. Desde la noche anterior yo estaba temiendo que el diablo podría manifestarse físicamente, como lo había ya hecho en aquel mismo lugar años antes, cuando estuve metida en la magia.

No se me olvidaría nunca aquella experiencia, años atrás, en que conocí al «Patrón de los Miserables». Lo habían llevado «a comer» aquel día. Esto es, a hacerle sacrificios de sangre. Así que el nicho donde ponen la imagen estaba vacío. Había ido con mi brujo, el cual me contó la terrible descripción de este ídolo. Me dijo: «Es un niño que no tiene ojos, y de las cuencas vacías le escurren dos chorros de sangre; es muy impresionante verlo.»

En aquella oportunidad, cuando salimos del mercado —y justo antes de meterme al coche— el brujo que me guiaba me dijo, horrorizado: «¡Mira lo que hay detrás tuyo!» Me di la vuelta y, a mis pies, donde segundos antes no había nada, se encontraba un hombre andrajoso, tirado como muerto en la calle a unos pocos centímetros de mí. Me quedé paralizada, entonces el brujo me dijo: «Mira su rostro.» No tenía ojos, y de las cuencas vacías corrían dos chorros de sangre.

Me quedé sin habla, sin saber que hacer. De pronto, nos dijo: «¡Ha llegado el tiempo en que venga por lo que me pertenece!»

Ahí empezó la persecución a muerte que culminaría con mi intento de suicidio y mi encierro en el hospital de siquiatria.

La noche que precedió a la toma del mercado de brujos, admito, sentí mucho miedo. Nunca había regresado a aquel lugar, después de aquel encuentro con el diablo. Ahora volvía con la espada de Jehová en mi mano, para destruirlo. Pero tuve que orar mucho para superar ese terrorífico recuerdo.

Una vez que rompimos los pactos, sin pensar mucho mi vista se dirigió a un enorme basurero asqueroso que se encuentra al fondo del mercado. Ahí estaba él, con las mismas ropas andrajosas, pero ahora arrinconado y sin fuerza —como atado y sin voz— totalmente derrotado. Me le quedé viendo sin ningún temor y con un profundo desprecio. Ahora estaba totalmente convencida de que habíamos vencido. No perdimos mucho tiempo, ya que el contraataque se estaba fraguando y teníamos que salir de ahí cuanto antes. Nos subimos a los autos rápidamente, dejando atrás al fracasado ejército del diablo, que nada nos pudo hacer. ¡Gloria a Dios!

Dos días después de que terminamos la gran guerra, tuvieron que cerrar las calles alrededor del mercado de Sonora, porque se agarraron todos los brujos en un pleito sin precedentes, en el cual muchos de ellos resultaron heridos. Supimos también que en el segundo ataque que hicimos a ese lugar, meses después, el jefe de los brujos cayó enfermo de muerte y que no había hechizo que lo pudiera sanar. Su hijo se había convertido y lo estaba tratando de evangelizar, pero sin ningún resultado positivo. Desgraciadamente, con el tiempo nos enteramos de su fallecimiento, sin Cristo.

Después de la toma de ese sitio hemos tenido noticias de muchos brujos y santeros que han venido a los pies de Cristo.

«¡El evangelismo efectivo en las zonas fuertemente tomadas por el diablo, sólo se logrará a través de la batalla territorial!»

Otro de los lugares que me impactaron de aquella guerra contra las columnas de iniquidad, fue el Templo Mayor. Habíamos hecho un estudio de todos los dioses que se habían adorado en aquel lugar, y se fue reprendiendo uno por uno, rompiendo todos los pactos que hubieran hecho sobre nuestra nación. No éramos muchos, cada equipo de comando tendría unos doce miembros, ya que la gran mayoría de los guerreros estaban en los coches dando las siete vueltas, así que en aquella enorme explanada las voces de doce personas no podían hacer gran escándalo. Esto lo digo porque, al estar reprendiendo, se empezó a formar una nube de murciélagos que salieron chillando como un gran remolino, perdiéndose en el cielo.

Nosotros sabíamos que esos animales eran la manifestación visible de lo que estaba sucediendo en el ámbito espiritual. Pero el diablo no dejó las cosas ahí. En cuanto terminamos de orar aparecieron, de la nada, dos perros ladrando como rabiosos que se nos vinieron encima.

Gracias a Dios, yo sabía que al final de toda ceremonia de brujería se tiene que hacer una ofrenda al diablo. Según ellos, «para que no estorbe la obra que se le ha encomendado a los “espíritus buenos”». (Así se cree de los demonios; un vil engaño.) El diablo viene, entonces, en forma de perro, que es una de sus más feroces formas de aparición, y se come la ofrenda. Este espíritu satánico recibe el nombre de «Exu» y es muy temible y respetado entre los brujos por su fiereza y maldad.

Cuando vi los perros enfurecidos, el Señor me reveló que era precisamente una manifestación de este espíritu. Así que los reprendí con toda autoridad, por su Nombre. Al instante se detuvieron en seco y se fueron gimiendo a meterse abajo del muro de tablas de una construcción.

Tomamos también el Palacio de Justicia y la casa del Presidente. Dios proveyó una hermana que trabajaba en el servicio de la Casa Presidencial, la cual ungió toda la casa. Un mes más tarde, el presidente estaba dando una comida en esa casa a mil pastores evangélicos, y por primera vez en la historia se predicó abiertamente un sermón lleno del Espíritu Santo en la Casa Presidencial. También desde entonces han venido reformas radicales en el ámbito de la justicia, y muchos jueces corruptos fueron

relegados de sus puestos.

En algunos lugares le pedimos a Dios que nos hiciera invisibles, ya que para llegar al lugar preciso era difícil, pues estaba custodiado por la policía. Tal fue el caso del Monumento a los Niños Héroes, también conocido como Altar de la Patria, y algunos sitios estratégicos de Teotihuacán.

Sería demasiado largo narrar todo lo que pasó en cada columna, así como la experiencia que se vivió en cada uno de los coches. Lo importante es que, al final, ya en la mañana, todos los equipos de guerra nos unimos para orar en el Zócalo, que es la plaza central de la ciudad de México.

Estábamos esperando la entrada triunfal de los coches, ya que darle siete vueltas a México tomó más de ocho horas, yendo a toda velocidad. Nos tomamos de las manos y empezamos a adorar a Dios. Su promesa había sido: «Borrarás los nombres de sus dioses de debajo de los cielos y nadie te hará frente.» La policía estaba paralizada; nadie se atrevía a acercarse a nosotros y mucho menos a interrumpir. El Señor gobernaba en toda su plenitud.

Por medio de radios nos comunicábamos con los coches. El momento se acercaba. La hora que habíamos estado esperando por siete días de oración —y por años de opresión— estaba a punto de suceder. Sabíamos que en el instante en que penetraran las murallas de la gran fortaleza caerían, y que el ejército de Dios tomaría la tierra.

Todavía lo recuerdo, y aún al escribir se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas, de la emoción tan increíble que fueron esos minutos. A lo lejos se empezaron a ver desde la Avenida 5 de Mayo, que desemboca en la plaza, las banderas ondeantes y las luces intermitentes, como un enorme carro de fuego. Más que en lo natural, era el fuego de la gloria de Dios que venía encima de ellos. Resplandecían como una antorcha de victoria, la que venía a incendiar el gran fuego que nunca dejaría de arder en nuestra ciudad. Primero entraron cientos de ángeles que daban vueltas sobre nosotros, y mientras revoloteaban, empezamos a oír el sonido de las bocinas y de las trompetas de victoria.

Todos estábamos llorando ante tal presencia del Espíritu Santo. De pronto entraron, como una armada investida de la luz de Cristo, cerca de cien coches con banderas de colores, mientras cánticos de alabanza rodearon toda la plaza. Estábamos postrados en adoración y júbilo; cántico nuevo y toda expresión de exaltación a Dios.

Se bajaron de los autos y, corriendo con los estandartes y blasones, se unieron a nosotros. Éramos un mismo cuerpo, todos una sola iglesia, un solo sonido de alabanza. Entonces habló el Señor y dijo:

«He aquí nunca más esta tierra será llamada México, el ombligo del mundo, sino "Moshah-Elohim", lugar sobre el cual mi trono es asentado.»

El lugar se llenó de la gloria de Dios como una lumbrera resplandeciente; hasta hoy de continuo se sigue predicando el Evangelio en esa plaza, cosa que antes no era posible. Todos esperábamos el cumplimiento de la promesa. Dios nos había dicho que Él descendería de los cielos a quebrantar la fortaleza y que la señal sería que la tierra temblaría.

Eran las diez de la mañana cuando vino el primer temblor. A las siete de la tarde el segundo, el cual sacudió no sólo México. La repercusión de la caída de las murallas fue tan fuerte que se sacudió al mismo tiempo Egipto, Grecia y Taiwan. Al día siguiente los encabezados de los diarios decían: «¿qué está pasando? Tembló toda la tierra.»

¡Aleluya, gloria a Dios!

Desde entonces, muchas cosas han pasado. Miles de personas están viniendo a Cristo. Muchas iglesias tradicionales han recibido el bautismo en el Espíritu. El mover de guerra en México está siendo ejemplo para muchas naciones. Hemos escuchado el sonido de la trompeta de guerra del Señor y no pararemos hasta ver conquistada nuestra nación.

Estamos tomando pasos cada vez más fuertes y definitivos para destruir las esferas de cautiverio que encarcelan a millones de mexicanos. Hay algunos de ellos en los que nos hemos vistos desprovistos de toda habilidad humana para conquistarlos, como lo fue la toma del Popocatépetl; una experiencia que no solo cambió la vida de todos los que subimos y de

todos los que participaron en la guerra, sino que sabemos que traerá grandes cambios a nuestro país.

«Estuvimos frente
a las puertas del infierno.»

Hay retos que para algunos de nosotros nos es imposible hacer, pero así como Moisés salió de Egipto no temiendo la ira de faraón, sino como viendo al Invisible, Dios nos puso frente a lo inalcanzable para ver su gloria.

Como dice Rony: «Si quieres ver lo que nunca has visto, haz lo que nunca has hecho.» En noviembre de 1994, en el Congreso Mexicanos en Victoria, él mismo decretó que se tenía que subir al Popocatepetl a destruir el trono del diablo. No fue casualidad que, al escuchar esto, Satanás activara el volcán para proteger su trono. Pero en la iglesia nos pusimos a orar.

Una tarde, regresando del Perú, mi avión pasó junto a esa gran masa volcánica y oí la voz del Espíritu que me decía: «Es el tiempo de tomarlo.» Hicimos todos los preparativos y acentuamos la oración. La guerra sería difícil y el trono de las tinieblas se había fortalecido con fuego.

Este era el reto profético más intenso que habíamos tomado hasta ahora. La vida de todos los guerreros dependía de la precisión de nuestro oído espiritual para escuchar la voz de Dios.

Para subir a un volcán en actividad, vedado por las autoridades y por los volcanólogos —y donde Satanás tenía el dominio de Quetzalcoatl y de la idolatría— se requería estar absolutamente seguro de haber escuchado la voz de Dios.

Cientos de personas habían sido sacrificadas para darle el poder a la Guadalupana y a la puerta de fuego del infierno (nombre que llevaba el cráter). De un lugar del cráter, llamado «El Espinazo del Diablo», se extraía el fuego simbólico año a año, el cual arde perpetuamente frente a la imagen.

Una de las acciones de este trono demoníaco era decapitar hombres, lo cual se sigue haciendo hoy, clandestinamente, en la ciudad de Cholula, a los pies del Popocatepetl. Espiritualmente, esto explica el vacío del liderazgo en nuestro país y la fuerte influencia del matriarcado.

Millones de mexicanos estaban atados por los pactos que se

habían llevado a cabo en este lugar, por lo que teníamos que subir a deshacerlos.

Fue una lucha feroz en contra de las mentiras del diablo. Satanás trató de persuadirnos, enviándonos volcanólogos que nos hablaban de todos los peligros que representaba subir al volcán. Nos dijeron que temblaba dieciocho veces al día, a más de 7° en la escala de Rieghter, que salía ácido quemante de la tierra, que en todos lados había grietas de donde salían gases mortales.

Pero Dios nos decía: «¡Es el tiempo de subir!» El diablo nos mandó también alpinistas que nos contaban todas las formas de muerte en las montañas, desde cómo se congelaba la sangre hasta los paros cardíacos e insuficiencias renales que mataban ahí mismo a la persona.

Tres días antes me llamaron los pastores de una ciudad vecina al volcán, para decirme que suspendiéramos el ascenso por que la radio había dicho que haría erupción justo en la fecha que teníamos programada. Pero Dios seguía diciendo: «Es tiempo de subir.» Nos negaron los permisos gubernamentales para penetrar la zona acordonada de protección, pusieron patrullas de policía bloqueando el camino y cerraron con candado la carretera que sube al Popocatepetl.

Ya desesperado, el diablo nos mandó decir que ese mismo día subiría clandestinamente un grupo de rock para dedicar su nuevo disco a Satanás. Pero Dios seguía diciendo: «¡Es tiempo de subir!»

Todo parecía estar en contra. Quince días antes el diablo trató de engañarme con un dolor punzante y continuo en el corazón, con dolor en los riñones y con un fuerte dolor en las piernas. Pero yo sabía que no era cuestión de condición física. Solo dos cosas nos subirían a la cima: que Dios dijera: «Suban», y que el poder del Espíritu Santo nos transportara hacia arriba. Bajo ninguna otra circunstancia lograríamos un ascenso a 5400 m de altura.

Llegó el día. Teníamos que subir de noche, para empezar a escalar a las 3:00 de la mañana. Dios nos había advertido que nos cuidáramos de los *tepehuanes* y *shamanes*. Los primeros son los espíritus guerreros que cuidan los cerros; los segundos son brujos que se transfiguran en animales.

Empezamos la ruta en el coche Rony, otros dos guerreros y yo. Los demás hermanos que participarían en la batalla se

habían adelantado para instalar el campamento. Como la guerra iba a ser intensa, nos organizamos con los pastores de Puebla, para que tuvieran veladas de oración en todos los pueblos al borde del Popocatepetl. Los pastores de Cuernavaca, liderados por el pastor Jacobo Mondragón y mi hermana Mercedes, conducirían la caravana de coches que rodearía los volcanes, cancelando todo pacto en las poblaciones circundantes y liberando de cautividad a sus habitantes. Otro grupo velaría desde el campamento en Paso de Cortés hasta las faldas del volcán; y un último grupo guerrearía en la Villa de Guadalupe, para romper el cinturón de fuego que la unía al poder del Popocatepetl. Había una unidad imponente entre todos los equipos de batalla, y algunos vieron a los ángeles tomar sus posiciones para la guerra.

La subida fue francamente tétrica. El cielo retumbaba con una tremenda tormenta eléctrica y de granizo. Las presencias de tepehuanes y shamanes en todo el bosque que atravesamos ponían la piel de gallina. No dejábamos de orar y de reprender, mientras Rony iba guiando todo el camino.

Tardamos mucho en encontrar el refugio, lo que nos quitó la posibilidad de tener un pequeño rato para conciliar el sueño. Como a las 3:30 de la madrugada abandonamos la cabaña y nos dirigimos hacia nuestra meta. Orábamos con denuedo para que Dios se llevara a los policías, y que un espíritu de sueño profundo cayera sobre el guardia que bloqueaba el acceso a Tlamacas, a 8 km. del volcán. (Es lugar donde empieza el ascenso.)

Llegamos. El sitio estaba desolado, las patrullas se habían ido; solo la casa del guardián permanecía con luz encendida. Con mucho cuidado, quitamos uno de los postes que impedían el retomar la carretera a campo traviesa. Afortunadamente, el Señor nos iluminó para llevar *jeeps* y así pudimos pasar y alcanzar el camino asfaltado poco más adelante.

Avanzamos en la oscuridad hasta llegar al final de la carretera. Ahí nos bajamos y empezamos la gran guerra. Era hermoso ver al ejército de Dios. Todos llevábamos puestos efodes (corazas de satén), con los distintos colores del Tabernáculo, con los nombres de Dios escritos en letras doradas sobre ellos. En la cabeza llevábamos cintas moradas con letras de oro, con la leyenda «Santidad a Jehová».

A los pocos metros de empezado el recorrido nos salió al encuentro un grupo de toros, que mugían desesperados y

sumamente alterados. Atamos espíritus de shamanes y seguimos adelante. Sin embargo, ahí fue el primer ataque. Simultáneamente, Rony y yo sentimos un dolor fortísimo en el pecho, como si nos fuera a estallar el corazón.

Este era uno de los ataques que Dios nos había advertido que vendrían de parte del Iztlazihuatl, el volcán de la mujer dormida que yace junto a su desposado, el Popocatepetl. En una visión que el Señor mostró, la vimos como una mujer con el rostro ensangrentado y con un corazón palpitante en la mano. Ella estaba demandando nuestros corazones, pero nosotros sabíamos que el único poder que tiene el diablo es el de engañarnos, así que, pese al intenso dolor, seguimos adelante.

Durante todo el recorrido esto fue un aguijón en la carne con el que tuvimos que luchar. Satanás no dejaba de decirnos que nuestros corazones no resistirían, que estábamos viejos y que en cualquier momento estallarían. Ciertamente, nuestra fe fue probada hasta lo sumo, pero mayor y más fuerte era la voz del Señor que nos impulsaba.

A lo largo del camino íbamos encontrando todo tipo de figuras de serpientes, altares y un enorme trono diabólico formado por dos enormes piedras que se le conoce popularmente como «Los colmillos del diablo».

El espíritu de Talcael y de Calibuz, dos terribles espíritus guardianes, nos acechaban por todos lados, y de a ratos nos trataba de intimidar un espíritu de temor. En unas piedras estaba grabado, simbólicamente, el 666, las cuales canceló Rony. Íbamos adorando y pidiéndole fuerzas al Señor para subir. Era, realmente, un reto fortísimo, sobre todo porque no había nada de nieve en la ruta de ascenso, y todo el camino era ceniza suelta en la que se hundían los pies, haciendo muy pesada la subida.

El amanecer fue glorioso, como si se empezara a firmar en los cielos, como un pacto indeleble, el alba y el despertar de una gran victoria sobre nuestro país. Nos llenamos de gran gozo. Al norte la mujer dormida estaba vestida de una imponente majestad retadora, toda cubierta de nieve. El borde de sus vestidos parecía estar bordado por la neblina matutina que rodeaba sus faldas. A lo lejos, el pico de Orizaba y el volcán de la Malinche velaban como dos atalayas en sus torres, sin perder detalle del movimiento de los ejércitos que se alistaban en lo alto del firmamento.

Nosotros también los percibíamos: Miguel y sus ángeles se

alistaban para el combate. Dios nos lo había profetizado, y nuestro espíritu los sentía por todas partes.

Por otro lado, el convoy de autos había salido para empezar el recorrido de 500 km. alrededor de los volcanes. Iban todos ornamentados con grandes banderas desplegadas, con versículos de batalla y con las luces intermitentes encendidas. En varios tramos Dios les permitió ver su caballo de guerra cabalgando delante de ellos.

En el volcán, casi a la mitad del camino, nos dividimos. Destruimos los altares donde gran cantidad de consagraciones se habían hecho, y Rony siguió hacia arriba directamente. Al concluir el derribamiento de esas potestades y al romper esos pactos, hubo un temblor de por lo menos 7°. Todo el volcán se sacudía y rugía en su interior. Fue muy impresionante.

A medida que seguimos subiendo, el viento empezó a arreciar violentamente, al grado de tener que afirmarnos en la arena con los piolets, para que las ráfagas no nos arrastraran. Se sentía en los pies como un fuerte gruñido de la lava que se removía en el centro del volcán. Arriba, la fumarola salía con toda su fuerza. De hecho, ese día fue cuando la actividad telúrica y fumarólica se reportó más fuerte en los aparatos vulcanólogos.

Ascendíamos como transportados en un caballo de fuego, con gran ímpetu y velocidad, haciendo pequeñas paradas para retomar aire, cuando delante nuestro, todo a lo ancho del cráter, apareció un gigantesco dragón como de nube. Pero no era de nube, porque permaneció estático como veinte minutos, sin perder su forma, en medio de un ventarrón huracanado que inclinaba la fumarola, de manera que salía prácticamente horizontal y se perdía hacia el sudoeste.

Cuando vimos este fenómeno nos cubrimos con la sangre de Jesús y empezamos a guerrear contra él. Su rostro estaba dirigido hacia donde estaba Rony con otros tres varones que ya habían alcanzado el cráter, y de su boca salía una especie de fuego blanco. El Señor nos había dado la instrucción de que levantáramos las manos y que profetizáramos que rayos brillantes salían de nuestras manos. Nosotros lo hicimos en fe, aunque no veíamos los rayos. Lo maravilloso es que, desde abajo, desde Paso de Cortés, los guerreros vieron al dragón, y también veían muchos rayos que salían desde donde estábamos y herían al dragón.

Más tarde, los coches testificaron que habían visto muchos

rayos que se dirigían al cráter, justo a la hora exacta en que esto estaba sucediendo.

No solo era impactante ver esta materialización, sino que coincidía con el primer pacto hecho en el cráter del volcán. Según narran los historiadores, el primer ascenso lo efectuó un tal Chalchihuitzin, sacerdote del dios Mixcóhuati —serpiente de nube—, buscando propiciar la lluvia porque había gran sequía. Él se flageló en el borde del cráter, como sacrificio a esta deidad.

La guerra se intensificó más cuando Rony, guiado por el Espíritu Santo, ungió las flechas que por instrucción del Espíritu había llevado hasta la cima, y las enclavó en la tierra al borde del cráter, decretando que las hendía en el cuello del diablo. Luego sacó las flechas y uno de los cuatro varones que llegaron hasta el «Espinazo del Diablo» (borde inferior del cráter), las disparó contra el dragón, profetizando su total destrucción. En ese momento, el piso empezó prácticamente a hervir bajo sus pies, y vieron salir un montón de llamas de fuego de la tierra, y una nube de azufre los empezó a sofocar. Ahí Dios les habló que bajaran, y en ese momento empezó el segundo terremoto. Entonces Rony profetizó, lleno del Espíritu Santo, que lo que había estado tomado por tanto tiempo por el diablo, ahora sería llamado «Monte de Sión».

Nosotros seguíamos subiendo por otro camino, con gran entusiasmo, cuando vimos que la cabeza del dragón, sin deformarse en lo más mínimo, giró hacia donde nosotros estábamos. En ese momento le grité con todas mis fuerzas: «Nosotros te hemos vencido por la sangre del Cordero, por la palabra de nuestro testimonio y porque hemos negado nuestras vidas hasta la muerte.»

La guerra se intensificó aun más, ya que no solo era un dragón sino que salieron como seis más, materializándose en una nube negra que salió de la tierra y que vino directamente contra nosotros. La opresión demoníaca y la falta de oxígeno nos asfixiaba. Peleamos con todo el poder y la autoridad de Jesucristo, profetizando la palabra de Dios y extendiendo nuestras manos sobre ellos, para que los rayos de la potencia de Dios los desmenuzaran. Nuestra confesión era también que no nos podía tocar, porque estábamos escondidos en Cristo. Cuando estuvieron justo encima de nosotros, el brazo de Dios los deshizo en mil pedazos.

Pero todavía no habíamos terminado. Al fondo del valle se

levantaba, erguido, el gran volcán Iztlacihuatl, que se había armado con gran poder para defender a su amado Popocatépetl, tal como lo narra la leyenda.

Todo alrededor de la nevada mujer dormida, como también le llaman, había un enorme ejército de sombras negras con formas humanoides, que estaba siendo lanzado contra nosotros. Las nubes eran arrastradas a gran velocidad por el viento, pero estas siluetas negras no se movían. Levantamos un muro invisible entre los dos volcanes y arremetimos profetizando fuego de Dios, que las consumiera. Vino entonces un intenso calor del cielo, y en diez minutos derritió totalmente toda la nieve del Iztlacihuatl. Jamás en la historia se lo había visto sin nieve. El fuego descendió también sobre el Popocatépetl y la nieve que había empezó a derretirse a gran velocidad. El deshielo formó dos ríos turbulentos, de los cuales Dios nos guardó para que los cruzáramos sin riesgo durante el regreso.

Todavía arriba, y a unos cien metros de alcanzar la cima, apareció Rony por un lateral y nos ordenó que no subiéramos más y que bajáramos inmediatamente. Debo admitir que esta fue quizás una de las ordenes de obediencia más difíciles que he acatado en mi caminar cristiano, ya que todo mi ser estaba puesto en llegar a ese cráter, y faltaban unos pasos para lograrlo. Mi corazón se partió de frustración, pero entendí que había una poderosa razón para que Rony me diera esa orden, ya que yo sabía que su deseo era que yo también llegara al cráter. Con sumo dolor le di la instrucción de descenso a mi equipo y di el primer paso hacia abajo.

Mientras esto sucedía, el convoy de coches dirigido por mi hermana y Jacobo Mondragón iban tomando cada pueblo, en el largo recorrido (se oró por 400 pueblos y ciudades). Las iglesias los estaban esperando con gran alegría de espíritu, y se iban añadiendo autos a la gran caravana. Varios de los pastores de la alianza de Puebla también se unieron para seguir peleando la batalla, tras haber pasado toda la noche orando y velando.

Una de las partes que cabe destacar de la vivencia de los artilleros en los carros fue su llegada a Izucar de Matamoros. Cuando llegaron, la iglesia estaba cerrada. El pastor llevaba cuarenta y cinco años tratando de evangelizar la zona, sin mucho éxito. Les explicaron que en ese pueblo, desconocido para todos, había más de 200 prostíbulos y que la violencia era tal que ni

aun el gobierno podía garantizar la seguridad de los habitantes. El pastor había quedado paralítico y su fe agonizaba.

Fue entonces que el contingente de guerra entró a la pequeña y abandonada iglesia. Eran como unos 100 guerreros en plena batalla espiritual. El pastor no lo podía creer; era como un sueño para él, que por fin la respuesta del cielo había llegado. Rompieron todos los pactos demoníacos, reprendieron la parálisis del pastor, y junto con los pocos miembros alabaron al Señor y tocaron los cuernos de carnero en señal de victoria. Sabemos que algo muy fuerte sucedió en aquel lugar, y aquel pastor nunca más será el mismo.

La batalla estaba ganada, y como sello apareció, de la nada, un águila que volaba por encima del volcán, soltando la presencia de Dios sobre todos nosotros.

Al llegar al lugar llamado Las Cruces, rompimos todos los pactos de idolatría y de matriarcado que estaban reinando sobre ese lugar. Después, todos nos quitamos los efodes y cada uno, decretando una profecía sobre México, los fuimos echando por tierra. Luego los cubrimos con doce piedras, los ungimos y adoramos a Dios consagrando el volcán para su gloria.

Los que estaban abajo vieron una enorme paloma blanca que revoloteaba a lo alto del volcán. La victoria había sido conquistada.

Cuando bajamos, todos los guerreros que habían llegado de diferentes estados nos estaban esperando con regocijo, y poco más tarde llegó la caravana de coches tocando trompetas y un cuerno de carnero. Todos juntos le dimos gracias a Dios y gritamos, en adoración, siete *shabacks* de triunfo. Fue un momento emocionante y lleno del Espíritu Santo.

Había un gran gozo en todos. No obstante, yo me había quedado con un poco de frustración porque no se me había permitido llegar al cráter. Pero se lo remití a Dios y decidí gozarme de igual manera. Al día siguiente, después de haber llevado a Rony al aeropuerto, me dormí una siesta para recuperar un poco las fuerzas perdidas.

Durante el sueño el Señor me transportó en el espíritu al momento en que, estando en la cima, le gritaba yo al diablo: «Nosotros te hemos vencido, por la sangre del Cordero, por la palabra del testimonio de nosotros y porque hemos negado nuestras vidas hasta la muerte». Y luego me vi cuando, toda triste, daba

el primer paso hacia abajo en obediencia a mi autoridad. Entonces oí la voz del Espíritu que me decía: «Hija, quiero que veas lo que sucedió cuando diste ese paso en sujeción a mi profeta.» Me mostró, entonces, una enorme mujer abominable que estaba entre el dragón y yo, y en el momento que mi pie dio ese paso, la mano de Dios la estrujó entre sus dedos y la deshizo en mil pedazos. Luego el Espíritu Santo añadió, diciéndome: «Esta mujer representaba el poder del matriarcado sobre México, y al tu obedecer fue que quedó destruido. Este poder se estableció por el reinado jezabélico de la Malinche, que dominó y sobajó a todos los indios, y le quitó la libertad al hombre para ponerse ella como soberana. Aquí se asentó el derecho legal del matriarcado sobre tu país, por una mujer mexicana casada con un español. Ahora yo destruyo este pacto a través de una mujer mexicana [es decir, yo] casada con un español. Era necesario, por esta causa, que solo cuatro hombres llegaran hasta el final.»

Continuó diciendo el Señor: «Eran cuatro varones simbólicos. El primero simbolizaba el gobierno de Dios sobre la tierra, el segundo el liderazgo en la Iglesia, el tercero el liderazgo en la nación y el cuarto el liderazgo en el hogar.»

A esa misma hora, Mercedes, mi hermana, estaba recibiendo una palabra en Zacarías 3.8 «Escucha pues, ahora, Josué sumo sacerdote, tú y tus amigos que se sientan delante de ti, porque son varones simbólicos. He aquí, yo traigo a mi siervo el Renuevo.»

Mi lamento se convirtió en gran gozo en ese instante, y mayor fue aun, ya que habiendo investigado en el calendario azteca el significado del nombre del día en que subiríamos, era justamente el día de Ce Malinali, el día que le dio nombre a la Malinche.

Cierro este hermoso episodio que Dios, por su gracia, nos permitió vivir, con la palabra que el Señor les dio a los guerreros que pelearon en Paso de Cortés, entre los dos volcanes.

«Porque cercano está el día de Jehová sobre todas las naciones; como tú hiciste se hará contigo; tu recompensa volverá sobre tu cabeza. De la manera en que vosotros bebisteis en mi santo monte, beberán continuamente todas las naciones; beberán, y engullirán, y serán como si no hubieran sido. Mas en el monte de Sión habrá un remanente que se salve; y será santo, y la casa de Jacob recuperará sus posesiones. La casa de Jacob será fuego, y la casa de José será llama, y la casa de Esaú estopa, y los quemarán y los consumirán; ni aun resto quedará de la casa de Esaú, porque Jehová lo ha dicho

... Y subirán salvadores al monte de Sión para juzgar al monte de Esaú; y el reino será de Jehová.»

—ABDÍAS 15-18,21

Conclusión

«Hay cosas que Dios hace a la luz y son vistas por todos, pero hay otras que son el secreto de Dios, y estas son las que hacen que los grandes cambios sucedan.»

TODOS CONOCIERON el esplendor y la gloria del gran templo de Salomón. Su reinado y su grandeza fueron vistos por los grandes de la tierra, pero detrás de esta maravilla estaba un rey que penetraba los secretos de Dios; un rey David que sometió a todos los enemigos de su época para entregar a su descendencia un reino de paz. Un hombre conforme al corazón de Dios, que conocía y vivía en la intimidad con Dios. Un hombre cuyo corazón tenía la amplitud de visión para edificarle una casa sublime al Dios de la gloria; que tenía la amistad y el amor de Dios para penetrar sus cámaras de sabiduría, y extraer de ellas los planos perfectos del templo.

«Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño.»

—1 CRÓNICAS 28.19

Pero también era un hombre que, aunque todo lo consiguió —el oro, la plata, el bronce, el hierro, la madera, las piedras preciosas, el mármol y cantidades abundantes para la edificación

del templo— también tuvo la humildad para ceder lo visible de la obra a su hijo.

Hay una increíble belleza y galardón en entender «la obra detrás de la obra». Quizás alrededor del mundo la gran mayoría conozca este gran templo por el rey Salomón. Pero, me pregunto, ¿cuál tendrá mayor aprecio ante los ojos de Dios: el que mandó poner los ladrillos o el que recibió los planos de las manos del Altísimo?

David era un hombre maduro y profundamente espiritual; él entendía las cosas trascendentales a través de los invisibles caminos de Dios. Los hombres ven y admiran la obra del gran Salomón, el esplendor de las cosas visibles y de la fama precede-ra. Pero en la grandeza secreta, la que no se ve con los ojos de la carne, en esa gloria que es con la que Dios corona a su remanente humilde y fiel, en esa el trono de David nunca tendrá fin.

«Pero Jehová el Dios de Israel me eligió de toda la casa de mi padre, para que perpetuamente fuese rey sobre Israel; porque a Judá escogió por caudillo, y de la casa de Judá a la familia de mi padre; y de entre los hijos de mi padre se agradó de mí para ponerme por rey sobre todo Israel. Y de entre todos mis hijos (porque Jehová me ha dado muchos hijos), eligió a mi hijo Salomón para que se sienta en el trono del reino de Jehová sobre Israel.»

—1 CRÓNICAS 28.4,5

Hay un remanente que Dios está levantando sobre toda la faz de la tierra, un ejército glorioso de intercesión profunda y de guerra territorial. Son gente de escogimiento divino. Hombres y mujeres sellados por Dios con el sello de la victoria. Un ejército que sabe, con todo su ser, que en Cristo Jesús son más que vencedores. Un ejército que camina y se mueve no por vista sino por fe. Hombres y mujeres que conocen la intimidad con Dios, que oyen su voz y en ella está su deleite.

Un remanente que le ha abierto enteramente su vida y su corazón al Señor, que como dice Jesús en su revelación a Juan:

«He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.»

—APOCALIPSIS 3.20,21

El gobierno de las naciones no está en las manos de gobernantes impíos, sino en el trono de Jehová sobre las naciones.

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.»

—APOCALIPSIS 3.22

La intercesión y la guerra territorial darán a luz un avivamiento sin precedentes sobre toda la tierra. Muchos evangelistas saldrán y ganarán quizás millones de almas, otros fundarán grandes iglesias que no cabrán en los estadios. Pero los que verdaderamente tendrán en sus manos el destino de las naciones son los que penetren el corazón de Dios y extraigan de sus cámaras secretas los diseños y los planes de Dios.

La guerra no es un fin en sí mismo, sino la puerta que desata los ríos de vida del trono de Dios. Es la que rompe las estructuras, las esferas de cautiverio, para que los evangelistas ganen las almas. Los escuadrones de guerra son la extensión de las manos de Dios para desatar sobre la tierra su señorío.

Oración de victoria

«Yo doblo mis rodillas para que en esta hora, un espíritu de revelación y de conocimiento de Dios venga sobre usted. Que el manto profético y de guerra espiritual descienda sobre usted ahora. Que una nueva y profunda dimensión de oración sea desatada sobre su vida. Y sobre todo, que la comunión con Dios y la habilidad de escuchar su voz con toda claridad le sean concedidas por el Espíritu Santo.

»Glorifico a Jesucristo en esta hora, por el privilegio que me ha concedido de poder escribir este libro, y por las maravillosas horas en comunión que he tenido con Él. Le doy infinitas gracias también al Espíritu Santo, por haberme puesto al frente de tan maravillosas experiencias, las que han transformado no solo mi vida sino la de la iglesia que Dios nos ha dado.

»A Jesús sea toda la gloria, el poder, la majestad y la alabanza. ¡Amén!»

Apéndice 1

Los nombres de los demonios más importantes en la santería

LOS ESPÍRITUS MÁS IMPORTANTES en santería, aquellos que deben ser reprendidos según su orden jerárquico, son:

- Eleguá o Legbás, que corresponde al Santo Niño de Atocha. Este es un espíritu guerrero y está por encima de todos los demás.
 - Yemaya, corresponde a la Virgen de Guadalupe y a la Virgen de los Lagos. Actúa siempre acompañando a Eleguá. Estos dos juntos conforman el principado que gobierna a los demás.
 - Shango corresponde a Santa Bárbara. Es un espíritu altamente guerrero que se identifica con el fuego y la violencia.
 - Ochung corresponde a la Virgen de la Caridad del Cobre.
 - Oyá corresponde a Santa Teresita del Niño Jesús. Es el espíritu de la muerte.
 - Obatalá es el señor de las serpientes y se lo adora como a San Lázaro.
 - Erzulli corresponde al Sagrado Corazón de Jesús.
- El espíritu de miseria o de tragedia siempre acompaña a estos santos, y su nombre es Patrón de los Miserables.
- Exú es el espíritu que se encarga de cobrar por los trabajos de hechicería y las ceremonias de santería. Se manifiesta en forma de perro.

- Espíritus Loas, son los espíritus inmundos que acompañan a los espíritus de santo y de guerrero (órdenes jerárquicas).
- Ogún corresponde a San Pedro.
- San Martín Caballero es el santo que se invoca para prosperar en los negocios.
- San Jorge es un espíritu de poder, es «el Señor de los Vampiros». Roba la voluntad y la fuerza de sus víctimas.
- San Judas Tadeo es el santo de las causas imposibles.

Espíritus que deben ser reprendidos en la masonería

- Los dioses egipcios: Osiris, Anubis, Isis, Horus, Amon-Ra.
- Los dioses hindúes: Shiba, Skanti, Vishnú.
- Otros dioses: Gran Arquitecto del Universo, Luzbel, Cristo de Maytreya, Hiram, Baal, Jah-Bul On.
- Los espíritus zodiacales de adivinación.
- Los espíritus elementales: Fuego, Aire, Agua y Tierra.

Espíritus de los dioses aztecas que deben ser reprendidos territorialmente

- Ometeotl. El dios primigenio que surgió de la nada.
- Moyocoyani. El dios que se inventó a sí mismo para crear todo lo existente.
- Ollin. Es el verbo de la creación.
- Ometecuhtli. Señor de la dualidad.
- Omecihuatl. Señora de la dualidad.

Ometecuhtli y Omecihuatl se derivan en:

- Tonacatechtli y Tonacacihuatl. Señor y señora, respectivamente, de nuestra carne y de nuestro sustento.
- Citlalonac y Citlacueye. La osa mayor y la Vía Láctea.
- Tlalteoitli y Coatlicue. Señor de la tierra y señora de la falda de la serpiente.
- Tlalocatecuhtli y Chalchiuhtlicue. Señor de la lluvia y

- señora, o Tlaloc, señor de todas las aguas.
- Mictlantecuhtli y Mictecacihuatl. Señor y señora del lugar de los muertos.

Tezcatlipocas o guardianes de la tierra que presiden los cuatro puntos cardinales

- Yayauhqui-Tezcaflipoca. Es el norte. También dios de la discordia y de la guerra.
- Huitzilopochtli. Es el sur. También dios del sol.
- Xipe-Totec- Estequetzalcoatl. Es el oeste. También dios de los vientos.

Otros dioses

- Malinalxoohtli. Señora de la hechicería.
- Coyolxauqui. La diosa descuartizada, hermana de Huitzilopochtli.
- Capulteona. Dioses de los barrios.
- Mixcohuatl. Culebra de nube.
- Ehecatl. Dios del viento.

Se deben reprender en la conquista de montañas y cerros

- Tepehuanes. Guardianes guerreros de los cerros.
- Shamanes. Espíritus humanos de brujos, que se transfiguraron en animales.

Apéndice 2

Lista de objetos que traen maldición a los hogares

- Medallas e imágenes de santos, rosarios, incensarios, así como candelabros con imágenes.
- Objetos de la suerte, como elefantes con la trompa para arriba (que es una potestad muy poderosa en la India), colas de conejo, semillas de ojo de venado, ajos machos, herraduras, imanes mágicos o piedra-imán con forma de pirámides, obeliscos, huevos.
- El conocido símbolo del «Ying-Yang», que es un círculo dividido por una especie de «S» y que es pintada de un lado en color negro y otro en blanco. Un aspecto inocente que expresa un símbolo terrible: la mitad color negro representa el mal y la blanca el bien, y con ello están expresando la aberración de que el mal tiene el mismo poder que el bien. Con ese dibujo se afirma que Satanás y Dios tienen el mismo poder. El simple hecho de tenerla o llevarla puesta como adorno le da derecho legal a Satanás a tener, en el que la lleva, el mismo poder que Dios.
- Fotografías con catedrales o imágenes idolátricas o satánicas al fondo.
- Símbolos satánicos, «Pentagramas» (estrellas de cinco puntas). Hexagramas (estrellas de seis puntas, o de David); este símbolo, aparentemente judío, es de origen esotérico y representa las fuerzas celestiales (triángulo hacia abajo), unidas a las infernales (triángulo hacia arriba) en un todo, que es el verdadero poder del hombre. El triángulo jamás aparece como un símbolo bíblico en ninguna

parte de la escritura, sin embargo es extremadamente usado en las religiones paganas, la magia y el satanismo. Octogramas (estrellas de ocho puntas).

- Cruces tales como la cruz quebrada (la que lleva el símbolo que, aparentemente, quiere decir «Amor y paz»). La cruz nazi (szvástica). La cruz de Caravaca (con dos travesaños). La cruz invertida. La Tau egipcia, o cruz de Thalía.
- Objetos prehispánicos de dioses o sacerdotes, o en posiciones rituales. Objetos que se hayan encontrado en tumbas. Muebles de madera con grabados de demonios.
- Animales tales como ranas, iguanas, serpientes, murciélagos, búhos, zopilotes.
- Monstruos, personajes mitológicos, gárgolas, unicornios, hadas, duendes, brujos.
- Juguetes de personajes caricaturescos con características diabólicas o de pecado. Por ejemplo, pitufos, gatos Garfield, Tortugas Ninjas, Power Rangers Pepsi-Cards, Batman, He-Man y otros superhéroes que toman el lugar de Dios.
- Extraterrestres y ovnis (este es el plan que el diablo está divulgando para explicar el arrebatación de la Iglesia).
- Algunos dinosaurios están trayendo espíritus de terror a los niños.
- Caballeros del zodiaco.
- Libros de ocultismo, Nueva Era, parasicología, metafísica, extraterrestres, acupuntura, homeopatía, etcétera.
- Revistas sobre rock and roll, o de sucesos paranormales.
- Discos y casetes de música mundana. La gran mayoría de estos discos han sido pactados y promueven la destrucción familiar, el sexo, el pecado, la depresión, la tristeza y hasta el suicidio.
- La música rock promueve, además, la drogadicción, el satanismo, la violencia, el sexo depravado y la rebeldía.
- Fotografías de muertos con los que hay ataduras emocionales, y que pueden, en cierta forma, estar sirviendo para mantener presente a la persona en la casa. Esto es una forma de invocación de muertos y son puertas abiertas a demonios. No me refiero a todas las fotografías de nuestros antepasados que podemos guardar, sino las que pudieran ocupar el lugar prominente en la

sala o a la que se le enciendan velas.

Toda esta lista que se puede alargar, en cada caso, con la guía del Espíritu Santo. Tal vez pueda parecerle una exageración, pero créame que no lo es. En nuestro ministerio esto ha sido radical para poder liberar personas y echar demonios arraigados en las casas. Si Dios dice que es anatema, y que nos hacemos anatema poseyéndolas, es porque Dios nunca miente y todo lo que afirma es verdad.